

**CARLOS GARCÍA MIRANDA**

**EL CLUB DE LOS**  
**LECTORES**  
**CRIMINALES**



**CROSS  
BOOKS**

**Leer sus libros es terrorífico.  
Vivir sus historias es mortal.**

# ÍNDICE

PORTADA  
SINOPSIS  
POTADILLA  
CITA  
CAPÍTULO 1  
CAPÍTULO 2  
CAPÍTULO 3  
CAPÍTULO 4  
CAPÍTULO 5  
CAPÍTULO 6  
CAPÍTULO 7  
CAPÍTULO 8  
CAPÍTULO 9  
CAPÍTULO 10  
CAPÍTULO 11  
CAPÍTULO 12  
CAPÍTULO 13  
CAPÍTULO 14  
CAPÍTULO 15  
CAPÍTULO 16  
CAPÍTULO 17  
CAPÍTULO 18  
CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 25

CAPÍTULO 26

CAPÍTULO 27

CAPÍTULO 28

CAPÍTULO 29

CAPÍTULO 30

CAPÍTULO 31

CAPÍTULO 32

CAPÍTULO 33

CAPÍTULO 34

CAPÍTULO 35

CAPÍTULO 36

AGRADECIMIENTOS

CRÉDITOS

**Gracias por adquirir este eBook**

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y  
descubre una  
nueva forma de disfrutar de la  
lectura

---

**¡Regístrate y accede a  
contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos  
Fragmentos de próximas publicaciones  
Clubs de lectura con los autores  
Concursos, sorteos y promociones  
Participa en presentaciones de libros

**PlanetadeLibros**

---

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



**Explora**

**Descubre**

**Comparte**

## SINOPSIS

Cuando Ángela aceptó participar en el club de lectura de novelas de Stephen King, no imaginaba que su vida daría un vuelco terrorífico. Enredados en una trágica muerte en plena Universidad Complutense de Madrid, todos los participantes del club deberán enfrentarse a sus más profundos secretos y a la peor de las amenazas: cualquiera de ellos puede morir en la siguiente página, y cualquiera de ellos puede ser el asesino.

**CARLOS GARCÍA MIRANDA**

**EL CLUB DE LOS  
LECTORES  
CRIMINALES**



Ciertas reglas deben cumplirse para poder sobrevivir con éxito en una buena película de terror. Número uno: no practicar el sexo. Sexo equivale a muerte. Número dos: no puedes beber o tomar drogas. Es el factor pecado, una extensión de la número uno. Y número tres: nunca, bajo ninguna circunstancia, digas «Enseguida vuelvo», porque no volverás.

KEVIN WILLIAMSON,  
*Scream*

# 1

Ángela leyó en voz alta la última línea de *It*, la novela de Stephen King. Cerró el libro y miró la imagen de la cubierta. Ese payaso, de ojos amarillos y sonrisa sangrienta, le parecía más terrorífico que nunca.

—¿Te ha gustado? —le preguntó Nando, su novio desde hacía ya tres meses.

—Definitivamente, odio las novelas de terror.

Dejó de estar recostada sobre Nando y se puso la cazadora vaquera. Ni aun así se sacó de dentro el escalofrío que le recorría el cuerpo. Era por el miedo, pero también porque estaba acabando la tarde que habían pasado en el césped que rodeaba la Facultad de Filología. Ángela estudiaba allí, en la Universidad Complutense de Madrid, o la UCM, como la llamaban todos. Sus edificios eran viejos y estaban descuidados, aunque eso le otorgaba la fama de universidad con tradición histórica y encanto. Lo último, en realidad, dependía de la hora. Por la mañana, la avenida Complutense, que distribuía las facultades, estaba llena de estudiantes y resplandecía. Cuando se encendían las farolas, la Ciudad Universitaria se convertía en un lugar solitario en el que los árboles eran tan frondosos como en un bosque oscuro.

—Pues a mí me ha gustado —le dijo Nando, incorporándose también—. ¿Sabes qué parte ha sido mi favorita? Leerla contigo.

Habían leído la novela durante días. En voz alta, pasándose el libro de una mano a otra a cada capítulo.

—Esa también ha sido la mía. Sobre todo porque así no tenía que mirar por encima del hombro a cada párrafo por si un payaso estaba a punto de

matarme...

—Ya sabes que este ha sido mi primer libro de miedo, pero me da que conseguir que te asustes es justo la gracia.

—¡Pues yo no se la veo! ¿Qué sentido tiene pasarlo mal leyendo?

—¿Mal? ¡Pero si pasar miedo es divertido! Me chiflan todas esas pelis de institutos en las que un pirado con máscara se los va cargando a todos.

—Esas películas son todas iguales, Nando. Un loco se dedica a matar a un grupo de chavales que montan una fiesta para celebrar que hay un asesino que quiere cargárselos en lugar de ir a la policía. El terror siempre es un topicazo detrás de otro.

—¿Y no será que lo que pasa es que tengo una novia miedosa? —le dijo Nando a Ángela mientras la abrazaba por la espalda para que aún no se levantara.

Se besaron, hasta que Nando le dijo:

—Supongo que después de haber leído este tocho estarás lo suficientemente asustada como para que me cuele esta noche en tu habitación de la residencia...

—No se puede tener más morro —bromeó para no tener que hablarlo en serio.

Hacía semanas que se habían dicho el primer te quiero, pero aún no había dado ese paso en su relación. El sexo era otro de los miedos de Ángela, aunque a cada beso iba superándolo.

—Deberían expulsarte de la universidad por escándalo público, Angelita... —La broma se la hizo Sara, que llegaba caminando por el jardín de la facultad.

Eran compañeras de clase, sus habitaciones estaban puerta con puerta en la residencia y se habían hecho grandes amigas, a pesar de que Sara era más de pelo rizado y faldas y Ángela de coleta y vaqueros. Sara era de salir toda la noche y su amiga de dejarse la copa a medias y escaparse a leer en la cama. Sara quería ser actriz, solo estudiaba Literatura porque le pidieron un cinco para entrar, y Ángela amaba los libros tanto como para querer ser escritora, aunque siempre dijera que no tenía nada que contar.

—¿Lista para el club de lectura de Stephen King? —le pregunto Ángela

poniéndose al fin en pie.

Por eso habían leído *It*. El club lo había montado Sebas, compañero de clase y mejor amigo de Ángela. Lo era porque nadie sabía tanto de libros como él, y era capaz de contagiarle su entusiasmo hasta por Stephen King, un autor que ocupaba los últimos puestos en la montaña de las lecturas de Ángela. En un principio ella rechazó unirse a las reuniones, pero Nando la convenció. Era algo que podrían hacer juntos porque no hacía falta estar matriculado en el grado de Literatura para asistir. Así él sentiría por unas horas que era un estudiante más, y no un chico que había tenido que ponerse a trabajar en Campus, el bar que quedaba justo enfrente de la residencia, para salir adelante. Allí había conocido a Ángela. Ella le había pedido una cerveza, Nando se la había puesto y le había dicho que se tomaran otra juntos cuando terminara el turno. Justo lo que todas esas chicas que revoloteaban alrededor de la barra esperaban que les pidiera se lo había dicho a ella, que no llevaba ni pintalabios. Quedaron, pero no fue al terminar su turno. Se vieron un domingo; después, un martes por la tarde fue a buscarla a clase, luego un jueves, un sábado... Los días se habían sumado hasta llegar a uno en el que iban de la mano hacia un club de lectura.

—No me puedo creer que me hayas convencido para ir a clase cuando no me toca —le dijo Sara a Ángela mientras caminaban hacia la facultad.

—Me escribiste un whatsapp diciéndome que esta tarde no querías pensar en Rai. No se me ocurre nada más alejado de él que un club de lectura...

—¿No van bien las cosas con Rai? —le preguntó Nando mientras se ponía la cazadora de cuero. En realidad, ya lo sabía porque Ángela se lo había contado.

Rai era el novio de Sara. También estudiaba en la Complutense, Económicas, aunque no tenía ninguna prisa en terminar el grado. Estaba haciendo tiempo hasta que sus padres asumieran que era un niño rico al que le gustaba ir de fiesta, estar colocado y meterse en líos. La noche anterior se metió en uno. En Campus, borracho, montándola con unos y besándose con una que no era Sara. Eso era lo que le había llegado.

—Tú estabas anoche en el bar trabajando. Lo viste todo, ¿verdad?

Sí, lo había visto, aunque no se lo dijo.

—Da igual, no hace falta que me lo cuentes. Se acabó, no quiero saber nada de Rai. Ha estado llamándome todo el día y solo he descolgado para decirle que se perdiera con la tía de anoche.

—Eso ya te lo he escuchado antes, Sara —le dijo Ángela, que deseaba que, por una vez, fuera verdad.

Sabía que los cuernos eran lo de menos. Sara también se los había puesto a él porque «fiel» no era el apellido de ninguno de los dos. El verdadero problema para Ángela era que Rai le parecía violento. Había visto a la pareja discutir y le asustaba cómo se gritaban. A pesar de eso, o quizá por eso, Sara parecía estar enganchada a él.

—Me alegro de que hayas decidido romper con Rai. Te mereces a un chico que te trate como la estrella que vas a ser. ¿Seguirás hablándonos cuando firmes autógrafos?

Eso se lo dijo Nando a Sara, guiñándole un ojo, y consiguió que ella sonriera.

Entraron en la facultad, un edificio de ladrillo naranja y cristales descuidados. Por dentro, el suelo de mármol había perdido el brillo, igual que el blanco de las paredes. El hall estaba coronado por una estatua de hierro del Quijote. Arrodillado sobre una roca, apuntaba con la espada afilada al cielo. Alrededor de la estatua ascendía la escalera de la facultad, como si fuera un caracol ancho. Antes de llegar a los primeros peldaños, Ángela, Sara y Nando se encontraron con Roberto, el bedel de la facultad, un hombre de mirada oscura, sucia como la ropa que siempre llevaba, y que nunca saludaba. Toqueteaba el cuadro eléctrico, maldiciendo entre dientes porque la luz de todo el aulario parecía ir y venir desde hacía días. Los edificios viejos son así.

Ángela, Nando y Sara no se cruzaron con nadie más. A esas horas ya apenas quedaban estudiantes por allí. Dejaron atrás la escalera al llegar a la segunda planta. Tomaron un pasillo que era como todos los del edificio: largo y con puertas a los lados. Sara agarró a Ángela del brazo para que echaran el freno y que Nando, distraído con el móvil, ganara unos pasos.

—Venga, ¿cuál es el fallo? —le preguntó en voz baja.

—No sé a qué te refieres —le respondió Ángela desconcertada.

—¡Tu novio! Es simpático, atractivo en plan chico torturado, tiene moto,

es un encanto con tus amigas... ¡Algún defecto tendrá! Es un desastre en la cama, ¿es eso?

—Te juro que no se me ocurre ningún fallo —le aseguró Ángela, riéndose, aunque Sara ya sabía que ella aún era virgen.

—Por mi experiencia con los chicos, que, no te ofendas, es mucho mayor que la tuya, todos los tíos tienen algún fallo. Cuando tarda en asomar es porque es uno bien gordo que se han encargado convenientemente de ocultar...

Ángela cabeceó con una sonrisa, ocultando que sabía que había algo de envidia en las palabras de Sara. Ese sentimiento siempre flotaba entre ellas, aunque ninguna lo nombrara. Ángela tenía la sensación de que a Sara le molestaba que ella fuera tan perfecta como siempre le decía. Solo era una percepción de su amiga. En realidad, Ángela se consideraba todo lo contrario.

Dio un par de pasos rápidos para alcanzar a su novio y entraron de la mano en el aula 237. De paredes amarilleadas por el paso del tiempo y luz dura de los fluorescentes incrustados en el techo, la clase era pequeña, aunque parecía demasiado grande para los que se habían apuntado al club de lectura. Sebas los recibió en la puerta, con las gafas de pasta, el pelo castaño que le caía por la frente y su sempiterna sonrisa.

—¡Ángela, me alegro de que hayas venido!

—Oye, que nosotros también estamos aquí —le soltó Sara, que llevaba mal no ser la protagonista.

—Gracias por venir, Sara, aunque estoy casi seguro de que no te has leído el libro... Tú debes de ser Nando —le dijo Sebas estirando la mano y aún más la sonrisa—. El famoso novio de Ángela.

—No sé si soy famoso, pero sí soy su novio —le dijo, estrechándole la mano con fuerza—. Y sí, me he leído el libro.

Nando miró a Ángela, que le pedía con los ojos que fuera amable. Se lo pedía porque sabía que a su novio, aunque no lo conocía, no le gustaba Sebas. Era imposible que no le cayera bien porque su amigo era de esos que a cualquiera le parecía simpático. El problema era que su novio estaba convencido de que ese chico iba detrás de ella, por mucho que Ángela le dijera que eso era una tontería.

Mentía. Había algo más, pero no se lo había contado y esperaba que Sebas lo hubiera olvidado, igual que había hecho ella.

—No sé si deberíamos esperar a ver si viene alguien más o empezar ya —dijo Sebas—. Es la hora...

Se lo notaba apurado porque la convocatoria del club de lectura, que llevaba semanas anunciado con carteles por los corchos de la facultad, no había sido precisamente un éxito. Junto a los recién llegados solo habría tres estudiantes más en el aula 237.

Uno de ellos era Koldo, que también estudiaba el grado de Literatura, aunque le echaba muchas menos horas a los apuntes que a su canal de YouTube. Hacía videorreseñas de libros y cualquier cosa que fuera necesaria para aumentar su fama como *booktuber*; le encantaba sentir que era alguien en las redes sociales, aunque sus seguidores solo se contaran por cientos. Quizá no conseguía aumentarlos porque era de esos que siempre hablan mucho, pero solo se escuchan a sí mismos.

Virginia era otra de las que estaba en la clase 237. Siempre con esa mirada inquietante, apenas hablaba, aunque todos sabían quién era porque se pasaba las horas fumando porros en los jardines de la facultad. Era buena escribiendo, tanto que había ganado el concurso de relatos de la universidad con una historia de terror. Llevaba un cuaderno negro en el que tomaba notas con letra muy pequeña, ocupando hasta los márgenes de las páginas. Por eso todos la señalaban diciendo que era la porrera de la facultad. Muchos también la llamaban «la loca».

En el club también estaba otra de las señaladas por los pasillos, Eva, aunque a ella la criticaban por ser una borde. Era esa del pelo negro rizado que soltaba frases afiladas sin importarle cómo se recibían. Hacer amigos no era algo que le interesara, iba sola por la vida. A pesar de eso, Ángela la saludó al entrar. Eva no era del primer curso, como el resto, pero trabajaba de becaria en la biblioteca de la facultad y Ángela pasaba allí cientos de horas. Además, la conocía de las redes, desde hacía tiempo. Eva tenía un blog llamado Mery Read en el que escribía sobre libros, igual que Ángela en el suyo, aunque hacía ya mucho tiempo de aquello.

—Bueno, pues creo que ya estamos todos... ¡Bienvenidos al club de

Stephen King! —dijo Sebas con entusiasmo.

La luz de los fluorescentes tembló.

—Dime que esto estaba preparado —dijo Nando, riéndose.

En cambio, a Ángela la asustó.

Todos traían sus ejemplares de *It*, el primero de los libros de los muchos de Stephen King que iban a leer. Se habían sentado en sillas formando un reloj en el que Sebas marcaba las doce. Traía un guion con todo lo que tenían que comentar, pero, antes de que pudieran empezar a seguirlo, la puerta del aula volvió a abrirse. La mayor sorpresa de todas se la llevó Sara.

—¿Qué coño haces aquí? —le preguntó a Rai.

—Apuntarme al club de lectura este.

Rai se sentó en la silla vacía que quedaba al lado de Virginia. Puso cara de sorpresa al sentir la peste que siempre acompañaba a la chica.

—¿Vienes de un submarino? —le preguntó, creyendo que era a marihuana. En realidad, olía a azufre.

—Pero ¿cómo sabías que estaría aquí? Me has seguido, Rai. Eso se llama acoso.

—Más quisieras tú que te acosara. No seas plasta, he venido porque me encanta el libro este...

Rai le quitó la novela a Virginia. El modo en el que lo miraba dejaba claro que era la primera vez que lo veía. A Rai no le interesaban los libros, ni lo más mínimo. Sara sí, mucho. La primera vez que la vio por la Complutense pensó que tenía que ser suya. La segunda vez, lo fue. La tercera se dio cuenta de que, en realidad, Sara nunca le pertenecería. Era como él, igual de peligrosa.

—Stephen King —leyó Rai en la cubierta—. ¡Coño, si a este lo conozco! Es el pirado que hizo la peli de *El resplandor*.

—La peli es de Kubric. En realidad, la novela se escribió tres años antes, en el setenta y siete —le explicó Sebas, con el entusiasmo con el que hablaba siempre.

—Vale, lo que tú digas —lo cortó Rai, que ya estaba centrado en retar con la mirada a Sara.

—Rai, lárgate, que esto va de leer y esa no es precisamente tu

especialidad —le dijo la chica, con condescendencia—. Se te da mucho mejor meterle mano a zorras como la de anoche.

—¿Añoche? No recuerdo que anoche quedáramos...

—Oye, compraos un látigo y unas esposas e id a daros caña a otro lado —les soltó Eva harta—. ¿Podemos empezar de una vez?

Y el club de lectura empezó. Siguieron el guion de Sebas y hablaron de Stephen King, de *It* y de la literatura de terror. Ángela miraba a Nando cada poco, esperando que hablara. Sabía que le costaría integrarse, pero lo estaba haciendo menos de lo que esperaba. Él intentaba disimularlo con una sonrisa, pero lo que le ocurría era que estaba sufriendo un ataque de celos. Su novia y Sebas parecían hablar el mismo lenguaje, uno del que él solo conocía unas cuantas palabras.

—Está claro que Stephen King es un escritor como la copa de un pino, pero yo no consigo conectar con sus historias —confesaba Ángela—. Te juro que lo he intentado, Sebas, pero el terror no es lo mío.

—A mí me gusta este género. Te hace comprender que no estamos a salvo.

El comentario lo hizo Virginia. El resto del grupo cruzó una mirada que dejaba claro que quizá sí que fuera cierto que esa chica tenía problemas mentales.

—Es increíble que cuestiones a un autor como Stephen King, que tiene, no sé, tropecientos libros —le soltó Koldo a Ángela sin ocultar la antipatía que sentía por ella, quizá solo porque no estaba en el grupo de las que lo idolatraban por ser *booktuber*—. Igual lo tuyo es más Federico Moccia.

—Tienes que reconocer que escribir terror no es nada fácil —le pidió Sebas a Ángela—. En las librerías, King ocupa casi por completo el estante de ese género porque la mayoría de los que se ponen con una novela de ese rollo fracasan en el intento. Además, *It* consiguió algo único.

Sebas miró a sus compañeros, como esperando la respuesta que, al final, dio él:

—¡El payaso asesino! Es imposible pensar en ese disfraz sin recordar a Pennywise, el malo de *It*. Los casos de coulrofobia se dispararon tras la publicación del libro.

—¿Coulrofobia? ¿Qué es eso? —preguntó Ángela.

—Miedo a los payasos —dijo Virginia. Lo hizo con una sonrisa.

—Hay gente que tiene ataques de ansiedad solo con ver un globo. No pueden soportar a los payasos, les tienen pánico. Por eso todo lo que rodea a *It* es tan mítico. Ayudó a que la coulrofobia se extendiera —añadió Sebas.

Ángela se frotó las manos como si estuviera estrujando una pastilla de jabón. Eso era lo que hacía siempre que tenía miedo, le salía de forma automática. En silencio, se preguntaba si ella no tendría esa enfermedad. Había leído esa novela con el vello erizado al imaginar al payaso.

—Un momento, ¿en el libro este sale el payaso de YouTube? —pregunto Rai, que parecía haber aterrizado de pronto en el debate del club—. El de los vídeos esos, que lleva un martillo gigante y se dedica a acojonar a la gente. ¡Son la leche!

Virales de redes sociales protagonizados por un payaso asesino armado con un martillo gigante, un hacha o un cuchillo. En los más populares, el payaso atacaba a un muñeco relleno de sangre que salpicaba lo suficiente para que los que se encontraban con el crimen, las víctimas de la broma, salieran corriendo. Ocurría en una calle oscura, en un parque infantil, en un pasadizo bajo la autopista o en cualquier lugar que recordara al escenario de una película de terror. Los vídeos de los payasos asesinos acumulaban millones de visitas y el miedo que provocaban había traspasado las pantallas. Las noticias contaban que en algunos colegios se habían prohibido los disfraces de payaso para evitar ataques de pánico. En Alemania, un chico vestido de Pennywise había muerto después de que otro creyera que quería matarlo. Todo eso les contó Rai a los del club.

—Hay un montón de cuentas en Instagram de payasos asesinos. Suben fotos y vídeos que hacen que se te pongan los huevos de corbata —dijo buscando una de las fotos en el móvil.

Se lo pasó al resto para que lo vieran. Ángela solo lo hizo unos segundos, pero fueron suficientes para que se le quedaran grabados en las pupilas los colores chillones de los pompones, la nariz roja, el martillo gigante y, sobre todo, la sangre. Manchas por todo el traje. El payaso miraba a cámara con su sonrisa de dientes negros afilados. Era solo una careta de plástico, pero a ella

le helaba la sangre.

—No le veo la gracia, la verdad —dijo Ángela—. ¿Provocar infartos es divertido?

—¡Esto sí que da miedo y no el libro! —exclamó Nando al ver uno de los vídeos que Rai puso.

—Hombre, el vídeo tiene un millón de visitas, pero me da que este libro se ha vendido bastante más —dijo Sebas.

A Nando lo molestó el comentario porque le pareció un ataque, pero se mordió la lengua.

—Se pueden haber vendido los libros que quieras, pero leer no acojona tanto como ver una película de terror —insistió Rai—. Vamos, ni de coña.

Se formaron dos bandos. Rai, Sara y Nando eran partidarios del miedo en imágenes, frente a Eva, Sebas y Ángela, que preferían las letras (Virginia no se colocó en ninguno de ellos, aunque dijo, sonriendo, que ambas cosas podrían ser terroríficas). Unos y otros decían que si un libro está bien, pero no es lo mismo.

Aparentemente sin intención de ofender, Sebas dijo:

—Tú escribe un cuentito de terror y yo hago un vídeo, a ver quién gana más seguidores en redes. Quizá no tengáis tanta imaginación y por eso con vosotros no funciona la literatura de terror.

—Y quizá a ti te faltarán un par de dientes como me toques los huevos —le soltó Rai.

—¿Por qué no pasamos al siguiente punto? —le pidió Ángela a Sebas al ver el tono que había adquirido el debate.

—Un momento. Yo quiero saber por qué Sebas dice que quizá nos falta imaginación —insistió Nando de malas.

—Bueno, solo digo que para leer hace falta esforzarse un poco más que para ver una película. Pero las dos cosas se pueden disfrutar, ¿no? —dijo Sebas apurado.

Pero Nando se levantó como si estuviera a punto de empezar una pelea.

—¿Por qué no dejas de insinuarlo y dices de una vez que te crees más listo que yo por haber leído todos esos libros?

—Pero es que no he dicho eso —respondió Sebas cortado.

—Nando, déjalo, por favor.

—Que lo deje tu amigo, Ángela... Ha empezado él.

—¡Ya está bien, Nando!

Ángela salió del aula, enfadada con su novio, que fue tras ella corriendo por el pasillo, pidiéndole que lo esperara. Consiguió alcanzarla en lo alto de la escalera.

—¡Ángela! Oye, perdóname, se me ha ido un poco la olla. Pero es que tu amigo estaba...

—Sebas no ha hecho nada. ¡El problema lo tienes tú con él, Nando!

—¡Vale, pues es problema mío! Lo siento. Siento no ser tan listo como Sebas, no haber leído tanto como él, ni poder tener esas conversaciones sobre literatura contigo. Siento ser solo camarero.

Ángela se detuvo, suspiró y se giró para mirar a su novio.

—Nando, esto no es una competición. Ni yo soy un trofeo. Y si me tratas como si lo fuera no voy a estar contigo. No soy ese tipo de chica, ¿de acuerdo?

Ahora el que suspiró fue Nando, que trató de arreglarlo.

—Lo sé. Perdona.

—Menudo idiota el gafotas ese... ¿Os venís a tomar una cerveza?

Lo propuso Rai, que había salido de la clase 237 con Sara.

—¿Vienes? —le pidió Sara a Ángela, como si aún no hubiera decidido que quería arreglar las cosas con Rai y necesitara que fuese con ellos para disimular un poco más.

—Tengo que ir al baño... Sola.

Eso último era lo que en realidad necesitaba. Estar sola unos segundos. A esa hora, ya de noche fuera, se encontró cerrada la puerta del baño del pasillo.

—El de los profesores está abierto, en la tercera planta —le dijo el bedel, que caminaba echando llaves.

Ángela le dio las gracias y subió una planta más, hasta la tercera. Al doblar la esquina, entró en un nuevo pasillo, el de los despachos de los profesores. Era más estrecho que los de las aulas. Se detuvo cuando las luces del techo empezaron a temblar, hasta que se apagaron.

—Genial...

Cambió el enfado que la había llevado a alejarse del grupo por miedo. En su mente empezaron a dibujarse payasos, risas diabólicas y la obsesión de que quizá padeciese coulrofobia. Le pasaba siempre que se ponía nerviosa, ese miedo a estar volviéndose loca que trae la ansiedad. Trató de quitarse los fantasmas de la cabeza y caminó los pasos que la separaban del cuarto de baño. No eran tantos, pero sí los suficientes para que la respiración se le acelerara. Entró en el cuarto de baño, donde, por suerte, la luz sí funcionaba. Se agachó frente al lavabo y se echó algo de agua por la cara.

—Tranquilízate, Ángela.

No lo consiguió porque vio a alguien tras ella, reflejado en el espejo.

Ángela gritó.

—¡Tranquila, Ángela! Soy yo...

Antonio Cruzado, su profesor de Literatura Contemporánea. Entre los cuarenta y los cincuenta, atractivo a pesar de la nariz picuda, o quizá gracias a ella, vestía de una manera que no parecía un profesor, pero tampoco un alumno. Cruzado, como todos lo conocían y lo llamaban, siempre tenía una conversación interesante. Al contrario de lo que ocurría en la mayoría de las clases a las que iba Ángela, las de ese profesor resultaban de lo más estimulantes. Lo mejor de todo era que Cruzado siempre parecía dispuesto a escuchar la opinión de Ángela. La animaba a que lanzara todas esas preguntas que la veía anotar en los márgenes de los apuntes. Se perdían juntos en ellas, debatiéndolas, como si él estuviera delante de un colega de profesión y no de una estudiante de primer curso. No era así con todos los alumnos, para nada. El profesor incluso tenía enemigos, como Koldo, que se empeñaba en echarle un pulso en cada clase para demostrarle que sabía muchísimo de libros. Pulso que el *booktuber* siempre perdía. En cambio, a Ángela la trataba de un modo diferente. La consideraba más madura, o quizá más despierta que sus compañeros, como dejaba caer cuando lanzaba una pregunta a la clase y pedía que contestara cualquiera menos ella o Sebas, otro de sus pigmaliones, porque seguro que tenían la respuesta correcta. Destacar no iba con Ángela, así que eso la hacía sentirse algo avergonzada, igual que ahora que estaba frente a él, con la respiración acelerada. Lo miraba sin parpadear, como si tuviera miedo de que, al cerrar los ojos, Cruzado se convirtiera de nuevo en la sombra del payaso que creyó ver reflejada en el

espejo.

—¿Estás bien? —le pregunto él, poniéndole una mano en el brazo unos segundos.

—Sí, sí... Solo me ha asustado.

Ángela consiguió forzar una sonrisa y le preguntó cómo estaba él. Cruzado había pasado unas semanas de baja. Decía que por una operación sin importancia, aunque por la facultad ya había corrido el rumor de que su mujer lo había abandonado.

—Ya estoy mucho mejor. Gracias por preguntar, Ángela —le dijo el profesor, poniéndole de nuevo una mano en el brazo—. ¿Seguro que tú estás bien? Sigues temblando...

—Es solo que no esperaba encontrarlo en el baño.

—Lo mismo digo —le respondió Cruzado, haciendo crecer aún más la sonrisa.

Ella siguió la mirada del profesor, que le señalaba lo que los rodeaba. Al ver los urinarios anclados en las paredes, descubrió hasta dónde la había llevado la oscuridad del pasillo.

—Es que se fue la luz... De veras, pensaba que estaba en el servicio de mujeres.

—Tranquila, te guardaré el secreto. Aunque te advierto de que en el baño de hombres el papel higiénico es un animal mitológico.

Ángela se esforzó por sonreír de nuevo, pero Cruzado se dio cuenta de que seguía asustada. Sobre todo cuando la luz volvió a temblar.

—Este edificio está para tirarlo... ¿Seguro que estás bien?

—Es que estaba en un club de lectura, de una novela de terror, y... Bueno, supongo que tengo demasiada imaginación.

Cruzado vio el ejemplar de *It* que la chica llevaba en las manos. Torció el gesto como se hace cuando el plato de comida no apetece.

—¿Stephen King? Te confieso que soy de esos raros que no consiguen conectar con sus libros.

—¿De veras? Me alegra saber que no soy la única. A Sebas le encanta, lo considera el mejor escritor contemporáneo.

—Mis compañeros de departamento también lo tienen en un altar y yo les

sigo la corriente, pero no he leído ni una línea de ninguna de sus novelas. No se lo cuentes, pero lo cierto es que dudo de las virtudes que se le atribuyen a la literatura de terror. El misterio, vale, eso es resolver rompecabezas...

—Sí, a mí también me gusta. De pequeña era una detective buenísima.

—En el terror no hay nada que desentrañar, es plano. Y siempre tengo la sensación de que toda esa niebla que describen cubre más cosas que los tejados de las casas victorianas... Para empezar, a un escritor con mucho que contar en un psicoanálisis.

Aliviada, Ángela le confesó que a ella le pasaba igual, que se alegraba de saber que no estaba sola en esa guerra y que le guardaría el secreto.

—No soporto a los payasos, desde niño —le confesó Cruzado, devolviéndole el libro—. Además, esta historia es de lo más macabra. El payaso de la novela era real.

—¿Real?

—Sí, recuerdo haber visto de pequeño en las noticias la historia de un asesino en serie de Norteamérica que se disfrazaba de payaso. Coleccionaba cadáveres en el jardín de su casa. No recuerdo su nombre, pero sí la fotografía. Se pintaba la cara de blanco, con una enorme sonrisa roja. Llevaba ese pelo rizado de color naranja que le crecía a los lados. Y los ojos... eran negros. Toda aquella historia inspiró a Stephen King para describir al protagonista de su novela.

Ángela dejó de escuchar a Cruzado. En su mente se estaban construyendo todas esas muertes reales a manos de un payaso asesino de la manera más sádica posible. Cuando volvió a escucharlo, Cruzado ya estaba yendo hacia la puerta para dejarla a solas.

—Por cierto, el último trabajo de clase que me entregaste, el relato de diez páginas, ¿lo recuerdas?

—Claro. ¿Algo estaba mal? —le preguntó al ver la cara que ponía Cruzado.

—No, es solo que... Me gustaría comentar mis notas contigo, pero mejor lo vemos tranquilamente en mi despacho. ¿Este sábado por la mañana?

—Creía que la facultad estaba cerrada los sábados.

—Le pediré las llaves al bedel. Tengo mucho lío el resto de la semana. Si

no tiene viene mal, el sábado esto estará vacío, y así nos aseguramos de que no haya interrupciones.

—No, claro que no.

—Genial, pero prométeme una cosa: que no me tratarás de usted.

Ángela sonrió, se lo prometió y esperó a que Cruzado saliera. Antes de abrir la puerta, el profesor recordó algo:

—John Wayne Gacy. Ese era el nombre del payaso asesino.

<http://www.eldiariolibre.hemeroteca/john-wayne-gacy/>

### JOHN WAYNE GACY, EL ASESINO DE LA SONRISA

El Diario Libre (20-06-1979). Treinta y tres muertes, todas ellas desgarradoras. Esa fue la cifra de asesinatos cometidos por John Wayne Gacy, un nombre que es sinónimo de terror en Estados Unidos. Nació a finales de los años cuarenta en Illinois, donde creció rodeado de las botellas de alcohol que su padre vaciaba. Son muchos los psiquiatras que han estudiado la mente laberíntica de Gacy. Todos coinciden en que esa relación marcó su infancia. Además de bebida, hubo agresiones y abusos. A su padre le gustaba ponerlo desnudo frente al espejo y decirle que parecía una niña. Gacy creció asustado, aunque, paradójicamente, se convirtió en un adulto que disfrutaba haciendo lo mismo que le habían hecho a él de niño: aterrorizar.

Durante un tiempo, cumplió a la perfección el papel de vecino ejemplar en una urbanización a las afueras, de esas con vallas blancas. Allí vivía junto a su esposa Marlynn, con quien se casó en 1967. Trabajaba en un restaurante de comida rápida y en su tiempo libre organizaba encuentros locales de tipo cultural. Era un hombre querido, sobre todo porque se disfrazaba de payaso en las fiestas infantiles de los niños del vecindario. En esos momentos, John se convertía en Pogo, el payaso. Se colocaba un disfraz abotonado con pompones de colores, un enorme lazo al cuello, y zapatones. El maquillaje blanco en la cara y la peluca anaranjada completaban la imagen del payaso que, décadas después, el escritor Stephen King convirtió en icónica de la mano de la literatura a través del payaso Pennywise, el terror de It. Pero los asesinatos de Gacy fueron reales.

Fue un flautista de Hamelín que utilizó el disfraz para llegar hasta sus primeras víctimas, jóvenes de entre 14 y 21 años, hermanos mayores de los niños para los que Pogo actuaba, a los que les ofrecía falsos trabajos en su casa. Los seleccionaba

cuidadosamente, los citaba y allí los atacaba con un trapo y cloroformo. Tenía un arsenal de armas compuesto por sierras, cuchillos, martillos, ganchos, clavos y taladros. Tras torturarlos y sodomizarlos hasta que exhalaban el último aliento, los enterraba en el jardín de su propia casa.

Su orgía de carne quedó al descubierto cuando una de las víctimas logró escapar. La policía detuvo a Gacy, pero él se mostró confuso y apenado, insistiendo en su inocencia. Para él, los crímenes siempre los había cometido su álgter ego, Pogo, el payaso, sobre el que consideraba que no tenía ningún poder. Su salud mental no lo salvó de la condena: fue sentenciado a la pena de muerte. Su móvil se consideró sexual, ya que, tras ser detenido, testificó que la primera vez que clavó el cuchillo a una víctima se excitó al ver brotar la sangre.

En la cárcel, Gacy se convirtió en pintor. En todos sus cuadros representaba al payaso Pogo con un aspecto diabólico. Su obra fue expuesta en una galería de arte, lo que contribuyó a magnificar la leyenda. En 1994 le aplicaron la inyección letal, aunque su espíritu quedó inmortalizado en el payaso que construyó Stephen King en su novela. Desde entonces, los payasos asesinos se han convertido en una terrorífica leyenda.

<http://elinformativo.es/payasos-asesinos-caos-alemania/237>

## LOS PAYASOS ASESINOS SIEMBRAN EL CAOS EN ALEMANIA

Redacción A. F. E. (20-02-2017). El miedo a los payasos ha invadido varias ciudades de Alemania. Una oleada de personas disfrazadas con trajes circenses, rostros cubiertos por máscaras blancas, sonrisas rojas y pelucas de colores asustan a los viandantes simulando ser payasos asesinos. El primer caso sucedió en Passau, una ciudad universitaria de la tranquila Baviera. Allí, un hombre disfrazado se apostaba por las noches en una de las esquinas de una calle que atraviesa la ciudad. El puñado de globos que sujetaba, la luz de las farolas y su quietud hacían el resto. Los aterrorizados habitantes escapaban al verlo, a pesar de que el siniestro payaso solo atacaba con la mirada. Además, el payaso abrió una cuenta en Instagram, PassauClown, en la que compartía con sus seguidores terroríficas fotos, con lo que logró una meteórica popularidad en la red.

El modelo empezó a copiarse en otras ciudades, apareciendo payasos siniestros en Hamburgo, Múnich y otras seis localidades más. El siniestro payaso de Bremen dio un paso más allá al llamar a las puertas de los vecinos, ofreciéndose a pintar sus casas

sin llevar material para hacerlo. Otros de esos payasos han subido vídeos a las redes, convertidos en virales, de las bromas que les hacían a los que se encontraban con ellos en las calles oscuras. Simulaban atacar a una víctima (un muñeco al que aplastaban con un enorme martillo) y después perseguían a los falsos testigos del crimen, que escapaban despavoridos.

Las autoridades alemanas han despertado las alertas sobre los casos de payasos siniestros. La paranoia está avivada por la enfermedad de la coulrofobia, fobia o miedo irracional a los payasos y a los mimos que afecta especialmente a los niños, aunque también se encuentran casos en adolescentes y adultos. Los pacientes sienten oleadas de terror por el maquillaje excesivo, la nariz roja y el color extraño del cabello, que les permite ocultar su verdadera identidad. El particular miedo de estos pacientes desencadena características propias de un ataque de ansiedad. Incluso se han registrado casos de suicidio de personas afectadas por la fobia a los payasos.

La ley no estipula un delito específico para quienes causan miedo con este tipo de actuaciones, aunque son varios los colegios de Alemania que han prohibido los disfraces de payaso asesino para la festividad de Carnaval, ya que son proclives a desencadenar el pánico. Además, los siniestros payasos han atravesado fronteras y ya se han encontrado casos similares en Francia. En un pueblo cercano a París, uno resultó muerto cuando un hombre, al sentirse atacado, lo golpeó con una piedra para defenderse. También han aparecido cuentas en redes sociales en Inglaterra, Holanda y Bélgica. Es cuestión de días que publique una foto en Instagram el primer payaso asesino de nuestro país.

—¡Un momento, ya voy!

Ángela cerró las ventanas de Safari que tenía abiertas en el Mac, con todo lo que había encontrado en Google al buscar a John Wayne Gacy, el payaso asesino. No quería que nadie pensara que se estaba obsesionando con el tema. Volvieron a llamar a la puerta de su habitación, en la residencia, volvió a decir ya voy, y, ahora sí, fue a abrir. Ángela esperaba que al otro lado estuviera Sara, así que se preparó para hacer como que le daba igual que no le hubiera contestado a los whatsapps que le había enviado. Seguro que había estado con Rai en el apartamento de lujo en el que vivía él. Ángela se prometió que se mordería la lengua. Sara ya era mayor para tomar sus propias decisiones, y ella era su amiga, no su madre, como le decía siempre, medio de broma, medio en serio. Al final, no fue necesario que disimulara porque quien llamaba era Sebas.

—¿Cómo estás? No has ido a clase.

—No, es que tenía cosas que hacer... ¿Tú qué tal?

Quería decirle que sentía lo que había pasado en el club de lectura con Nando, pero se le ahogó la voz. Hablar con Sebas de su novio siempre se le hacía complicado. En cambio, él fue más valiente.

—Ángela, lo del club... Bueno, quería pedirte disculpas.

—Espera, ¿tú a mí? ¡No, soy yo la que tiene que pedírtelas a ti! Quería hablar contigo, pero he estado ocupada y no he encontrado el momento...

Mentía y Sebas lo sabía, pero dejó que siguiera hablando.

—Siento cómo se comportó Nando. Si no quieres que vuelva al club, lo entenderé perfectamente, Sebas. Esto es algo tuyo, lo has organizado tú.

—Te lo agradezco, pero no será necesario. No creo que haya más club de Stephen King. No funcionó muy bien la convocatoria y ya tenemos varias bajas. Koldo dice que eso de los clubes está pasado, que hay que hacer «directos en Instagram, que son lo más».

—Lo siento. Sé que esto era importante para ti. Quizá podamos probar con otro tipo de lecturas... Cuenta conmigo para cualquier cosa que no incluya cuervos y luces que van y vienen. ¿Qué tal un club de Jane Austen?

—Claro, lo empezaré a preparar en cuanto termine los *cupcakes* que estoy horneando... Sabes que odio a Jane Austen. ¡Es una empalagosa!

—Vaya por Dios, al final va a ser cierto lo que sospechaba. No tienes corazón...

Ángela y Sebas se rieron con complicidad. La que habían tenido desde el primer día, aunque para ella no era nada más que eso: amistad. Por eso, aquella noche, cuando solo hacía unos días que se conocían y salieron juntos a tomar una cerveza, cuando él intentó besarla, Ángela le dijo que prefería que fueran solo amigos. Desde entonces, habían sido solo eso, por mucho que insistiese Nando.

—¿Quieres pasar? —le preguntó Ángela—. Podemos ver algo en Netflix.

—Ya sabes que mi exceso de imaginación no me permite hacer otra cosa que no sea leer —bromeó Sebas intentando que se rieran de lo que había ocurrido—. En realidad, venía a preguntarte si vas a ir a la fiesta de Campus.

—La fiesta...

Lo había olvidado porque era de disfraces, como las que había todos los primeros viernes de mes en Campus, y esos no eran lo suyo. Ni siquiera aunque Nando fuera a estar allí.

—Había pensado que podríamos ir y tomar una copa con los de clase. Ya sabes, hacer cosas de gente de nuestra edad, para variar.

—Gracias por la invitación, pero es que tengo un montón de apuntes que pasar a limpio y quiero ordenar un poco la habitación —le dijo Ángela, señalando tras ella.

—Como te pases por la mía, flipas... ¡Está ordenada, Ángela!

—Ya me conoces...

Esa era otra de las manías de Ángela: el orden. En realidad, solo era una manera de que todo estuviera colocado en su cabeza.

—Venga, solo una cerveza...

—Si es que ni siquiera tengo disfraz. ¿De qué irás tú?

—Tenía pensado quitarme las gafas y ponerme lentillas. Con que tú te quites esa coleta que siempre llevas, será suficiente. Nadie nos reconocerá —bromeó Sebas.

—Soy la estudiante universitaria más aburrida de la historia, lo sé —le dijo Ángela, rechazando definitivamente la propuesta—. Además, mañana temprano tengo una tutoría con Cruzado.

—¿En sábado?

—Sí, me dijo que quería que habláramos de mi trabajo y así estaríamos más tranquilos.

—Vale, no vengas a la fiesta, pero recuerda que mañana también has quedado conmigo para ir a esa librería nueva de la que te hablé. ¿Te voy a buscar a la uni cuando acabes?

—¡Claro! Genial.

—Si cambias de opinión, seré el chico de lentillas de la fiesta.

Ángela no cambió de opinión. Se quedó en la residencia. Una ducha caliente, sábanas limpias, velas, un libro, música de The Cure y una cerveza de las que almacenaba en la ventana de la habitación para que cogieran temperatura. A fin de cuentas, era viernes. Además, había quedado con Nando. Cuando terminara el turno, iría a dormir con ella a la residencia.

Dormir o lo que fuera. Ángela ya no tenía motivos para esperar más tiempo a que ocurriese. Le escribió un mensaje diciéndole que se quedaría despierta hasta que terminara la fiesta en Campus y que le abriría la puerta de atrás de la residencia, la de emergencia que los estudiantes se habían encargado de silenciar para que entraran las visitas, esas que, a partir de la medianoche, estaban prohibidas.

Cuando Ángela salió de su habitación ya eran más de las dos de la madrugada. Se cruzó por los pasillos forrados de moqueta que silenciaba los pasos con vampiros, princesas, piratas, curas, monjas, chicos vestidos de cabareteras, chicas con traje y gente con caretas a quienes la fiesta de Campus había pillado de improviso. El ambiente era el de todos los viernes por la noche, aunque elevado al cubo por los disfraces. Ángela caminó hasta el pasillo donde estaba la puerta de emergencia. Al abrirla se encontró en el jardín trasero de la residencia, donde los árboles eran tan altos que alcanzaban los últimos pisos del edificio. Apenas había luz, solo la que llegaba desde las farolas que quedaban fuera del recinto. Ángela miró su móvil. Nando ya debería estar allí, así que le escribió un whatsapp.

**Ángela**

No me digas que la fiesta se ha convertido en un after...

02:08

**Nando**

Algún idiota ha pegado un chicle en el cierre del bar, pero ya estoy de camino ☺

02:15

Ángela le dijo que lo esperaría dentro y que le escribiera cuando llegara, así que volvió al pasillo vacío. Se abotonó la rebeca que se había echado por encima del camión, con frío. Pasaron otros segundos y escuchó un grito que venía desde fuera. El de una chica.

Sabía que era un error volver a abrir la puerta, pero Ángela lo hizo. Dio un par de pasos y salió al jardín, que ahora parecía aún más oscuro.

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí?

Nadie respondió. Miró entre las sombras, pero no vio nada. Tampoco oyó otra cosa que no fueran los ruidos de la noche. Volvió hacia la puerta, pero se la encontró cerrada. Ella había dejado que se cerrara, y solo podía abrirse por dentro.

—Mierda...

Y entonces volvió a oír ese grito, de la misma chica. Ahora sí pudo reconocer de quién era. Sara.

Estaba a unos metros, pero llevaba el vestido roto y tenía la cara ensangrentada. Corría por el jardín, escapando.

—¡Socorro! —chillaba.

Solo estuvo uno segundos más en pie, hasta que la golpearon con un enorme martillo en la cabeza. Quien lo hizo, vestía un traje blanco con pompones de botonadura, un enorme lazo en el cuello y zapatones. La cara la llevaba cubierta por una máscara que convertía la sonrisa en un arma, llena de dientes negros afilados. Sobre la calva le crecían mechones de color naranja. Esta vez, no era una sombra confusa en la imaginación de Ángela. Era real, la había visto y se lanzaba corriendo a por ella.

Un payaso asesino.

### 3

Aterrada, Ángela trató de abrir la puerta de emergencia para escapar, pero ni siquiera tenía tirador. El payaso estaba acercándose, con el martillo apuntando al cielo oscuro. Ella podía verle las pupilas negras tras la máscara. Quizá solo las imaginase, aunque importaba poco que no fueran reales; el miedo que le provocaban sí lo era. No fue consciente de que en su cabeza ya había puesto un plan en marcha para poder escapar, pero sí que lo tenía, y funcionó. Esperó un segundo, otro y otro, hasta que el payaso estuvo frente a ella. Le dio una patada, de las que había aprendido en las clases de defensa personal, con tanta fuerza que consiguió que el payaso se tambaleara. Sintió el martillo cortando el aire que la rodeaba, pero logró escapar antes de que le agarrara el brazo. Entonces, corrió por el jardín trasero de la residencia. Las ramas de los arbustos le arañaban las piernas; las de los árboles amenazaban con golpearle en la cabeza. Oía las zancadas del payaso tras ella: plas, plas, plas. Podía sentir sus manos huesudas tratando de agarrarla. Incluso oía su risa diabólica. A pesar del miedo, Ángela estaba logrando bordear el edificio. Solo tenía que doblar una esquina más para llegar hasta la entrada principal, donde habría luz y, ojalá, gente. No estaba segura de que fuera a salirle la voz para pedir auxilio. Quería gritar, pero tenía el aire frío atrapado en los pulmones y no lograba llevarlo hasta la garganta. Plas, plas, plas, oía las zancadas tras ella. Solo le faltaban unos metros para llegar hasta la meta, pero Ángela dejó de correr antes de alcanzarla.

Eva llegó de frente, por sorpresa, la apartó y le pegó un puñetazo al payaso. ¡Zas, y al suelo! Entonces, el aire trajo carcajadas histéricas, aplausos

y gritos porque había sido la leche. Eran de Rai, que lo había grabado todo con la cámara del móvil, y seguía haciéndolo. Unos pasos por detrás llegaba Sara, resucitada de entre los muertos. Iba disfrazada de zombi, o algo parecido. Rai vestía como Alex DeLarge, el protagonista de *La naranja mecánica*, con el pijama, los tirantes y el bombín. Y Koldo iba de payaso asesino. Él era el que había perseguido a Ángela.

—¿Qué ha pasado? —les preguntó Ángela a sus amigos, aún tremendamente asustada.

Que Koldo, Sara y Rai se encontraron en la fiesta de disfraces de Campus, eso era lo que había pasado. Lo normal habría sido que ni se saludaran, que amigos no eran, pero al verlo con ese disfraz de payaso, y después de lo que habían vivido en el club de lectura, Sara y Rai acabaron compartiendo una cerveza con Koldo. Fue entonces cuando se les ocurrió hacer un vídeo como los de las redes. La víctima apareció cuando Nando le contó a Sara, al acercarse a pedir otra copa, que había quedado con Ángela al terminar su turno. Estaría esperándolo de madrugada en la salida de emergencia de la residencia. Frente al oscuro jardín abandonado. A solas. ¡Era perfecto! Rai se encargó de hacer que Nando se retrasara pegando un chicle en el cierre de la persiana del bar. Después, los tres fueron hasta la residencia, se ocultaron tras los árboles y recapitularon lo que iban a hacer mientras le pegaban tragos a una botella de Jägermeister. Koldo sería el payaso, Sara, la víctima, y Rai, el cámara. Eva los vio desde la ventana de su cuarto y escuchó el plan. Cuando Ángela se unió a la escena, decidió bajar a arruinar la función.

—Pero ¿tú eres idiota? —le gritó Koldo a Eva mientras se quitaba la máscara de payaso, ahora ensangrentada por el golpe—. ¡Joder, casi me rompes la nariz!

—¿Casi? Entonces te doy otra hostia y te la rompo del todo.

Lo amenazó con el puño en alto, y Koldo, tirado en el suelo, se echó hacia atrás como los cangrejos, utilizando los brazos como patas.

—Las bromitas estúpidas las hacéis en otro sitio que no sea debajo de mi ventana cuando estoy sobando. ¿Estamos?

No lo había hecho por eso. Si había bajado a pararles los pies era porque

no quería que le tomaran el pelo a Ángela.

—Relájate, tortillera. Además, has mejorado el final de la broma. —Rai la enfocaba con la cámara de su móvil, sin parar de reírse—. Péinate, que lo vas a petar en YouTube.

Ese vídeo nunca llegaría a subirse a internet porque Eva le quitó el móvil y lo lanzó contra el muro. Se rompió, por supuesto. Sara tuvo que agarrar a su novio, que gritaba qué has hecho, tarada, te vas a arrepentir de esto y no sabes con quién estás jugando. Eva ni se acobardó ni dio un paso atrás. Al final, también tuvo que meterse en medio de la pelea Nando, que acababa de llegar, no encontró a Ángela en la puerta de emergencia y oyó los gritos en el jardín.

—¡Alégrate de ser una tía, porque, si no, ya te habría reventado la cabeza! —amenazó Rai a Eva mientras ella se marchaba, regalándole el dedo corazón hacia el cielo.

—¿De qué va todo esto? —preguntó Nando al grupo, desconcertado porque su novia casi tenía lágrimas en los ojos.

—Nada, solo era una broma... —dijo Sara, arrepentida, al ver la que se había formado.

Se lo contaron. Ángela intentó quitarle importancia porque solo quería olvidarlo, pero Nando no estaba dispuesto a dejarlo pasar. Su novia aún estaba temblando.

—¡Vosotros tres sois gilipollas! Es que no me lo puedo creer...

—Lo siento, Ángela. No sabía que te ibas a asustar tanto, de verdad —se disculpó Sara.

—Joder, yo me largo. No contéis conmigo para hacer más bromas —dijo Koldo, que se marchó echando la cabeza hacia atrás para que dejara de sangrarle la nariz.

—¿Más bromas? —preguntó Nando.

Claro que habían pensado en hacer más bromas. Tenían ese disfraz aterrador, las cámaras de los móviles, un montón de chavales que volvían de fiesta con unas copas de más y la Ciudad Universitaria de noche, un escenario más espeluznante que cualquiera de los que habían salido de la imaginación de Stephen King.

—Angelita, tienes que relajarte un poco. La gente no va por ahí queriendo matarte —le soltó Rai antes de marcharse—. No te creas tan especial...

—Rai, déjalo ya —le pidió Sara, tirándole del brazo para que se fueran—. Ángela, no te enfades.

No lo hizo porque sabía que el chico tenía razón. El problema no era la broma, que, sí, se habían pasado, pero también ella al tomársela como si los payasos asesinos existieran de verdad. Eso fue lo que le dijo a Nando, aunque no le contó que estaba empezando a obsesionarse con que padecía coulrofobia, con que acabaría volviéndose loca, él lo descubriría y dejaría de querer estar con ella. No le dijo que el problema era cómo ella se lo tomaba todo: siempre con miedo.

Por la mañana, a pesar de la débil lluvia primaveral, Ángela lo vio todo de otro color. La residencia siempre parecía diferente a esa hora, cuando la vida volvía y los estudiantes iban por los pasillos hacia las duchas, la cafetería y la sala de la tele. Ese renacer matutino, en realidad, ocurría en toda la Ciudad Universitaria, por donde Ángela caminaba bajo un paraguas amarillo. Iba a reunirse con Cruzado.

Antes de eso, se despertó junto a Nando. Al salir de la cama, se arrepintió de haber estado tan asustada la noche anterior. Ni siquiera se planteó que ocurriera algo entre ellos. Ángela dejó la música puesta, seguía sonando The Cure, pero a ese volumen que se escucha la música cuando quieres que te ayude a dormir. Se tumbaron en la cama, abrazados como si el colchón fuera mucho más estrecho de lo que era. Ella seguía diciendo que había sido una tontería, aunque su cuerpo tenso contara otra cosa. Nando le acarició el lóbulo de la oreja con la respiración hasta que se quedaron dormidos. Si hubiera sabido que al día siguiente toda su vida cambiaría, Ángela no habría desaprovechado la oportunidad de haber perdido la virginidad con el chico del que estaba enamorada.

El despacho de Cruzado estaba en la tercera planta, como todos los de los

profesores. Era la única puerta entreabierta del pasillo. En realidad, era la única del edificio, vacío por ser sábado. Ángela dio un par de golpes con los nudillos. Escuchó un adelante, pasa, y entró. Cruzado estaba tras su mesa, con una taza en las manos que apuró de un sorbo. A su alrededor había montañas de papeles. También libros, como los que forraban las estanterías de las paredes, donde también había diplomas que certificaban todos sus conocimientos. Cruzado vestía de sport, más aún que cuando daba las clases; camisa clara, vaqueros y zapatos cómodos. Le dijo con simpatía a Ángela que la estaba esperando.

—Siéntate, por favor. ¿Todo bien, Ángela?

—Bien, genial.

—Los sábados siempre va todo mucho mejor que los lunes, ¿verdad? Por eso quería que nos viéramos hoy.

Ángela se temió lo peor. ¿Quería verla en fin de semana para que se tomara mejor lo que iba a decirle? Se lo preguntó, porque ya empezaban a poderle los nervios, y Cruzado añadió algo que se lo aclaró:

—En realidad, quería estar ocupado hoy, Ángela. La idea de pasar el sábado solo en casa se me hacía difícil. Es que mi mujer y yo... no estamos pasando un buen momento.

Lo dijo mirando la fotografía que tenía enmarcada sobre la mesa, de él y su esposa, abrazados. Ángela se sintió algo incómoda. Esa conversación no entraba en la lista de las posibles entre un profesor y su alumna, por mucho que eso no fuera un secreto porque la noticia había corrido como la pólvora por los pasillos de la facultad. No eran pocas las alumnas que se alegraban porque Cruzado era el más atractivo de todos los del cuadro de docentes.

—Lo siento mucho —le dijo Ángela, sin saber qué más decir.

—Perdona, no tenía que habértelo comentado. Es que a veces me cuesta ver que eres una alumna. No sé, te veo tan madura...

Volvió a sentirse incómoda, pero también pensó que Cruzado debía de estar pasándolo realmente mal para contarle algo así. La miró durante unos segundos como si fuera un cuadro y después enderezó el volante de la conversación para volver al tono profesional:

—Bueno, vamos a ver ese relato.

—Me dijo que tenía algunas notas.

—Y también te dije que no quería que me hablaras de usted.

—Es cierto, perdona...

—Cada vez que un alumno me llama «señor profesor» me salen un par de canas más. Esto es la universidad. Aquí todos somos adultos, ¿no?

Era cierto, Ángela había dejado atrás, en la pequeña ciudad del Levante en la que había crecido, esas relaciones con sus profesores de la adolescencia que se basaban en la desconfianza y las amenazas de llamar a los padres si faltaban a clase, como le recordó Cruzado.

—Aunque seguro que tú eras de las que nunca faltabas.

—Para nada, era de las que siempre estaban de pellas... Vale, no. Era de las que iban a clase hasta con fiebre.

A pesar de que el tono de la conversación le parecía excesivamente amistoso, Ángela pensó que Cruzado lo necesitaba, así que trató de relajarse y le prometió que pasarían al tuteo mientras él buscaba entre las montañas de trabajos de los alumnos que tenía sobre la mesa.

—Quítate la cazadora vaquera. Hace calor aquí, ¿no?

Ángela se la quitó, sin darle importancia, aunque solo unos minutos después descubriría que sí la tenía. Mucha. Cruzado volvió a la mesa, pero esta vez no se sentó tras ella. Ahora se colocó en la silla que quedaba al lado de Ángela. A ella le llegó el olor de su cuerpo. Le sorprendió porque olía a alcohol. Miró la taza, pero no fue capaz de saber si lo que había dentro era café. Pensó que no parecía que estuviera bebido mientras Cruzado leía en voz alta las primeras líneas del relato que ella había escrito. Diez páginas de un cuento que el profesor le pidió a la clase que redactara. La única condición que les puso fue la de que la historia, a pesar de ser breve, tuviera una estructura con planteamiento, nudo y desenlace. Ángela había escrito un relato sobre una joven, un barco, una noche en un mundo con dos lunas en el cielo, una profecía y algo de magia para resolverla. No era nada, solo un cuento tonto de esos que ya se han leído mil veces, aunque a ella le había supuesto restarle muchas horas al sueño para pelearse con las frases hasta encontrar el mejor modo de llevarlas al papel en blanco.

—La verdad es que no se me da bien encontrar algo sobre lo que escribir.

No sé, siempre tengo la sensación de que no tengo una buena historia que contar —se justificó Ángela antes de que el profesor le lanzara su opinión—. Me costó mucho ponerle fin a este relato, de veras. Supongo que no es perfecto, pero teníamos poco tiempo y al final tuve que entregarlo como estaba...

Cruzado le respondió pidiéndole silencio con el dedo y leyendo en voz alta el primer párrafo. Pasó las hojas y siguió leyendo algunos extractos. A Ángela la sorprendió ver que no había notas al margen. Recordaba que, al citarla en su despacho, le había dicho que quería comentar con ella las notas que había tomado. Si las había escrito en un cuaderno o en el ordenador, no parecía necesitar consultarlas para la tutoría.

—Ángela, llevo años leyendo estos cuentos. Es algo que siempre pido a los alumnos de primer curso porque me parece fundamental ponerse en la piel de un escritor para comprender su trabajo. Eso es lo que hacemos cuando juzgamos la literatura. Te confieso que no suelo esperar nada bueno, sois estudiantes de primero y estáis aquí para aprender, pero lo que tú me has entregado... ¡es verdaderamente brillante!

—¿Cómo?

—¡Lo que has escrito es una maravilla! Fluye, tiene ritmo, atmósfera... Y los diálogos no son eternos, ni intentas incluir todas las palabras rocambolescas que sabes, que es el error número uno de los autores jóvenes. De veras, esto es muy superior a lo que han escrito el resto de tus compañeros.

A Ángela le costaba creerlo. Quizá hubiera construido algunas frases con gracia y colmillo, quizá pusiese las comas en su sitio, y quizá toda la historia contara con una estructura correcta, pero no le parecía que tuviera nada más. La trama no era nada del otro mundo, solo se parecía a otra que ya se había escrito miles de veces.

—Virginia ha ganado el premio de relato de la universidad. Seguro que el suyo es increíble.

—¿Virgina? Esa chica tiene una mirada que me da escalofríos... Además, su ejercicio no se parece en nada al tuyo.

—El mío se parece a un resumen de una novela de la escritora Laura

Gallego...

Antes de darle réplica, Cruzado fue hasta la puerta porque la luz del pasillo había ido y venido, como siempre. La cerró y volvió a sentarse a su lado.

—Deberías dedicarte a esto, Ángela. Tienes que ser novelista.

—Pero es que de veras que no creo que tenga algo sobre lo que escribir. No sé, cuando intento encontrar una historia solo llego a una que se parece a algo que he leído. ¡Solo sé copiar!

—Hace siglos que la escritura se basa en reescribir lo que otros ya han publicado. ¿Qué tengo que hacer para que confíes en mi criterio? No sé, quizá debería pedirte que volvieras a tratarme de usted... Ángela, créetelo. Eres especial.

No podía creérselo, pero, al final, una parte de ella, quiso hacerlo. Alguien a quien admiraba insistía en decirle que lo que ella había escrito era auténtica literatura.

—No debería hacer esto y quiero que sepas que me la juego porque mis compañeros no verían bien el trato de favor, pero lo cierto es que tengo grandes contactos editoriales. Si escribes una novela, yo sabría a quién enviársela. Estoy seguro de que te la publicarían.

La boca de Ángela formó una sonrisa. Escritora. Jamás se había atrevido a decirlo en voz alta, aunque era una de esas cosas que tenía en un recoveco de su mente, convenientemente silenciada por aquello de cómo voy a hacer yo eso, si seguro que me quedaría en el camino, y, además, que de la literatura no se puede vivir. Y por más cosas que no quería recordar, mucho menos ahora que alguien estaba diciendo en voz alta que tenía que dedicar su vida a escribir sí o sí.

—Estoy seguro de que a las editoriales les interesará una escritora tan guapa como tú.

—¿Cómo? —le preguntó Ángela desconcertada.

Cruzado desvió el tiro, como si nunca hubiera disparado. Ella intentó convencerse de que así había sido. Quizá no hubiera escuchado bien.

—¿De veras nunca habías escrito nada antes?

—Tonterías... Diarios, sobre todo.

—¿Diarios? Seguro que ya tenían tu estilo. Y ¿qué escribías? ¿Sobre chicos?

Segunda vez que a Ángela le pareció que las palabras de Cruzado estaban pasando la línea. Trató de disimularlo, aunque ya no pudo evitar que se le borrara la sonrisa y sus ojos escaparan de la mirada del profesor.

—Seguro que siempre has tenido montones de chicos a tu alrededor. Eres muy especial, Ángela. Y tienes unos ojos preciosos. Es increíble cómo te brillan siempre.

Silencio. Ángela volvió a mirar a Cruzado, aunque esta vez lo hizo apretando los dientes. El profesor le había puesto una mano sobre la rodilla y se la acariciaba con los dedos.

Ángela quiso levantarse, pero no pudo. Estaba paralizada por el miedo, ese que creía haber sentido antes miles de veces, pero ninguna de esas había sido nada comparada con lo que se movía ahora por su cuerpo. Este miedo era real. Estaba a solas con un hombre, en un despacho de la última planta de un edificio vacío.

—Tú también piensas que soy un profesor especial, ¿verdad, Ángela? Lo sé, siempre lo he sabido.

—No entiendo a qué se refiere.

Sí que lo entendía, sí que sabía a lo que se refería, pero la aterraba la posibilidad de que al decir algo equivocado se complicara aún más la situación. Cruzado podía tumbarla con un solo golpe. Tragó saliva cuando lo vio alargar el otro brazo para apartarle el flequillo y levantarle la barbilla, obligándola a que sus ojos estuvieran en la misma línea horizontal.

—Tú también sientes que hay algo entre nosotros. He notado cómo me miras en clase. No tienes por qué avergonzarte, Ángela... Yo quiero lo mismo que tú.

Despacio, se acercó a su boca para besarla. Ángela se apartó como si tuviera fuego frente a ella.

—¿Qué está haciendo?

Cruzado se levantó, mostrándole las manos, como si lo estuviera acusando de tener un arma.

—¡Ángela, tranquila! Tienes novio, ¿es eso? No importa, yo no se lo voy

a contar. Ni tú. No puedes decírselo a nadie.

—Tengo que irme...

Recogió sus cosas, aunque no era consciente ni de que lo estaba haciendo. Solo quería escapar.

—Ángela, espera... ¿Qué ocurre?

Cruzado sabía lo que ocurría, pero se rio como si en realidad no estuviera pasando.

—Espera, Ángela. Creo que me has malinterpretado.

Le pidió que se relajara, acercándose a ella, pero solo consiguió que Ángela fuera con urgencia hacia la puerta. Hasta que el profesor le cortó el camino.

—Tengo que irme.

—¡Espera, Ángela! No irás con este cuento a nadie, ¿verdad? Nadie te creería.

En su cara ya no había sonrisas, ni voz amable e inocencia. Solo agresividad, igual que en su mirada y en los puños que cerraba. La amenazó golpeándola con el sabor del alcohol de su boca:

—Ángela, te he dicho que puedo convertirte en escritora, pero también puedo hundir tu carrera. Soy un profesor importante en esta facultad. Con solo chasquear los dedos, puedo conseguir que tu futuro se convierta en un infierno. Piénsatelo. ¿Es eso lo que quieres? Yo creo que prefieres otra cosa...

Cruzado le acercó la mano a la cara para acariciarla. Ángela lo apartó de un empujón, llegó hasta la puerta y trató de girar el pomo. Estaba cerrada. Cruzado había echado la llave cuando se había levantado a cerrarla.

—Déjame salir, por favor.

Ángela se lo rogó, ya con lágrimas asomándole a los ojos.

—No vas a ir a ninguna parte.

—Así no vas a salir de aquí, Ángela. Cálmate, vamos a hablarlo.

—Le prometo que no diré nada, pero déjeme marcharme, por favor... ¡Por favor!

Se lo rogó una y otra vez, hasta que se rompió y lloró con fuerza. Se refugió en una esquina del despacho, abrazándose el estómago, que ya hasta le dolía del miedo. Cruzado le ordenó que dejara de comportarse como una cría y sacó del bolsillo la llave de la puerta del despacho, como si lo ofendiera que insinuase que la hubiera echado para violarla. Él no haría nunca nada de eso, no era un monstruo y solo la había cerrado para que hablaran más tranquilos. Eso fue lo que le dijo, y también que:

—Tú fuiste la que se presentó en mi despacho cuando ni siquiera había tutoría. Tú fuiste la que buscaste que esto ocurriera. Eso es lo que todo el mundo pensará si vas con el cuento. ¿Lo tienes claro, Ángela?

Le prometió que lo tenía claro, que no diría nada y le rogó varias veces que, por favor, la dejara marchar. Cruzado, al fin, giró la llave y el bombín de la cerradura hizo lo mismo. La puerta volvía a estar abierta.

—No lo entiendo, Ángela. Me tratas como si fuera un monstruo... Lo has fastidiado todo.

Eso fue lo que le dijo antes de que cruzara la puerta, con un punto de decepción, violencia y amenaza. Ella, sin saber cómo, fue capaz de caminar por el pasillo de los despachos. Sentía la mirada de Cruzado clavada en la espalda. No corrió porque él le había pedido que no lo hiciera, aunque al doblar la esquina aceleró el paso. Para cuando llegó a las escaleras, Ángela ya

estaba corriendo. Bajó los escalones sin darse cuenta de que los estaba saltando, aunque se tropezó al llegar a la entrada y acabó arrodillada junto a la estatua del Quijote. Se levantó, siguió corriendo y, al fin, salió de la facultad. Ni con el aire en la cara conseguía respirar. Ángela volvió a correr, hasta que se chocó de frente al atravesar el jardín de entrada al edificio. Gritó, aterrada.

—¡Ángela, tranquila!

Era Sebas. Habían quedado a esa hora por allí. Él no sabía qué le ocurría, pero estaba tan asustada que intentó abrazarla para consolarla. Ángela gritó de nuevo, como si las manos de Sebas pudieran quemarle la piel.

—¿Qué ha pasado, Ángela?

Ángela tardó días en poder contarlo. Los mismos que pasaron antes de que las lágrimas dejaran de mojarle los ojos. No volvió a la clase de Cruzado, ni a ninguna otra. Se encerró en su habitación pensando que tardaría siglos en salir de ella. Tuvo que decirles a sus padres cuando la llamaron que estaba bien, solo que con mucho que hacer para la universidad y que mejor no vengáis este fin de semana, ya iré yo para el puente de San Isidro. Tuvo que rogarle a Nando que no se presentara en el despacho de Cruzado, que se quitara la idea de romperle la cabeza como juraba que haría. También le imploró que dejara de pedirle que le denunciara. Ella no tenía más pruebas que su testimonio y Cruzado era una persona rodeada de prestigio de la que nadie desconfiaría. Además, técnicamente, no había ocurrido nada. Le había hecho una propuesta que ella había rechazado. Cuando le pidió que abriera la puerta del despacho, lo hizo. Sí, la facultad estaba vacía y seguro que lo planificó todo desde mucho antes de invitarla a esa tutoría, pero la realidad era que no había pasado nada; al menos, nada que le hubiera dejado marcas visibles. Ya se lo había dicho Cruzado: ambos eran mayores de edad.

—Si lo denuncio solo voy a conseguir arruinar mi vida. Yo soy la chica joven y ambiciosa que llevaba una falda. Cruzado, el profesor carismático. El mundo funciona así de mal, Nando. Me costaría todo mi futuro intentar cambiarlo y no estoy segura de que fuera a conseguirlo.

No quería entrar en esa guerra. Sí, quizá podría llegar a ganarla, pero para entonces las heridas ya la habrían dejado exhausta. Además, se sentía culpable. Ángela siempre se había mostrado entusiasmada por contar en clase con el favor de Cruzado. Había sido cercana con él y los que tuvieran mala uva podrían decir que, quizá, incluso demasiado. Lo de que ella había estado todos esos meses en clase tonteando con él era una duda que enseguida estaría en el aire, aunque ella estuviera convencida de que nunca lo había hecho. Daba igual que su novio le dijera que así era como se sentían todas las víctimas de acoso, Ángela sabía que Nando no podía comprenderlo. Tampoco Sebas. En cambio, Sara sí, y por eso fue la única que nunca puso en duda que nadie la creería. También fue la que le dijo que el modo de hacer justicia pasaría por tomársela por su mano. Por eso, aunque le prometió a Ángela que no lo haría, Sara se lo contó a Rai. Solo unas horas más tarde, el chico abrió un grupo de WhatsApp.

Rai creó el grupo «PayasoUCM»

Rai agregó a Ángela

Rai agregó a Nando

Rai agregó a Sara

**Ángela**

¿Se puede saber qué es esto? Sara,  
me da  
que tú lo tienes claro.

17:04

**Nando**

¿De quién es el otro número, el que  
empieza  
por 620? Dice que es el administrador  
del grupo.

17:05

**Sara**

Es Rai. Quiere contaros algo... Ángela,  
digas  
que sí o que no, no te cabrees conmigo,

¿vale?  
17:05

Rai añadió una imagen al grupo «PayasoUCM»

**Nando**

¿Y esa foto de un payaso asesino?  
17:06

**Rai**

Ángela, ¿qué tal estás?  
17:06

**Rai**

Sara me ha contado que tienes un profesor que es un puto cerdo asqueroso.  
17:06

**Ángela**

No me lo puedo creer... Es que estoy alucinando, Sara. Me prometiste que no contarías nada. ¡Y mucho menos a Rai, joder!  
17:07

**Sara**

Ángela, sabes que soy malísima guardando secretos... Te juro que lo hice porque estaba agobiada y no sabía cómo ayudarte. Pero, tía, ¡es que Rai ha encontrado la manera!  
17:07

**Nando**

Sara, esto no tiene gracia. Me salgo de este grupo. Ángela, pasa. Haz lo mismo.  
17:06

**Rai**

¡Esperad un momento, joder! Ángela, no te chines. Te voy a ayudar a devolvérsela a ese hijo de puta. Mira, se me ha ocurrido una cosa para joderlo pero bien. Se va a arrepentir toda su vida de lo que te hizo. Pero lo tenemos que hacer todos juntos. Todos, ¿vale? No se va nadie de este grupo.

17:07

**Nando**

Rai, tío, para ya. Ángela solo quiere olvidar lo que pasó y esta mierda de grupo no ayuda nada.

17:07

**Rai**

Ángela, si quieres te olvidas de todo, pero después de joder a ese cabrón. La tiene que pagar.

17:08

**Sara**

Ángela, ¿estás? Rai, cuéntale ya lo que hemos pensado.

17:09

**Rai**

¡Vamos a hacerle a Cruzado la broma del payaso asesino!

17:09

Sentada en la cama en la que llevaba días refugiándose, Ángela leyó en la pantalla del móvil el último mensaje de Rai. Varias veces. Recordó cuando se encontró con Cruzado en el cuarto de baño, cuando hablaron de Stephen King

y cuando él le confesó que los payasos le daban pánico. Pensó en lo que supondría para el profesor encontrarse con un grupo de payasos asesinos por los pasillos oscuros de la facultad como Rai proponía. Lo que sentiría si lo hicieran correr, persiguiéndolo con martillos en las manos. Lo grabarían todo y lo subirían a YouTube, para mayor escarnio. Como venganza sonaba bien, pero Ángela no era de las que se vengaban. Al menos, no lo era antes de que Cruzado le hubiera hecho sentir más miedo del que pensaba que se podía guardar dentro.

**Sara**

Ángela, tú misma lo dijiste. Si lo denuncias, la cagas. Nadie te creería de primeras, eso seguro. La única manera es tomarte la justicia por tu mano. Piénsalo, joder, ese cerdo se merece ser la víctima por una vez. ¿O te crees que eres la primera a la que acosa? Seguro que tiene un buen historial. A mí me miraba las tetas en clase.

17:11

**Nando**

Sara, para de una vez. Dejad de agobiar a Ángela, que bastante tiene ya.

17:11

**Rai**

Nando, tronco, que ese hijo de puta casi viola a tu novia. ¡¿NO PIENSAS HACER NADA?!  
NADA?!

17:11

**Nando**

No te metas, ¿vale?

17:12

**Rai**

Me meto porque ese cabrón puede hacerle lo mismo a Sara. Ángela, te juro que me encargaré de que se mee en los pantalones de miedo. Y después me encargaré de que su vídeo se mueva por todas las redes sociales para hacerlo quedar como la persona más patética del mundo. Tu novio será un cobarde, pero yo estoy dispuesto a hacer todo eso por ti, ¿vale?

17:14

No iba a hacerlo por ella, claro que no. ¡A Rai le daba exactamente igual Ángela! Lo que de verdad quería era tomarle el pelo a un profesor y jugar a ser un asesino con un martillo en la mano. Y pretendía que todos participaran para que, si los descubrían, las culpas quedaran diluidas.

**Rai**

Será la hostia, ya lo verás, Ángela. Además, nos echaremos unas buenas risas a costa de ese cerdo.

17:15

**Nando**

Vale, Rai. Ya lo has propuesto y Ángela no está interesada. Elimina este puto grupo.

17:15

**Rai**

Tío, deja que responda ella, ¿no? Tú si no quieres estar en la movida, no estés. Con que no te chives, suficiente.

17:16

**Nando**

Ángela, sal del grupo y bloquéalo.  
17:16

Entonces, Ángela colocó las puntas de los dedos en el teclado del móvil y escribió su respuesta. Una que ni siquiera ella se esperaba.

**Ángela**  
¿Cuándo lo haríamos?  
17:20

## 5

Rai llenó la pantalla de emoticonos de aplausos, Sara, de muchas sonrisas, y Nando le preguntó si estaba segura. Ángela escribió que sí, dos veces. También que era consciente de lo que se estaba jugando si los descubrían. Y sí, sabía que no era lo correcto, pero hacer siempre lo correcto solo la había llevado a tener miedo, y tener miedo a sentir aún más miedo. Eso último se lo dijo solo a Nando cuando lo llamó por teléfono. Lo harían, y pronto, aunque aún faltaban unos cuantos participantes para unirse al grupo de WhatsApp de PayasoUCM.

Sebas fue el siguiente. Ángela confiaba en él y no quería tener que mentirle cuando el vídeo saliera a la luz. Sabía que tardaría solo unos segundos en sumar dos más dos y deducir que eran ellos los responsables de la broma. Además, que Sebas querría hacerlo. Probablemente, solo por ella, pero lo importante era que se uniría y Rai había diseñado un plan en el que cuantos más payasos fueran, mejor. Quería que persiguieran a Cruzado por toda la facultad, y que cuando creyera que la pesadilla había terminado volviera a empezar.

Rai agregó a Sebas

**Ángela**

Sebas se apunta.

20:21

**Nando**

Ángela, no me lo habías dicho. ¿Cuándo

se lo has contado?

20:22

**Rai**

Empollón, lo dicho. Como te acojones te crujo.

20:23

**Sebas**

Que no me voy a acojonar. Y soy cero empollón. Tengo todo un historial de suspensos en gimnasia 😊

20:25

**Sara**

Jajajaja. Cuantos más, mejor.

20:25

**Nando**

Podíamos haberlo discutido antes, ¿no?

20:25

**Rai**

Sebas ¿tú no tendrás una cámara buena?

La idea es dejar la facultad a oscuras y con las cámaras de los móviles igual luego no se ve una mierda.

20:26

**Ángela**

Yo solo tengo la del móvil.

20:26

**Sara**

Yo igual y es una patata.

20: 26

**Sebas**

No, pero sé quién tiene una de esas de los vídeos de YouTube, con un objetivo que lo amplía todo. Tipo ojo de pez. Creo que también graba de noche. Pero no sé si nos la dejaría...

20:27

**Ángela**

¿Quién?

20:28

Koldo. Se la dejaría solo si le contaba para qué la quería. Eso fue lo que dijo cuando Sebas y Ángela se presentaron en la puerta de su habitación en la residencia. Sebas iba a inventarse una excusa, pero Ángela prefirió que le contara la verdad. Koldo también ataría cabos en cuanto viera el vídeo colgado en internet. Además, Rai ya había dicho que le parecía genial que se uniera.

**Rai**

¡Ese idiota tiene un huevo de seguidores en las redes! Nos vendrá bien para que el vídeo rule.

20:29

**Sara**

Bueno, no tantos... No llega a mil, pero parece que tiene muchos más.

20:29

**Nando**

¿Estamos seguros de que queremos que ese vídeo acabe en Facebook?

Nos puede meter en un lío...

20:30

**Rai**

No seas brasas, macho. Que lo subiremos desde una cuenta anónima o algo así. La del PayasoUCM.

20:30

Rai agregó a Koldo

**Koldo**

Que sí, que os dejo la cámara y que me apunto. Que le den a Cruzado, que me tiene una manía que no puede ni verme.

22:04

**Sara**

No me imagino por qué...

22:10

**Koldo**

¿A qué viene eso?

22:10

**Rai**

Nada, que de puta madre que te unas.

22:10

**Koldo**

Bueno, y ¿cómo lo vamos a hacer?

22:11

El plan fue cogiendo forma a medida que se acumularon los mensajes en el grupo. Koldo les contó dónde había conseguido el disfraz de payaso que había llevado a la fiesta de Campus y Rai se ofreció a comprar cinco más. También se encargó de las linternas y de los martillos. A Ángela lo que le tocó fue encargarse de que se encontraran a Cruzado a solas en su despacho. De noche, en la facultad vacía.

De: [angelakuntz@gmail.com](mailto:angelakuntz@gmail.com)

Para: [antonio.cruzado@ucm-profesores.com](mailto:antonio.cruzado@ucm-profesores.com)

Hola:

Supongo que te sorprenderá este mail. Yo también estoy sorprendida por estar escribiéndolo. Si lo estoy haciendo es porque ahora sé que quiero verte, y hablar contigo.

La última vez me dejé muchas cosas sin decirte. Lo cierto es que no sé por qué me comporté como lo hice. Yo también estaba deseando que ocurriera, ahora lo sé. Supongo que me asusté... Pero lo importante es que ya no tengo miedo. Tengo muchas ganas de tener unos minutos a solas contigo para aclarar las cosas. Quiero que me des una segunda oportunidad, y cambiar lo que ocurrió.

¿Podríamos vernos en tu despacho? El viernes antes del puente, cuando ya no haya nadie por la facultad. Quizá el bedel pueda dejarte las llaves.

Un beso.

ÁNGELA

PD: ¿Podrías borrar este mail? Es mejor que esto quede solo entre nosotros.

De: [antonio.cruzado@ucm-profesores.com](mailto:antonio.cruzado@ucm-profesores.com)

Para: [angelakuntz@gmail.com](mailto:angelakuntz@gmail.com)

Querida Ángela:

No sabes la alegría que me he llevado al leer tu mail. Lo he pasado realmente mal todos estos días en los que he tenido que ver tu pupitre vacío en mi clase, pensando en qué había hecho mal. Te confieso que no he sido capaz de encontrar la respuesta.

Ángela, yo solo reuní valor para poner sobre la mesa las cartas con las que llevábamos meses jugando. Los dos, tú y yo. Era una partida maravillosa, pero tú te empeñaste en convertirla de pronto en un juego en el que, al parecer, yo te estaba obligando a participar. Fue tan injusto cómo me trataste, Ángela...

No te guardo rencor. Lo importante es que lo has reflexionado y ahora sabes que te equivocaste. Te has dado cuenta de que tú eres especial, igual que yo, y que lo que vamos a formar juntos lo será aún más. Ha llegado el momento de que ocurra.

Te esperaré en mi despacho el viernes, cuando ya no haya nadie en la facultad. La puerta estará abierta solo para ti (Roberto, el bedel, me dejará las llaves).

Te deseo.

CRUZADO

Llegó el viernes, el último antes del puente de San Isidro. La Ciudad Universitaria estaba vacía porque casi todos los estudiantes se habían ido a pasar el ecuador de mayo en las ciudades de origen. A la vuelta, llegarían los exámenes.

Rai, Sara, Ángela, Nando, Koldo y Sebas se encontraron en la facultad, pero en la parte de atrás del jardín que la rodeaba. Allí había una pequeña roaleda, con bancos de piedra, donde Ángela se sentaba a leer algunas tardes soleadas. Esta no lo era. El grupo mató con litronas y botellas de Jäger el tiempo que tenían que esperar. Hasta que la furgoneta del bedel desapareciera del aparcamiento; esa era la señal de que dentro del edificio solo quedaría Cruzado. Se pasaron el alcohol unos a otros igual que si fueran un grupo de amigos que bebía para celebrar que tenían un puente por delante. Días después, Ángela trató de recordar las conversaciones que mantuvieron esa tarde, pero todo estaba nublado en su cabeza. Sí recordaba la sensación de euforia por lo que iba a pasar. Eso la hacía sentirse aún más culpable. En realidad, una parte de ella, disfrutó vengándose de Cruzado.

Pasaron las nueve y al fin oyeron el ruido de la furgoneta del bedel mientras se alejaba. Ángela miró hacia la última planta de la facultad. La luz del despacho de Cruzado era la única que estaba encendida. Los seis entraron en el aulario sin saber que después de eso sus vidas cambiarían para siempre. Llevaban los disfraces de payaso y las caretas en una bolsa de deporte. En otra, los martillos y las linternas con las que iluminarían los pasillos cuando el edificio se quedara a oscuras. Tardaron solo unos segundos en ponérselo todo. Lo hicieron en el hall, bajo la atenta mirada de la estatua del Quijote, mientras recordaban el plan. La broma la empezaría Rai, iba a ser el primer payaso con el que Cruzado se encontraría en su despacho. Lo obligaría a salir al pasillo y entonces Nando se encargaría de dejar el edificio a oscuras fundiendo los plomos, esos que siempre fallaban y que no había manera de arreglar. A partir de ese momento, Cruzado correría por toda la facultad.

Cada pocas esquinas, se encontraría con un payaso más que lo amenazaría con un martillo hasta que pidiera clemencia. Koldo iría siempre unas zancadas por detrás, con la cámara, grabándolo todo.

—¡Va a ser la puta hostia! —aseguró Rai eufórico.

Chocaron las manos unos con otros, para celebrarlo y también para calmarse. La que más nerviosa estaba era Ángela, aunque intentaba disimularlo.

—¿Estás bien? —le preguntó Nando.

—Perfectamente.

Le dijo que iba a beber agua de la fuente del pasillo. En realidad, solo quería alejarse de él para que no le hiciera dudar. Ángela había decidido que lo harían y ya era tarde para echarse atrás. Además, Cruzado se lo merecía. Intentaba convencerse de que era justicia lo que buscaba, pero no conseguía apagar la voz en su cabeza que le decía que eso iba a ser ajusticiamiento.

Caminó hasta la fuente, con la careta en la mano. Intentaba no mirarla porque le daba miedo, tanto como padecer coulrofobia y no ser capaz de ponérsela. Se agachó para beber. El agua fría le mojó la boca. Cuando se incorporó, se encontró frente a ella a alguien que no esperaba.

Y así fue cómo los descubrieron.

## 6

Virginia había pasado toda la tarde en la biblioteca de la facultad, escribiendo. Lo hizo metiéndose tanto en la historia que cuando anunciaron el cierre se olvidó de guardar en la mochila, junto con el ordenador, la libreta en la que anotaba todas las ideas que después pasaba a limpio. Siempre tenía olvidos, por los porros que fumaba. Y por la medicación. Mientras volvía a la residencia para pasar el puente en su cuarto, ya que Virginia con sus padres ni podía ni quería estar, se dio cuenta de que no tenía el cuaderno. Deshizo el camino, con la esperanza de encontrarlo en su sitio. Nadie podía leer lo que tenía escrito.

Sabía que, probablemente, la facultad ya estaría cerrada. Se encontró el edificio abierto, pero no tuvo tanta suerte con la biblioteca. Al tomar el recorrido de vuelta, el azar jugó ahora en su contra, o quizá a su favor, y vio a Ángela bebiendo de la fuente del pasillo. También al resto de los payasos asesinos, hablando de lo que estaban a punto de hacer. Les escuchó decir que vamos, que ya estará solo en su despacho y que Cruzado se va a cagar de miedo. Virginia no dio marcha atrás. Los miraba con esos ojos inquietantes que tenía. Parecía fascinada por la imagen.

—Es Virginia. Me ha visto así vestida —le contó Ángela al resto del grupo angustiada.

—Mierda, Ángela... ¡Ponte la puta careta! —la abroncó Rai.

Virginia vio al chico corriendo hacia ella. No escapó.

—Eres Virginia, ¿no? ¿Qué haces en la facultad tan tarde?

—Nada. Me gusta cuando está vacía.

—Ya, pues, vente con nosotros un rato. Nos conocemos todos del club de lectura ese. ¿No quieres ser nuestra colega?

Virginia vio la sangre en el traje de Rai. Acercó su mano para tocarla. Rai la agarró del brazo y la llevó hasta el resto de los payasos, apretándola con fuerza para que no se escapara.

—Te estarás preguntando qué hacemos así vestidos —le dijo Rai.

—Déjala en paz. No dirá nada.

Eso último, Ángela se lo dijo a Virginia, rogándoselo con la mirada. Le pidió que los dejara hablar un segundo a solas. Los seis se alejaron unos pasos, aunque no los suficientes para que la chica, con esa mirada de mosca, siempre enrojecida, dejara de oírlos.

—¡Y una mierda no va a decir nada! Esta es una pirada, y esas son las peores —insistió Rai.

Sara también lo dudaba, igual que Koldo. Les daba igual que para Ángela no hubiera ningún peligro. En realidad, a ella le parecía más arriesgado involucrar a alguien como Virginia en lo que iban a hacer. Era cierto que parecía estar siempre ida, quizá solo por fumar maría, aunque le costaba confiar en que no fuera a dejarse llevar por ese estado de embriaguez.

—Angelita, que como no la metamos en el marrón es capaz de ir con el cuento cuando publiquemos el vídeo. Por muy loca que esté, no lo hará si ella también es responsable.

—¿Y si lo votamos? —propuso Nando.

Lo hicieron. Sara, Koldo y Rai levantaron la mano para que Virginia se quedara. Ángela lo hizo para que se fuera. Sebas también. Nando dudó, hasta que al final también eligió que era mejor que se quedara.

—Ángela, es que Rai tiene razón. No podemos arriesgarnos —se defendió al ver el enfado asomar en la cara de su novia.

También le insistió en que lo hacía por ella, pero a Ángela no le sirvió. Se sentía molesta con él porque no la apoyara. A Nando lo que le cabreaba era que Sebas formara una alianza con ella que lo dejaba en mal lugar, cuando su intención era justo la contraria, pero no había tiempo de explicarse. Cruzado podría empezar a ponerse nervioso y quizá presentarse en la entrada de la facultad para ver por qué Ángela no estaba ya en su despacho. Tenían que

hacerlo de inmediato.

—Dejad que sea yo quien hable con ella —le pidió Ángela al grupo enfadada.

Se acercó a Virginia, que le cogió la careta y la tocó, como si los colmillos de la dentadura fueran reales. Sonreía.

—Virginia, lo siento. De veras que yo no quiero meterte en esto, pero Rai no... Es mejor que te quedes, créeme.

—Tú tienes porros, ¿verdad? —le dijo Rai a Virginia, que sonrió.

A Ángela aún le parecía que Rai era peligroso. A veces sentía que era un error haberle dejado capitanear lo que iban a hacer, pero después recordaba que sin él nunca habría tenido valor para ponerlo en marcha.

—Tú solo quédate frente a la facultad hasta que salgamos. Si pasa algo o viene alguien, me llamas al móvil. Te voy a dar mi número...

—Pero ¿qué es lo que queréis hacer?

—Antes de que te lo cuente, déjame que te diga que tengo un buen motivo para hacerlo.

Se lo contó y le prometió que no le pasaría nada, pero se equivocó.

La debacle ocurrió solo unos minutos después de que los siete escucharan atentamente a Rai, mientras se pasaban un porro de uno a otro. Junto a la estatua del Quijote, les recordaba las posiciones que ocuparía cada uno durante la escapada del profesor. Virginia esperaría escondida en la entrada, por la que Cruzado saldría despavorido. Ángela sería el último payaso asesino en acosar al profesor, en la segunda planta de las escaleras del edificio. Sebas sería el anterior, estaría en la parte más alta del caracol. Sara iba a atacarlo cuando Cruzado llegara corriendo desde el pasillo, donde lo habrían acosado Nando y Koldo. Este último lo grabaría todo. El primer payaso que Cruzado se encontraría sería Rai. Entraría en el despacho y lo obligaría a empezar a correr.

—Saluda a la cámara, vengadora —le dijo Koldo a Ángela, enfocándola.

Pero ella se escapó volviendo la cara.

—Tranquila, todo saldrá genial —le dijo Nando a su novia antes de

separarse.

—Estoy tranquila.

La molestaba que creyera que no estaba segura de lo que iban a hacer. Nando le había dicho cientos de veces que aún estaban a tiempo de dar marcha atrás, cuando, además, ya no lo estaban. Aunque se arrepintiera no iba a recular. Sabía que había demasiada gente involucrada en la broma del payaso que no lo permitiría.

Ángela y Nando se dieron un beso rápido y ella se quedó a solas en la escalera. Miró la facultad vacía y pensó que Stephen King no habría imaginado un escenario más terrorífico. Intentó que el miedo que le provocaba esa careta, que ya se colocaba, se convirtiera en fuerza. Unos minutos después, se oyó un chas y las luces de todo el edificio se apagaron. Ángela encendió la linterna y empuñó el martillo de hierro oxidado. Lo sospechaba, pero aun así nunca habría imaginado que se arrepentiría toda su vida de haberlo hecho.

Cuando todo terminó, Ángela vio temblando el vídeo que había grabado Koldo. Vio cómo, tras dejarla a ella en lo alto de las escaleras, Sebas, Nando, Koldo y Sara siguieron caminando juntos, distribuyéndose en sus posiciones. Escondida tras el marco de la puerta, la cámara recogió el momento en el que Rai entró sin llamar en el único despacho del pasillo donde aún había luz. Cruzado tardó unos segundos en levantar la vista del ordenador en el que borraba el mail que había recibido de Ángela, y también el que él le había escrito.

—Adelante...

Tenía una botella de vino de la que bebía la segunda copa. En la papelera ya había otra vacía. En el cajón de la mesa, otra más. Quizá por eso, levantó las cejas al ver a un payaso de mandíbula afilada frente a él; parecía confuso, pero no asustado.

—Creo que te has perdido. La convención de payasos no es aquí. Mira a ver en Políticas...

Rai le respondió avanzando hacia la mesa, despacio. A Cruzado le dio la

risa. Pensó que podía ser Ángela; ahora le parecía raro todo eso de que se arrepentía, pero decidió no decirlo en voz alta. Si esa era la venganza que ella quería tomarse, él no iba a entrar en el juego.

—¿Puedo ayudarte en algo?

Rai se acercó a la pila de libros que había en la estantería, junto a la puerta. Miró a Cruzado, ladeó la cabeza como hacen los asesinos antes de atacar a sus víctimas y empezó a tirar los ejemplares de uno en uno, igual que un gato travieso.

—Genial, estaba pensando en renovar la decoración... Si pretendes que me asuste, no lo vas a conseguir.

Se equivocó. El payaso le respondió tirando un bloque de libros de un manotazo, con tanta fuerza que Cruzado se pegó a la silla. Después, sacó el martillo de hierro macizo.

—Como gracia, ya he tenido suficiente —le advirtió Cruzado cogiendo el teléfono que tenía sobre la mesa—. Se acabó. Seas quien seas. Y espero que no seas Ángela, porque has llevado esto demasiado lejos. Niñata...

Quiso marcar el número de emergencias, de la policía o cualquier cosa parecida, pero antes de que pudiera hacerlo, la luz de todo el edificio se fue. Nando ya había manipulado el cuadro eléctrico para que pasara. Cruzado fue a coger su móvil, pero Rai le dio un martillazo a la foto del profesor con su mujer, haciendo el cristal añicos. Lo siguiente que hizo fue amenazarlo, moviendo el arma en el aire, tan cerca que el profesor tuvo que levantarse de un salto para protegerse. Escapó del despacho, pero porque Rai le dejó.

—¡Socorro!

Fue la primera vez que Cruzado gritó. Echó a correr por el pasillo vacío, pero al doblar la esquina lo cegó la luz de una linterna, la que llevaba Nando, que también lo amenazó con el martillo. Cruzado miró tras él, vio al payaso que salía de su despacho, y a Koldo, que lo grababa todo. Gritó, pero dejó de correr porque estaba paralizado por el miedo. La respiración no le subía por la garganta y las piernas no le respondían. Fue Rai el que lo empujó para que siguiera recorriendo el pasaje del terror que habían preparado para él.

—¡Corre, cerdo!

Cruzado reaccionó y escapó por el pasillo de los despachos. Al llegar a la

salida, se encontró con otro payaso más. Era Sara.

—¡Bu! —se burló la chica, que se iluminaba la careta con la linterna bajo la barbilla.

Los cuatro jugaron con Cruzado como si fuera un balón de fútbol que se pasaban de uno a otro, mareándolo. Se escuchaban las risas de Rai cuando lo agarró por la espalda, eufórico. Se lo pasó a Sara, a la que el profesor empujó con todas sus fuerzas. Ella cayó al suelo y él consiguió escapar.

—¡Ven aquí, hijo de puta! —le gritó Rai, enfurecido al ver a su novia tirada, gritando por el dolor.

Rai le lanzó el martillo a la cabeza. Si le dio, que desde donde estaba no podía verlo, Cruzado consiguió seguir corriendo. Los cuatro payasos llegaron a la escalera justo cuando el profesor ya empezaba a bajar por ella, después de haber escapado de Sebas.

—Está sangrando. —Sebas les explicó muy asustado el motivo por el cual no lo seguía.

—¿Qué has hecho, tío? —le gritó Nando a Rai.

Dejaron de perseguirlo, pero Cruzado continuaba escapando por la escalera. En el descansillo de la segunda planta se encontró con el sexto payaso. Era Ángela, que no sabía que la sangre que resbalaba por la cabeza de Cruzado era real. Por eso siguió con el plan y empezó a acosarlo mientras bajaba los peldaños. Lo iluminó con la linterna y vio la cara de pánico del profesor. Los dientes entre los que salían sus gritos estaban teñidos de rojo. Ángela bajó el martillo, turbada. Trató de ayudar a Cruzado, que escapaba sin poder descender los escalones en línea recta. Intentó agarrarlo al ver que se acercaba demasiado a la barandilla, pero solo consiguió que el profesor creyera que iba a atacarlo y rechazase sus manos.

—¡No, cuidado!

El cuerpo de Cruzado se balanceó y cayó por el hueco del caracol. Antes de eso, Ángela llegó a rozar los dedos del profesor, pero se le escaparon. Mientras caía, Cruzado gritaba con fuerza, alaridos de terror, hasta que se le ahogó la voz. Cayó sobre la espada de la estatua del Quijote. Lo atravesó. La punta le salió por el centro del cuerpo. Por la boca vomitó sangre negra.

—¡Dios, no! —gritó Ángela.

Aterrada, bajó los peldaños, casi de un salto, y llegó hasta la estatua. Cruzado utilizó su último aliento para estirar la mano y quitarle la careta. Miró a Ángela a los ojos. Murió.

Así fue como Rai, Sara, Nando, Sebas, Virginia, Koldo y Ángela se convirtieron en criminales.

Ángela había leído en cientos de novelas esa página en la que el protagonista llegaba a un punto de la historia a partir del cual ya no había vuelta atrás. Un giro equivocado, consecuencia de una decisión de la misma naturaleza, que lanzaba su vida en una nueva dirección: en línea recta hacia el desastre más absoluto. Cuando Hércules asesinó a su esposa Megara junto a sus hijos. Cuando el doctor Frankenstein le otorgó la vida a la criatura. El momento en el que Rodión Raskólnikov, de Dostoievski, se obsesionó con asesinar a Aliona Ivánovna. Todos ellos arruinaron su futuro en solo un segundo, sin poder encontrar la manera de volver atrás, nunca. A Ángela acababa de ocurrirle lo mismo que a esos desgraciados, aunque ella no había salido de la imaginación maquiavélica de ningún escritor. Ángela era real. La muerte de Cruzado era real y la vida de la chica acababa de convertirse en una celda de culpabilidad que sabía que la aprisionaría para siempre. Una cárcel eterna que compartiría con Nando, Sebas, Virginia, Koldo, Sara y Rai. Todos eran culpables del asesinato del profesor.

Los siete criminales rodeaban la estatua de Don Quijote. Con ojos temblorosos, miraban el cuerpo atravesado por la espada. El sonido de las gotas de sangre que resbalaban desde su estómago al caer contra el suelo parecían disparos que ellos recibían en la cabeza.

—¿Está muerto? —preguntó Virginia, que parecía tan asustada como fascinada.

—Lo ha empujado Ángela —dijo Koldo como si alguien lo hubiera señalado a él y tuviera que defenderse—. ¡Yo lo he visto, ha sido ella!

—¿Qué? ¡No es verdad! ¡Intenté agarrarlo! —se defendió la chica.

—Yo vi cómo caía desde la segunda planta —dijo Virginia, que tocaba la sangre del suelo.

—¡Tenías que haberlo llevado hacia abajo! ¡Era tu puto tramo del recorrido, joder! —le gritó Rai.

—¡Y tú le tiraste el martillo a la cabeza! ¿Estás loco? —contraatacó Nando sulfurado.

Ángela lo comprendió todo de pronto. Cuando Cruzado llegó a esa parte de la escalera en la que ella lo esperaba lo hizo estando casi muerto.

—¿Que hiciste qué? ¡Estás loco!

—¡Yo no lo maté, joder!

—¡Pero eso no es lo que habíamos planeado! —le echó en cara Nando.

—¿Sabes lo que no habíamos planeado? ¡Que tu novia tirara a Cruzado por las escaleras! ¡Esto ha sido por tu puta culpa! —se dirigió a Ángela.

Ella apretó los dientes con fuerza, consciente de que no iba a ganar esa discusión. Rai ya había convencido al grupo de que la única asesina era ella.

—Tómale el pulso —le pidió Ángela a su novio, ya que ella no podía dejar de temblar para hacerlo—. Aún podría estar vivo...

Todas las linternas apuntaron al cuerpo de Cruzado mientras Nando le buscaba el latido en la muñeca.

—Huele como una carnicería, pero sin frío —dijo Virginia.

Ángela pasó la luz de la linterna por el rostro del profesor. Los ojos seguían abiertos y las pupilas parecían apuntarla a ella. Se movió hacia un lado, pero siguió sintiendo que esa mirada la perseguía, y que lo haría siempre. No se equivocaba. Nunca logró olvidar los ojos ensangrentados de Cruzado.

—Está muerto —confirmó Nando al grupo, con la voz temblorosa.

Rai lanzó varios gritos al aire. Sabía que haberle dado a Cruzado con el martillo había sido una estupidez, que si no lo hubiera hecho nunca habría caído por el hueco de la escalera, pero jamás lo reconocería:

—¡Era tu puto tramo, Ángela! ¡La has cagado tú, joder!

—¡Lo hemos matado todos!

La defendió con energía Sebas. Tanta como debería haber tenido Nando,

que guardaba silencio y miraba el cadáver de Cruzado, paralizado. Koldo se llevó las manos a la boca, tratando de retener el vómito. No pudo hacerlo y al final vació su estómago en el suelo, a solo unos centímetros del cadáver.

—Tenemos que llamar a la policía para que envíen una ambulancia — dijo Ángela, con la voz entrecortada.

—¿Una ambulancia? Tu profesor tiene una puta espada atravesándole el cuerpo. ¡Está muerto, joder! —le gritó Rai.

—Ya sé que está muerto, pero tenemos que contar lo que ha pasado — insistió Ángela.

El silencio le dijo que solo ella estaba pensando en hacer lo correcto.

—Ángela, si llamamos a la policía estamos perdidos —le decía Sara—. ¡Hemos matado a una persona!

—No, no hemos matado a nadie... ¡Ha sido un accidente! —le respondió Ángela convencida.

—Será mejor pensarlo con calma —pidió Nando, que no podía despegar la mirada del cadáver.

—¿Pensar qué? Cruzado se ha caído por el hueco de la escalera. ¡Ha sido un accidente! —insistió Ángela, desconcertada por la reacción de su novio.

—Estamos disfrazados de payasos, llevamos martillos... Rai le atacó, y el resto también lo hicimos. Además, vamos bebidos y fumados —le dijo su novio—. ¡No creerán que fue un accidente, Ángela!

—¡Solo era una broma! Llamaremos a la policía y les contaremos la verdad. Tienen que creernos —insistió ella, que sentía que era la única consciente de que no tomar esa decisión solo alargaría la pesadilla.

—Es un homicidio. Da igual lo que haya pasado, todos somos cómplices —dijo Sebas asustado.

—No, yo no he hecho nada...

Y Koldo echó a correr. Trató de llegar hasta la salida de la facultad para escapar, pero Rai fue detrás hasta que consiguió agarrarlo y lo llevó a rastras de nuevo a la estatua.

—¿Adónde coño te crees que vas? Quiero los mismos huevos para asumir esto que los que tuvisteis para planearlo, ¿está claro?

—Esto lo hemos hecho todos juntos. ¡Todos! —dijo Nando—. Y ahora lo

que tenemos que hacer es pensar en el modo de solucionarlo de la misma manera.

—No hay otra solución que llamar a la policía —insistió Ángela.

—Nadie va a llamar a la policía, ni a nadie. No vamos a contar nada —ordenó Rai—. Larguémonos. Dejemos aquí el cadáver. Parecerá un accidente, o un suicidio. Este tío estaba solo en la facultad, no lo ha visto nadie.

—¿Te has vuelto loco? —le preguntó Ángela perpleja ante lo que proponía.

—Su mujer lo ha dejado, ¿no? Puede parecer que se ha suicidado por eso —recordó Sara.

—Tiene alcohol en el despacho, llenémoslo de pastillas. Yo conozco gente que por pasta podría meter mierda en el ordenador de este tío, sus correos... —le contó Rai al grupo—. Lo que haga falta para que parezca que se agarró un pedo tremendo y acabó cayéndose por las escaleras.

—Pero hay sangre por todas partes —le dijo Sebas, señalando sus disfraces, teñidos de rojo.

—La limpiaremos. Haremos desaparecer las pruebas. Parecerá un accidente —insistió Sara, que ya estaba convencida de que esa era la mejor opción—. La facultad está vacía, no nos han visto... ¡Nadie sabrá nunca que hemos estado aquí!

—Roberto, el bedel —recordó Ángela—. Cruzado le pidió las llaves para cerrar él la facultad.

—¿Y qué? Más a nuestro favor. Se quedó solo porque no quería volver a casa —dijo Rai.

—¿Y si sabe que había quedado con Ángela? —apuntó Nando.

—Entonces no dirá nada. No le interesa perder su trabajo por ser cómplice de un violador. —Sara trató de convencer a Ángela de que Roberto no sería un problema.

—Si hacen una autopsia sabrán que el golpe es de un martillo —dijo Sebas, que también veía difícil dejar todos los cabos atados.

—No le harán una autopsia. Esas solo se hacen cuando no se sabe la causa de la muerte —le contó al grupo Virginia, que parecía saber de lo que

hablaba—. En las novelas es así.

—Pensarán que se golpeó la cabeza al caer por el hueco de la escalera. O que quizá se dio una hostia con las cosas de su despacho del pedo que llevaba... A nadie le importará. Es un profesor, no el rey —insistió Rai.

—Él mismo te contó que estaba pasando una mala racha —le recordó Sara a Ángela—. Estaba solo, drogado y se cayó por la escalera porque no había luz. En este edificio siempre va y viene, ¿no? Tiene sentido, Ángela. Nadie se hará más preguntas, créeme.

Pero ella era incapaz de creer que sería así. Sabía que habría rastros y que eran demasiados compartiendo un secreto para mantenerlo oculto. Ella misma se veía incapaz de hacerlo.

—No, tenemos que ir a la policía. Si dejamos alguna huella de lo que hemos hecho, al final, nos descubrirán. Las consecuencias serán mucho peores por habernos dado a la fuga.

—Ángela, haremos que todo parezca un accidente. Por favor... ¡Yo no quiero ir a la cárcel! —le rogaba Sara, ya con el rímel corrido por la cara—. Tenemos solo dieciocho años, no podemos destruir nuestras vidas por esto.

—Nadie vendrá a la facultad hasta después del puente. Tardarán días en encontrarlo —añadió Nando, cada vez más convencido de que podrían librarse de las consecuencias por lo que habían hecho si ataban bien todos los cabos.

Ángela miraba a su novio, perpleja al escuchar que él también quería poner en marcha la maquinaria que ella sabía que provocaría una desgracia mayor. Ni siquiera encontró apoyo en Sebas. No añadió palabras a lo que proponía el resto, pero sí su silencio. Fue suficiente para que Ángela decidiera que no estaba de su lado.

—Investigarán la muerte, llegarán hasta lo que pasó. Y aunque no fuera así... ¡Lo hemos matado y tenemos que pagarlo! —exclamó Ángela, que se cruzó de brazos.

—¿De verdad estás dispuesta a arruinar tu futuro por un cerdo que casi te viola? —la tentaba Rai como una serpiente—. Toda tu vida se irá al traste por un accidente que nadie verá de esa manera. Serás una criminal para siempre.

Ángela sabía que, aunque nadie lo descubriera, ella se sentiría así el resto

de sus días. No entendía que los demás creyeran que iban a ser capaces de ensordecen la culpa.

—¡Estamos en esto por ti, Ángela! Tú nos liaste a todos para que le hiciéramos la broma del payaso a Cruzado —la acusó Koldo.

—¡Eso no es cierto! Tú quisiste apuntarte, y tú, y tú —se defendió señalándolos a todos—. Yo no os obligué a hacerlo.

—A mí sí —le dijo Virginia.

—No nos jodas más —le soltó Rai—. Si tú no hubieras empezado esto, no estaríamos ahora con este marrón encima.

Nadie le llevó la contraria. Su novio la defendió, pero lo hizo unos segundos después y ya era tarde. Nando tenía motivos para dudar:

—Ángela, yo no tengo dinero para pagarme los abogados que necesitaremos para salir de un lío de este tamaño. ¡Y ni aun así lo conseguiríamos! Este hombre ya está muerto. Si vamos a la policía, será como... Será como si muriéramos también nosotros. No vamos a arreglarlo porque contemos lo que hemos hecho.

Insistió en que era una locura, pero Ángela ya había decidido que no lo confesarían. Una parte de ella, la más egoísta, pensaba igual que el resto. Que podrían librarse si guardaban el secreto. También sabía que, aunque nadie lo descubriera, ellos nunca serían capaces de olvidarlo. Su vida ya había cambiado para siempre.

Mancharon con el vómito de Koldo las paredes y las escaleras. Borraron todas sus huellas y limpiaron cualquier cosa que marcara su rastro. Rai se encargó de volver al día siguiente a la facultad y llenar los cajones del despacho de Cruzado de pastillas, las mismas que metió en la botella de vino. Antes de eso, los siete destruyeron las pruebas que llevaban encima. Lo hicieron en el colegio mayor universitario abandonado que quedaba a unos metros de la residencia, el San Juan Evangelista, o Johnny, como lo conocían todos. Hacía años que se había convertido en el escenario favorito de los estudiantes de la universidad para hacer fiestas clandestinas, pero esa noche, en la que la luna apenas brillaba porque la cubrían las nubes, estaba vacío. El

inicio del puente había dejado la Ciudad Universitaria desierta, y así continuaría durante los siguientes días.

Los asesinos del profesor caminaron entre los cascotes por las habitaciones de la residencia, decoradas con grafitis. Eligieron una en la que ya había restos de una fogata. Habían enterrado los martillos y las linternas, y ahora formaban una montaña con los disfraces de payaso y las caretas. Iban a quemarlo todo. Rai encendió el zippo frotándolo con la tela del vaquero. Antes de que lo quemara todo, Ángela le agarró el brazo.

—Por favor, aún estamos a tiempo —le pidió la chica al grupo, intentando que reflexionaran por última vez.

—Ángela, es que no tenemos otra opción. La hemos cagado...

—Sí, pero estamos a punto de cagarla más, Sara. Con el tiempo, acabaremos pagándolo y será mucho peor.

—¡Quieres callarte de una vez! —le gritó Rai.

Encendió la hoguera tirando el mechero.

Los siete asesinos miraron el fuego mientras devoraba su crimen.

—Deberíamos borrar todos los mensajes del grupo de WhatsApp —propuso Nando, y todos sacaron los móviles para hacerlo.

—Y romper la cámara. Lo habéis grabado todo —les recordó Virginia.

Pero Koldo se agarró a ella.

—Lo borraré de la memoria, no es necesario...

Rai se la quitó y la lanzó contra la pared, destrozándola.

—Somos un club, ¿no? Pues ahora tenemos un secreto y nunca volveremos a hablar de lo que ha pasado esta noche —los amenazó Rai a todos—. Juremos que no lo contaremos.

—De acuerdo —dijo Sara.

—Nunca lo contaré, lo juro —aseguró Koldo, sin poder parar de temblar como un animal asustado.

Virginia también prometió en voz alta que olvidaría lo que había pasado, igual que Sebas y Nando. Ángela fue la única que, de brazos cruzados y con la mirada agachada, solo afirmó con la cabeza.

—Dilo, Ángela —le exigió Rai.

La amenazó, acercándole las manos demasiado a la cara. Ángela pudo

oler la sangre de Cruzado en ellas.

—¡Que lo jures, joder!

—¡Rai, ya está bien! —Nando lo empujó.

—Lo juro —dijo Ángela al fin.

Nando quiso abrazarla, pero ella lo rechazó.

—Tranquila, Ángela. No ocurrirá nada —le prometió mientras caminaban de vuelta a sus vidas.

Pero sí ocurrió.

## 8

<https://twitter.com/estersinh3>

Ester @estersinh3

Hay un montón de coches de policía en la Complutense @ucm. Parece que ha pasado algo gordo...

07:42 - 3 may. 2018

Irene @ireonflix · 2 h

En respuesta a @estersinh3 @ucm

Han puesto un precinto en la Facultad de Filología. #miedito

Irene @ireonflix · 2 h

En respuesta a @estersinh3 @ucm @policia

Qué fuerte! Mi amiga @nieves\_chiqui estudia allí. Igual sabe algo.

Nieves @nieves\_chiqui · 3 h

En respuesta a @ireonlix @estersinh3 @ucm @policia

Ni idea. Igual han detenido al cocinero por lo del mixto con huevo 😊

<https://twitter.com/ucm>

Universidad Complutense de Madrid @UCM

Ha fallecido don Antonio Cruzado García, docente del grado en Literatura. La Facultad @FilologiaUCM permanecerá cerrada hasta nuevo aviso.

10:32 - 3 abr. 2018

[https://twitter.com/nieves\\_chiqui](https://twitter.com/nieves_chiqui)

Nieves @nieves\_chiqui

¡Es CRUZADO! Está muerto, se ha caído por la escalera. Dicen que iba pedo perdido  
@cgm1976 @alberto perez @p8ladas @pablich #fiestón  
10:38 - 3 abr. 2018

Laura @p8ladas 1 h

En respuesta a @nieves\_chiqui @cgm1976 @albertope rez @pablich  
Jo, ese era el de Literatura que estaba potable ☹

Alberto P. @albertoperez 1h

En respuesta a @p8ladas @nieves\_chiqui @cgm1976 @pablich  
Espero que limpien la facultad, que ya olía regular. Ahora con peste a muerto...

Scareframe @pablich 1h

En respuesta a @albertoperez @p8ladas @nieves\_chiqui  
jajajajaja pobre, se había divorciado. Dicen que en el cielo no hay Tinder...  
#humornegro

Nieves @nieves\_chiqui

En respuesta a @pablich @albertoperez @p8ladas  
Si vais a soltar burradas sacadme del hilo, por favor.

Laura @p8ladas

En respuesta a @nieves\_chiqui @pablich @albertoperez  
#relax #aprobadogeneral

### MUERE UN PROFESOR EN EXTRAÑAS CIRCUNSTANCIAS EN LA UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

El informativo. Marta Yáñez (06-05-2018). Juan Antonio Cruzado, de 46 años, fue hallado muerto el pasado lunes en la Facultad de Filología de la Universidad Complutense de Madrid. El edificio había permanecido cerrado durante la festividad de la Comunidad, aunque los indicios muestran que la muerte se produjo en la víspera del inicio del puente. El cuerpo sin vida se encontraba en el descansillo de la planta baja del edificio, atravesado por la espada de una estatua de bronce del Quijote. El profesor cayó por el hueco de la escalera en un fatal accidente, tal como han confirmado fuentes oficiales de la policía. Un fallo eléctrico recurrente provocó un cortocircuito que dejó la facultad a oscuras, en la que el profesor se encontraba a solas, ya que era de noche. En declaraciones de la universidad a este periódico, la hipótesis que manejan las autoridades encargadas del caso es la de un accidente o un suicidio.

Antonio Cruzado García era profesor del Departamento de Literatura Comparada desde hacía más de una década. Alcanzó notoriedad en el mundo académico, aunque su actividad se había reducido en los últimos tiempos, coincidiendo con su divorcio. La facultad, que ya ha retomado la rutina habitual, le rendirá un homenaje el próximo martes en la capilla de la universidad.

Ángela no volvió a respirar con toda la anchura de sus pulmones hasta que leyó la noticia de la muerte de Cruzado en varios periódicos. Al final, el plan sí había funcionado. Los siete criminales habían conseguido que nadie descubriera lo que habían hecho.

Cuando encontraron el cadáver, casi todos estaban lejos del lugar del asesinato. A Ángela el puente la envió de vuelta a casa de sus padres, en Jávea. Se esforzó por dejar de temblar cuando la recibió su familia y casi hasta lo consiguió mientras la abrazaban diciéndole lo contentos que estaban de volver a tenerla en casa. Forzó una sonrisa mientras les decía que todo iba genial por Madrid y que apenas iba a poder disfrutar del puente porque a la vuelta tenía montones de exámenes finales y trabajos que entregar. Logró que la dejaran tranquila en su habitación cuando ya añadió que se encontraba enferma. En realidad, lo estaba. Tenía el cuerpo envuelto en un sudor frío que ni siquiera el agua de la ducha conseguía llevarse. Las manos no paraban de temblarle y no conseguía controlarlas ni frotándoselas como si tuviera una pastilla de jabón. En la nariz aún sentía el olor del cuerpo muerto de Cruzado, con el que soñaba todas las noches. Una pesadilla en la que se veía desde fuera, caminando por los pasillos de la facultad. Todo estaba a oscuras, completamente vacío. La banda sonora era un ruido blanco, como esos encerrados en los pasillos de los hoteles, que parece que no suena, pero lo hace. Ángela caminaba por el edificio tratando de encontrar la salida, pero las paredes formaban un laberinto que la encerraba. Al bajar la escalera de caracol de la facultad le caían cubos de sangre encima. Como a Carrie, la protagonista de la novela de Stephen King. La piel y el pelo se le teñían de rojo mientras lloraba, atragantándose. Se los lanzaba desde lo alto de la escalera Cruzado.

—¡Virgen! ¡Eres una virgen! —le gritaba con rabia.

Ángela se despertaba siempre en pleno ataque de ansiedad. No conseguía

calmarse a lo largo del día. Veía payasos asesinos en cada esquina, en cada sombra. Sentía que se estaba volviendo loca. Rastreaba por internet cualquier noticia de lo que hicieron porque sabía que la incertidumbre siempre era el peor de los estados. Se mordía las uñas mientras esperaba a que el nombre del profesor ofreciera algún nuevo resultado en los buscadores. Hasta que al fin leyó en Twitter que la facultad estaba rodeada de coches de policía.

Volaron unas horas más y la noticia llegó a los periódicos digitales. Todos destacaban la historia de un profesor muerto y los interrogantes que la rodeaban. Por suerte, terminaron por resolverse con las palabras «suicidio» o «accidente». Su secreto parecía estar a salvo, aunque Ángela no quería volver a Madrid, y mucho menos a la Ciudad Universitaria. Fue incapaz de encontrar una excusa convincente para retrasar más de un par de días su regreso. Además, sabía que desaparecer podía despertar sospechas que ni siquiera habían asomado; sus padres se sentían confundidos por la desaparición de su habitual sonrisa. No entendían qué la había hecho encerrarse en sí misma, ni por qué no respondía a ninguna llamada. Todas eran de Nando. Ángela tampoco contestó a los whatsapps de Sebas. Ni a los de Sara, la primera de ese club de lectura que los había convertido en asesinos con la que se reencontró. Fue al poco de llegar, en la residencia. Sara llamó a la puerta de su habitación. Tres golpes con los nudillos, y dos más al ver que no abría.

—Me alegro de que hayas vuelto, Ángela. ¿Puedo pasar? —le preguntó.

Ella no le devolvió la sonrisa, pero al final se echó a un lado y dejó que entrara. Sara iba tan maquillada como siempre. Con el pelo tan dorado como siempre. En cambio, Ángela llevaba el flequillo algo sucio y tenía unas ojeras que le llegaban hasta los pies. No se sentía con fuerzas para disimular por fuera lo horrible que se sentía por dentro. Ni siquiera podía ocultarlo en su habitación, que, por primera vez, parecía realmente desordenada, con ropa sin colgar, libros y apuntes por el suelo y tazas de café acumuladas sobre la mesa.

—¿Cómo estás? —le preguntó Sara mientras Ángela vaciaba la maleta, como si ella no estuviera allí—. Qué pregunta más idiota. Estás fatal... Yo también.

Ángela le dijo que tenía que ir a clase y pocas ganas de hablar, pero Sara insistió:

—¿Viste mis mensajes? Iba a llamarte, pero pensé que sería mejor no darle más vueltas a lo que pasó. ¿Estás enfadada conmigo?

No le respondió. Era mejor que no lo hiciera, porque sería para gritarle que la culpaba de todo lo que había ocurrido. Había sido Sara la que se había empeñado en salir con Rai, a pesar de que se veía a kilómetros que llevaba la palabra «problemas» escrita en la frente; la culpable de que Rai acabara en el club de Stephen King; la que le había contado que Cruzado la había acosado. A pesar de eso, Ángela sabía que la única culpable de haber accedido a llevar a cabo la broma del payaso era ella misma. También era culpable de haber dejado que lo enmascararan como si todo hubiera sido un accidente, y de no haber ido a la policía a confesar su crimen, pero necesitaba engañarse para poder seguir mirándose en el espejo y culpar a Sara. Dejar de ser su amiga parecía un modo de conseguirlo.

—¿Has leído la noticia en los periódicos?

—Sí, la he leído —le respondió Ángela seca.

—Creen que fue un accidente o un suicidio. No sospechan de nosotros. ¡Todo ha salido bien!

Ángela miraba perpleja a Sara, incapaz de comprender que pudiera estar sonriendo de esa manera.

—En unos días todos se habrán olvidado de Cruzado. Nadie lo recordará y estaremos a salvo.

Y Ángela explotó:

—¡Yo sí voy a acordarme! Quizá tú puedas olvidarlo, pero a mí no se me quita la imagen de lo que hicimos de la cabeza. Tengo pesadillas, no consigo cerrar los ojos sin ver a un payaso asesino. Y también los veo cuando los tengo abiertos... ¡Me estoy volviendo loca, Sara!

—Y yo, ¡todos! Pero estar sola no ayudará a que se te pase, Ángela. Estamos juntas en esto, ¿no? Somos amigas...

Ángela suspiró, pero para no tener que decirle que no, que ya no lo eran, o no iban a serlo como antes de que todo eso pasara.

—Tengo que irme a clase —dijo Ángela, colgándose la mochila de los

hombros.

—Nando me ha escrito mil mensajes preguntándome si había hablado contigo. Dice que no has contestado a sus llamadas. Está muy preocupado por ti...

Y ella por él, pero necesitaba retrasar el momento de enfrentarse a su novio porque no sabía ni cómo afrontarlo. Al final, tuvo que hacerlo esa misma tarde.

Horas antes de volver a ver a Nando, Ángela revivió la noche del crimen al entrar en la facultad. Fue como si estuviera viendo una película, plano a plano. En el corcho del hall había una fotografía enorme de Cruzado. Sonriente, con una camisa de *sport* y una chaqueta a juego. Un letrero anunciaba que esa misma tarde habría un acto en su memoria en la capilla de la universidad. A los pies de la estatua del Quijote había ramos de flores y velas. A su alrededor, alumnos, los de siempre, aunque la muerte de Cruzado había hecho que hablaran en voz baja. Todas las conversaciones eran sobre lo que había ocurrido. Ángela temía que, en cualquier momento, su nombre también formara parte de ellas.

Entró tarde en el aula para no tener que encontrarse antes con Sebas, sentado donde siempre. Cruzaron una mirada con la que se dijeron muchas cosas. Una de ellas significaba que Ángela no quería hablar del tema.

Una hora más tarde, la profesora dijo hasta mañana y Ángela se marchó a la biblioteca sin esperar a Sebas. Tampoco allí consiguió escapar de lo que habían hecho. Se encontró a Virginia en una de las mesas, escribiendo en su cuaderno negro. La siguió con esa mirada inquietante que tenía hasta que Ángela se sentó tras una estantería de libros.

Ya estaba en la mitad el día cuando Ángela vio a otro de sus cómplices: Koldo. Comía en la cafetería con Ruth, Laura y las amigas con las que siempre salía en su Instagram. Desde la distancia, Ángela oyó reír a Koldo. Parecía haberlo olvidado todo, tanto que, durante el puente, había publicado un vídeo nuevo en su canal contando que tenía los libros ordenados por colores en casa de sus padres.

Por la tarde Ángela tuvo el último reencuentro. El más difícil de todos y del único que no logró escapar. Nando la esperaba en la puerta de salida de la facultad, seguro que desde hacía horas. Le preguntó cómo estaba, ella le dijo que bien y hablaron durante unos segundos de cosas que no eran las que de verdad tenían que decirse.

—¿Por qué no quisiste que lo contáramos, Nando? De Sara me lo esperaba. A Sebas supongo que no se lo podía pedir, pero tú... ¡Me dejaste sola!

—Haber ido a la policía no habría solucionado nada, Ángela. Me siento tan culpable como tú, pero no sería diferente si nos hubiéramos entregado. Estaríamos en la misma situación en la que nos encontramos ahora, pero en la cárcel.

—Ya estamos en la cárcel, Nando. Una de barrotes dorados, pero es una cárcel. Estamos encerrados igual.

—Lo sé, y estoy tan asustado como tú. Tenerte a mi lado es de las pocas cosas que me ayudan a seguir adelante.

Pero ella no le sostuvo la mirada, y volvió la cara cuando Nando quiso acariciarle la mejilla.

—Seguimos estando juntos, ¿verdad?

—Nando, ahora mismo no puedo ni pensar en eso...

—Pero es que yo lo necesito.

—¡Y yo necesito algo de tiempo!

—¿Cuánto? ¿Cuánto tiempo?

—No lo sé, Nando.

—Pero ¿por qué?

Ángela suspiró.

—Porque después de lo que ha pasado no sé si puedo confiar en ti, Nando. Ni siquiera sé si puedo confiar en mí.

Y se separaron. Nando miró a Ángela antes de arrancar la moto. Ella no se dio la vuelta porque temía que si lo hacía no sería capaz de alejarse de él, por mucho que fuera lo que necesitaba. No volvió a la residencia, sino que fue a la capilla de la universidad. Sabía que asistir al funeral de Cruzado solo le haría sentirse más culpable, pero Ángela tenía que hacerlo.

Al entrar, respiró el olor del incienso y de las velas. La luz entraba por las vidrieras de colores, proyectándose sobre la cruz que quedaba en el altar. Desde un atrio, el rector soltaba un discurso, centrado en lo difícil que resultaba para la universidad afrontar la pérdida del profesor. Por encima de las filas de asientos asomaban cientos de cabezas. Alumnos, profesores y gente con puestos institucionales. También una mujer a la que Ángela reconoció. Era la misma de la fotografía que Cruzado tenía en su despacho, su esposa o exesposa.

—Tenemos que hablar —sorprendió a Ángela la voz de Eva, tras ella. Parecía nerviosa. Muy nerviosa.

—¿Qué pasa? —le preguntó Ángela extrañada—. Espera a que termine el funeral.

No, tenía que ser ya, así que Eva la levantó del asiento, tiró de ella y la sacó del salón de grados. Se aseguró de que el descansillo estaba vacío.

—Tenemos que hablar ahora, Ángela.

—Está bien, ¿qué ocurre?

—Sé lo que pasó.

—¿A qué te refieres?

—A la broma del payaso. Y lo que ocurrió. Lo sé todo.

Ángela sintió un puñetazo en el corazón que lo paró en seco durante unos segundos.

—Lo perseguisteis por la facultad hasta que cayó por el hueco de la escalera y acabó clavado en la espada de la estatua. No me digas que no es cierto porque lo he leído todo, Ángela.

Tragó saliva, sin poder negarlo.

—¿Cómo que lo has leído todo? ¿Dónde?

Eva sacó de la mochila una tableta. La puso en marcha y abrió una aplicación.

—Sabes lo que es Wattpad, ¿verdad?

Apenas podía pensar, pero Ángela respondió:

—Es una aplicación en la que la gente escribe novelas y las sube por capítulos, ¿no?

—Sí. Alguien está escribiendo una en la que vosotros sois los

protagonistas. Se titula *El club de los lectores criminales*. Subió el primer capítulo ayer mismo.

Eva entró en la cuenta de uno de los usuarios de la red. Su nombre era PayasoUCM. Ángela cogió el iPad y leyó en la pantalla lo que había escrito.

## «EL CLUB DE LOS LECTORES CRIMINALES»

Por PayasoUCM

### 1. EL ASESINATO DEL PROFESOR

Pasó las páginas en las que aparecía cómo habían planificado la broma, el momento en el que se habían vestido con los disfraces de payaso, lo que había ocurrido cuando Cruzado había llegado al inicio de la escalera donde lo esperaba Ángela, el pacto que habían hecho para mantener en secreto el crimen... Todo.

—¿Qué es esto? —se preguntó Ángela aterrada.

Habían matado a Cruzado. Ahora alguien lo había escrito y colgado en internet para que todos lo leyeran. E iba a seguir haciéndolo.

—El primer capítulo de la novela que va a escribir el PayasoUCM.

Ángela leyó un número incontable de veces las páginas en las que se contaba la muerte de Cruzado. Estaba todo lo que había ocurrido, paso a paso, como si el narrador hubiera seguido en un mapa los movimientos de los siete asesinos. Con las palabras, evocaba situaciones que erizaban el vello y encogían el corazón al leerlas. También sus conversaciones habían sido transcritas, con anotaciones precisas que determinaban la intención y despejaban las dudas sobre quién las pronunciaba, aunque de una manera particular. El PayasoUCM llamaba a Cruzado «el Profesor». A sus siete asesinos les había puesto etiquetas que solo ellos podían comprender.

Sara era «la Puta»; Rai, «el Pirado»; Koldo, «el Narciso»; Virginia, «la Porrera»; Sebas, «el Friki»; Nando, «el Torturado», y a Ángela la llamaba «la Monja».

La voz del narrador podía parecer la de uno de ellos, por todo lo que sabía, aunque también podía no serlo porque escribía como si no lo fuera. Quizá hubiese estado allí, a su lado, sin que lo hubieran llegado a ver. Desde luego, los conocía, tanto como parecía odiarlos. El PayasoUCM los había descrito sin piedad, con rabia y altas dosis de violencia. Mientras leía esas líneas, Ángela imaginaba a ese escritor sin rostro en una habitación oscura, iluminada solo por la luz de la pantalla del ordenador, golpeando las teclas con las yemas de los dedos como si tuviera cuchillas en ellas para que las palabras sangraran.

Todos se volvieron locos con lo que pasó, mientras yo intentaba

aguantarme la risa. Ese cerdo clavado en la espada de la estatua del Quijote era una imagen tronchante. Habían matado al Profesor. ¡Qué accidente tan maravilloso! El Narciso no fue capaz de aguantarse los vómitos. Olía peor que el puto muerto, joder. Me dieron ganas de pegarle puñetazos en la boca hasta que se tragara su propio vómito. Se pusieron todos como locos. El Pirado perdió la cabeza y culpaba a la Monja de lo que había pasado. A ella se le humedeció esa mirada de cervatillo que tiene. Cuento los minutos que faltan para arrancarle los ojos y hundir en las cavidades mis dedos para estrujarle los sesos.

Violencia, crudeza y sadismo, eso era lo que había en esas líneas. El primer capítulo de una novela firmada por un verdadero psicópata. Un demonio que parecía que también había estado junto al grupo, en silencio, mientras cocinaban el crimen de Cruzado. Siguió a su lado cuando lo mataron y también al intentar hacer desaparecer las pruebas. Lo contaba en otra de las partes del escrito. También el destino que los aguardaba:

Lo quemaron todo, como si así fueran a conseguir que desapareciera. Menuda panda de cobardes. Se merecen todo lo que les voy a hacer. El mundo me agradecerá que vaya a eliminar a esa escoria. No puedes matar a alguien, dejarlo abandonado como si fuera un perro y esperar que no te pase nada. Esas cosas se tienen que pagar y estos siete demonios lo van a hacer. No será hoy, ni mañana, ya sabéis que se tarda tiempo en escribir una novela, pero cuando la termine, todos habrán aprendido que guardar secretos para evitar asumir culpas solo trae condenas mayores. A ellos les va a costar la vida. Prometo que el PayasoUCM se reirá mucho de ellos...

—Si solo estabais vosotros allí aquella noche, esto tiene que haberlo escrito alguien del grupo —le dijo Eva a Ángela, abriendo la caja de las sospechas—. No hay otra explicación.

—¿Quién? No tiene sentido. Nadie querría que esto saliera a la luz.

—Desde luego que no lo tiene. Y tampoco lo que hicisteis, Ángela. Os habéis cargado a Cruzado.

—Te prometo que fue un accidente.

—¿Gastarle una broma disfrazados de payasos asesinos fue un accidente?

—No, eso no. Pero tenía un motivo para hacerlo...

Ángela tomó aire y le contó que Cruzado había intentado violarla, o casi. Eva no quiso saber más. Le pareció suficiente y decidió no hacerla sentir más culpable.

—Me da igual lo que pasara, Ángela. No quiero saber nada más.

Más que pedírselo, se lo advirtió. No quería acabar manchada por todo eso. Le exigió que le prometiera que no le diría al resto que ella había encontrado esa novela.

—Pero ¿cómo la encontraste?

—Paso mucho tiempo en internet —fue todo lo que dijo—. Más te vale que esto no me manche, ¿de acuerdo?

Eva ya se alejaba por el pasillo, pero Ángela le hizo una última pregunta:

—¿Por qué me lo has enseñado a mí, Eva? Si crees que ha sido uno de nosotros el que ha escrito esto..., entonces, también podría ser yo el PayasoUCM, ¿no?

Eva se dio la vuelta y la miró con confianza. También con pena. En esas líneas, Ángela aparecía como la víctima más deseada.

—Cualquiera podría ser el PayasoUCM, no pondría la mano en el fuego por ninguno de los otros seis, pero sí por ti.

Rai, Sara y Koldo no pensaron igual. Ángela se reunió con ellos, y también con Nando y Sebas, solo unas horas después de que descubriera que alguien quería torturarlos. Les envió a todos el mismo whatsapp, citándolos en el aula 237 porque sabía que ya estaría vacía. Era tan tarde como para que los pasillos volvieran a estar desangelados como la noche en la que destrozaron su futuro. En el mensaje, Ángela no les dio más explicación que la de que tenían que hablar, que era sobre Cruzado y que necesitaban reunirse todos. Escribió el lugar y la hora de la cita, insistió en que era muy importante y que ninguno podía faltar, pero no respondió a las preguntas que le hicieron. Tampoco a la llamada de Nando.

El penúltimo en llegar a la clase fue Rai, al que se le escapó una sonrisa al verlos a todos allí, sentados en círculo, como cuando se reunieron para el club de lectura.

—¿Qué es esto? ¿Una fiesta sorpresa?

Y justo después llegó Virginia, abrazada a su cuaderno negro. Parecía nerviosa y no paraba de mirar a su alrededor. Daba la sensación de que era otra persona, alguien distinta a la que todos habían visto. Su mirada inquietante la había cambiado por una que reflejaba temor.

—¿Qué ha pasado? —preguntó nerviosa.

—¿Y a ti? ¿Te has quedado sin petas? —le dijo Rai, riéndose de ella.

Ángela les pidió silencio y empezó a leer el capítulo. Lo había impreso en papel, en blanco y negro, aunque sentía que las letras estaban teñidas de color rojo sangre. Tuvo que detenerse a tomar aire varias veces al pasar las páginas, aunque la mayor bocanada la necesitó al llegar al último párrafo:

¿Os ha gustado esta historia macabra? Estáis de enhorabuena porque el asesinato del Profesor solo ha sido el principio. Me ocuparé de continuarla y de ofrecer os muchas más muertes. Os prometo que esta será la mejor novela de terror que hayáis tenido en vuestras manos jamás. Después de leer cada capítulo, encenderéis todas las luces de casa, cerraréis las puertas con llave y correréis las cortinas. Miraréis incluso debajo de la cama antes de ir os a dormir y colocaréis un cuchillo bajo la almohada. Esta novela os hará temblar porque todo lo que leáis habrá ocurrido en realidad.

Ángela tuvo que agarrarse las manos al llegar al punto final y frotarlas como si tuviera una pastilla de jabón.

—Un cuento precioso... ¿Qué es esta broma? —le preguntó Rai, sonriendo de medio lado para mostrar su incredulidad.

—¿Has escrito tú esta mierda? —le preguntó Koldo enfadado.

—No, yo no lo he escrito. Estaba en internet, alguien lo subió... Alguien que se hace llamar PayasoUCM.

Ángela les habló de Wattpad y de cómo funcionaba:

—Se comparten *fanfictions* y novelas. Hay gente que la sube de golpe y otros que lo hacen poco a poco, por capítulos. Parece que eso es lo que tiene pensado hacer el PayasoUCM.

—Ese fue el nombre que le pusiste tú al grupo de WhatsApp —acusó Nando a Rai.

—Espero por tu bien que no estés insinuando que yo he escrito esa basura...

—¿Cómo lo has encontrado? —le preguntó Sara a Ángela.

Cumplió su palabra y no delató a Eva. Al grupo le dijo que estaba haciendo una búsqueda en Google y llegó hasta él. En realidad, podría haber ocurrido así, porque Ángela escribía en el buscador «crimen», «Complutense», «Cruzado» y su propio nombre compulsivamente.

—Éramos los únicos que estábamos allí. ¡Están las mismas frases que dijimos! —les recordó Ángela—. Es imposible que lo haya escrito alguien que no esté en esta aula ahora mismo.

Y así fue como llegaron a la conclusión de que uno de ellos tenía que ser el PayasoUCM.

—¿Quién de vosotros ha escrito esta mierda?

Rai le arrancó los papeles de las manos a Ángela. Lo volvió a repetir, gritando. Todos lo negaron, tal como era de esperar. También, como era de esperar, se acusaron los unos a los otros. O quizá alguien hubiera hablado.

—Yo no se lo he contado a nadie —aseguró Sara.

El resto prometió que tampoco lo habían hecho. Todos menos Virginia, que los miraba sin pestañear. Los miraba aterrada.

—¿Tú por qué no dices nada? No has abierto la boca —le dijo Rai con suspicacia.

—¿Quién quiere matarme? —les preguntó.

—¡Dejadlo ya! No tiene sentido, está claro que ninguno de nosotros querría que todo esto saliera a la luz —insistió Nando—. Quizá nos haya visto alguien matar a Cruzado...

—No lo matamos. Fue un accidente —le recordó Koldo nervioso.

Estaba aterrado porque decía que él era alguien en las redes sociales y conocía a mucha gente que leía Wattpad. Compañeros de su clase que

podrían descubrir lo que habían hecho.

—¿Cuántos lo han leído? Eso se puede saber, ¿no? ¿Tiene una especie de contador como los vídeos de YouTube? —preguntó Nando.

—Solo una docena. Lleva poco tiempo subido —les dijo Ángela.

—Entonces, seguro que no ha llegado hasta la policía —añadió Sara aliviada.

—¿Y qué si fuera así? Ni siquiera están nuestros nombres. Aunque lo encontraran, no se lo creerían —dijo Rai.

—Quizá para entonces ya estemos muertos. —Virginia miraba el capítulo del PayasoUCM en su móvil. También las luces del aula, que temblaron unos segundos.

—Aquí no aparece solo lo que pasó en la facultad. También todo lo que hicimos antes. El club de lectura, las conversaciones en el grupo de WhatsApp... Esto lo ha escrito uno de nosotros —apuntó Ángela convencida.

—Igual has sido tú.

Eso fue lo que recalcó Rai, lo que apoyó Koldo y lo que ninguno de los que estaban allí contradijo.

—¡El que ha escrito esto quiere verme muerta! —se defendió ella.

—O quizá tú hayas añadido esa parte para que no te acusáramos. Eras la que menos ganas tenía de guardar el secreto —recordó Koldo, que parecía que ya tenía al culpable.

—No estarás intentando llamar la atención de la policía con esta mierda, ¿verdad? —le preguntó Rai.

—Ángela, si lo has escrito tú, dínoslo, por favor —le pidió Sara.

—Por Dios, Sara... ¡No, claro que no!

Intentó defenderse, pero ninguno de sus argumentos era más válido que los que tenían el resto para resaltar su inocencia. Todos podían ser víctimas y culpables.

—Ya vale. Ángela no ha sido —zanjó Nando. Ella se lo agradeció con la mirada.

—Entonces ¿quién ha sido? ¿El fantasma de Cruzado? —preguntó Sara. Lo hizo sin ninguna ironía.

—Los fantasmas no existen —dijo Ángela, aunque ella también había

pensado en esa posibilidad.

—A lo mejor sí —dudaba Virginia, de nuevo con la voz temblorosa.

—En lugar de plantearnos explicaciones sobrenaturales locas, ¿por qué no nos centramos en tratar de impedir que esto llegue a más gente? —propuso Sebas.

—¿Se puede bloquear o algo así? —preguntó Nando.

—Se puede reportar, sí. Ya lo he hecho, pero sigue en la web —les contó Ángela.

—Bueno, pues vamos a banearlo todos hasta que desaparezca y problema resuelto —dijo Rai.

—¿Resuelto? ¡Hay alguien que sabe lo que hicimos! —exclamó Ángela —. Si no somos ninguno de nosotros, ni un fantasma, ¿quién?

Rai se acercó a Virginia al ver que se abrazaba al cuaderno negro. La olisqueó como un perro.

—A ti te gusta escribir, ¿no? Siempre vas con este cuadernito...

El chico se lo arrancó de un tirón y lo abrió.

—¡Para, Rai! —le gritaba Ángela.

No lo hizo. El chico pasó las páginas del cuaderno. Hojas y hojas escritas hasta en los márgenes con una letra minúscula. También había dibujos. Martillos, sangre y un crimen.

—¿Qué es esta mierda?

—Una novela. Pero no es la vuestra. Es otra en la que salgo yo.

Virginia miraba al grupo con esos ojos oscuros inquietantes que tenía. Saltaban de uno a otro mientras hojeaban el cuaderno. Ya ni siquiera Ángela la pudo defender, a pesar de que Virginia dijo que esa no era la novela del PayasoUCM. Costaba creerla, mucho menos que imaginar que tenía un cuchillo en la mochila con el que planeaba matarlos a todos. Entonces, empezó a gritar:

—El PayasoUCM me escribió... ¡Quiere matarme! ¡Quiere matarme!

—¿Cómo que te escribió? —le preguntó Ángela desconcertada.

No le respondió. Lo que hizo fue mirar a Rai, como si lo viera por primera vez.

—Eres tú... ¡Eres tú!

El chico la agarró del cuello y la empotró contra la pared.

—¡Tú has escrito esta mierda, pirada!

—¡Rai, suéltala! —gritaba Ángela.

Pero no lo hizo. Le apretaba la garganta, tanto que los ojos de Virginia se humedecieron.

—¡Si vuelves a escribir una línea más, te juro que te mato!

La soltó cuando la puerta de la clase se abrió. Era Roberto, el bedel. Si no llegó a ver que Rai estaba a punto de ahogar a Virginia fue porque todos habían formado un corro a su alrededor.

—¿Qué está pasando aquí?

—Nada, estábamos terminando el club de lectura —improvisó Sebas—. Ya nos vamos.

El bedel les dijo que se dieran prisa, la facultad ya iba a cerrar, y se marchó. Virginia recogió su cuaderno y se fue corriendo del aula. El resto del grupo, a solas, intentó comprender lo que había pasado.

—Tiene que haberlo escrito la pirada esta —dijo Rai—. ¡Ese cuaderno es como el del asesino de la peli de *Seven*!

—¿Por qué dijo que eras tú? —le preguntó Ángela.

—¡Y yo qué sé!

—Esa tía es rara, pero ¿la habéis visto hoy? Parecía que estaba totalmente ida —aumentó las sospechas Koldo.

Todos parecían estar de acuerdo. También menos asustados que cuando había empezado la reunión. La única explicación posible era que Virginia hubiera escrito aquello.

—Y ¿cómo sabía todo lo que había pasado antes? El PayasoUCM ha escrito cosas que solo habíamos hablado por el grupo de WhatsApp —les recordó Ángela.

—Igual nos miró los móviles —dedujo Sara.

—Lo que está claro es que esta ya no va a matarnos —añadió Rai convencido de que la había asustado lo suficiente.

—Una cosa es estar loca y escribir una novela asquerosa y otra ser una asesina —dijo Sebas.

Pero Ángela seguía asustada. Nando lo notaba por cómo se masajeaba las manos.

—Tengo que trabajar en Campus, pero ¿quieres que vaya a dormir contigo después? —le propuso cuando ya salían de la facultad.

Quería, pero Ángela le dijo que no. Tampoco le respondió cuando Nando la llamó por teléfono, unas horas después. Aún no estaba preparada para volver a estar con él como si no fueran asesinos.

A las nueve en punto de la mañana, Ángela entró en el aula. Se sentó, abrió la carpeta y se dispuso a tomar apuntes. Estaba mucho más calmada porque la

novela del PayasoUCM había desaparecido de Wattpad. Denunciarla había funcionado.

Hasta que no entró en la clase la profesora de Teoría de la Literatura Comparada, Ángela no se dio cuenta de que el pupitre que Virginia siempre ocupaba, en la última fila, estaba vacío. Cruzó una mirada con Sebas, que estaba pensando lo mismo que ella. También lo pensó Sara, que llegó tarde, como siempre, y se sentó al lado de Ángela.

—¿Has visto a Virginia?

Sara negó con la cabeza. Ángela suspiró. La noche antes había intentado hablar con Virginia porque tenía demasiadas preguntas en la cabeza para poder dormir. Llamó a la puerta de su habitación, en la tercera planta de la residencia, pero no le abrió, ni le contestó cuando Ángela le dijo que era ella.

—Mejor que no haya venido. Menuda tarada —le susurró Sara a Ángela en clase, al mismo tiempo que miraba su móvil.

Acababa de recibir un aviso. También sonó el teléfono de Sebas, y el de Ángela. Tenían el mismo mensaje en la pantalla. Les habían agregado a un grupo de WhatsApp.

«El Club de los lectores criminales»

PayasoUCM agregó a Ángela

PayasoUCM agregó a Nando

PayasoUCM agregó a Rai

PayasoUCM agregó a Sara

PayasoUCM agregó a Sebas

PayasoUCM agregó a Koldo

**PayasoUCM**

¡Hola! Os dejo el capítulo 2 de mi novela

☺.

09:12

**PayasoUCM**

<https://www.wattpad.com/story/6298862-muerteporrera>

09:13

## 2. LA MUERTE DE LA PORRERA

Lo reconozco, esa chica de mirada inquietante sabía jugar con las palabras al escribir. La locura siempre ayuda a esas cosas, sobre todo cuando se quiere escapar de ella. Hablo en pasado porque esa pobre enferma ya está muerta. Yo la he asesinado.

¿Cómo? Empezó por la mañana, cuando se sentó en el ordenador a pasar a limpio las notas que había escrito en su cuaderno negro. Después de no haber encontrado su medicación en su sitio. ¿Quién se habría encargado de hacer desaparecer sus pastillas? Intentó no pensarlo, hacía tiempo que se encontraba mejor. Además, tenía porros, que era lo que de verdad la dejaba anestesiada. También le ayudaba escribir, eso le decían todos los médicos, así que siguió haciéndolo. Hasta que alguien o algo empezó a escribir por ella. Era yo. Las letras fueron apareciendo en la pantalla, despacio, como un goteo, hasta llenar páginas y páginas del documento de Word.

### QUIEREN MATARTE QUIEREN MATARTE QUIEREN MATARTE

Es increíble lo que se puede hacer entrando en el ordenador de alguien, ¿verdad? También puedes descubrir su diagnóstico de trastorno delirante, que lleva años tratándolo con pastillas, y costo, y que escribe las barbaridades que cree que quieren hacerle, todas las maneras en las que imagina que van a matarla, para poder sobrellevarlas. Puedes hacerte pasar por alguien en quien confía, de esos foros de ayuda para locos, y convencerla de que tiene que volver a ingresar y que lo mejor es que llame ya a su familia y les diga que pasará un tiempo sin hablar con ellos porque nunca la ayudan a estar mejor. Puedes decirle que, aunque sea de madrugada, vas a llevarle porros porque se ha quedado sin costo (vaya, quién se los habría quitado...) y así no puede seguir.

Cuando la llamé por teléfono, tardó solo un segundo en contestar. No

creo que le diera tiempo ni a darse cuenta de que la llamada era de un número oculto.

—Soy yo. No he encontrado tu resi, pero estoy en la entrada del colegio mayor San Juan Evangelista. ¿Puedes venir hasta aquí? —le pedí.

Me dijo que sí. Escuché sus pasos mientras se acercaba a esa zona abandonada en la que no habría nadie para ayudarla.

—¿Dónde estás? No te encuentro...

—¿Me escuchas?

Encendí la radio del coche. Ojalá hubiera sido un Cadillac rojo y blanco, con matrícula AAW 3034. Este era negro, el color de las armas.

Mmm-mmm-mmm-mmm-mmm-mmm-mmm-mmm

Mmm-mmm-mmm-mmm-mmm-mmm-mmm-mmm

Mmm-mmm-mmm-mmm-mmm-mmm-mmm-mmm

Little bitty pretty one

Come on and talk-a to me

Lovey dovey lovey one

Come sit down on my knee.

Thurston Harris. «Little Bitty Pretty One. Rock and roll» del año 57. Al escuchar la música, vino como abeja al panal. La última canción de su vida. Me gusta imaginar que sintió el primer nudo de miedo en el estómago al estar caminando hacia un coche sin luces, aunque con el motor y la radio encendidos. Me gusta imaginar que, cuando al fin la cegaron, pensó: «No estaba loca. Era verdad. Querían matarme». Me gusta imaginar que sabía que en ese momento había empezado su final porque esa sensación es mucho más angustiosa para cualquier víctima. Si te matan por sorpresa, se pierde ese ingrediente. Lo que es seguro es que el ruido del acelerador le disparó el corazón. Una, dos, tres veces, cada vez más a fondo, aunque sin soltar aún el freno de mano. Dio pasos de cangrejo hacia atrás mientras el coche quemaba ruedas en el asfalto. Aún no, aguanta, aún no...

¡Ahora!

La Porrera echó a correr, soltando la bolsa de viaje. Saltó la verja del colegio mayor abandonado, pero solo tuvo que acelerar a fondo para tirarla abajo. El jardín le debió de parecer enorme mientras la perseguía. Allí se llevó el primero de los atropellos, aunque lo hice frenando porque no quería que muriera. Aún no.

Esto no iba a poder repetirlo hasta que le tocara al siguiente del grupo y quería disfrutarlo. La pobre loca estaba a punto de llegar hasta una puerta que la llevaría al interior del edificio. El instinto de supervivencia es increíble, ¿verdad? Pero el destino es mejor. Qué buen giro dio cuando se encontró con que la entrada estaba sellada con cadenas. Ya solo podía gritar. Se dio la vuelta y miró el coche, con las luces clavándosele en los ojos. Es increíble lo mucho que se le pueden llegar a abrir a una persona cuando sabe que va a morir. Quitó la música. Aceleré tres veces, pero sin meter la marcha. Aún no.

—Por favor... No, por favor... —dijo lloriqueando.

—Por favor, por favor... No, por favor... —repetí yo, partiéndome de risa.

Aceleré el coche como si estuviera atravesándole el corazón. La aplasté contra la puerta cerrada y seguí acelerando unos segundos más. Podía oír sus gritos. Dolor y angustia, qué bien combinan. El parabrisas se llenó de sangre y ella dejó de gritar. Aún respiraba cuando di marcha atrás.

Me gusta que la muerte de mis víctimas sea lenta y que no puedan correr para escapar de ella. Por eso, dejé a la Porrera agonizando y volví a mi vida, esa en la que te puedes encontrar conmigo sin saber que soy yo. Encendí la radio.

Little bitty pretty one  
Come on and talk-a to me  
Lovey dovey lovey one  
Come sit down on my knee.

Sara fue la primera que intentó salir del grupo del PayasoUCM. Unos segundos después, el asesino volvió a agregarla. Ocurrió lo mismo cuando se fue Koldo. También al hacerlo Ángela, y todos. Ese número sin cifras que les escribía no iba a dejar que se marcharan.

—Se puede utilizar WhatsApp desde un número anónimo. Hay una aplicación para eso —les contó Sara a Sebas y a Ángela.

Los tres caminaban por la avenida Complutense con urgencia. Habían leído la muerte de Virginia e iban hacia el lugar del crimen, donde Rai se reuniría con ellos. Sara lo había llamado por teléfono en cuanto había salido de clase, aterrada porque el PayasoUCM los estaba acosando. Fue él quien le contó cómo era posible que el asesino los hubiera metido en ese grupo sin revelar su identidad.

—Ese programa se llama Primo —siguió Sara—. Al parecer, asigna un número anónimo a tu teléfono para poder utilizarlo sin que se vea quién está detrás. Se puede llamar, enviar mensajes y hacer cualquier cosa desde el móvil y que no quede ni un rastro en la red.

—¿Y Rai cómo sabe eso? Estudia Económicas, no Informática —señaló Sebas.

Ángela también esperó la respuesta, pero Sara torció el gesto.

—Rai no es el pirado que nos está acosando, ¿vale?

Tardaron mucho menos de lo habitual en llegar hasta el San Juan Evangelista. En esa calle, más estrecha que el resto de las de la Ciudad Universitaria, por

la que ya nadie pasaba, ni siquiera se escuchaba el piar de los pájaros. Tampoco se los veía en el cielo porque estaba algo oscurecido por la tormenta de primavera que caía. El tiempo llevaba así días.

—Si ese coche se metió ahí para matar a Virginia, la verja debería estar caída en alguna parte —dedujo Ángela.

—O no porque todo esto es un cuento que se ha inventado la pirada esa —insistió Sara, y añadió que Rai también estaba de acuerdo con ella; no había ningún payaso asesino acosándoles, solo era Virginia dejándose llevar por su locura.

Recorrieron la acera, buscando la zona por la que el coche habría perseguido a Virginia, si es que así había ocurrido.

—No hay marcas de neumáticos —dijo Sebas mirando el asfalto—. Si realmente metió tantos acelerones y frenadas, deberían verse...

—O quizá haya borrado las marcas la lluvia —insistió Ángela, que no ponía en duda la veracidad del relato.

Tenía razón ella. Sí encontraron la verja caída en uno de los laterales del edificio. Todo aquello había ocurrido.

—Ángela, yo no quiero entrar ahí —dijo Sara, ahora ya asustada—. ¿Por qué no esperamos a Rai?

Pero Ángela no quería esperar, le dijo que tenían que entrar ya porque quizá aún estemos a tiempo de salvar a Virginia.

—El PayasoUCM escribió que aún respiraba cuando se marchó. ¿Y si sigue viva?

Había algo más. Ángela necesitaba saber cuanto antes si la muerte de Virginia era o no real. Estaba aterrada, pero alejarse de allí solo haría que lo estuviera aún más.

—¿Y si el que la mató sigue aquí? —apuntó esa posibilidad Sebas, con miedo en la voz.

—Yo voy a entrar —dijo Ángela firme.

—Está bien, voy contigo —terminó por ofrecerse él.

Por un momento, Ángela pensó que quizá sería mejor entrar sola. Cualquiera podía haber escrito la muerte de Virginia. Incluso Sebas, que ahora podría llevarla a ella hasta el interior del colegio mayor abandonado y...

Ni a imaginarlo se atrevió. Fue solo eso, un momento. Ángela se lo quitó de la cabeza y recordó que estaba con su mejor amigo. Él ya caminaba por el jardín del colegio, así que lo siguió, después de pedirle a Sara que los esperara allí.

—¡No me dejéis aquí sola! —les pidió Sara.

Pero lo hicieron. La pareja caminó por el césped destrozado. Las ramas se partían bajo sus pies y los charcos fríos de la tormenta les mojaban los calcetines. Se detuvieron frente a la entrada del edificio. Sobre la puerta aún quedaban algunas de las letras que antes decían que ese era el colegio mayor San Juan Evangelista. El PayasoUCM había escrito cómo mató a Virginia, aplastándola, justo en ese punto. Ángela dio los últimos pasos. Se detuvo al ver que había un rastro de sangre en el suelo. Llevaba hacia dentro del edificio.

—Está abierta —le dijo a Sebas, empujándola.

Los dos tomaron aire y cruzaron la entrada. La pesada puerta se cerró tras ellos y el ruido de la lluvia se quedó fuera. Los golpeó el olor de la basura que se amontonaba por las esquinas del edificio abandonado.

—¡Virginia! —voceó Ángela.

No hubo respuesta. Buscaron los teléfonos móviles en los bolsillos y los usaron como linternas para iluminar lo que los rodeaba. El techo estaba lleno de goteras que encharcaban el suelo como si fuera la orilla de un lago.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Ángela, alarmada.

Se había oído un silbido. Solo era el aire atrapado en una habitación de la que trataba de escapar.

—Echamos un vistazo rápido y nos vamos, ¿vale? —le pidió Sebas, tan asustado como ella.

Ángela lo siguió por los pasillos que distribuían las habitaciones del colegio, pensando que, antes de que toda esta pesadilla empezara, nunca había tenido miedo. Creía que sí, que eso era lo que había sentido aquellas noches en las que se despertaba de golpe, tras una pesadilla, y se encontraba sola en su habitación. O cuando volvía de madrugada por una calle oscura de la Ciudad Universitaria, alerta por si oía pasos tras ella. Ahora sabía que todo eso no era miedo, sino fantasmas riéndose en su cabeza. Lo que notaba en su

interior al recorrer esas habitaciones, pensando que en cualquiera de ellas podría estar Virginia, o el asesino que quería matarlos, era verdadero terror.

Ángela caminaba alumbrando cada esquina con la linterna del móvil. Vio ratas mordisqueando basura y cucarachas tratando de trepar por sus piernas. Vio restos de botellas y ropa tirada. Pero no vio nada más.

—Vámonos, Ángela —dijo Sebas cuando ya habían recorrido casi toda la planta—. De veras que estoy intentando hacerme el valiente, pero no es una de mis cualidades...

—Espera, alumbra ahí —le pidió la chica.

Había visto algo en la pared de la escalera que llevaba hacia la planta inferior. Con la luz suficiente, distinguió la huella de una mano que se alargaba, como si hubiera querido agarrarse, pero solo encontró la pared lisa. La mancha era roja. También vieron gotas en los escalones. Iban hacia abajo.

—¿Esto es sangre? —preguntó Ángela.

Tragó saliva y bajó el primero de los peldaños.

—Espera, Ángela. Esta sangre no está seca...

Quizá, a quien pertenecía estuviese aún abajo. Quizá, quien le había abierto la herida, también.

—Tenemos que bajar... ¡Virginia! —gritó Ángela.

Siguió vociferando el nombre mientras descendía por los escalones. Le respondió el eco del edificio vacío. Sebas la siguió y las escaleras los llevaron hasta el sótano, que resultaba aún más terrorífico porque ni siquiera tenía ventanas rotas por las que escapar. Encontraron más huellas de esa mano ensangrentada por las paredes y más gotas de sangre en el suelo. Formaban un camino hasta la puerta que se dibujaba al fondo del largo pasillo. Ángela y Sebas pegaron sus cuerpos al llegar frente a ella. Había dos manos más en la puerta. La sangre había resbalado por la madera, formando delgados ríos.

—Deberíamos abrirla.

Lo dijo Ángela, pero, en realidad, estaba paralizada, así que fue Sebas el que la empujó. Empezó haciéndolo despacio, aunque terminó por llevarla hacia delante con fuerza para encontrarse cuanto antes con lo que los esperaba al otro lado.

—No puede ser... —balbuceó Sebas, temblando.

Ángela dio los pasos necesarios para entrar en la habitación. Caminó hasta llegar al centro. Había algo. Se agachó y lo recogió. Una bolsa de plástico, la misma que habían enterrado en el jardín trasero de ese edificio la noche que mataron a Cruzado. En su interior estaban los martillos con los que lo habían hecho. También los restos calcinados de los disfraces de payaso y las piezas destrozadas de la cámara de vídeo con la que lo habían grabado todo. Y una nota firmada:

*¡Ya estoy escribiendo el capítulo 3! 😊*

PAYASOUCM

Por la tarde, Nando entró en la cafetería de la facultad con el casco de la moto bajo el brazo. Se le dibujó una pequeña sonrisa de alivio al ver a Ángela. Estaba en una de las mesas del fondo, con una taza humeante en las manos. Había poca gente más por allí; los camareros, un par de grupos de estudiantes y ya.

—Virginia no está en su habitación. No responde al teléfono, ni parece que lea los whatsapps —le contó Ángela a Nando.

—¿Y en las redes sociales? Igual ha publicado algo nuevo en ellas.

—La he buscado, pero no aparece en Facebook ni en Twitter ni en Instagram. O no tenía redes o las ha borrado todas de pronto.

—Bueno, no tiene pinta de que sea de las que se deja ver mucho por internet. ¿Y sus padres?

—No sé ni cómo contactar con ellos, yo casi no conocía a Virginia. Pero el PayasoUCM dijo que se había encargado de que ellos creyeran que iba a estar ingresada.

Superada, Ángela hundió la cara en las manos.

—Está muerta, Nando.

—Ángela, eso no lo sabemos...

—Tú también estás en ese grupo de WhatsApp en el que nos ha metido el asesino. Has leído cómo la mataba. Y en el colegio mayor abandonado estaban las pruebas de lo que hicimos, desenterradas...

Ángela se lo había contando en el mensaje que le había dejado en el buzón de voz. No había conseguido hablar con Nando hasta bien pasadas las

doce porque él se había levantado a esas horas, como siempre.

—Quizá no esté muerta pero haya querido aparentarlo para que así lo creamos —dedujo Nando—. Si es ella la que está escribiendo todo esto, tendría sentido.

Eso mismo pensaban Sara, Koldo y Rai, aunque también creían que el asesino podría ser otra persona.

—Vale, imaginemos que es Virginia. ¿Por qué iba a hacerlo? ¿Por qué querría que se descubriera lo que hicimos?

—Tiene problemas psiquiátricos, ¿no? Además, la obligamos a ser cómplice del asesinato de Cruzado.

—No lo sé, me cuesta creer que ella sola haya preparado todo esto.

—La otra opción es la de que sea el espíritu de tu profesor, pero sabemos que eso no tiene sentido, ¿no? ¿O ya hemos perdido tanto la cabeza?

Ángela no le respondió porque ya no sabía si le costaba menos creer en un espíritu o en que alguien de su grupo de amigos era el PayasoUCM. Podía serlo incluso su novio.

Esa sospecha la había sembrado Rai, unas horas antes de que Ángela se citara con Nando. Cuando ella y Sebas salieron del colegio mayor abandonado, ambos con el corazón en un puño por lo que habían visto, y se lo encontraron junto a Sara. Rai insistió en apuntarlos a todos como culpables. Si Virginia realmente estaba muerta, si habían acabado con ella la noche anterior, el asesino habría estado ocupado persiguiéndola justo a esas horas. Koldo no estaba allí para preguntárselo, pero ya tenía coartada. Aún podían verse en Instagram los *stories* que subió tomando cócteles con sus amigas Ruth y Laura en Campus.

—Nosotros también estuvimos allí y vimos a Koldo. Nos quedamos hasta que cerraron.

—¿Y luego? Porque la noche tiene muchas horas —dijo Sebas, que estaba molesto por verse sometido a ese interrogatorio y ya hasta quería devolverles la jugada.

—Luego fuimos a mi apartamento. A follar. ¿Queréis más detalles?

Rai se lo dijo de un modo desafiante. Después, fue a por él:

—¿Y tú, gafotas? ¿Qué hiciste anoche?

—Estuve en mi habitación, estudiando. Hasta la una o así, y luego me fui a dormir —le replicó Sebas.

—¿Quieres que te pregunte la lección?

—Paso de ti, tío. Te digo que eso es lo que hice. Allá tú si no te lo quieres creer, no tengo que demostrarte nada.

—Sí, sí que tienes. ¿Qué coño hiciste anoche?

—Vale ya, Rai. Es verdad. Sebas estuvo en su habitación —lo defendió Ángela.

Ella había visto luz por debajo de la puerta cuando había pasado junto a ella, al ir a llamar a Virginia. Les contó que había ido a la habitación de la chica pasada la medianoche. Quizá a esa hora el PayasoUCM ya la hubiera matado porque no le respondió.

—Esto es absurdo. Vale que no seamos muy amigos, pero de ahí a que entre nosotros haya un psicópata que quiera matarnos... —trató Ángela de anular esa opción por descabellada—. ¿Por qué no nos centramos en buscar una explicación más realista?

—Eso, hagámoslo. ¿Dónde estuvo Nando anoche? —preguntó Rai sin ocultar la suspicacia en la voz.

—En Campus. Trabajando —le contestó Ángela harta.

Rai levantó una ceja, como hacía siempre que no creía algo de lo que escuchaba.

—Vale, pues ya tenemos al puñetero payaso —aseguró Rai.

—¿Qué? Vale ya, Rai. Te estás pasando. ¡Nando no es ningún asesino!

—Igual sí que lo es porque anoche nosotros estuvimos en Campus y te aseguro que tu novio no estaba allí trabajando.

—¿Qué? Eso no es cierto, Rai —lo defendió Ángela.

—Es verdad, Ángela. Nando anoche no trabajó en el bar —le aseguró Sara asustada.

Y por esa razón Ángela había quedado a solas con Nando en la cafetería de la

facultad. Ahora todos los del club creían que él estaba detrás de la máscara del payaso. Incluso Sebas recelaba. Ella no, o no podía ni pensarlo, pero necesitaba que Nando le explicara dónde había estado mientras Virginia desaparecía, para acallar los rumores. No se atrevió a preguntárselo porque sabía lo doloroso que podía ser para él escucharlo. Más aún cuando su novio movió la mano por la mesa para coger la suya.

—Tranquila, Ángela. Estoy aquí contigo...

Miró a Nando y respiró con fuerza, como si pudiera robarle al aire el valor que necesitaba.

—Nando, hay algo que tengo que saber...

—¿El qué?

—Anoche tú me dijiste que ibas a estar trabajando en Campus.

—Sí, así es...

Al ver la mirada de Ángela, supo lo que tenía en la cabeza. Le soltó las manos como si fueran un rosal con espinas.

—Espera, ¿estás intentando averiguar lo que hice anoche? Dios, no me puedo creer que realmente lo estés pensando... ¡Crees que yo he matado a Virginia!

—¡Yo no lo estoy pensando, pero el resto del grupo sospecha de ti! Rai y Sara dicen que no estuviste en Campus. Sé que no eres tú, pero necesito que me cuentes lo que hiciste anoche para no dejar que vuelvan a señalarte.

Silencio. Cuando al fin habló, Nando lo hizo enfadado:

—Estuve un par de horas trabajando, las primeras. El encargado me dijo que parecía que iba a estar bastante flojo y que me tomara el resto de la noche libre si quería. Le dije que sí porque quería estar contigo. Sabía lo asustada que estabas. Te llamé, pero no me contestaste, así que me fui a casa. Me dormí tarde porque ya sabes que tengo el horario cambiado. ¿Es suficiente o necesitas algún testigo que apoye mi testimonio?

Un silencio más que rompió Ángela. Ahora era ella la que parecía culpable:

—Lo siento. Perdóname, pero tenía que preguntártelo... Siento haberlo hecho, de veras.

Nando suspiró y trató de calmarse.

—Ángela, lo que hicimos fue horrible. Y quizá tendríamos que haber reaccionado de otra manera. Deberíamos haber ido a la policía, o haberlo contado, pero ya no podemos cambiarlo. ¿De veras te ayuda a llevarlo mejor estar alejada de mí? Porque te aseguro que a mí no.

—No. No me ayuda. Pero es que estoy muy asustada y no sé qué hacer para dejar de estarlo...

—Déjame ayudarte. Por favor.

Volvió a buscar su mano. Esta vez, Ángela también entrelazó los dedos.

—Además, si hay alguien lo suficientemente violento en este grupo como para hacer algo así, ese es...

—No, Nando —lo cortó ella—. No entremos en el juego de Rai. Lo que tenemos que pensar es qué vamos a hacer. Está claro que alguien quiere amargarnos la existencia. No podemos contárselo a la policía, así que tendremos que resolverlo nosotros.

—No suena fácil. Aparte de reportar la novela en Wattpad, no sé qué más podemos hacer...

—Podemos averiguar quién es. No sé, quizá haya alguien que pueda ayudarnos.

Ángela estaba pensando en Eva, pero no pudo contarle más porque el camarero les avisó de que ya iban a cerrar.

—No pienso dejarte dormir sola esta noche —le dijo Nando.

—Estoy bien...

—Pero yo no. Necesito estar contigo, ¿vale?

Se dieron un beso. Al fin.

Salieron al pasillo, pero antes de llegar a la entrada, vieron venir a Sebas de frente. Había acompañado a Ángela hasta la facultad, pero ella le había pedido que le dejara hablar a solas con Nando en la cafetería. Ahora Sebas caminaba rápido, como cuando sabes que alguien te está persiguiendo pero no quieres demostrarle que estás escapando.

—Ángela, date la vuelta. Tienes que salir por la puerta de atrás de la facultad.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

—Colega, ¿de qué vas?—le dijo Nando, al ver que agarraba a Ángela del

brazo y tiraba de ella.

—Han preguntado por ti...

—¡Señorita, espere! —oyeron.

Entonces, Ángela vio al bedel junto a la estatua del Quijote que coronaba la entrada de la facultad. Parecía tener arañazos en la cara. Con él estaba la persona que le había dado el alto a Ángela. La misma que le había preguntado a Sebas por ella.

—Esa es la chica que estuvo con Cruzado en su despacho —dijo Roberto, señalándola.

Ángela tragó saliva. Era la policía.

—¿Es usted Ángela Kuntz?

—Sí, soy yo.

—Policía Nacional —le dijo, mostrándole la placa—. Estoy hablando con algunos de los estudiantes de la facultad y me gustaría tener unos minutos con usted.

—Y ¿de qué quiere hablar? —preguntó Nando a la policía, una mujer uniformada que destilaba firmeza solo con mover los dedos.

—Y usted es... —le preguntó la policía, esperando a que él completara la frase.

—Mi novio, pero no estudia aquí. Solo ha venido a buscarme —se adelantó Ángela para evitar que la conversación siguiera por ahí.

A pesar de los nervios, ella disimulaba mejor que Nando. También Sebas parecía descompuesto por el modo en el que les habían interceptado, aunque, al menos, no habló. La chica se convenció en silencio de que mostrarse a la defensiva podría despertar sospechas que no sabían si esa policía tenía. Solo le había dicho que quería hablar con ella, nada más, así que sonrió y le preguntó:

—¿Ocurre algo?

—Soy la agente Novoa, de homicidios.

Estiró la mano para estrecharla, pero nada más se la ofreció a Ángela, que intentaba comportarse con templanza a pesar de haber escuchado el departamento al que esa mujer pertenecía.

—Serán un par de preguntas. ¿Le importa si hablamos a solas?

—No, para nada.

Ángela les dijo a Nando y a Sebas que se verían después. Al mismo tiempo, con la mirada, les pidió que se marcharan y que se mostraran tranquilos porque lo contrario solo haría sonar alarmas. Calma, chicos, eso fue lo que les dijeron sus ojos. La agente Novoa le agradeció al bedel su colaboración. Unos segundos después, ambas ya estaban a solas en la entrada. A su espalda quedaba la estatua del Quijote, con esa espada afilada apuntando al cielo. Ángela se abrazó a la carpeta y trató de mostrarse preocupada, pero lo justo.

—Ángela, me ha contado el bedel que conocía a Antonio Cruzado.

—Bueno, era mi profesor...

—¿Le gustaban sus clases?

—Era un profesor muy bueno, sí... Perdona, ¿qué es lo que le ha dicho Roberto?

Intentó que la pregunta no estuviera cargada de desconfianza, pero sabía que era difícil. El modo en el que reaccionó Novoa, tomándose unos segundos para, al final, ni contestarle, dejó bien claro que no lo había conseguido.

—Tuvo usted una reunión con Cruzado hace dos sábados, en su despacho. ¿Es así?

Lo sabía. Roberto sabía lo que había pasado, pensaba Ángela.

—Pues no lo recuerdo, la verdad.

Novoa le sostenía la mirada, así que dedujo que la vaga respuesta que le había dado no le convencía.

—Estaba apuntado en la agenda de Cruzado. Ángela Kuntz, sábado 3, a las nueve y media de la mañana.

Ángela hizo como que haberlo olvidado no significaba nada y relajó la mandíbula mientras hablaba:

—Ahora que caigo, sí. Hace unos días tuve una tutoría en el despacho de Cruzado.

—Los sábados la facultad está cerrada. Roberto me ha dicho que Cruzado le pidió las llaves del edificio para poder entrar.

Ángela miró a Roberto. ¿Estuvo aquella mañana en la facultad? ¿Y la

noche que mataron a Cruzado? No podía haber estado, pero lo sabía. Si no todo, algo.

—¿Un examen suspendido?

—No, bueno... En realidad, el profesor quería hablar conmigo de un trabajo de clase.

Novoa se pasó la mano por el mentón, valorándolo. Eso fue lo que le pareció a Ángela, aunque, en realidad, lo que hizo fue buscar la manera de lanzarle su siguiente pregunta.

—¿Ocurrió algo en aquella tutoría, Ángela?

Rápidamente, la chica valoró sus opciones. Eran dos: decir la verdad o mentir. Eligió la segunda, por costumbre y por miedo.

—No, hablamos del cuento que escribí, de los aciertos y errores. Estuvimos como una hora. Luego, me marché.

Novoa tomó aire y se cruzó de brazos.

—¿De veras? Piénselo, por favor.

Los siguientes segundos Ángela los utilizó para señalar con los ojos hacia arriba. Eso era lo que hacía la gente cuando trataba de recuperar un recuerdo perdido en la cabeza. Entonces, vio a Cruzado en lo alto de la escalera, con un cubo de sangre. Era como en la pesadilla que tenía cada noche desde que lo habían asesinado. También podía escucharlo susurrar «Virgen, eres una virgen». Ángela trató de convencerse de que su cabeza solo le estaba jugando una mala pasada y volvió a la conversación, dispuesta a cambiar el rumbo que llevaba.

—En realidad, sí hubo algo más. Cruzado me contó que su mujer lo había dejado y que estaba deprimido. También noté que iba algo bebido.

Llegó un silencio durante el que Novoa le sostuvo la mirada.

—Estamos todos muy sorprendidos con la noticia de su suicidio —dijo, sabiendo que se la jugaba.

Sinceridad e inocencia, tu cara debe destilar sinceridad e inocencia, se repetía Ángela en silencio. Surgió efecto. Novoa dejó de mirarla con dureza. También cambió el usted por un tú más relajado.

—Ángela, estaré por la universidad estos días. Estamos haciendo los últimos trámites para cerrar el caso. Si hay algo más que quieras hablar

conmigo... Lo que sea.

—Claro, lo tendré en cuenta. Muchas gracias.

La agente miró a Ángela, que le sonrió mientras le estrechaba de nuevo la mano. Lo hizo sin parecer preocupada, pero tampoco totalmente indiferente. Después, la chica echó a caminar hacia la salida del edificio. Podía notar cómo los ojos de Novoa la seguían. Quizá no supiera que ella y sus amigos habían asesinado a Cruzado, pero sí que le estaba mintiendo.

Por la mañana, Ángela dejó a Nando durmiendo en su cuarto, con una nota en la que le decía que iba a ir a clase porque después de que la policía le preguntara no podía desaparecer. En realidad, fue a la biblioteca. Aún era temprano para encontrar por allí estudiantes, aunque sabía que Eva ya estaría trabajando porque siempre se hallaba tras el mostrador a primera hora. Todas las luces estaban encendidas, pero no la encontró en su sitio de siempre, así que se dio una vuelta por la sala. Tenía dos plantas y en ambas había largos pasillos formados por estanterías. Cada pocos pasos, se abrían salas a los lados, también de paredes de estanterías llenas de libros y mesas en el centro en las que estudiar. Probablemente, Eva estaría colocando ejemplares en alguno de esos recovecos, pero Ángela llegó hasta el final del pasillo, donde empezaba la escalera que llevaba a la segunda planta, y siguió sin encontrarla.

—¿Eva? —preguntó en voz alta mientras deshacía el camino.

No hubo respuesta. Ángela ya iba a marcharse, porque, aunque el ordenador detrás del que la chica siempre se sentaba estaba encendido, tal vez hubiese salido a desayunar a la cafetería de la facultad. Pero oyó un ruido de hierros moviéndose. Salía del archivo, la puerta que quedaba a la derecha del mostrador. Estaba abierta, aunque no era lo normal.

Ángela entró en esa sala en la que nunca había estado porque era solo para los que trabajaban en la biblioteca. Dio la luz y se encendieron todos los fluorescentes del techo. Era una sala grande, de nuevo con estanterías, aunque estas sostenían revistas, tesis doctorales y documentos clasificados. Formaban pasillos, pero mucho más estrechos que los de la biblioteca. Tanto

que a Ángela le resultaba agobiante caminar por ellos.

—¿Hola? —preguntó al aire.

Hubo silencio, así que caminó por la sala en la que no parecía haber más puertas que la de entrada.

Nada, estaba vacío. Volvió por uno de los pasillos ya recorridos. Al doblar una esquina, gritó.

—¡Eva! Me has asustado.

No se preguntó cómo había llegado hasta allí, pero lo cierto era que la chica debía de estar dentro cuando Ángela había llegado. También deberían de haberse cruzado porque no había otro camino posible.

—¿Qué quieres? Aquí no puedes entrar...

—Necesito hablar contigo.

Eva la empujó hasta la salida del archivo, cuya puerta cerró con llave.

—Estoy ocupada.

Se colocó tras el mostrador, sacó su móvil del bolsillo y lo guardó. Ángela no pensó en por qué tenía dos teléfonos, solo quería que la escuchara.

—Eva, ha ocurrido algo y necesito que me ayudes.

—Tengo mucho trabajo —la cortó, sin mirarla, mientras colocaba libros de un lado a otro.

—Lo has leído, ¿verdad?

—No sé de qué me hablas.

Claro que lo sabía. Eva conocía el segundo capítulo de la novela del PayasoUCM. Casi se había aprendido algunas de sus líneas de memoria, pero no se lo iba a reconocer.

—Ya te ayudé diciéndote que esa novela había empezado. Si la historia está continuando no quiero saberlo, así que ahórrate los *spoilers*.

Cogió una montaña de libros, salió del mostrador y fue con ellos a las estanterías para colocarlos. Ángela la siguió, sin rendirse.

—Eva, en ese segundo capítulo el payaso cuenta que ha matado a Virginia. No ha vuelto a clase y ha desaparecido de la residencia. Tú dijiste que el asesino tenía que ser uno de nosotros. Todos creen que es Nando, y yo necesito demostrarles que están equivocados.

—¿No se te ha ocurrido que igual eres tú la que está equivocada?

—¿Tú también lo crees? —le preguntó sorprendida.

—Yo no creo nada. Pero no veo por qué tu novio va a tener menos posibilidades de ser un psicópata que tu amiga Sara.

—O yo. Algunos también creen que puedo estar escribiendo esa novela. Que yo soy una asesina, Eva.

—Bueno, la posadolescencia es una época terrible. Lo raro es que no nos dé a todos por liarnos a machetazos.

Ángela la agarró del brazo y la obligó a que la mirara.

—Eva, necesito saber quién está escribiendo esa novela. Y necesito que tú me ayudes a averiguarlo porque eres la única que no desconfía de mí.

—Dudo que tu novio desconfíe de ti, Ángela. ¿No será que soy la única de la que estás segura que no es la asesina?

No le contestó a eso.

—Necesito saber quién está haciendo esto, Eva. ¡Ha escrito que quiere sacarme los ojos!

—Creo que ayer estuvo la policía por la facultad. Pregúntales a ellos, a ver si saben algo. Y, ya de paso, cuéntales que te cargaste a Cruzado. Haz lo que quieras, pero a mí no me metas, ¿vale?

Eva se zafó con un golpe seco del brazo de Ángela, que suspiró, le dijo que lo entendía, que no se preocupase, «no diré nunca que tú descubriste esta novela».

Ya iba a salir de la biblioteca, derrotada, cuando oyó la voz de Eva tras ella:

—Es un homenaje a *Christine*.

—¿*Christine*? —le preguntó Ángela desconcertada, mientras retrocedía.

—La novela de Stephen King. Un coche poseído se va cargando a todos los que lo conducen. Hay una peli de John Carpenter, pero mejor ahórratela porque no es muy buena. La muerte de Virginia es como la de uno de los personajes del libro. Incluso la canción que se escucha en la radio del coche es la misma.

Ángela siguió a Eva por la laberíntica biblioteca hasta la zona en la que estaban las novelas del maestro del terror, Stephen King. Ocupaba toda una estantería. Buscó hasta dar con un ejemplar de *Christine*, lo abrió y leyó en

voz alta el pasaje en el que el PayasoUCM se había inspirado para escribir la muerte de Virginia.

—Ese PayasoUCM lo ha reescrito. Ha hecho una nueva versión. Ya ni los asesinos son originales... —le dijo Eva, dejándole el libro a Ángela.

—No entiendo nada. El asesino se inspiró en una novela de Stephen King para matar y luego lo escribió. ¿Por qué?

—Supongo que solo está continuando lo que vosotros empezasteis.

Ángela la miró con esa cara que siempre ponía cuando no entendía algo. Cejas fruncidas, frente arrugada y orejas abiertas para asimilarlo.

—Fuisteis los primeros que os inspirasteis en un libro de King para matar a Cruzado. Ibais disfrazados del payaso de *It* —le recordó Eva, que buscó la novela en la estantería.

Ángela no pudo ni mirar la cubierta. Esos dientes afilados, los ojos amarillos de demonio, le provocaban escalofríos.

—Pero eso fue diferente —se defendía Ángela—. ¡No sabíamos lo que iba a pasar!

—Lo importante es que pasó. Queriendo o sin querer, hicisteis un homenaje a Pennywise. En cualquier caso, lo del PayasoUCM es el colmo porque dice que lo que está escribiendo es real.

—No sabemos si es real —puntualizó Ángela—. No hemos encontrado el cadáver de Virginia. Nadie ha visto a ningún asesino, por el momento. Ni siquiera sabemos si es una persona real.

—¿Estás insinuando que quizá sea un fantasma? Porque entonces sería un homenaje a *El resplandor*.

Eva lo dijo en broma, casi riéndose, pero no consiguió que en la boca de Ángela se dibujara ni la más pequeña sonrisa.

—De carne y hueso o de sábana y cadena, el que está escribiendo esta mierda sabe de terror. —Eva fue a lo importante—. Ese es un género que apela a las bajas pasiones y se ha propuesto asesinar a los que las tienen. Vosotros matasteis a Cruzado y disfrazasteis lo que ocurrió. Cree que os merecéis morir por ello. Para serte sincera, yo tengo mis dudas...

—Eva, necesito que me digas quién crees tú que está haciendo esto.

—Que no lo sé, Ángela.

—¿No tienes alguna pista? Algo... Lo que sea.

—No, no la tengo. Pero creo que si quieres saber quién es el asesino, tendrás que conocerlo mejor. Está claro que le encantan las novelas de Stephen King. Léelas, quizá en esas páginas estén las claves que necesitas. Si va a mataros a todos, el modo de hacerlo ya está escrito.

Ángela miró la estantería que estaba frente a ellas. Había cientos de ejemplares, todos con el nombre del escritor americano en el lomo.

—Genial. El asesino ya podía ser fan de un autor menos prolífico.

—Se cree que homenajea a King, pero su estilo es mucho más parecido al de Bret Easton Ellis, el de *American Psycho*, un escritor que el tiempo ha demostrado que estaba sobrevalorado. Díselo de mi parte si lo encuentras. Y no me des más la plasta con el tema, ¿entendido?

Eva la dejó a solas frente a la biblioteca de Stephen King.

—Leer novelas de terror, justo lo que necesito —suspiró Ángela.

Eligió unos cuantos libros, de los que le sonaba el título. *Misery*, *La mitad oscura*, *Carrie*, *El resplandor*, *La zona muerta*, *El misterio de Salem's Lot*, *La larga marcha*, *Ojos de fuego* y *Cujo*. También cogió el ejemplar de *It* que ya había leído, y el de *Christine*. Después, eligió una mesa, en uno de los recovecos que formaban las estanterías por la sala. Para no estar sola, se sentó en una en la que también se habían instalado un par de estudiantes con los apuntes para los exámenes, que ya estaban al caer, aunque Ángela ni podía pensar en ellos. Se sentó a leer y ya no fue a clase en todo el día.

En un cuaderno grande, Ángela fue apuntando los crímenes que encontraba en las páginas. Cuando Carrie encerró a todos los que se habían reído de ella en el gimnasio, los momentos en los que *Cujo*, el perro asesino, desgarraba cuellos con sus colmillos, o ese en el que *Misery* aplastaba las piernas del escritor Paul Sheldon porque no le gustaba cómo estaba quedando la historia que lo obligaba a escribir. Iba pasando las páginas de todos esos libros, buscando las escenas en las que la sangre era la protagonista. Cada vez que apuntaba una de ellas en el cuaderno, pensaba en que quizá esa fuese la que el asesino había elegido para matarla a ella.

No miró el móvil hasta que se levantó de la silla para ir a picar algo en la cafetería. Un pincho de tortilla, con un Nestea, y una manzana de postre. Ni

siquiera se quedó allí para comérselo. Lo hizo en el camino de vuelta para no perder tiempo y poder seguir leyendo. También lo hizo porque temía encontrarse con la agente Novoa por los pasillos.

Cuando volvió a sentarse en la biblioteca, respondió a los mensajes de Nando.

**Nando**

Ángela, ¿sigues en la facultad? Te he llamado veinte veces. Dime algo o me volveré loco.

12:04

**Nando**

Ángela, por favor...

12:20

**Ángela**

Estoy bien, tranquilo. Tengo unas cosas que hacer en la biblioteca. Te llamo cuando acabe.

13:50

**Nando**

Ok. ¿Has vuelto a ver a la policía? No creo que sea buena idea que estemos separados... ¿Quieres que te vaya a buscar cuando acabes?

13:52

**Ángela**

Estoy bien, de veras. Te llamo después, Nando.

15:10

**Nando**

¿Ángela?

17:00

Ya no le contestó, ni a Sebas cuando la llamó, porque Ángela estaba sumergida en las novelas de King. La aterraban, pero también empezaba a darse cuenta de que esa sensación de miedo era adictiva. Se sentía revolucionada mientras descubría todos esos crímenes. Las armas eran cuchillos, cadenas, martillos y hoces. Los manejaban asesinos, espíritus y demonios. Muchas veces el motivo era la venganza. Otras, matar servía para enseñar algo a los que perdían la vida, justo como estaba haciendo el PayasoUCM con ellos. En los más románticos, el amor era el motor. Eran pocos, pero Ángela los encontró.

Avanzada la tarde, cuando la biblioteca volvió a estar vacía, Ángela cogió *Christine* de la montaña de novelas que tenía a su lado. Buscó las páginas en las que se describía cómo ese coche acababa con los que intentaban conducirlo. Sus ojos se centraron en la matrícula, de California: CQB 241.

—Un momento —dijo en voz alta, pensándolo.

Ángela buscó en su móvil el segundo capítulo del payaso. Lo habían reportado y hacía horas que no estaba en la web, pero ella lo había copiado en una nota. Buscó en las líneas hasta llegar a la matrícula del coche que había matado a Virginia.

—AAW3034... ¡No coincide!

Frenética, Ángela abrió la aplicación de Google en su móvil. ¡Al fin parecía que había encontrado un hilo del que tirar! Escribió «Cómo saber de quién es la matrícula de un coche». Llegó hasta una página de la Dirección General de Tráfico en la que se lo facilitarían, pero no podía hacerlo de manera anónima. Mientras Ángela valoraba cómo conseguirlo, le llegó un nuevo whatsapp. El corazón se le aceleró al ver quién le escribía:

### **PayasoUCM**

¿Te están gustando las novelas del Maestro? No deberías fumarte las clases, Ángela... Tampoco deberías quedarte a solas hasta tan tarde en la biblioteca.

20:22

Aterrada, Ángela se levantó y miró a su alrededor. El PayasoUCM estaba en la biblioteca.

Con los latidos a mil por hora, así se encontraba Ángela. Salió al pasillo de estanterías y caminó casi dando vueltas en círculos. Necesitaba ver lo que había en todos los ángulos. Se aseguraba de que el PayasoUCM no estuviese en cada uno de los habitáculos que se abrían cada pocos pasos. Hasta que una fila de libros que quedaban tras su espalda se le cayó encima, como si hubieran sido impulsados por una fuerte corriente. No, en realidad, fue como si alguien se los tirara. Ángela echó a correr hasta llegar al mostrador. Allí estaba el bibliotecario, un hombre joven de pelo rizado.

—¡Hay alguien en la biblioteca, me ha tirado los libros encima!

—Creo que ya solo quedas tú...

—Tiene que llamar a la policía. ¡Quiere matarme!

—Tranquilízate, chica. No te muevas de aquí —le pidió alarmado.

El bibliotecario caminó por el pasillo del que había salido Ángela. Ella lo siguió, siempre unos pasos por detrás. Llegaron hasta el punto en el que todos esos libros se le habían caído encima. Volvían a estar en su lugar en la estantería, como si nunca la hubieran atacado con ellos.

—No hay ningún libro en el suelo... ¿Estás bien?

Se lo preguntaba el bibliotecario, que miraba a Ángela como si estuviera loca. Eso era justo lo que ella estaba pensando, que estaba perdiendo la cabeza. El hombre se movió unos metros por los otros cubículos, y nada, de verdad que creo que no hay nadie más en la biblioteca, le dijo.

—¿Y Eva?

—Ya se ha marchado. Hace rato que estoy solo.

Ángela volvió hasta su mesa. Cogió la mochila y empezó a guardar sus cosas para escapar, aunque no sabía ni adónde ni de qué. Gritó al ver su cuaderno, en el que había estado apuntando las notas. Ahora había algo más escrito, con los dedos. En color rojo. Parecía sangre.

## REDRUM

«Redrum», ella sabía lo que significaba. Era el mismo mensaje que Danny Torrance veía por las paredes del Hotel Overlook, en *El resplandor*. Al leerlo al revés, adquiriría su verdadero significado: *Murder*. Al traducirlo, adquiriría el verdadero significado para Ángela: «Muerte». La suya. El PayasoUCM le estaba anunciando que iba a morir.

—Estás pálida... ¿Quieres que llame a la enfermería?

Pero Ángela ni siquiera le contestó. Terminó de meter sus cosas en la mochila y se fue. Caminaba deprisa, casi corriendo. Sentía que quien había escrito aquello en su cuaderno la estaba siguiendo. Incluso podía oír sus pasos. Antes de llegar a la puerta, escuchó la voz de Nando tras su espalda:

—¡Ángela, espera!

Aliviada, corrió hasta él.

—¡Nando, está aquí!

—Tranquila, estás temblando... ¿Qué ha pasado?

—¡El asesino ha estado en la biblioteca! Me ha enviado whatsapps, sabía que estaba aquí. Y ha escrito esto en mi cuaderno...

Ángela fue a sacar la libreta de la mochila, que ni siquiera había cerrado, pero entonces se dio cuenta de que Nando no acababa de entrar en la biblioteca. Ya estaba dentro cuando la había llamado. Iba tras ella. Eso fue lo primero que la hizo mirarlo asustada. Cuando descubrió sus manos lo miró con terror. Tenía el móvil en ellas. También tenía los dedos manchados de rojo, como si hubiera escrito con ellos.

—Nando, ¿cuándo has llegado? —le preguntó con un hilo fino de voz temblorosa.

—Hace unos minutos, te estaba buscando por la biblioteca, pero esto es

un laberinto...

Ángela no podía dejar de mirarle las manos.

—Te envié un mensaje, pero no me contestaste, así que vine a ver si estabas bien...

Y entonces Nando siguió la dirección de los ojos empañados de Ángela y supo lo que ella estaba pensando.

—No, Ángela, no... Encontré tus cosas en la mesa, pero tú no estabas. Vi lo que había escrito en el cuaderno. Me manché al tocarlo. ¡Creo que es sangre!

Nando se limpió los dedos en el pantalón, pero Ángela ya negaba con la cabeza mientras lo miraba. Empezó a caminar hacia atrás, asustada. No, en realidad, estaba aterrada.

—Eres tú... ¡Tú eres el asesino!

—No, Ángela. ¡Espera!

Pero ella no se detuvo. Salió corriendo de la biblioteca. Siguió avanzando por los pasillos. Escapaba sin dejar de lanzar miradas fugaces tras ella. De su novio, del chico del que estaba enamorada, que la perseguía pidiéndole que lo escuchara.

—¡Ángela!

La agarró, pero ella se zafó. Nando perdió el móvil con el golpe, pero no lo recogió. Siguió corriendo detrás de ella, que escapaba por la galería de la primera planta de la universidad. Bajó la escalera de caracol, saltando los escalones. Frenó en seco al descubrir quién estaba en el último de ellos. La agente Novoa.

—Ángela, ¿qué ocurre? —le preguntó extrañada.

Al ver a Nando persiguiéndola, lo imaginó. Levantó las manos para obligarlo a que se detuviera y se colocó en medio de la pareja.

—Chico, tranquilo... ¿Qué está pasando aquí?

Intentó agarrarlo del brazo, pero Nando lo sacudió hasta que lo soltó.

—¿Qué hace? ¡Déjeme!

—Que te he dicho que te calmes. ¿Qué ocurre, Ángela?

—¡Nada, solo quiero hablar con mi novia!

Novoa se fijó en los ojos de Ángela, de cervatillo asustado. Húmedos por

el miedo.

—Ángela, ¿qué ha pasado?

Ella, abrazándose a su propio cuerpo, no le respondió.

—Solo quiero hablar con Ángela. ¿Le importaría no meterse?

Nando intentó rodearla, pero Novoa lo empujó con fuerza para que se echara hacia atrás, como a los delincuentes.

—No vas a hablar con Ángela. Vas a hablar conmigo. En comisaría.

Estaba en una calle estrecha, de esas en las que las luces de las farolas apenas iluminan y los coches se pelean por encontrar un sitio en el que aparcar. Era una comisaría fría, con un suelo de mármol oscurecido por el paso del tiempo y ventanas enrejadas. Había gente que iba de un lado a otro, de dos tipos: los que llevaban las armas en el cinturón y los que temían que les apuntaran con ellas. Los teléfonos no paraban de sonar en las mesas y en los despachos. En uno de ellos, de paredes que se convertían en cristales a la altura de la cintura, estaba Nando. Hablaba con la agente Novoa, haciendo aspavientos de protesta. Ángela sabía que le estaba diciendo que no había pasado nada, que solo estaba teniendo una discusión con mi novia y déjeme marcharme de una vez porque no hay nada por lo que detenerme. Ella podía escucharlo, aunque ni le hacía falta porque sabía que Nando nunca contaría la verdad. Además, ¿cuál era? Por eso ella aún no había decidido si iba a compartir sus sospechas con la policía. No sabía si iba a confesarle a Novoa que su novio podría ser un asesino. Eso supondría tener que confesar también que ella lo era, sin condicional.

Nerviosa, daba pequeños sorbos de agua a la botella que le había dado Novoa antes de pedirle que le esperara allí, en su mesa, mientras ella hablaba con Nando. Al fin, la agente salió del despacho en el que estaba con él y caminó hasta la mesa que Ángela tenía frente a ella. No había dejado que su novio se marchara, así que la chica pensó que su versión, fuera la que fuese, no la había convencido. Por eso Nando seguía en el otro despacho, acompañado ahora de un policía que parecía estar tomándole los datos y pasándolos a un ordenador.

—¿Estás más tranquila, Ángela?

Le contestó afirmando con la cabeza. Haberlo hecho de otra manera habría sido mentir.

—He estado hablando con Nando y dice que no ocurría nada. Solo era una discusión entre vosotros, un asunto de celos. ¿Es eso cierto, Ángela? Estabas muy alterada para que solo fuera una pelea de novios...

Esta vez, Ángela no le contestó ni con la cabeza ni con la boca. Novoa suspiró, consciente de que no iba a ser fácil que le contara lo que ella ya creía saber.

—Ángela, sé que me estás ocultando algo. Y lo sé desde que hablamos por primera vez.

Incapaz de soportarle la mirada, Ángela la dejó perdida en el aire del despacho. Novoa sabía que eso era justo lo que hacían los mentirosos.

—Estoy intentando ayudarte. Quiero hacerlo porque sé que te ocurre algo y sé que está relacionado con Cruzado, tu profesor.

Silencio de nuevo. Novoa suspiró y decidió poner las cartas sobre la mesa. Se acercó al archivador de la pared. Buscó en uno de los cajones y volvió a la mesa con una carpeta llena de papeles. Sacó algunos de ellos y se los mostró a Ángela.

—Año 2014. Una estudiante de la Universidad de Murcia interpone una denuncia de acoso contra Antonio Cruzado.

Desconcertada, Ángela cogió la carpeta que la policía le ofrecía.

—Cruzado se defendió diciendo que la relación fue siempre consentida y que la denuncia solo era una venganza porque él había decidido romper con la estudiante por su esposa. Él ganó el juicio. Dejó pasar unos meses hasta que pidió una baja por depresión, que según el informe en realidad eran problemas con el alcohol, una batalla que libraba desde hacía tiempo. Su mujer lo había dejado, pero volvió con él cuando consiguió un traslado a la Universidad Complutense. El caso quedó archivado. Hasta hoy.

Ángela pasó las hojas de la carpeta. Leyó las palabras «acoso», «denuncia» y «clasificado».

—Cuatro años después, tengo a un profesor al que su mujer abandona de la noche a la mañana, una alumna que tiene una tutoría con él cuando la

facultad está cerrada, un novio enfadado y un suicidio que no ha dejado destrozada a su esposa. También un ordenador lleno de porno de jovencitas, un golpe en la cabeza en el cadáver que puede que se hiciera al tirarse por la escalera y darse con la barandilla, pero también puede ser de otra cosa... ¿De verdad me estás diciendo que no ocurrió nada en el despacho de Cruzado? Estoy aquí para ayudarte, pero tienes que confiar en mí. Cuéntame la verdad, Ángela.

Ella no había sido la primera, esa era la verdad en la que estaba pensando Ángela. También que todo ese sentimiento de culpa por haber matado a Cruzado quizá fuera injusto. Quizá el profesor sí se mereciese lo que le había ocurrido. Quizá, si Ángela contaba lo que había pasado, esa venganza que se había convertido en un accidente mortal, Novoa entendería por qué lo había hecho.

—Dime la verdad, Ángela. ¿Pasó algo en el despacho de Cruzado?

Tomó aire y, al fin, lo confesó:

—Sí, ocurrió algo.

Se acabó, Ángela iba a contárselo todo. Iba a enseñarle lo que había escrito el PayasoUCM. También el mensaje que le había dejado en su cuaderno. Pero entonces sonó su teléfono móvil. El PayasoUCM la estaba llamando. Ángela colgó. Al segundo, le llegó un whatsapp.

**PayasoUCM**

Invéntate alguna excusa para levantarte de la mesa de esa policia gorda para que podamos hablar. O morirás antes de entrar en la cárcel ☺.

22:12

—¿Ocurre algo? —le preguntó Novoa.

No le respondió. Ángela miró hacia el despacho en el que estaba Nando. Seguía allí, tratando de defenderse frente a ese policia. Él no podía ser el PayasoUCM, ella había visto cómo había perdido el móvil cuando la perseguía por la universidad, sin detenerse a recogerlo.

—Son mis padres. ¿Le importa si los llamo un momento?

Novoa le respondió que quizá fuera mejor que esperase a que acabaran de hablar, pero Ángela le insistió hasta que la agente terminó por darle permiso para levantarse. Entró en el cuarto de baño, en el que se encerró. Con ansiedad en la garganta, llamó al PayasoUCM. Esta vez fue él quien colgó.

**PayasoUCM**

Antes te llamé sin querer. No me gusta hablar por teléfono, ya sabes que prefiero escribir. Échale un ojo a esto que me he currado para mi novela, a ver si te gusta.  
22:15

### **PayasoUCM**

Había una vez una alumna de primer curso que tenía una relación muy especial con un profesor de la universidad que no estaba pasando un buen momento. Se acababa de divorciar de su mujer, así que se dedicaba a beber por las noches en su despacho, como en los viejos tiempos. Lo hacía para no tener que volver a una casa en la que estaba totalmente solo.

Pobrecito... El caso es que la alumna, que tenía pinta de monja pero luego no lo era tanto, se reunió con el profesor en su despacho una de esas noches. Ella le había calentado el rabo durante meses en clase. Que si levanto la mano para preguntar y así se me marcan las tetas, que si sonrisita por aquí, sonrisita por allá, que si me quedo después de clase a hablar un rato con mi profe poniendo cara de enamorada... Al final, la muy fulana se rajó y cuando Cruzado le declaró su amor, en aquella íntima tutoría, ella le dijo que se había confundido, que era solo su alumna y que, además, acaban de recordar que tenía novio (un cobarde, aunque esa es otra historia). El caso es que la Monja le negó que se hubiera comportado como una puta, insistió en que él se había confundido y que pobrecita de mí. El Profesor no se lo tomó muy bien, le dijo que estaba deprimidísimo y que ese era el golpe que

le faltaba para atreverse a hacer eso que le rondaba por la cabeza: suicidarse. La culpa era de ella porque, por mucho que lo negara, se había mostrado encantada de follar con su admirado profesor. Total, que ella se marchó corriendo de su despacho y llorando porque esa chica tiende al drama. La Monja fue fiel a sus votos, pero el Profesor también lo fue a su promesa. Acabó con su vida una noche de alcohol y lágrimas tirándose desde lo alto de la facultad después de golpearse la cabeza. Resultó de lo más lírico que la espada del Quijote le atravesara el corazón. Total, que el Profesor acabó en el cielo y la chica en el infierno terrenal al que van los culpables que guardan silencio. Pero ¿cómo iba a contarlo? El caso sería un escándalo, su futuro como universitaria habría quedado destrozado... Además, el Profesor le había dicho que ella era responsable de su muerte. ¿Por qué no iba a creer su novio que se había comportado como una calentapollas? ¿Por qué no iba a creerlo la policía? Total, que, desde entonces, la chica no ha parado de sufrir guardando su secreto, aunque fuera inocente, pero ya se sabe que los peores jueces viven en nuestra cabeza.

22:16

### **PayasoUCM**

Colorín colorado, este cuento que le vas a contar a la policía se ha acabado. Y relájate, aún tengo que matar a tus amigos antes de acabar contigo. Quiero que tú leas toda mi novela. Te la estoy dedicando 😊.

Ángela se había equivocado. El asesino no era Nando, ahora lo sabía. Cuando volvió a sentarse frente a Novoa, se preparó para dejar la verdad guardada y contarle la versión que el PayasoUCM había escrito para ella. No podía hacer otra cosa.

—Ángela, me estabas contando que sí ocurrió algo en el despacho de Cruzado. ¿El qué?

—El motivo por el que estaba discutiendo con mi novio. No aguantaba más y se lo confesé.

Y le contó esa versión en la que Cruzado la había avisado de que se suicidaría, consiguiendo que ella se sintiera totalmente culpable, aunque en realidad no lo fuera. Esa que explicaba por qué se había reunido con él un sábado, cuando la facultad estaba cerrada, y que cuadraba con el expediente del profesor. El PayasoUCM se había devanado los sesos hasta encontrar la manera de cerrar todas las puertas de su justificación.

Cuando terminó de hablar, Ángela rompió a llorar. Parecía que lo hacía por lo que acababa de contar, aunque en realidad era por lo que el PayasoUCM la estaba obligando a callar. Novoa la miraba con compasión. Había funcionado.

—¿De veras fue eso lo que ocurrió? —dudó por última vez la agente.

—Sí, eso fue todo.

—Y ¿por qué no me lo contaste?

—Porque no quería que la muerte de Cruzado me metiera en un problema. No quería acabar justificándome delante de la policía, justo como estoy haciendo...

Novoa suspiró con fuerza. La creía. Llevaba los suficientes años trabajando como para saber que un hombre podía llegar a hacer que una mujer se sintiera culpable acosándola y hacerlo incluso después de muerto. También creía que ese profesor ya estaba enterrado y que los temores de Ángela, que era demasiado joven para vivir un infierno así, eran ciertos; todo su futuro quedaría manchado si aquella historia salía a la luz. Por eso le puso la caperuza al bolígrafo con el que iba a escribir el testimonio de Ángela.

—Está bien... Vamos a dejarlo aquí. Será mejor que te vayas.

—¿Nando podrá marcharse también?

—Sí, podéis ir los dos y olvidar toda esta historia. En realidad, nadie ha interpuesto cargos por la muerte de Cruzado. No hay denuncia, nadie ha solicitado la autopsia y la universidad no quiere escándalos. Supongo que no hay necesidad de buscar culpables.

Se secó las lágrimas mientras Novoa cerraba de nuevo la carpeta del expediente de Cruzado y la guardaba en el fondo del cajón del archivador. El caso estaba cerrado. Ángela pensó que también acababa de cerrar la posibilidad de que la policía le salvara la vida.

Cuando Nando salió de la comisaría, Ángela cruzó la acera a su encuentro. Había ensayado en su cabeza lo que iba a decirle. Quería explicarle que se había equivocado, que lo había acusado de ser un asesino, que había conseguido que acabara interrogado y que ahora sabía que estaba equivocada. Terriblemente equivocada.

—¡Nando! Espera, por favor...

—Déjame, Ángela. Llego tarde a trabajar. Aunque igual tú piensas que tengo que ir a matar a alguien.

Echó a andar por la calle hacia arriba, alejándose de su novia, pero ella lo siguió.

—Lo siento, Nando. Me equivoqué, ahora lo sé. El Payaso me llamó mientras estabas dentro del despacho de Novoa... Sé que tú no pudiste hacerlo.

Se detuvo y la escuchó. Al menos, Ángela consiguió eso. Después, Nando continuó caminando, alejándose de ella.

—Nando, el Payaso me acosó cuando estaba en la biblioteca. Y de pronto tú apareces de la nada y tienes el móvil en la mano...

—Me he quedado sin móvil mientras intentaba que me escucharas, así que ya no tendrás que preocuparte por pensar que soy el asesino por llevarlo en la mano.

—¡Tenías los dedos manchados de sangre! ¿Qué querías que pensara?

—¡Que yo no era el asesino! ¡Quería que pensaras que no quiero matarte, Ángela! Pero te resultó mucho más fácil pensar eso, en lugar de que tu novio había ido a buscarte a la biblioteca porque estaba preocupado por ti. Te resulta más fácil creer que quiero matarte que...

No terminó la frase, pero Ángela sí lo hizo mentalmente. Era cierto, le había resultado más fácil pensar que quería matarla que acostarse con él.

—Has desconfiado de mí igual que tus amigos. Lo mismo que creía Rai, Sara o ese capullo de Sebas. Peor, en realidad. ¡Tú me has enviado a la policía!

—¡Me asusté! Lo siento, ¿vale? Perdóname.

No le dijo que lo haría. Apartó la mirada y no cerró sus dedos cuando Ángela le dio la mano.

—Lo importante es que ahora tengo clarísimo que no eres tú. Perdóname, Nando. Te quiero.

Él no le devolvió sus palabras. Le soltó la mano.

—Nando, por favor... Me dijiste que no me dejarías sola.

—¡Y tú me dijiste que confiabas en mí! Ahora soy yo el que no confía en ti. Se acabó, Ángela.

—Nando...

—No, Ángela. Olvídame, tú que puedes. Porque el daño que me has hecho yo no lo voy a olvidar en la vida.

La miró con odio y se marchó. Ángela apretaba la mandíbula para no romper a llorar. Ni aun así consiguió impedir que le resbalara una lágrima por la mejilla. No se dio cuenta de que estaba sola en esa calle hasta que volvió a sonar el tono de mensaje de su teléfono.

Un nuevo whatsapp, del PayasoUCM.

Esta vez lo había enviado al grupo en el que estaban los asesinos de Cruzado. Era una fotografía, tomada solo unos segundos antes. Salían Ángela y Nando, discutiendo, a solo unos metros de la comisaria. El PayasoUCM se había asegurado de que se viera el cartel con el escudo de la policía. Quería que todos supieran lo que Ángela había hecho.

**PayasoUCM**

¿Y estos qué hacían aquí?! ☺

23:10

Trémula, Ángela miraba la pantalla del móvil. El whatsapp, esa fotografía, el momento elegido para enviárselo, todo eran balas que el PayasoUCM le disparaba directas a la sien. Quería asesinarla a base de miedo, diciéndole, sin decírselo, que estaba ahí, tan cerca que podía escuchar su respiración sofocada. Estaba tan cerca que podía matarla sin que llegara a verlo. Quizá no hiciera falta ni que la matara porque ya lo haría el resto del grupo cuando supieran que los había traicionado. Así jugaba el PayasoUCM, pero, con todo, Ángela no se dejó amedrentar por el pánico.

Al fin sabía cómo descubrir quién era el asesino.

## 16

Ángela ni gritó, ni volvió a la comisaría para pedir ayuda. El único movimiento que hizo fue con los dedos, sobre el teclado del teléfono. Su cabeza había pensado a esa velocidad que solo lo hacía cuando la ansiedad la disparaba. Sabía lo que tenía que hacer para desenmascarar de una vez por todas a ese psicópata. Ahora iba a ser ella la que jugara con él.

### **Ángela**

El asesino acaba de hacernos esta fotografía a Nando y a mí.

23:11

### **Rai**

Ángela, ¿de qué cojones va esto? ¿Qué coño hacéis en una comisaría de policía?

23:11

### **Ángela**

Rai, eso ahora no importa. ¡Lo que importa es que el que nos está haciendo esto está aquí, mirándome!

23:12

Ángela escribía mientras subía la calle, vacía y oscura. Caminaba mirando hacia delante, hacia atrás y a los lados. Buscaba al asesino tras los coches, en las fachadas, entre las sombras. Se cruzó con un matrimonio

mayor. Vio a una chica a lo lejos, volviendo a casa, y a un hombre paseando al perro. No, esos no podían ser. Tenía que ser uno del club.

**Ángela**

Mandad todos una foto. Si el Payaso es uno del grupo, será el que esté en esta misma calle en la que estoy yo.

¡Ahora!

23:12

Ángela envió un selfi, mirando al objetivo de la cámara. Estaba retando al PayasoUCM.

**PayasoUCM**

Chica lista...

23:13

Lo era, por eso les insistió a todos con otro whatsapp más en el que les prometía que se lo explicaría después, pero que ahora lo urgente era que se hicieran la foto, ¡ya, por Dios!

**Sara**

Ángela, pero ¿por qué estás enfrente de una comisaría de policía? ¿Qué les has contado?

23:14

**Ángela**

Sara, ¡la foto, joder!

23:14

Sara envió un selfi. Estaba en su habitación de la residencia, con los pósteres de siempre en las paredes, la colcha de siempre en la cama y la ropa amontonada en la silla, como siempre.

**Sara**

Estoy en mi cuarto, ¿vale?

23:14

Ángela sintió alivio porque ahora sí que Sara quedaba descartada. En realidad, siempre había sabido que no era ella, pero ya nadie podría tener la duda.

**Rai**

¿Dónde está Nando?

23:14

**Ángela**

Estaba aquí conmigo, pero se ha ido. Además, ha perdido el móvil, así que no está leyendo los mensajes.

23:14

**PayasoUCM**

Vaya, qué casualidad que haya perdido el móvil...

23:14

**Ángela**

No lo escuchéis. Os juro que Nando no es el asesino. Rai, ¿dónde estás?

23:14

**Rai**

Que te jodan, Ángela. ¿Dónde está Nando?

23:15

**Sara**

¡Rai, hazte una foto de una vez!

23:15

Lo hizo, al fin. Rai estaba en el gimnasio de la Complutense, como casi

todas las noches. Siempre era el último que se iba de allí.

**Rai**

¡Te voy a reventar a hostias esa estúpida  
sonrisa que tienes, payaso hijo de puta!  
23:15

**PayasoUCM**

El payaso deberías serlo tú. ¡Eres mucho  
más gracioso que yo!  
23:16

**Ángela**

Koldo, ¿dónde estás? ¿Por qué no  
mandas la foto?  
23:16

**Rai**

Koldo, manda una puta foto que me están  
entrando ganas de reventarte la cabeza  
cuando te vea.  
23:16

**Koldo**

Joder, que estoy con gente. ¡Dejadme en  
paz!  
23:17

**Sara**

¿Eres imbécil, tío? ¡Envía la foto! Sebas,  
tú también.  
23:17

Al grupo llegó una imagen de Koldo, con Ruth y Laura, en Campus, los tres sonriendo a la cámara. Escribió que no era el asesino, aunque Sara lo puso en duda porque esa foto podría ser de cualquier momento. Su Instagram estaba lleno de momentos como ese que les había mandado.

**Rai**

Mucho sonríes para estar intentando  
convencernos de que no eres el asesino,  
¿no?  
23:18

**Koldo**

No quiero que los que están conmigo  
se rayen, ¿vale?  
23:19

Koldo salió del grupo. La novedad fue que el PayasoUCM no lo volvió a agregar. Y no lo hizo porque las normas de ese grupo acababan de cambiar. Quería que la conversación quedara a medias para que nunca pudieran terminarla. Quería que las sospechas se mantuvieran en el aire. Y es que había alguien más que aún no había enviado su fotografía y nunca llegaría a hacerlo, aunque aún faltaba algo de tiempo para que Ángela descubriera que el PayasoUCM había conseguido recuperar el control del juego.

**PayasoUCM**

Vaya, falta alguien por enviar su foto,  
¿no?  
23:19

**Ángela**

¿Sebas, nos estás leyendo?  
23:19

**Rai**

Ya está claro, ¿no?  
23:19

Ángela buscó el número de Sebas en la agenda y lo llamó. No le respondió, aunque sí que daba tono. Ya se había equivocado con su novio, o exnovio ahora, y no quería hacerlo también con su mejor amigo. Volvió a

entrar en WhatsApp y de ahí al grupo en el que el Payaso seguía acosándolos.

**PayasoUCM**

Vaya, menuda sorpresa... ¡El friki de las novelas de Stephen King es el psicópata!

23:20

**Ángela**

¡Rai, Sara, puede que Sebas no responda porque le ha hecho algo!

23:20

**PayasoUCM**

Puede...

23:20

**Sara**

¿Por qué nos estás haciendo esto?

23:21

**PayasoUCM**

¿De verdad me lo preguntas? Primero, porque es muy divertido. Y, segundo, por esto que hicisteis vosotros, mucho más divertido...

23:22

El PayasoUCM envió una fotografía; el cuerpo de Cruzado, atravesado por la espada. No hizo falta que añadiese ni una sola letra.

**PayasoUCM**

Y, tercero, por otra cosa que aún no os voy a contar 😊.

23:23

**Ángela**

¡Sebas, contesta!

**PayasoUCM**

Tengo que dejaros, voy a escribir un nuevo capítulo de la novela. ¡Espero que os guste mucho!

23:23

PayasoUCM ha eliminado el grupo El club de los lectores criminales

Ángela subía las escaleras de la residencia cuando fue abordada por Rai y Sara. Después de lo que había pasado en el grupo de WhatsApp, exigían una explicación. Qué era eso de la comisaría, qué le había contado a la policía y dónde cojones estaba Nando fueron las preguntas que Rai le gritó.

—¡No hay tiempo para eso ahora! Tenemos que encontrar a Sebas. No responde a las llamadas.

Quería ir a la habitación de su amigo, pero Rai no la dejaría seguir subiendo peldaños hasta que le contara lo que había pasado, así que Ángela se lo gritó. Que la agente Novoa los había visto a ella y a Nando discutir, que no le había servido la explicación que le habían dado y que los había llevado a la comisaría para interrogarlos.

—¡Tranquilizaos, no le contamos nada de lo que pasó! La policía ahora tiene otra versión, una que hará que no vuelvan a preguntarnos. Dejad de preocuparos por si nos descubren porque eso no va a suceder. Lo que sí puede pasarnos es que nos maten. ¡Hay un asesino acosándonos y creo que tiene a Sebas, joder!

—Ángela, el asesino es Sebas. No envió la foto, ni te llamó —le dijo Sara, convencida.

Pero Ángela no la escuchó más. Tenía la corazonada de que no era así. También otra que le decía que Sebas se había convertido en otra de las víctimas. Por eso los apartó y siguió subiendo los peldaños. Ángela corrió hasta llegar al pasillo de la segunda planta. Corrió más, hasta la puerta de la habitación de Sebas. Llamó con energía. Un toque, dos toques, tres toques de

nudillos. Un grito de Ángela diciendo Sebas, abre la puerta, otro grito repitiéndolo, tres gritos iguales.

—Sebas, ¿estás ahí? —preguntó Sara.

—Sí, estoy con todos mis cadáveres dentro... —se burló Rai.

—¡Callad!

Ángela pegó la oreja a la puerta de Sebas. Se escuchaba una respiración agitada al otro lado. Se escuchaba también movimiento. Se escuchaban gritos ahogados. Todo era muy leve, y quizá solo estuviese en la cabeza de Ángela, pero quizá sí fuera real.

—¡Sebas! —insistió.

La puerta que se abrió fue otra, de las que quedaban al fondo del pasillo. Se asomó por ella una chica en pijama, extrañada por las voces a esas horas en las que ya todos estaban durmiendo porque al día siguiente tenían clase.

—Métete en tu cuarto, cotilla —la amenazó Rai.

Funcionó. Se quedaron de nuevo en el pasillo los tres.

—Sebas está ahí dentro y le pasa algo —insistió Ángela.

Rai y Sara pegaron sus orejas a la puerta.

—No se oye nada, Ángela —le dijo Sara.

—¡Joder, os digo que está ahí dentro!

Sacó su móvil de la mochila. Buscó el número de Sebas y lo marcó.

Tintintin tinini tin tintinri tintin tin tin. El sonido del iPhone de Sebas se escuchaba al otro lado de la puerta.

—¿Y si no abre porque es el asesino? —preguntó Sara, mordiéndose los puños del miedo.

—Joder...

Eso lo dijo Rai antes de intentar abrir la puerta. Se quitó la cruz que llevaba de colgante, afilada en uno de sus extremos. Sabía cómo manejarla en la cerradura para hacerla saltar, lo había hecho cientos de veces para entrar en la habitación de Sara, aunque eso no fue lo que contó cuando le preguntó ella por qué sabía abrir puertas.

—¡Date prisa, Rai! —lo urgió Ángela sin dejar de llamar al teléfono de Sebas con insistencia.

—Más le vale no ser el puto asesino porque le voy a reventar la cabeza

cuando entremos.

Rai lo consiguió. Al fin, lograron entrar, y se les congeló la sangre. Sara ahogó un grito, llevándose las manos a la boca. Rai fue corriendo hasta la ventana abierta. Si alguien había escapado por ella, no llegó a verlo. Ángela corrió hasta la cama y le quitó la mordaza a Sebas, esa que no le dejaba gritar. Tenía los ojos y el rostro empapados de lágrimas de miedo. Había tratado de soltarse de las cuerdas que lo ataban al cabecero de la cama, tan gruesas que le habían quemado la piel. Unas cuerdas que también le recorrían el pecho, el abdomen y las piernas. Entre los pies, tenía una tabla de madera gruesa, separándoselos. Todo ese escenario lo había preparado el PayasoUCM para matarlo. Era el tercer capítulo.

### **3. EL COITUS INTERRUPTUS DEL FRIKI**

Hay personas a las que les encantan las sorpresas. No soy una de ellas. A diferencia del resto de los mortales, a mí lo que realmente me hace gozar son las sospechas. Esa sensación que se forma en el aire mientras las preguntas, cargadas de solapada perfidia, vuelan de boca a oreja. Me encanta ese ambiente de celos que se alimenta a base de buenas dosis de desconfianza. En las mejores ocasiones, los que se ven envueltos por ese aire acaban volviéndose paranoicos, como la chica a la que maté, y se dejan llevar por esa sensación de que todos los que los rodean sueñan con ver el color de sus entrañas mientras resbalan por sus tripas abiertas. Ese sentimiento es de terror puro, sin dobleces, porque no hay nada más terrorífico que la incertidumbre. Y eso es justo lo que yo me he encargado de avivar en el grupo de asesinos del Profesor que le ha dado la espalda a la justicia a base de mentiras, como si las leyes y la moral les resultaran totalmente ajenas.

¡Es increíble la soberbia de la generación milenial! Con tal de no escuchar a cualquiera que les lleve la contraria son capaces hasta de matar a su profesor. Menos mal que estoy yo aquí para seguir dándoles la lección. Y esta vez sí que se van a aprender el temario. Tendrán clase conmigo todos los días. Habrá siempre examen sorpresa y uno de ellos suspenderá cada vez. Ese desgraciado dejará el curso para siempre.

Al final, voy a tener que alargar un poco el programa. Al menos con

una clase más. Tengo que hacerlo porque el empollón ya debería estar criando malvas, pero llegaron todas esas voces por el pasillo, esos golpetazos a la puerta y tuve que escapar por la ventana antes de escribir el punto y final al capítulo en el que estaba trabajando. Bien podría haberlo matado de un golpe seco antes de irme, pero entonces el asesinato del empollón no habría sido tan literario como lo había planificado. Siento, queridos lectores, que tengáis que esperar para leer su muerte, pero prometo que no os decepcionará. Escribir es humano, pero reescribir es divino.

Tengo que reconocer que fue algo decepcionante lo sencillo que resultó atrapar al empollón. Esa residencia tan cara en la que vive la mayor parte del grupo no tiene ni el más mínimo control de seguridad. Se puede entrar y salir sin que nadie te dé el alto, ni siquiera cuando llevas el rostro medio cubierto por una capucha y una mochila con una careta de payaso, un mazo enorme y cuerdas. Es tremendamente sencillo llegar hasta la puerta de una de las habitaciones, ponerte la máscara, llamar y decir que eres del servicio de limpieza. El empollón sabrá mucho de libros (no tanto como se cree porque de lo contrario habría sospechado algo, todo sea dicho), pero no estuvo muy iluminado al abrir sin siquiera poner en duda que era la chacha la que estaba al otro lado, a esas horas... Casi se le salen los ojos de las cuencas cuando se encontró con un mazo en la cara que lo dejó inconsciente. La sangre se le metió en la boca e hizo que su sonrisa fuera roja. Yo me quité la careta para poder respirar mejor ese olor a hierro que tanto me gusta. Ya lo sospechaba, pero al escribir este libro he confirmado que incluso me excita, como a Gacy.

Lo arrastré hasta dentro de la habitación y bloqueé la cerradura. Me costó un poco más colocarlo sobre la cama porque esa rata de biblioteca es de las que repite postre. Me habría gustado que se despertara para que me viese la cara mientras lo ataba al cabecero de la cama, apretando con fuerza las cuerdas alrededor de sus muñecas. Casi le cortaban la circulación, aunque no quise que lo hicieran del todo. Buscaba ese goteo que hace que pierdan color y se despierte un hormigueo que las enfríe casi tanto como las de un muerto. Le até de la misma manera el cuello y

el pecho, jugando a cortarle la respiración. Quizá eso hasta lo disfrutó. Muchos degenerados lo necesitan para alcanzar el orgasmo porque ya se sabe que no hay Eros sin Tánatos. Particularmente, prefiero lo segundo, aunque también me gusta jugar con los fluidos transparentes del cuerpo. Estoy deseando oler los de la Monja. Sé que lo va a disfrutar después de haber pasado tantos años esperando...

Seguí jugando con las cuerdas alrededor de las piernas, cerrando los nudos en los muslos. Para los pies tenía otros planes. Si colocas una madera entre ellos que asegure la separación entre las extremidades puedes hacer que los huesos se conviertan en astillas diminutas al golpearlos con un mazo. Dicen que el dolor en esa parte del cuerpo al romperse es mayor que el de un disparo en la sien. Una lástima que no haya podido comprobarlo.

Aún.

El Friki sigue con vida porque la Monja y la pareja de locos se pusieron a llamar a la puerta, jodiéndome el plan que había diseñado. Dudé si dejar que entraran y acabar con todos ellos a la vez, pero lo cierto es que no me gusta cambiar los planes y hace tiempo que redacté el esquema de los capítulos que voy a escribir para ellos. No pasa nada, la espera aumenta el placer. Ya veré quién será el siguiente y cuándo retomaré este capítulo que ahora dejo a medias. Además, esta espera no va a ser muy larga.

¡Buenas noticias! Tengo pensado acabar el manuscrito de mi novela antes de la Feria del Libro, esos días en los que el parque de El Retiro se llena de ávidos lectores que hacen cola para conseguir la firma de un famoso de la televisión que ni siquiera ha escrito el libro, por mucho que ponga su nombre en la portada. Ya os contaré por qué, aunque no todos llegaréis a saberlo. Algunos moriréis antes.

—Está escribiendo una novela de terror con homenajes a las muertes de los libros de Stephen King, copiándolos, como hicimos nosotros. Nosotros escribimos el capítulo 1 del libro del PayasoUCM al matar a Cruzado. Lo hicimos disfrazados de payasos, como Pennywise de *It*.

Con la lengua acelerada, Ángela les contaba el tipo de asesino al que se

enfrentaban a Sebas, Rai y Sara. Estaban en el piso de Rai porque en la residencia ya no se sentían seguros.

—Ahora ese asesino está continuando nuestra historia copiando los asesinatos del resto de los libros famosos de King. Los que íbamos a leer en el club.

—¿Homenajes? ¿Qué coño me estás contando, Angelita? —preguntó Rai.

Iba a responderle, pero el pitbull se lanzó a por ella. Por suerte, estaba atado a la mesa y le faltaron unos centímetros para arrancarle la cara.

—¡Calla de una vez, *Roco!* —le ordenó Rai al perro, que ladraba mostrando sus dientes afilados.

Con miedo, Ángela pasó junto al perro y entró en el salón del apartamento. Estaba en el segundo piso de una torre alta de una zona residencial, de esas en las que hay poca vida por la noche.

—Son asesinos *copycat*. Imitan los crímenes de sus ídolos y los replican, se llaman así —les explicaba Ángela mientras todos se sentaban en los sofás de cuero—. En el caso del PayasoUCM, parece que está obsesionado con los crímenes que ha escrito Stephen King.

—Sé lo que es, hay una peli sobre eso en Netflix. Lo que no sé es qué cojones tiene que ver con nosotros —dijo Rai.

—La muerte de Virginia, o lo que el payaso escribió que ocurrió, es exactamente igual que la de uno de *Christine* —les contó Ángela.

—¿Quién es Christine? —preguntó Sara.

—Es el título de una novela de Stephen King —dijo Sebas, que parecía que acababa de caer en lo que ocurría—. ¡Y el Payaso ha intentado matarme a mí como en *Misery!*

Se explicó: así se llamaba la protagonista de la novela del mismo título, sobre una enfermera desequilibrada obsesionada con los libros de su escritor favorito, Paul Sheldon, al que obligaba a continuar tecleando atándolo a la cama y torturándolo. Mientras hablaba, Sebas buscó en YouTube el fragmento exacto de la película basada en el libro en el que la enfermera le colocaba al escritor una madera entre los pies, para separárselos. Le golpeaba en los tobillos con un mazo, destrozándoselos.

—Esto era lo que iba a hacerme —apenas acertó a pronunciar Sebas,

aterrado.

—Y ¿qué va a hacernos al resto? ¿Quemarnos como la loca esa de la telequinesis? ¡Joder, tenemos que hacer algo! —gritó Sara, que daba paseos cortos por el salón, muy nerviosa.

—¿Quieres tranquilizarte, Sara? ¡Estás histérica y me estás poniendo a mí de los putos nervios!

Ángela se había fijado en que Sara se había levantado cuando Rai se había sentado a su lado. Se dio cuenta de que no estaba tan cerca de él como era habitual y de que evitaba su mirada. Algo había pasado entre ellos. No sabía qué, pero algo.

—¡Es que esto es real, está pasando de verdad! Ya no es un cuento que alguien está escribiendo... ¡El PayasoUCM quiere matarnos!

—Creo que lo que menos le importa es que estemos muertos. Para él, lo único relevante es escribir su novela y esa es la condición. Esto lo está haciendo un escritor —dijo Ángela plenamente convencida.

—O escritora —apuntó Rai—. Tener tetas no te libra de poder ser una asesina, Angelita... O la novia de uno.

—¡Basta ya! Nando y yo ya no estamos juntos, ¿vale?

Los tres miraron a Ángela como cuando algo no se espera. La mayor cara de sorpresa era la de Sebas.

—¿Qué ha pasado, Ángela? —le preguntó Sara.

—Da igual, lo importante es que Nando no es ningún asesino. Ni yo, ni tú, Rai. Si seguimos con las acusaciones de unos a otros no vamos a poder avanzar. ¿Podemos confiar en que los cuatro que estamos aquí no somos psicópatas? —pidió Ángela, realmente harta de vivir así.

Silencio. Al menos, ninguno le llevó la contraria.

—¿Y Koldo? —preguntó Sebas.

—Ese tío es un idiota, pero no tiene pinta de ser un asesino —dijo Rai.

—Quizá Virginia no esté muerta y nos esté tomando a todos el pelo —dijo Sara—. O igual Cruzado se está marcando un Verónica y tenemos que hacer la ouija.

—No creo que un espíritu sea capaz de escribir una novela. Esto lo está haciendo alguien real —insistió Ángela—. Y va a hacerlo hasta que llegue la

Feria del Libro.

—¿Cuánto falta para eso? —preguntó Sara, asustada.

—Empieza el próximo fin de semana —dijo Sebas, consciente de que quizá esa sería toda la vida que le quedaba—. No nos va a dar tiempo ni a hacer el testamento...

—¿Y tú cómo has averiguado todo esto de que está copiando los libros de Stephen King, Angelita? Recuerdo que en el club de lectura dijiste que odiabas a ese tío.

Entonces, fueron dos las chicas que se movieron por el salón para calmar los nervios. Ángela daba paseos cortos mientras hablaba porque no podía contarles que Eva la había ayudado a llegar hasta esas conclusiones. Se lo había prometido. Además, hablarles de eso solo lo complicaría todo aún más. Podrían pensar que Eva sabía más de lo que contaba. Incluso podían creer que ella era el PayasoUCM que estaba escribiendo todo eso, y hasta que Ángela la estaba ayudando. Por pensar, podían pensar cualquier cosa.

—No hace falta haber leído los libros de Stephen King para conocerlos.

—Igual no para conocer los títulos, pero para saber cómo se carga a la gente sí que hace falta leerlos —insistió Rai—. ¿Ahora eres investigadora, como *Los Cinco*?

—Lo miré en internet, Rai. Y había algo más en el capítulo de la muerte de Virginia —dijo Ángela, consciente de que necesitaba una salida de ese callejón en el que la estaba acorralando.

—¿El qué? —preguntó Sara.

—La matrícula del coche. No es la que sale en la novela de *Christine*, ni en la película... Es de otro coche.

—¿De cuál? —preguntó Sebas, consciente de que ahí podría haber una respuesta.

—No lo sé. Hay una web de Tráfico en la que se puede consultar el propietario de una matrícula, pero no te deja hacerlo sin dar tus datos. Lo intenté con una dirección de correo falsa, pero no funcionó. No sé, creo que es una pista. Si llegamos hasta el nombre del asesino, quizá...

—¿Qué vamos a hacer? ¿Cargárnoslo? —dijo Rai, consciente de que ninguno sería capaz de hacer algo así. Tal vez él sí.

—Al menos sabríamos quién nos está haciendo esto y dejaríamos de sospechar los unos de los otros, ¿no? —dijo Sara.

—¿Cuál es esa matrícula? Quizá pueda averiguar algo —propuso Rai, aunque no quiso contarles cómo lo haría.

Ángela la tenía apuntada en una nota del teléfono que Rai copió en un papel.

—Y ¿qué hacemos mientras tanto? ¿Escondernos aquí? —dijo Sebas.

—Al menos aquí no le abrirás la puerta a ningún pirado con un mazo — se burló Rai—. Podéis dormir en la habitación del fondo. Sara y yo nos quedamos en la mía.

—¿Y si dormimos todos juntos en el salón?

—¿Qué tontería estás diciendo, Sara? —le preguntó Rai, con la boca torcida.

—Nada, es solo que estoy algo asustada.

Ángela miró extrañada a Sara mientras iba con Rai hacia la habitación. Le había dado la mano, pero a Ángela le pareció ver un reflejo en sus ojos. Como si tuviera miedo de su novio.

A las tres y treinta y tres de la madrugada, Ángela se despertó con un escalofrío recorriéndola de los pies a la cabeza. Se sorprendió al ver que la ventana de la habitación estaba abierta y entraba el frío de la madrugada. Sebas seguía durmiendo, a los pies de la cama porque insistió en que ella se quedara con el colchón. Tiritando, Ángela cerró la ventana. Cogió la cazadora vaquera que se había quitado antes de dormir y se la puso. A pesar de eso, seguía helada, así que decidió ir al cuarto de baño. Un poco de agua caliente en el cuello le ayudaría a reajustar su temperatura. Salió al pasillo. Buscó el interruptor en la pared para encender la luz, pero no lo palpó, así que caminó a oscuras hasta el cuarto de baño, que quedaba al fondo. Lo hizo más rápido de lo normal y, un par de segundos después, ya estaba mirándose en el espejo, con luz sobre ella. Hacía solo unos meses que había cumplido los dieciocho años, pero ahora le parecía que tenía una docena más encima. Ángela abrió el grifo del lavabo y dejó correr el agua caliente hasta que el

espejo empezó a empañarse. Formó un cuenco con las manos y se mojó el cuello y los hombros. El calor volvió a su cuerpo y cerró el grifo. Tras el sonido del desagüe tragando el agua, llegó otro. Algo que parecía subir desde el interior de la cañería.

Era una voz susurrante, de esas que parece que solo están en tu cabeza. Eso fue lo primero que pensó Ángela. Hasta que el volumen ganó algo de intensidad. Alguien estaba diciéndole algo.

Ángela agachó la cabeza para escuchar dentro del agujero negro que quedaba al fondo del lavabo.

—Mir... de...de... ti... Mi... tras... de...

La voz le resultaba familiar. Tanto que, cuando su oreja casi estaba dentro del desagüe, le pareció que era su propia voz. Le advertía de lo que iba a ocurrir.

—Mir...tras...ti... Mir detr.. ti... Mira... tras... ti... Mira detrás de ti. ¡Mira detrás de ti! ¡MIRA DETRÁS DE TI!

Ángela se volvió y lo vio. Un payaso asesino. La agarró de la nuca con fuerza. La golpeó contra el cristal, rompiéndolo. Ángela gritó.

Y gritó hasta que salió de la pesadilla, empapada en sudor frío y con la respiración desbocada. Estaba en la misma habitación en la que creía que ya se había despertado, solo que ahora la ventana estaba cerrada y por ella ya se colaban los primeros rayos de sol. Al fin un día soleado, de verdadera primavera. A los pies de la cama, Sebas seguía durmiendo.

Un sueño, solo ha sido eso, se repitió Ángela hasta que consiguió que su respiración se normalizara, o casi. Se levantó de la cama y caminó, abrazándose a sí misma, saliendo de la habitación. Recorrió el pasillo dejando a un lado el baño. Ni siquiera se atrevió a mirar dentro. Se extrañó al no escuchar al perro de Rai por la casa. Lo había oído incluso en sueños, protestando con rabia por estar atado. Se encontró a Sara en el sofá, sosteniendo una taza de café en las manos. También tenía cara de haber tenido una pesadilla. Al ver su aspecto, con el pelo recogido y la cara lavada, Ángela se saltó los buenos días.

—¿Qué pasa, Sara?

—Nada... —le dijo, evitando su mirada.

—Sara, te conozco. ¿Qué ocurre? ¿Dónde está Rai?

—No lo sé, me he despertado y no estaba en el piso. Supongo que habrá ido a sacar al perro.

Sara se escondió en la taza de café para no tener que dar más explicaciones, aunque Ángela la obligó a seguir hablando.

—Igual me equivoco, pero anoche me dio la sensación de que no querías quedarte a solas con Rai.

Miró a Ángela, tomó aire y le pidió que la acompañara. Le dijo que necesitaba que le dijera que era una tontería porque seguro que lo es, Ángela, pero ya estoy paranoica.

—Por culpa de esto llevaba todo el día sin ver a Rai, hasta que nos escribiste desde la comisaría...

—¿El qué, Sara?

Fueron hasta un cuarto que había en la cocina, donde estaba la lavadora y el cesto de la ropa sucia.

—Antes de ayer, me desperté de madrugada. Rai tampoco estaba en el piso, ni su perro —le contaba Sara—. Volvió como a las ocho. Se metió en la ducha y no quiso contarme adónde había ido, hasta que al final me dijo que a sacar a *Roco*. Luego vi esto...

Sara metió la mano entre la ropa sucia. Rebuscó en ella hasta encontrar una camiseta que estaba en el fondo. Era de Rai. Estaba salpicada de sangre.

—Sara, ¿sabes lo que esto supone?

—Solo son unas manchas. Rai no puede ser un asesino, Ángela... ¡Es imposible! —Sara trataba de convencerse.

—Sabes tan bien como yo que es lo suficientemente violento como para serlo.

—¡Que tenga mal carácter no quiere decir que vaya matando a la gente!  
—lo defendió Sara.

Sabía que, en realidad, no podía hacerlo del todo. Quería negárselo, pero había un atisbo de duda en su cabeza y Ángela podía verlo.

—No puede ser el asesino porque Rai nunca se pondría a escribir un libro con los asesinatos que hace. Por Dios, mira este piso —le pidió a Ángela extendiendo los brazos—. ¡Aquí ni siquiera hay revistas! Rai no tenía claro quién era Stephen King hasta que empezó el club.

Con la mirada perdida en la camiseta manchada de sangre, Ángela se cruzó de brazos. Sara tenía razón, Rai no encajaba en el perfil de escritor.

—Además, anoche envió la fotografía, ¿no? Estaba en el gimnasio cuando el asesino te estaba persiguiendo a ti —insistió Sara, que necesitaba comprender lo que ocurría.

—Solo era una foto. Podría haberla tenido en la memoria de su móvil y

enviarla en ese momento. Igual que Koldo, o cualquiera...

—¿Yo también? —le preguntó Sara, molesta.

—No he dicho eso, Sara, pero...

No siguió hablando porque, de pronto, las piezas encajaron en su cabeza. La noche anterior el asesino le había enviado una fotografía, así que estaba cerca de ella. Al mismo tiempo, intentaba matar a Sebas. Nadie podía estar en dos sitios a la vez, ¿verdad?

—¡Son dos!

—¿Quiénes son dos?

Eso lo preguntó Sebas, que se desperezaba mientras entraba en la cocina.

Las chicas no tuvieron tiempo de esconder la camiseta. Lo intentaron, pero Sebas la vio y al final tuvieron que contarle lo que ocurría.

—¿Cómo es posible que supieras esto y no nos lo dijeras, Sara? ¡Hemos dormido en la casa del PayasoUCM!

—¡No sabemos si es él! Esta camiseta podría ser de cualquier otra cosa.

—De la matanza de su pueblo... Tiene pinta de ser lo que parece, Rai estaba obsesionado con hacer la broma del payaso —dijo Sebas, que a medida que se convencía se asustaba en proporción—. ¿Dónde está ahora?

—No lo sé, quizá haya sacado a pasear al perro. —Sara les confesó algo más—: Lo oí levantarse. Miró algo en el ordenador, estuvo escribiendo y luego se fue.

—¿Escribiendo? Voto por que nos larguemos antes de que aparezca. Igual tenemos suerte y tarda porque ha ido a cargarse a alguien más.

—Nando... —dijo Ángela en voz alta, aterrada.

Corrió hasta la habitación. Tenía el móvil en la mesilla. Sara y Sebas la siguieron y vieron cómo llamaba a Nando con el corazón en un puño.

—Sigue apagado, joder.

—¿Y Koldo? —apuntó Sara a la posibilidad de que Rai hubiera ido a por él.

—¿Y nosotros? ¡Larguémonos de aquí ya! —dijo Sebas.

Pero algo había despertado la curiosidad de Ángela. Creía saber cómo despejar las dudas. Si Nando o cualquier otro había muerto, ya estaría escrito.

—Sara, ¿dónde está el ordenador de Rai?

En su dormitorio. Ángela pensaba rápido mientras iban a por él, frente al que se sentaron los tres.

—¿Qué estamos buscando, Ángela? —le preguntó Sebas desconcertado.

—Si Rai es el PayasoUCM estará escribiendo aquí la novela.

—Es que no puede ser —negaba Sara—. Rai no es capaz ni de escribir un trabajo de clase, ¿cómo va a redactar una novela?

—¿Y si pasamos de jugar a los detectives y nos largamos? ¡Rai puede volver en cualquier momento y a mí ya intentaron matarme anoche! —insistió Sebas.

Pero Ángela se negaba a salir de allí sin tener todas las respuestas. No quería volver a señalar a alguien inocente como asesino, así que puso en marcha el ordenador de Rai.

—Mierda, tiene contraseña.

—Prueba con su nombre...

Probó, pero no se abrió. Tampoco cuando lo intentó con el nombre de Sara, el de *Roco*, la fecha de nacimiento... No había manera de acceder al ordenador. O quizá sí. Sebas lo buscó en internet. Descubrió que tendría que encenderlo presionando «enter» y tecleando después una combinación de caracteres precisa que le darían la opción de desbloquearlo.

—Aquí dice que quizá el ordenador avise al usuario al iniciar una nueva sesión de que se ha entrado sin contraseña.

Valoraron las opciones. En cuanto tuvieran lo que necesitaban, saldrían de ese piso para siempre. Si no encontraban nada que demostrara que fuera un asesino, podrían volver a confiar en Rai y quizá él ni siquiera le daría importancia a que alguien hubiera entrado en su ordenador.

—Yo voto no. Nos podemos meter en un lío —dijo Sebas.

—Yo voto sí —dijeron Ángela y Sara a la vez.

La primera porque necesitaba saber si Nando estaba en peligro. La segunda porque necesitaba saber que su novio no estaba loco.

Por mayoría, entraron en el ordenador de Rai. Ángela rastreó lo que había. Miró en internet, en Word... Buscaba cualquier cosa que pudiera relacionar a Rai con el PayasoUCM. Incluso escribió eso en el buscador del disco duro.

—No hay nada...

Ángela miró en la papelera de reciclaje. Siguió sin encontrar nada.

—Bueno, pero nos vamos, ¿no? Por si acaso —insistió Sebas.

—Un momento —dijo Ángela al ver un icono fuera de lo común en el escritorio del ordenador de Rai.

Era de TOR, The Onion Router. Sabía para lo que servía porque lo había leído hacía unos años en una novela. Al utilizar ese programa se podía navegar por la *deep web*, esa zona de internet en la que se encuentra todo lo que Google no encuentra. Además, TOR aseguraba el anonimato, impidiendo que se detectara la IP del ordenador desde el que se utilizaba. Por eso era la herramienta favorita de los camellos y de los que buscaban pornografía delictiva. También lo era de los asesinos.

—¿Tú sabías que Rai utilizaba esto para navegar por internet?

—No... ¿Qué es?

Ángela hizo clic en la aplicación. No pudo abrirla, le pedía una contraseña. Ángela solo pudo entrar en el historial de navegación. Esperaba encontrar algo de Wattpad, que era donde el PayasoUCM publicaba su novela, pero no lo encontró.

—Rai no ha usado esto para escribir en Wattpad, eso seguro.

—¿Lo veis? No es el asesino —se convenció Sara.

Pero Ángela descubrió que Rai había utilizado un correo electrónico a través de TOR. No podía ver lo que escribió, pero sí la dirección a la que lo envió: meryread@tor.ext

—No puede ser...

—¿El qué no puede ser, Ángela? ¿Qué pasa? —le preguntó Sebas.

No tuvo tiempo de explicárselo porque se oyeron los ladridos de *Roco*. Rai estaba a punto de entrar en el piso.

—Cerrad el ordenador y dejadlo todo como si nunca lo hubiéramos tocado. Puede que Rai no sea un asesino, pero se cabreará si se entera de que lo dudábamos —dijo Sara, que se les adelantó para recibir a su chico.

Ángela y Sebas tuvieron el tiempo justo para ordenarlo todo y volver a su habitación, donde terminaron de vestirse a toda prisa. Cuando salieron al salón, Sara desayunaba con Rai, interpretando a la perfección el papel de que

no había pasado nada mientras él estaba fuera. *Roco* no paraba de ladrar a Ángela y a Sebas, como si pudiera oler lo que habían hecho.

—Rai estaba sacando al perro —les contó Sara, disimulando.

—Nosotros nos vamos —dijo Ángela.

—¿Adónde? —preguntó Rai, extrañado, mientras le pegaba un mordisco a la tostada del desayuno—. Creía que si poníais un pie en la calle el PayasoUCM os mataría...

—Si nos quedamos igual lo hace tu perro —dijo Sebas, que intentaba pasar frente a *Roco* sin que le agarrara la pierna.

—Vamos a la facultad, tenemos un examen.

—Creía que no estabais para exámenes —los interrogó Rai.

—No presentarnos será más raro, ¿no? Nosotros no faltamos nunca a clase —dijo Sebas.

—Esperaos a que me duche y vamos en mi coche.

—Es que yo tengo que pasar por la residencia, a cambiarme —insistió Ángela, cerrando la mochila.

—Pues ten cuidado no te vayan a matar mientras estás en pelotas... ¿A qué vienen ahora esas prisas? Anoche me pedíais que pusiera la estantería delante de la puerta y ahora os queréis largar corriendo.

Los miró como cuando se espera una respuesta que ya se sabe que no se va a creer.

—La policía me interrogó ayer y no creo que me venga muy bien no aparecer por la facultad —mintió Ángela mientras terminaba de cerrar la mochila.

Rai cabeceó y agarró a *Roco* para que pasaran.

—Ya. ¿Te vas con ellos o te quedas? —le preguntó Rai a Sara.

Hubo un momento de silencio tenso, hasta que Sara sonrió a su novio.

—No, yo no me voy a presentar al examen. ¿Quedamos luego en la facul, Ángela?

—¿Sara, me dejas una goma del pelo?

Comprendió que Ángela quería que hablaran a solas, así que fue con ella hasta el cuarto de baño.

—¡Sara, no puedes quedarte sola con Rai!

—Tú lo has dicho, no ha escrito nada en Wattpad. Mira, me he puesto antes paranoica, pero ya está. Sé que Rai no es el asesino.

—Sí, pero lo de TOR... No sé, Sara, tengo que hablar con alguien.

—No comportarme con Rai como siempre solo empeorará las cosas. Ayer ya se mosqueó bastante porque no quedé con él. Se acaba de mosquear porque os queréis ir, lo conozco. Y si me marchó con vosotros será peor porque si se entera de que he dudado de él sí que se rayará... Tranquila, podré hacer como que lo de antes nunca pasó. Soy actriz.

Ángela la abrazó. Sintió alivio al poder volver a confiar en su amiga. También sintió miedo por si no volvían a verse, aunque eso intentó no transmitírselo.

—¿Con quién tienes que hablar, Ángela?

La biblioteca de la Facultad de Filología estaba más llena de lo habitual, por los exámenes. Los estudiantes estaban por las mesas, pasando apuntes y tratando de aprendérselos. Sebas bajó la voz cuando entró con Ángela en la sala, aunque todos los nervios que traían hacían que estuviera a punto de gritar:

—Así que fue Eva la que te dijo que alguien estaba escribiendo una novela en Wattpad con lo que hicimos. ¿Por qué no nos lo contaste? ¡Podría ser ella la que lo escribió!

—No os lo conté justo por lo que has dicho. Habríais pensado todos que Eva era el PayasoUCM.

—Es que tiene todas las papeletas...

—Lo que tiene son todas las papeletas para estar ocultando algo. Algo relacionado con Rai. Eva tiene un blog de literatura, Mery Read. Yo era una de sus seguidoras.

—Ese nombre me suena... ¿No hay una novela de piratas con una que se llama así?

—No lo sé, pero es el seudónimo de Eva en internet. Y Rai se escribe correos a través de la *deep web* con alguien con ese nombre en la dirección.

Sebas levantó las cejas, sorprendido.

—¿Y vamos a preguntarle todo eso directamente? Porque si es el payaso, o su colega, igual no es muy buena idea, Ángela.

—Vamos a intentar averiguar dónde estuvo anoche mientras a ti te ataban a la cama y a mí me sacaban una fotografía para acosarme. Eva confía en mí,

nos conocemos de internet desde hace tiempo, así que intentaré hablarle sin que se dé cuenta de que yo sospecho.

A Sebas seguía sin parecerle una buena idea, así que sintió alivio cuando descubrió que Eva no estaba tras el mostrador. Ángela le preguntó al bibliotecario por ella y este le contó, sin darle mucho carrete, que suponía que estaría en clase.

—Eva es becaria, va y viene a su puesto según su horario de clases —les dijo el hombre, que se marchó a colocar unos libros.

—¿Qué hacemos? —le preguntó Sebas a Ángela.

Mientras lo pensaban, la chica vio la puerta que quedaba a la derecha, con el cartel de ARCHIVO. Recordó cómo se había encontrado en ese cuarto con Eva, que había aparecido de pronto...

—Tenemos que entrar ahí —le dijo a Sebas.

—¿Por qué?

No se lo explicó, más que nada porque aún no podía explicárselo a sí misma. Aprovecharon que no estaban a la vista del bibliotecario y se colaron en el archivo.

—¿Me cuentas qué hacemos aquí? No hay más que papeles y polvo...

Ángela se lo explicó mientras caminaban por entre las estanterías de hierro, sin saber exactamente lo que buscaba. Recorrieron cada uno de sus pasillos, encontrando solo revistas académicas, tesis doctorales y otros papeles administrativos.

—Es rarísimo. Aquí no hay ninguna puerta más que por la que hemos entrado, pero Eva apareció de la nada...

Pero entonces Ángela llegó hasta la última estantería y sintió una corriente de aire frío en los tobillos.

—Ayúdame —le dijo a Sebas.

Y al mover la estantería, quedó a la vista que el pasillo continuaba. Parecía que allí había una ampliación del archivo, lleno de cajas. Aunque estaba oscuro y no había luz, se veía que el pasillo seguía al doblar una esquina.

—¿Cuántas novelas de detectives has leído? Se te da genial esto de seguir pistas...

—¿Entramos? —le preguntó Ángela, aunque ella ya había decidido que lo harían.

—No sé si Stephen King tiene una novela con un pasadizo así que atravesar, pero no pinta nada bien, la verdad.

Sin embargo, Ángela pensó que lo que realmente no pintaba bien era estar esperando a que los mataran sin tener ninguna respuesta. Eso era lo que la había convertido en intrépida, aunque sabía que el miedo estaba ahí, en sus manos, que masajeara como si tuviera una pastilla de jabón. Encendió la linterna del móvil, al que apenas le quedaba batería, y entraron en el pasadizo.

Ángela iba en cabeza, aunque agarraba la muñeca de Sebas para que no se separara de ella. Él acabó entrelazando sus dedos con los de ella, algo que, en cualquier otro momento, habría resultado demasiado íntimo para dos amigos. A cada paso que daban había menos cajas apiladas a los lados. En cambio, aumentaba el olor a humedad y el sonido del viento, atrapado entre las paredes, que se iban estrechando. Las palpaban mientras Ángela iluminaba el camino con la luz del teléfono, dando pasos cortos, cada vez más lentos. La culpa era del miedo.

—Cuéntame tu libro favorito —le pidió Sebas.

—¿Qué?

—Es que esto del pasadizo en la biblioteca me ha recordado la peli de *Tesis*, cuando Ángela y Chema se meten por uno parecido a este. Y les cuenta un cuento para que se les quite el miedo.

—Ya, pues es que no la he visto. El terror no es lo mío, aunque ahora mismo solo tengo en la cabeza los libros de Stephen King... Por aquí —dijo Ángela, doblando una esquina.

—Bueno, tiene alguno que no es de miedo —dijo Sebas, que cada vez apretaba con más fuerza la muñeca de Ángela.

—¿Cuál?

—*El cuerpo*. Hay peli, la de *Cuenta conmigo* —dijo Sebas, mientras palpaba la pared.

Agitó la mano, con asco. Una cucaracha le había pasado entre los dedos.

—Vale, pues, cuéntame ese libro —le pidió Ángela, que sentía la

respiración cada vez más acelerada. También la de Sebas, soplándole en la oreja.

—En los años sesenta, un chico desaparece y lo dan por muerto, así que sus cuatro amigos deciden ir a buscar el cuerpo. Se llamaban Gordi, Chris, Teddy y Vern. Las familias de todos son un cuadro. Los padres de Chris son alcohólicos y criminales, el padre de Teddy abusaba de él... Gordi es el más normal del grupo. Es escritor y es el que está redactando lo que pasó.

—Últimamente, los escritores me parecen de todo menos normales —añadió Ángela mientras doblaban otra esquina—. Esto es un laberinto...

—El caso es que los cuatro amigos se enteran por el hermano de uno de ellos de que el cadáver de su amigo podría estar a unos cuantos kilómetros, así que deciden ir a buscarlo. Y ya de viaje, que van andando, les pasa de todo. Unos malotes que les quieren dar de leches, atraviesan un puente y el tren casi se los lleva por delante... ¿Qué ha sido eso?

—Las cañerías... —le dijo Ángela, aunque no estaba segura y pegó su cuerpo más al de Sebas—. Sigue contándome la historia.

—Pues continúan el viaje y cruzan un pantano que resulta que está lleno de sanguijuelas. Consiguen llegar hasta el cadáver del amigo, pero resulta que los malotes los han seguido y quieren llevarse el mérito contando que han sido ellos los que lo han descubierto. Los malotes tienen una navaja, pero Chris le había robado la pistola a su padre... ¡Ángela! —gritó Sebas. Se habían quedado a oscuras de pronto.

—Me he quedado sin batería. Dame tu móvil.

Pero el de Sebas no tenía linterna, así que siguieron andando iluminando el pasadizo solo con el brillo que daba la luz de la pantalla. No podían ver ni un palmo por delante.

—Cuéntame cómo acaba la novela —le pidió Ángela, que ya incluso veía caras de payaso frente a ellos.

—Al final los cuatro chicos hacen una llamada anónima a la policía para contarles dónde está el cadáver sin llevarse ningún mérito. Aunque lo importante es que el libro lo está escribiendo Gordi, de mayor, y cuenta cómo les ha ido la vida a todos.

—¿Y qué tal les ha ido? —le preguntó Ángela, que en realidad solo podía

pensar en que el pasillo era cada vez más angosto.

—No muy allá, aunque lo importante es todo lo que vivieron en aquella época. Por eso Gordi dice: «No he vuelto a tener amigos como aquellos que tenía a los doce años, de veras ¿y tú?». A mí creo que me va a costar más olvidar a los de la universidad...

Ángela fue la primera que dejó de notar las paredes a los lados. El pasillo los había llevado hasta algún lugar mucho más amplio. Una habitación.

—Creo que aquí hay un interruptor —dijo Sebas, palpando el muro.

Pulsó la clavija hacia arriba y todo quedó iluminado.

—¿Dónde estamos?

Una sala húmeda y estrecha en la que había una mesa con un ordenador potente, de varios procesadores. También un módem, muchos cables, ficheros y carpetas apiladas a los lados.

—Parece la guarida de un superhéroe...

—O la de un asesino —dijo Ángela.

Se sentó frente al ordenador. Una silla cómoda, lo suficiente como para poder pasar muchas horas sentada en ella. Movié el ratón y la pantalla se iluminó. En el escritorio se veía que TOR estaba abierto. También una aplicación de gestión de correo y redes sociales, un sistema de descargas...

—¿Qué es todo esto? —se preguntó Ángela en voz alta.

Fue Sebas el que encontró algo con sentido. En los ficheros amontonados había una carpeta con el nombre de Ángela en la portada. La abrió y fue pasando las hojas, de una en una. Era información sobre sus redes sociales, páginas de su muro impresas.

—Esto es tuyo, ¿no?

Ángela lo miró, impresionada. Igual que Sebas cuando encontró otra con su nombre en la que se guardaban cosas similares. También había de Rai, Sara, Nando, Koldo y Virginia.

—¿Qué es todo esto?

Y entonces Ángela encontró la respuesta entre las carpetas amontonadas. Una en la que había escrito en la portada «Novela». Al abrirla, se encontró con lo que sospechaba.

—Es la novela del PayasoUCM —dijo una voz tras ellos. Era Eva.

—Un paso atrás, los dos. Os quiero lejos del ordenador —les ordenó Eva.

La chica del pelo rizado tenía los puños apretados, la respiración acelerada y los ojos llenos de rabia. Consiguió que Ángela y Sebas caminaran como los cangrejos, temblando. Ángela buscó con la mirada algo con lo que defenderse. No había nada afilado. Escapar corriendo tampoco era una opción porque Eva bloqueaba la única salida de la estancia.

—No me puedo creer que hayáis llegado hasta aquí... —les dijo Eva, acercándose a ellos con gesto amenazante—. ¿Qué habéis visto?

—Nada, de verdad —dijo Sebas, acobardado.

—¿Seguro? Porque tenéis una pinta de cotillas tremenda. Y a mí ese tipo de gente no me gusta nada.

—Lo hemos visto todo, Eva. Y solo quiero saber una cosa... ¿Por qué?

Se lo preguntó Ángela. Si iba a morir, al menos, quería conocer el motivo. Saber por qué se había tomado tantas molestias en torturarlos. Si Eva era el PayasoUCM, quería saber por qué estaba tan obsesionada con ella. Ángela era la persona cuyas entrañas más deseaba ver, así lo había escrito.

—¿Que por qué? Por dinero, como todo.

Ángela la escuchó, desconcertada.

—Te vas a encontrar una sorpresa en mi cuenta corriente cuando me mates.

Las palabras de Sebas consiguieron que los puños de Eva dejaran de estar apretados y que su rostro pasara de la rabia a la sorpresa absoluta. En realidad, acababa de comprender lo que ocurría.

—Un momento, vosotros dos estáis aquí porque... ¿Estáis pensando que yo soy el PayasoUCM?!

A partir de ese momento, fueron Ángela y Sebas los que viraron la expresión de su rostro hacia el desconcierto.

—Tienes la novela en esa carpeta —le dijo Sebas—. La estás escribiendo tú, ¿no?

—¡Pues claro que no! Solo la he impreso. Joder, ese psicópata la está colgando en internet y yo soy de las que les gusta leer en papel. No me lo puedo creer...

—¿Y este cuarto? El ordenador y todos estos procesadores... ¿De qué va todo esto, Eva?

—De lo que no va es de que soy una asesina, Ángela. ¡Soy una *hacker*! Dios, me alucina que pensarais que iba a mataros... Tengo que dejar de vestir de negro, está claro —dijo riéndose mientras sacudía la cabeza.

La tensión se relajó en el ambiente, aunque quedaba la extrañeza en el aire, que lo llenaba de interrogantes.

—Claro, eso tiene lógica... —dijo Sebas muy aliviado—. Entonces ¡no vamos a morir!

—No cantes victoria, que os mataré como me hayáis fastidiado algo —les advirtió Eva mientras se sentaba delante del ordenador y comprobaba las páginas de todas las pantallas.

Llegaron todas las preguntas de golpe. Al final, Eva cedió y terminó por darles la explicación que le pedían:

—No soy una asesina, solo sé manejarme por la *deep web*. La gente paga bastante dinero por conseguir un pasaporte a la información que necesitan. Yo recojo la pasta y no hago preguntas. La mayoría son unos pirados, así que prefiero olvidar sus nombres.

—Y ¿por qué tienes esta especie de... guarida secreta? —le preguntó Sebas mientras señalaba con los brazos todo lo que los rodeaba.

—No me resulta muy atractiva la idea de que la policía se presente en la puerta de la habitación de la residencia por estar falsificando documentos, entre otros delitos. Aquí tengo cruzadas varias líneas de *router* para despistar. Además, esta parte del archivo está abandonada. ¡Se supone que aquí no

entra nadie!

—Pero tienes esos informes sobre nosotros. ¡Hay montones de cosas de nuestras redes sociales!

—Eso es solo porque tengo tantas ganas de saber quién está haciendo esto como vosotros. Solo he intentado averiguarlo por mi cuenta.

—¿Y nosotros somos los sospechosos? —dijo Sebas, con las cejas levantadas por la sorpresa.

No le respondió. Lo que hizo Eva fue sostenerle la mirada. Sebas la apartó primero, como hacen los que se acobardan frente a un reto.

—¿Y lo sabes? ¿Sabes quién es el PayasoUCM? —le preguntó Ángela, ansiosa por escuchar la respuesta.

Eva puso en marcha TOR y les mostró lo que había encontrado al seguir el rastro del PayasoUCM por internet.

—Sea quien sea, sabe cómo esconderse. No deja huellas de IP y el contenido que comparte no está indexado. Supongo que por eso tampoco está ganando muchas visitas a su novela.

—No entiendo nada —reconoció Sebas, que miraba los datos en las pantallas como si fueran un papiro indescifrable—. ¿Tienes una versión de la explicación para los que somos de letras puras?

—El PayasoUCM escribe en Wattpad. Sube todo lo de la novela a la plataforma, pero, hasta ahora, ha dejado el contenido siempre medio oculto por la página.

—Pero nosotros lo hemos leído —dijo Sebas extrañado.

—Sí, pero si quieres verlo tienes que buscarlo. Es como si solo le interesara que leyerais su novela vosotros.

—A nosotros nos lo envió a través de WhatsApp. Nos agregó a un grupo, pero no había manera de ver su número de teléfono —le contó Ángela, que esperaba que Eva le contara que ella sí lo había averiguado.

—Utiliza el móvil desde una aplicación que cruza su número con otro extranjero, que a su vez se cruza con otros hasta que se vuelve anónimo... Es imposible localizarlo. Podría entrar en la web de un mundo paralelo antes que llegar hasta el nombre del que está detrás de ese PayasoUCM.

—Si nos has investigado, tendrás algún caballo ganador, ¿no? —señaló

Sebas, visiblemente molesto por la suspicacia con la que Eva los trataba.

—Lo único que sé es quién no está detrás de la careta del PayasoUCM. Ángela no es la asesina, eso está claro. Tampoco tiene pinta de que esto sea cosa de Virginia. Probablemente ya no esté en el mundo de los vivos. Y luego hay otros por los que no pondría la mano en el fuego.

Lo dijo clavando la mirada en los ojos de Sebas, que se señaló a sí mismo con sorpresa.

—Es una broma, ¿no?

—Eva, Sebas no es ningún asesino. Ni yo, ni Nando... Nosotros pensamos que...

Trató de encontrar el mejor modo de poner sus sospechas sobre la mesa sin despertar alarmas.

—Mery Read, ese era el nombre de tu blog. Rai te escribió un correo. Lo hemos visto.

—A mí Rai me escribe bastante a menudo —reconoció Eva.

—Pero si yo pensaba que ni os conocíais. Del club de lectura y ya, ¿no? —dijo Sebas, extrañado.

—Bueno, él no tiene claro quién soy yo. Ha rulado por la universidad que Mery Read puede cambiarte alguna nota del expediente si lo necesitas. Así es como me conoce Rai.

—¿Puedes cambiar notas? —le preguntó Sebas, impresionado.

—¿Tienes dinero para que lo haga? Rai suele pedirme más que entre en el WhatsApp de su novia.

—Y ¿para qué te escribió esta mañana? —le preguntó Ángela.

—Me envió la matrícula del coche que sale en el capítulo del PayasoUCM de la muerte de Virginia. Quería saber qué nombre estaba detrás.

Ángela recordó que Rai había apuntado la matrícula y había dicho que quizá pudiera averiguar algo. Lo que nunca se hubiera imaginado era que Eva iba a ser la llave para conseguirlo.

—Le contesté que no lo haría. No me quiero meter en esto...

—Pero sí lo hiciste, ¿verdad? Ya sabes de quién es el coche —le dijo Ángela, que creía conocerla.

Eva le sostuvo la mirada, hasta que terminó por abrir una nueva ventana en una de las pantallas. Era de una web pirata que rastreaba información de la web de Tráfico, con datos sobre matrículas de vehículos y sus propietarios.

—Ese coche lleva dado de baja más de cuatro años. La última vez estaba a nombre de Catalina Soria, en Huesca. He buscado, pero no hay nada de esa mujer en internet, aunque sí he encontrado una cosa más del coche.

Eva buscó entre sus papeles hasta llegar a una página de periódico que había impreso, del *Heraldo de Aragón*.

—Esta noticia es de hace cuatro años. Hubo un accidente en una carretera de la zona, probablemente relacionado con el fallecimiento de una menor de Carrión «en extrañas circunstancias».

—¿La atropelló? —preguntó Ángela

—No lo sé, no cuenta mucho más. Es una nota pequeña en un periódico local, pero fijaos en la fotografía... Es el mismo coche.

Junto a la Guardia Civil y otras autoridades, se veía el vehículo. La matrícula coincidía con la que el PayasoUCM había escrito.

—¿Y todo esto qué tiene que ver con nosotros? —se preguntó Ángela, desconcertada.

—No lo sé. Puede que el PayasoUCM incluyera esa matrícula por casualidad, aunque no tiene pinta de que escriba cosas al tuntún. Tampoco creo que sea una coincidencia que os haya advertido de que quiere terminar esta novela antes de que empiece la Feria del Libro.

Eva también sabía que toda la vida que les quedaba se acabaría el fin de semana.

—¿Por qué no me contaste todo esto antes, Eva? No me creo que fuera porque no quieres meterte. Has hecho una investigación digna de la Policía Científica.

Entonces, la chica le apartó la mirada y Ángela comprendió que había algo más que les estaba ocultando. Algo que la hacía sentirse tremendamente culpable.

—El PayasoUCM me escribió hace unas semanas, antes de que todo esto empezara. No sabía que era él, solo me llegó como un encargo anónimo más. Quería entrar en el ordenador de una chica de la universidad, poder

controlarlo a distancia. Era el de Virginia...

Ángela y Sebas recordaron a Virginia contando que alguien había escrito en su ordenador que iba a morir mientras ella estaba frente a la pantalla. Fue Eva la que hizo que el PayasoUCM pudiera hacerlo.

—Pensé que solo era una broma...

—Tal vez no esté muerta. Incluso ella podría estar escribiendo todo esto —dijo Sebas.

—Lo dudo mucho. Esto tiene que estar haciéndolo otra persona. Yo no creo en los espíritus, pero es que este tiene demasiados brazos...

—Desde luego, más de dos —le dijo Ángela, que le contó cómo el payaso había estado acosándola a ella y a Sebas al mismo tiempo.

Le confesó a Eva que habían llegado hasta esa habitación pensando que Rai era el asesino y que quizá ella se encargara de escribir los crímenes. Lo segundo ya había quedado anulado, pero aún no habían encontrado algo que explicara por qué Rai tenía una camiseta manchada de sangre.

—Eso debió de ocurrirle cuando fue a por Roberto... —dijo Eva al atar cabos.

—¿Roberto, el bedel? —preguntó Sebas, extrañado.

—Está escrito aquí —les contó Eva mientras abría una nueva ventana en el navegador.

Abrió el perfil del PayasoUCM en Wattpad. No había conseguido saber la identidad de quien estaba detrás, pero sí que podía entrar en su cuenta, controlada a través de una dirección sin más datos que su nombre. Les mostró en la pantalla lo que el asesino había escrito.

—El PayasoUCM tiene algunos borradores escritos, cosas que aún no ha publicado... Os aseguro que Rai no es el asesino.

—¿Por qué estás tan convencida? —le preguntó Sebas, con una ceja levantada.

—Rai no es el asesino porque el capítulo de su muerte ya está escrito.

#### **4. UN PIRADO PARA CENAR**

El ser humano es frágil por naturaleza. Sin embargo, tiende a creerse por encima de ella. Hoy más que nunca. En el siglo XXI, el hombre es capaz de controlarlo todo a golpe de botón, aunque, por mucho empeño que ponga, hay cosas que en esta época, igual que en las anteriores, siempre le pasarán por encima: las tormentas, las guerras, los terremotos, las enfermedades... Todos esos fenómenos son sentencias de muerte para el hombre, dictadas por algo mucho más poderoso que él. Jamás me atrevería a afirmar que ese algo sea Dios —mi conciencia asesina no admite adoctrinamientos religiosos—, aunque quizá sí podría designarlo como una fuerza superior para la que los seres humanos son hormigas a las que enterrar con un golpe de aire. Me pierdo en reflexiones teológicas, pero solo trato de explicar que los protagonistas de esta historia son esos insectos, y las manos con las que la escribo, el viento que puede enterrarlos. Utilizo la literatura como arma. Más temprano que tarde, los matará a todos. Para empezar, he acabado con el Pirado.

No creo que nadie vaya a echarlo de menos porque ese tipo era una basura. Un ser despreciable que tampoco habría tenido una muerte mejor si se hubiera encargado de ello el paso del tiempo. Si lo llamo el Pirado es porque lo estaba de verdad. Conducía su coche de niño pijo como si estuviera en un circuito de carreras, gritaba a la puta de su novia como lo hacen los maltratadores y se metía en peleas en cuanto alguien lo miraba.

No llevaba el pelo casi rapado por casualidad. Denuncias tenía unas cuantas por juntarse con los del fondo sur, y padres con el suficiente dinero para ocultarlas, también.

Su único valor era tener un cuerpo hercúleo y una carita mona. ¿Y qué? Ser atractivo casa a la perfección con tener la mente de un psicópata. Jack Torrance probablemente fuera agraciado. Al menos, King nunca escribió lo contrario. Si lo era, eso no le impidió intentar acabar con su familia a hachazos en el Hotel Overlook.

¿Otro ejemplo? Patrick Bateman. Incluso vestido con un traje a medida puedes soñar con derramar sangre: la prueba de que ser guapo no es incompatible con estar pirado. Tampoco hace falta ser un hombre. Las mujeres pueden ser unas sádicas, como Clitemnestra, que mató a su marido Agamenón, la prima Bette, de Balzac, o Misery, la musa de King.

Tampoco está reñido tener kilos de músculos y chulería con terminar gritando a las puertas de la muerte, como todos. Resulta increíblemente sencillo conseguir que alguien te ruegue clemencia cuando te conviertes en la Moira a punto de cortar su hilo de vida. El Pirado habría hecho cualquier cosa que le hubiera pedido para que lo dejara con vida. El instinto de supervivencia es así de jodido.

Debo reconocer que una parte de mí lo admiraba. Tenía huevos. Además, lo hacía todo a espaldas del grupo porque gozaba de esa soberbia de los que dicen que van de impertinentes por la vida. Por eso fue a por el bedel sin contárselo al resto, aunque yo me enteré y lo seguí. Fue a primera hora, cuando el sol aún no había salido y los estudiantes ni se habían despertado. El Pirado se llevó ese perro loco que tiene. Lo soltó para que persiguiera al bedel en cuanto se bajó de su furgoneta hasta que acabó tirándolo al suelo y pegándole un mordisco en el carrillo. Al final, el Pirado se apiadó del hombre y le quitó a Roco de encima, aunque le pegó un par de patadas.

—No vuelvas a jodernos.

Lo hizo todo con la cara cubierta, aunque estaba convencido de que el bedel sabía a lo que se refería. ¡El idiota del Pirado se creía que ese desgraciado era yo! Solo consiguió que el tío se cabreara, que hablase con

la policía para insinuarles lo que creía que había pasado. Que la Monja y el Torturado acabaran en la comisaría. Estoy seguro de que esos dos me agradecerán que me lo haya cargado. Además, la muerte del Pirado ha sido tan la hostia...

Al final, fui a buscarlo a su lugar favorito, el mismo de todos los que van a la universidad por obligación: el gimnasio. Qué suerte eso de que siempre se quedara a entrenar hasta última hora, cuando ya no había nadie más por allí. Le dejé las duchas del vestuario, vacío a esas horas, abiertas. Agua hirviendo para que el vapor no permitiera ver nada a más de un palmo. El Pirado caminó lanzando puñetazos por delante. Y entonces yo, como buen payaso, salí por el desagüe abriéndolo con mis manos. Reconozco que tuve que pelear, y que el Pirado sabía dar golpes, aunque le faltaba algo que yo poseía: un cuchillo de caza. No tenía nada que hacer, por muchos músculos que tuviera. Al final, le rajé el brazo. Y luego el costado y después la tripa. Acabó medio desmayado en el suelo del baño mientras yo me partía de risa tras mi careta de payaso.

Lo arrastré como al ganado del matadero. Dejaba un reguero de sangre por el suelo que, al mezclarse con el agua de las duchas convirtió el suelo en un cuadro de Rothko. Y me lo llevé agonizando, por esa puerta de atrás en la que no hay nadie mirando, ni luz tampoco.

Lo malo de haber entrenado a un perro para que sea agresivo y que solo coma carne es que no saben diferenciar si las tripas que le da un asesino de cena son las de su dueño. Habría sido todo mucho más literario si el perrito hubiera sido un San Bernardo, pero mi versión también es terrorífica. Aunque yo no pueda parar de reír.

NOTA DEL AUTOR: ¡Contadme en los comentarios quién queréis que sea el próximo personaje de mi novela en morir! 😊

—Sara, ¿dónde está Rai?

La llamaba por teléfono, con el móvil de Sebas. Los dos salían corriendo de la biblioteca.

—Me acaba de dejar en la facultad. ¿Qué ha pasado? —les preguntó asustada.

—¡El payaso ha escrito su muerte! —le gritó.

Ángela y Sebas corrieron hasta la salida de la facultad. Llegaron a tiempo. Sara había conseguido que Rai diera marcha atrás y volviera con el coche hasta la entrada.

—Sara dice que la has llamado toda histérica. ¿Qué cojones pasa, Angelita?

Lo contó junto a Sebas lo que habían leído. Que el PayasoUCM iba a matarlo en el gimnasio y que saldría por el desagüe, como hacía Pennywise.

—¿Por un desagüe? Pero ¿cómo va a salir alguien por ahí? —preguntó Sara desconcertada.

—Eso solo lo ha puesto para que se parezca a *It*. Hay una escena en la que el payaso sale del suelo, en las duchas —recordó Sebas.

—Lo importante no es cómo pase. ¡Lo importante es que va a pasar!

Ángela había entendido que el PayasoUCM lo planificaba todo mucho antes, como un escritor frente a un esquema. Después se dejaba llevar por la violencia del crimen.

—¿Dónde está esa mierda que ha escrito el pirado ese?

—Aún no se ha publicado, lo tiene en borradores. Pero va a pasar, Rai. ¡Va a intentar matarte! —le advirtió Ángela.

—¿En qué borradores? ¿Me podéis explicar cómo habéis leído algo así si aún no se ha publicado? —les preguntó Sara.

Ángela y Sebas enmudecieron. También compartieron una mirada que dejaba claro que había una parte de la historia que les iban a ocultar. Así se lo pidió Ángela a Sebas con los ojos.

—Es que no podemos decíroslo —insistió Sebas, aunque sabía que Ángela se estaba equivocando al no contárselo a Rai.

—¿De qué va todo esto, Ángela? —le preguntó Sara, desconcertada.

Pero ella no dio más explicaciones porque le había prometido a Eva que no contaría su secreto. No podía hacerlo porque entonces todos pensarían que esta era la que lo había escrito. No sería fácil que confiaran en ella como Ángela lo hacía. Además, a Eva le daba miedo Rai. Temía que, si pensaba

que ella era el PayasoUCM, intentara hacerle daño. Lo conocía, sabía las cosas que le había pedido por internet sin saber que era ella la que estaba al otro lado. Había más que notas y contraseñas de las redes de su novia. Rai había tenido problemas incluso con la policía por las peleas en las que se había metido. En una de ellas hubo un atropello y una muerte. Al final, el nombre de Rai quedó limpio, pero solo en la versión oficial. Esa historia fue con la que Eva le pidió a Ángela que no le contara su secreto.

—Rai, no puedo decirte nada más, pero el payaso te matará si vas esta noche al gimnasio —insistió Ángela.

Sabía que necesitaba ofrecerle algo para convencerlo, así que decidió poner la carta más alta sobre la mesa.

—Sabe lo que le hiciste al bedel, Rai.

Pero Ángela no encontró la reacción que esperaba en el rostro del chico. No solo siguió riéndose, sino que la retó a que tuviera huevos y hablara claro, diciéndole también que Angelita, me tienes hasta los mismísimos.

—Y qué se supone que le hice al bedel, a ver.

Lo había atacado para que los dejara en paz. Por eso tenía la camiseta manchada de sangre, y Roberto, un mordisco en la cara, que ella había visto.

—Mi camiseta, sí... Ya me ha contado Sara que estabais todos de lo más rayados por la sangre. Que pensabais que yo era el asesino.

Ángela miró a Sara, sorprendida. Ella apartó los ojos. No solo se lo había confesado a Rai, sino que también le había dado otra versión de cómo se habían formado las sospechas en su cabeza. Una en la que las culpas solo le pertenecían a Ángela.

—Camiseta manchada de sangre de un pájaro que *Roco* cazó en el parque y que no quería soltar —añadió Rai.

—¿No fue porque le diste una paliza al bedel? —le preguntó Sebas, desconcertado.

—No sé ni quién es ese tío —respondió Rai.

Pero Ángela había visto los arañazos en la cara de Roberto cuando lo había encontrado junto a Novoa. Al ver cómo Rai insistía en que no tenía nada que ver con eso, ella pensó que quizá no debieran seguir ayudando a Rai. Quizá estuviese mintiendo.

—¿Sabes a por quién tendría que ir ese asesino, Ángela? A por ti.

—Rai, por favor...

Sara le pidió que lo dejara estar. No la escuchó. Lo que hizo fue gritar a Ángela y acercarse a ella, intimidándola.

—Nos viniste con el puto cuento de que Cruzado iba a violarte. Nos metiste en toda esta mierda. Primero, el asesino era tu novio, lo sentaste delante de la policía. Y luego le has estado comiendo la cabeza a mi novia para que pensara que yo soy un jodido psicópata.

Sorprendida, Ángela miró a Sara, que trató de justificarse:

—Rai vio que habías entrado en su ordenador y tuve que explicárselo...

—Estás pirada, Ángela. Y nos estás volviendo locos a todos. ¿Y si eres tú la que está escribiendo esa mierda?

—Rai, te estás pasando —le advirtió Sebas al ver que Ángela lo escuchaba sin ser capaz de defenderse.

—¿Por qué no? ¿Todos podemos ser sospechosos de asesinato, pero la monjita de los cojones está libre de culpa? Si hasta tu amiga Sara empieza a pensar que te lo estás inventando todo.

Ahora sí que Sara le apartó la mirada a Ángela como se hace cuando se sabe que has decepcionado a alguien. Rai siguió lanzando dardos, afilados y con rabia en la punta:

—Y ¿sabes por qué estás pirada, Ángela? Porque tienes un problema con los tíos. Prefieres pensar que son asesinos antes que follártelos. Cruzado te quería follar y te lo cargaste. Todos sabemos que eres virgen, no hace falta que lo cuentes, se te ve en la cara. Y tampoco que preferías enviar a tu novio a la cárcel antes que follártelo.

—¡Rai, para, joder! —le gritó Sebas, empujándolo.

Pero Rai le devolvió el golpe y lo tiró al suelo.

Ángela apretó los dientes para no llorar. Aguantaba las lágrimas de ira, sobre todo, la que sentía hacia sí misma. Sabía que era culpable de lo que ocurría. Sabía que había perdido a Nando por estar volviéndose loca.

—Cuéntaselo, Ángela —le susurró Sebas en forma de ruego.

Pero no lo hizo. Ángela salió corriendo, escapando. Corrió y corrió por la avenida Complutense, apartando a los estudiantes que iban y venían de clase.

Sebas iba tras ella, llamándola:

—¡Ángela, espera!

Pero ella siguió huyendo, hasta que se detuvo. Y lo hizo porque se dio cuenta de que no tenía adónde ir. No sabía dónde esconderse de ese asesino que la torturaba. Además, había alguien de quien jamás podría esconderse: de ella misma.

—No le hagas caso a Rai. Es un imbécil. Nosotros ya le hemos avisado de lo que le puede pasar, ¿no? —le pidió Sebas cuando al fin logró estar frente a ella—. Además, igual es el asesino. Está loco...

No lo era. Unas horas después, Rai murió.

El extracto de la novela del PayasoUCM que contaba la muerte de Rai se subió a Wattpad esa misma noche. Unas horas antes de que eso ocurriera, Ángela fue a Campus. Quería ver a Nando, saber que estaba bien. El chico le había pedido distancia, pero ella ya no podía dársela. Por eso, lo llamaba sin parar, aunque el número de Nando seguía desconectado. Era extraño porque el bedel le había dicho a Ángela que un chico había estado por allí preguntando por el teléfono que él había encontrado, y se lo había dado.

Al entrar en el bar, acompañada de Sebas, Ángela fue directa hacia la barra tras la que siempre estaba Nando, al fondo del local. Esa noche estaba cerrada.

—Nando no trabaja hoy, es su día libre —le dijo el encargado a Ángela cuando le preguntó por él.

—¿Quieres que vayamos a su casa? —le propuso Sebas.

Ángela enmudeció. Lo hizo porque no sabía dónde vivía Nando. Él le había contado que en un barrio de las afueras, compartiendo piso con gente a la que no conocía, pero nunca llegó a darle su dirección. Tampoco le dio muchos detalles de quiénes eran sus padres, ni de dónde vivían. Solo sabía que eran de fuera de Madrid y que Nando los veía poco. Hasta ese momento, Ángela nunca había pensado que quizá era extraño que siempre se vieran en la facultad, en Campus o por la Ciudad Universitaria. Hasta ese momento, Ángela nunca había pensado que todo aquello pudiera ser sospechoso.

No se atrevió a contárselo a Sebas. Tampoco se atrevió a confesarle que ni siquiera podía contactar con Nando a través de Facebook o Instagram

porque el chico no tenía redes sociales. Ninguna. Cuando lo conoció y él le había dicho que pasaba de todas esas cosas, a Ángela le había resultado incluso más atractivo; eso lo convertía en alguien rodeado de un aura de misterio. No necesitaba publicar cada minuto lo que estaba haciendo y eso hacía que todos sus minutos fueran solo suyos, ¿no? Eso fue lo que le dijo, pero a Ángela ahora ese romanticismo le resultaba inquietante. Tanto como haber salido durante todo un invierno y parte de la primavera con un chico al que no sabía dónde encontrar.

—Estará bien. Solo me ha pedido algo de distancia entre nosotros y supongo que la está cumpliendo —le dijo Ángela a Sebas, aunque, en realidad, le mentía.

Se quedaron en el bar porque Ángela tenía la esperanza de que, al final, Nando apareciera por allí y le explicase dónde había estado.

Pidieron dos cervezas, pero ella ni siquiera empezó la suya. No podía dejar de mirar a su alrededor como si cualquiera de los que estaban en el bar, estudiantes como ella, fueran el asesino. Como si hubiese alguien cerca deseando sacarle los ojos.

—Mira, esta es la carretera en la que tuvo el accidente el coche de la matrícula —le dijo Sebas a Ángela, pasándole el móvil.

Tenía Google Maps abierto. Era una carretera estrecha, bordeada por árboles enormes. En el cielo flotaba la bruma y había poca luz. A pesar de que solo eran imágenes en la pantalla, a Ángela le despertaban escalofríos.

—Esa carretera tiene pinta de llevar al infierno. ¿Cómo se llamaba el pueblo?

—Carrión. ¿Y si vamos? Podemos alquilar un coche. Quizá averigüemos algo... O quizá nos esté esperando allí el payaso —cayó Sebas, arrepintiéndose de haber sido tan valiente.

Ángela se pasó la mano por la cabeza. ¿Hasta cuándo iban a estar así? Asustados, sin saber adónde ir para que no intentaran matarlos. Se respondió recordando que, en realidad, no faltaba mucho tiempo. Solo un par de días para que empezara la Feria del Libro. Después, todo habría terminado. Estarían muertos.

—Ese sitio está lejos, ¿no?

—Podemos dormir por el camino, hacer turnos. Estaríamos allí por la mañana —dijo Sebas.

Con la mirada en la barra tras la que debería estar Nando, Ángela valoró sus opciones mientras Sebas le decía que quizá averiguarían algo, que no creo que sea una casualidad lo de ese coche y que en realidad es mejor estar en movimiento que quietos en un sitio en el que el PayasoUCM puede atraparnos.

—No pienso volver a mi habitación y que ese payaso llame a la puerta para atarme de nuevo a la cama.

—No sé, creo que es mejor quedarme. Quiero estar segura de que Nando está bien —decidió Ángela.

—Claro, lo entiendo —dijo Sebas, aunque se notaba que le dolía que ella eligiera a Nando, como siempre.

Se formó un silencio tenso entre ellos que Ángela evitó yendo al cuarto de baño. Se metió en el único cubículo que había allí. Al cerrar la puerta, se fijó en lo que había en la pared. Firmas, corazones, insultos y esas cosas que se escriben en los servicios de los bares, aunque había algo más que le disparó la respiración. Escrito en color rojo.

## REDRUM

Ángela oyó que alguien entraba en el baño. Se colocó frente a la puerta del cubículo. Aterrada, buscó algo en la mochila con lo que defenderse. Solo tenía las llaves y dejó de buscarlas porque estaba haciendo ruido. El pomo de la puerta giraba. Estaban intentando abrirla. Hasta que alguien más entró en el cuarto de baño.

—Creo que está ocupado... ¿Hay alguien? —oyó Ángela que preguntaban.

Llamaron a la puerta y ella dijo que sí, pero que ya salía. Trató de calmarse y abrió.

—Hola —saludó a las dos chicas.

Eran Ruth y Laura, de la facultad. Siempre iban con Koldo, ellas también

eran *booktubers*. Ángela se echó agua por la cara y aprovechó para preguntarles por Koldo. Era uno de los del club de lectura, sabía todo lo que estaba pasando y, sin embargo, no había vuelto a dar señales de vida desde que había enviado aquella fotografía al grupo de WhatsApp del payaso.

—¿Koldo no sale? —le preguntó Ángela a Ruth, como si no lo estuviera haciendo con intención de averiguar dónde estaba.

—No, me ha dicho que tenía que hacer un vídeo para su canal. Una reseña de una novela nueva, de terror, creo. No sé, algo de un payaso y la Universidad Complutense...

—No puede ser... —se le escapó a Ángela.

Pero sí ocurrió. Koldo subió el vídeo a su canal esa misma noche. Grabado en su habitación de la residencia, como siempre. Con su estantería llena de libros tras él, como siempre. Si estaba nervioso porque, solo unos minutos antes, el PayasoUCM había publicado la muerte de Rai y él la había leído, supo disimularlo. Esto fue lo que dijo en el vídeo:

iHola, Koldófilos! Aquí vuestro booktuber favorito. Primero de todo, quiero pedir os perdón por llevar tanto tiempo sin subir vídeo. Ya, ya, lo siento, pero es que estoy a tope con la universidad, salir de fiesta... Mamá, si estás viendo este vídeo, iese último es broma! Aunque lo importante es que ya estoy aquí para vosotros, mis seguidores, ique ya sois casi quinientos en el canal! Increíble, hace dos días éramos solo cuatro y ahora aquí hay más gente que en mi pueblo. Muchas gracias a todos, y recordad que también podéis seguirme en el resto de mis redes: Instagram, Facebook, Twitter... ¡Estoy en todas!

Bueno, a lo que voy, que hay nuevo vídeo porque he estado leyendo muchísimo. He leído el nuevo de Blue Jeans, uno de Martín Piñol, otro de Gema Bonnín, el nuevo de Sara Herranz... Pero no voy a hablaros de esos libros porque de esos ya hablan todos los booktubers, que ya de paso os pido, compañeros, un poquito de originalidad, porque es que vídeo que saco, vídeo que me copiáis. El caso, que a mí lo que me tiene totalmente enganchado es..., atención, redoble de tambores, el libro que no puedo soltar de las manos es... ¡una novela de Wattpad! Lo sé, ahora mismo estáis flipando. Igual que me pasó a mí cuando me enganché a este libro porque hace un par de meses subí un vídeo a mi canal titulado «Odio Wattpad» en el que dije que esa web es un pecado. Allí solo escribe gente que no tiene ni idea, amateurs que se dedican a hacer fanfics porno en los que Ron y Harry practican el sesenta y nueve, cosa que me parece genial, la verdad, viva la fantasía, pero lo que no se puede hacer

es decir que eso es literatura porque no. Ya sabéis que yo soy un purista y lo que me interesa son los libros de verdad, pero siempre hay una excepción que confirma la regla y esa es la que yo he encontrado. De lo que os vengo a hablar es de algo totalmente diferente, original, de lo mejor que he leído últimamente. Por cierto, os dejo el link abajo, en la descripción del vídeo. Ya de paso, pulsad el pulgar hacia arriba, ¡que sé que este vídeo os está encantando!

A ver, que me voy por las ramas... Esta es una novela que está escribiendo alguien con seudónimo. Ya os advierto que no soy yo, ¿eh?, que hay mucha gente que lo ha insinuado. Sé que sois muchos los que estáis esperando que me lance a esta moda de los booktubers de convertirse en escritores. Mirad, no voy a negar que lo he pensado, y sé que al haber leído tanto, lo normal es que esté escribiendo. Sí, lo estoy haciendo, pero el día que se publique ya veréis que lo mío no será parecido a esto de lo que os voy a hablar, sobre todo porque es un género que a mí, personalmente, me impone mucho. Atención, música fantasmagórica... ¡Es una novela de terror! Algo con lo que solo se atreven los que de verdad dominan las letras. Ya sabéis que me encanta *Drácula*, de Bram Stoker, y, sobre todo, que soy muy muy muy fan de *Siempre hemos vivido en el castillo*, de Shirley Jackson. Pero lo de este nuevo autor, o autora, que no se sabe, es otra cosa. No digo ni mejor ni peor, es diferente... La está subiendo por entregas a Wattpad desde hace unas semanas y os aseguro que no es solo un fanfic. Lo suyo es un homenaje. ¡Y vais a flipar cuando os cuente a quién! Otro redoble de tambores... Esperad que aparezca aquí arriba en la pantallita el emoticono de sorpresa... El homenaje es a... ¡Stephen King! La novela está llena de guiños a sus libros. Para empezar, a *It*, que ya sabéis que es el mejor libro de King. La película no está mal, aunque de verdad os recomiendo que os hagáis con la novela. Son más de mil quinientas páginas, sí, pero es que es una pasada. El caso es que el autor de esta novela por entregas que se está subiendo a Wattpad y que se titula *El club de los lectores criminales* firma bajo seudónimo. Lo más fuerte es que firma con el mismo nombre que el asesino del libro...

Bueno, no quiero contaros mucho para no haceros spoiler. El autor, o autora, que no las tengo yo todas conmigo, firma como PayasoUCM. Esas siglas, UCM, son las de Universidad Complutense de Madrid. ¡Mi universidad! Todo lo que cuenta está ambientado en mi propia facultad, la de Filología. ¡Los escenarios son los de la Ciudad Universitaria! Sale mi residencia, el Johnny, Campus... ¡Es increíble! Y os estaréis preguntando de qué trata el libro. Bueno, pues un grupo de estudiantes se cargan a su profesor, cosa inspirada en un hecho real porque hace poco murió un profe de mi facultad, Cruzado. Bueno, en la vida real no lo mató nadie, fue un suicidio... El caso es que el escritor ha utilizado esa historia para inventarse una de ficción. Un asesino terrorífico empieza a acosar a ese grupo de chicos para que paguen por lo que hicieron. Lo más increíble es que ellos le hicieron al profesor la broma del payaso, esa

que aparece en un montón de vídeos por internet, y ahora a ellos los matan como en los crímenes de Stephen King...

No os cuento más, pero hay algo que tenéis que saber porque es lo que a mí me tiene living, de verdad... ¡La novela del payaso es interactiva! Como el hilo de Twitter de Manuel Bartual, pero en Wattpad. Resulta que el escritor ahora quiere que le digamos en los comentarios quién queremos que sea el próximo en morir. Hay varios personajes, aunque algunos de ellos ya han caído... Es genial porque ni siquiera tienen un nombre, sino que hay una palabra que define a cada uno. Personalmente, me encantaría que el payaso se cargara en el próximo capítulo a la Monja. No puedo con ese personaje. En realidad, es responsable de todo lo que ocurrió, ya veréis por qué, pero es la típica mosquita muerta que ha decidido que todos sean culpables. ¡Fue ella la que los metió a todos en ese lío! Mi siguiente muerto favorito es su novio, pero eso ya es una cuestión de manía personal. Los tíos con pinta de torturados me dan pereza. Y, bueno, tampoco soy muy fan de ningún otro... Bueno, sí, me encanta el que dicen que es un narcisista, pero que no. Es mi personaje favorito, la verdad. Me encantaría que fuera el que llega hasta el final y descubre quién es el asesino. Pero bueno, que no os quiero influir más, mejor os leéis lo que el PayasoUCM lleva de novela y ya decidís vosotros quién será el próximo en morir. Os dejo el link de los comentarios del último capítulo abajo también. No tardéis en leerlo, que el PayasoUCM ha dicho que va a terminar la historia para la Feria del Libro y ya sabéis que no queda nada. ¡Nos leemos!

<http://www.wattpad.es/payasoucm-capitulo4-comentarios>

Koldo TopBooktuber

Muy bueno el capítulo de la muerte del Pirado. Te dejo aquí la videorreseña en mi blog de tu novela. ¡Voto por que muera la Monja! <https://www.youtube.com/watch?v=mWr8n0M51Dw&list=PLA954362067BE8A00>

Irene Contenta

¡Hola, Payaso! ¡Me encanta tu novela! Realmente da muchísimo miedo. Te dejo el enlace aquí de la mía: <http://www.wattpad.es/amordos>

Ah, y mi voto es para que muera la Monja 😊.

Manu Peña

Muerte al catolicismo. Muerte a la Monja. ¡Viva Satanás!

Pablo Bartolomé

Yo voto que se muera tu madre.

Ángela Armero

Esta novela me parece de un mal gusto tremendo. No me puedo creer que alguien esté jugando con la muerte de un profesor que se suicidó. Todo tiene un límite.

Koldo TopBooktuber

Vale, gracias por aportar la moralidad. Pero ¿por quién votas?

Pili Baena

Voto por el novio de la Monja. No me fío de los guapos, te la clavan siempre. Este igual más, que es probable que venga con cuchillo incluido.

Alberto P. Castaños

¿Me puedo tirar a la Monja antes de que te la cargues?

P8ladas

MONJAmonjamonjamonjamonjamonjamonjamonjamonjamonjamonjamonjamonJAMÓN.

PayasoUCM

¡Gracias a todos por comentar! Por mayoría absoluta, la Monja será la que muera en el próximo capítulo 😊.

La autovía que unía Zaragoza y Huesca era recta y apenas tenía desvíos. Sobre ella flotaba una niebla del amanecer espesa, como esas que llevan hasta un castillo con dragón en el foso. Solo que esto no era un cuento.

El coche lo conducía Ángela, sin apenas dormir. Nada más que unas horas, antes de ir a alquilar el vehículo, mientras Sebas hacía guardia en su habitación. A él le había tocado echar una cabezada en ruta, aunque ya estaba despierto. Era imposible dormir con toda esa ansiedad encima. De copiloto, Sebas le decía a Ángela que encendiera las antiniebla porque no se ve nada, no corras que a la mínima te encuentras a un coche delante y como se nos haga de noche a la vuelta aquí no va a haber quien conduzca. Aparte de eso, hablaban poco porque sabían que lo importante aún estaba por llegar. Iban detrás de la matrícula que el Payaso había dejado en la novela. También estaban escapando de la muerte anunciada de Ángela.

Por culpa de Koldo, la novela del asesino encontró muchos más lectores. Compañeros de su facultad que los conocían, aunque no sabían que ellos eran los protagonistas porque se tomaban lo que leían como lo que parecía: ficción. Algo macabra, sí, pero solo una historia de mentira. No sabían que la Monja, que moriría en el próximo capítulo, era Ángela. Tras ver el vídeo, Ángela y Sebas fueron hasta la puerta de su habitación. Les abrió, pero solo para que dejaran de montar escándalo. Se negó a reconocer que se había equivocado sacando a la luz la novela.

—Relajaos, nadie sabe que todo esto está pasando en realidad —les pidió Koldo, que parecía estar mucho más tranquilo ahora que había averiguado

que podía reescribir la novela del asesino y no ser su víctima.

Si el payaso iba a jugar con quién iba a ser el siguiente, él no iba a quedarse de brazos cruzados. Quería salvarse y si para eso tenía que sacrificar a Ángela, o a cualquier otro, lo haría una y mil veces, les dijo.

—Muchas gracias por convertirme en la protagonista del próximo capítulo —le dijo Ángela, incapaz de comprender la frialdad de su compañero de clase.

—¡Gracias a ti por meterme en todo este lío, Ángela! Todo es culpa tuya. Por tu culpa igual Rai está muerto —le soltó Koldo con inquina.

No había un igual. Rai estaba muerto.

Sara llamó a Ángela unos minutos antes de que ella y Sebas escaparan de Madrid. No podía parar de llorar. La muerte de su novio estaba en la pantalla de su ordenador, publicada en Wattpad. Lo llamaba al móvil, pero estaba apagado, ya era de madrugada y no volvía al piso. Sara sabía que no podía acudir a la policía, ni a ningún sitio.

—Creo que voy a irme a casa de mis padres. ¡No puedo quedarme aquí esperando a que el PayasoUCM me mate! —le dijo Sara a Ángela por teléfono.

A Ángela le pareció que era lo mejor que podía hacer. En ese pueblo de Galicia hasta el que fueron juntas en otoño, aprovechando uno de los puentes, Sara estaría segura. Siempre decía que su madre la volvía loca y que no podía estar con ella más de un día, pero Ángela sabía que allí sobreviviría. La novela estaría terminada para la Feria del Libro. Le pidió a Sara que no volviera a Madrid antes.

—No te ocurrirá nada, Sara —le prometió Ángela—. Yo voy a ser la siguiente en morir.

Al menos, el asesino tendrá que encontrarme, pensó ella mientras se abrazaba a Sebas. No podía más, el miedo la estaba devorando y Nando no aparecía.

Sebas la había convencido para que fueran a Carrión, que escaparan. Quizá descubrirían qué relación tenía ese lugar con el PayasoUCM. También

cabía la posibilidad de que estuviera conduciendo por esa carretera hacia el capítulo de su muerte, pero esa idea Ángela intentó quitársela de la cabeza. Era tarde para dar marcha atrás; ya habían salido de la autovía y ahora las ruedas del coche giraban por la comarcal H-516 que recorría las montañas hacia el Pirineo Aragonés. Los árboles eran pinos de distintas variedades, todos monstruosamente altos. A pesar de la primavera, en el arcén aún quedaban recuerdos de la nieve que lo había cubierto todo durante el invierno. Allí no era primavera, olía a frío y se oía el viento.

—No sabía que había un Twin Peaks en España —dijo Sebas, que contemplaba el paisaje con algo de miedo.

—Carrión es un pueblo de menos de mil habitantes, así que tenemos bastantes probabilidades de encontrar al dueño del coche.

Ángela recordó lo que habían leído en internet antes de salir.

—O al asesino —dijo Sebas.

—Mejor no pensemos en esa posibilidad...

Dejaron atrás varias curvas. También dejaron atrás la cobertura de los teléfonos móviles. Habían llegado a Carrión.

¿Cómo era el pueblo? De casas bajas, todas de piedra, calles estrechas y un viacrucis que llevaba hasta la iglesia. El aire era húmedo y traía olor a madera cortada. Al fondo, quedaban los Pirineos. Un lugar aislado en el que podía ocurrir cualquier cosa sin que llegara nunca a salir en los periódicos.

—¿Y ahora qué? —preguntó Sebas después de que dejaran el coche aparcado cerca de la entrada del pueblo.

—La idea era preguntar a alguien por esa tal Catalina Soria.

—Supongo que entonces tendremos que empezar por encontrar a algún ser vivo por aquí.

No había ni un alma por las calles. Nadie. Caminaron, siempre cuesta arriba porque el pueblo estaba en pendiente, hasta llegar a una plaza coronada por una fuente por la que corría el agua helada. Allí, al fin, vieron a una persona. Un niño, sentado con un gato en los brazos. Lo peinaba con los dedos. Ángela no se dio cuenta de que el animal estaba muerto hasta que se sentó a su lado. Ni de que no era un niño, o si lo era estaba atrapado en la mente de un adulto.

—¿Puedo preguntarte una cosa?

Pero el hombre no le respondió. A Ángela la inquietó cómo la miraba. Cambió el pelo del gato por el de Ángela, primero acariciándolo con sus dedos gruesos, y enredándolo después.

—Tienes un pelo muy bonito. ¿Quieres que juguemos? Me sé un montón de juegos. ¿Tú cuáles te sabes?

—Pues también me sé un montón de juegos, pero es que ahora tengo que irme...

Ángela intentó que le soltara el pelo porque ese hombre tenía un pringue en los dedos con los que lo tocaba. Era la sangre del gato. Ángela pensó que quizá lo hubiera matado él.

—¡No te vayas! Vamos a jugar. ¿No quieres jugar conmigo?

Ahora ya casi tiraba del mechón. Fue Sebas el que lo convenció de que la soltara, prometiéndole que jugarían más tarde, porque Ángela ya había empezado a perder los nervios por el miedo. El niño anciano le producía escalofríos.

—Tranquila, Ángela. Solo era un hombre inocentón...

—¡Tenía un gato muerto en los brazos!

Sebas se encogió de hombros, consciente de que todo a su alrededor resultaba inquietante. Siguieron caminando por las calles, en busca de algo de vida adulta. Sus dedos se rozaron un par de veces, casi dándose la mano.

—¿Soy yo o este pueblo es más raro de lo que esperábamos? —dijo Sebas mientras miraba a la ventana de una de las casas.

Saludó con la mano, pero la mujer que los observaba entre visillos se escondió. Eso es lo que ocurría en ese pueblo, en el que hacía tiempo que no pasaba nada y hasta el que nunca llegaba nadie sin avisar. En Carrión la desconfianza iba por delante con respecto a los forasteros. Los nuestros encontraron una tienda, que en realidad era una panadería, una frutería, una charcutería o un ultramarinos, todo mezclado, sin orden ni concierto.

—¿Queréis algo, majos? ¿De dónde venís? De aquí no sois...

La señora, que lo soltó todo a la vez, era amable, aunque también cotilla. Se enteró de que eran de Madrid y les contó que en la capital ella había estado una vez y que tan bonito como decían no era. También les preguntó

que cómo habían acabado en Carrión.

—Hemos venido a ver a una persona del pueblo. Quizá la conozca...  
Catalina Soria.

Y la cara de la señora cambió. Su voz perdió toda la amabilidad. Casi se convirtió en una de enfado.

—No está en el pueblo.

—Y ¿sabe dónde está?

—No.

Y siguió trabajando, como si no estuvieran allí. Sebas y Ángela salieron de la tienda, sin entender qué había ocurrido dentro.

—¿Por qué se ha vuelto medio loca esa mujer al escuchar el nombre de Catalina?

—No lo sé, pero ahora tengo aún más ganas de saber qué pasa con ella —  
dijo Ángela.

Caminaron por las calles hasta encontrar el mesón del pueblo. Dentro solo había hombres porque Carrión era de esos sitios en los que aún pasaban esas cosas. Como era de esperar, se hizo el silencio absoluto con la llegada de Ángela y Sebas. Todas las miradas se clavaron en ellos. Murmullos de quiénes serán estos, sobrinos o nietos de alguien no me suena, aquí gente joven no viene más que para las fiestas, algo vendrán buscando. No había mesas libres, solo hueco en la barra, así que Sebas y Ángela se lo quedaron y pidieron un par de cafés con leche caliente. El camarero era de esos serios, así que Ángela no se atrevió a preguntar por Catalina de primeras. Se centró en beber a sorbitos, soplando, y en mirar la decoración del bar: astados y trofeos de caza, mezclados con banderas y carteles de las fiestas del pueblo.

—¿Quieren algo más? —les preguntó el camarero.

Les notaba los nervios en la cara. Sebas y Ángela no sabían disimularlos, por muchas sonrisas amables que pusieran.

—El caso es que sí —dijo Ángela, tratando de sonar natural—. Nos han dicho que hay un coche en el pueblo que se vende.

Pensó que necesitaba una excusa así para que no creyeran que estaban buscando a Catalina por otro motivo que les cerrara las puertas para llegar hasta ella, como había ocurrido con la señora de la tienda. Entre el techo y el

suelo del bar se movieron los murmullos de que allí coches en venta no les sonaba que hubiera.

—¿Sabéis de quién? —les preguntó el camarero.

—Sí, es de Catalina Soria —se lanzó Sebas.

Al final, fue como con la mujer de la tienda. Las caras cambiaron. Más que a enfado, esta vez fue a desconfianza.

—Chavales, no montéis líos con esa loca.

—¿Loca? ¿Por qué?

Llegaron murmullos de que allí de eso no se hablaba y de que quiénes eran esos dos para ir a revolver el pueblo.

—Solo queremos hablar con ella. ¿Sabe dónde vive?

—No. Ya os habéis acabado el café, ¿no?

Los estaba echando del mesón. Ángela recogió su mochila, pero porque Sebas la obligó, y salieron.

—¿Qué acaba de pasar? —preguntó Ángela, aún con la respiración agitada.

—Todos los que estaban ahí sabían algo de esa mujer. Algo que pasó en ese accidente.

—Y no tiene pinta de que fuera bueno...

—Quizá deberíamos irnos, Ángela. Este pueblo es más raro de lo que esperaba. Esa Catalina parece peligrosa... Como si todos le tuvieran miedo.

Lo dijo poniéndole una mano en el brazo que ayudó a que a Ángela se le pasaran los nervios. Ella se empeñó en que siguieran buscando y comprobasen todos los coches que encontraran hasta dar con el que necesitaban. Cada vez tenía más claro que no era una casualidad que el PayasoUCM hubiera querido que llegaran hasta allí. Quería saber quién era Catalina y qué tenía que ver todo aquello con ellos.

Caminaron hasta que las campanas de la iglesia marcaron el mediodía. Ángela y Sebas se cruzaron con lugareños, pero ya nadie quiso hablar con ellos. Les apartaban la cara. También hubo un anciano que les dijo que dejaran las cosas como estaban y se marchasen.

—Pero ¿qué ocurre? —quiso saber Ángela.

No les dijo nada más. Solo les repitió que se marcharan. La noticia de lo

que andaban buscando había corrido como la pólvora, como pasaba siempre en esos sitios. Los únicos que no sabían por qué molestaba tanto su presencia eran ellos. El niño anciano que los había recibido al llegar ahora los seguía, siempre unos pasos por detrás, escondiéndose tras las esquinas. Seguía llevando el gato muerto en brazos.

Ángela pensó que si ya todos sabían lo que pasaba, él también debía de saberlo, así que se le acercó, intentando no tenerle miedo.

—¿Cómo te llamas? Yo soy Ángela.

—Carlitos. Me lo he encontrado. Lo voy a curar.

Ángela hizo un esfuerzo por ignorar el cadáver del gato y trató de que le dijera lo que necesitaba:

—Carlitos, tú sabes dónde está la casa de la Catalina, ¿verdad?

—Sí, pero no te lo cuento. Bueno, te lo cuento si juegas conmigo.

Sebas miró a Ángela, pensando que era una pérdida de tiempo, pero de esas ella ya estaba de vuelta, así que no se acobardó.

—¿A qué quieres jugar?

—¡Al escondite! Tu novio se la liga.

—No es mi...

Pero Ángela se dio cuenta a tiempo de que no tenía por qué darle explicaciones. También recordó a Nando. Intentó convencerse de que estaría bien. El peligro lo llevaba ella encima por haber sido marcada como la próxima en morir.

—De acuerdo, mi novio se la liga —le dijo Ángela a Carlitos.

Sebas le susurró que haría como que contaba y después la seguiría para que no se quedara a solas con Carlitos. El plan salió mal.

Él se pegó a la pared de la manera como se hace para contar cuando te la ligas al escondite. Solo había cantado tres números cuando se dio la vuelta, pero fueron suficientes para que Carlitos agarrase a Ángela del brazo y tirara de ella.

—¡Vamos a escondernos juntos! —le dijo.

La llevó calle arriba, sin dejar de soltar el gato muerto. Ángela lanzaba miradas fugaces para ver dónde estaba Sebas. Carlitos corría riéndose, solo que su risa daba miedo. Además, ahora la agarraba del pelo, tirando con

fuerza. Ángela ya ni siquiera podía mirar tras ella para saber si Sebas los seguía. Carlitos la llevó hasta la zona en la que se acababa el pueblo, o al menos las calles quedaban más lejos y los Pirineos más cerca. Allí había una casa, con una puerta descolgada que Carlitos sabía cómo abrir. La obligó a entrar por ella.

—¡Corre, escóndete!

Estaban jugando al escondite, así que él se ocultó, sin que Ángela viera dónde. También estaba demasiado desorientada para encontrar la salida de la casa. En el suelo había azulejos rotos, en las paredes, humedades, y en los techos, vigas que a la mínima se descolgaban del todo.

—¿Dónde estás, Carlitos?

Le respondió una paloma que anidaba en alguno de los rincones de la casa y que salió volando hacia su cara, asustándola. Ángela sacó el móvil. Le temblaban las manos mientras iluminaba con la linterna. Caminó por el pasillo. Oyó la risa de Carlitos, que la orientó.

—Escóndete, ¡que te va a pillar!

Ángela pasó por una cocina en la que había cucarachas mordisqueando comida de una olla, tan podrida que la obligó a taparse la nariz. Encontró la puerta, volvió a un pasillo y llegó hasta el salón. El olor del paso del tiempo se mezclaba con el de las velas que parecían haber sido apagadas con un soplido de angustia. Había cientos de ellas. Todo estaba cubierto de polvo, aunque, de un modo que despertaba inquietud, todo parecía estar ordenado. Allí vivía alguien.

En las estanterías había libros. Los que no eran biblias, eran obras sobre religión, aunque solo de la cristiana. En las paredes había imágenes de vírgenes y de santos, y también cruces. Donde debería haber una televisión, había fotos enmarcadas. Todas de la misma chica, poco agraciada, de pelo largo caído a ambos lados de la cara y mirada triste. Las había de bebé, de niña que hace la comunión y de adolescente con la cara picada de espinillas. Ángela continuó caminando por un pasillo y llegó al baño siguiendo un rastro de cucarachas muertas. Una bañera llena de agua cubierta de verdín, como la de un estanque, que olía a huevo podrido. También un espejo roto. Los trozos estaban en el lavabo. Ángela cogió uno de ellos porque le pareció que tenía

sangre en la punta.

—¡Escóndete! —le gritó Carlitos, asomándose fugazmente por la puerta.

Ángela se cortó la mano con el cristal, por los nervios y por el sobresalto. No mucho, pero lo suficiente para que le sangrara.

—Mierda...

Volvió a salir al pasillo. Saltó sobre el gato muerto, tirado ahora en el suelo. Se encontró con una puerta que llevaba a una habitación que, a diferencia del resto de la casa, parecía impoluta. La colcha de la cama, pequeña, tenía dibujos infantiles, pero estaba ajada y descolorida. Sobre ella, había un enorme crucifijo. El resto de los muebles eran la mesilla de noche, una estantería y un escritorio. En la mesilla no había nada, en la estantería, libros juveniles, pero clásicos: *El fantasma de Canterville*, *El rey Arturo*, *Peter Pan y Wendy*, *Viaje al centro de la Tierra*, *El mago de Oz* y *El libro de la selva*. También las novelas de Enid Blyton y de Los Hollister. Todos tenían las hojas rotas, rasgadas por el centro. Y había más libros...

En el armario estaba la ropa, toda clásica y muy parecida. Al mover las perchas Ángela vio una caja en el altillo. Se le llenó el pelo de polvo al bajarla y casi se derrumbó encima el contenido. La abrió y descubrió que estaba llena de libros. Eran novelas de Stephen King. *Carrie*, *El resplandor*, *It*, *La zona muerta*, *Misery*, *La mitad oscura*, *Cujo*, *La larga marcha*, *La tienda*, *Cementerio de animales*. Todas tenían una dedicatoria, siempre la misma. En realidad, era una cita.

«Los monstruos son reales, los fantasmas son reales también.

Viven dentro de nosotros y, a veces, ellos ganan.»

STEPHEN KING

Y luego un garabato como firma, en la que podía leerse «Payaso». Ángela pensó que ya no podía ser un error y que había llegado justo hasta donde él quería que llegara. También sintió pánico, pero la oportunidad de escapar ya la había perdido. El aire trajo la risa de Carlitos desde otra parte de la casa y

Ángela la siguió hasta unas escaleras que bajaban al sótano.

—¿Carlitos, estás ahí?

No hubo respuesta. Ángela descendió por los peldaños alumbrándolos con la luz del móvil, intentando dejar de temblar. Abrió la puerta, más gruesa que las del resto de la casa. Chirrió y dejó salir un olor a cerrado, como si llevara años sin abrirse. Ángela había llegado hasta el garaje. Había un coche, tenía la matrícula que buscaban. Abrió la puerta y miró dentro. La tapicería de la parte de atrás parecía manchada. Era sangre seca.

Una mano fría se posó sobre su hombro. Después, la agarró del cuello. No era Carlitos.

—Pillada.

—¿Qué estás haciendo en mi casa?

Aunque lo intentaba, Ángela no podía responder. Tenía alrededor del cuello la mano de esa mujer, huesuda, pero llena de fuerza. No la apretaba, pero podía hacerlo. El pelo, canoso y sucio, lo llevaba recogido en un moño. Sus ojos eran de loca. Su cuerpo y su boca desprendían un fuerte olor a azufre.

—¡Suélteme! —intentó gritar Ángela, aunque solo consiguió hacerlo en algunas letras.

Pero la mujer no lo hizo, hasta que Carlitos se asomó desde la puerta, asustado.

—¡Tú, te he dicho que no entres en mi casa!

Soltó a Ángela y fue atrapar al niño anciano, pero este escapó, raudo, por la puerta que comunicaba el garaje con la calle. Carlitos había logrado salir ileso, pero Ángela no pensaba que fuera a tener la misma suerte. Temblaba mientras la mujer, envuelta en un pesado abrigo de paño negro, como sus ojos, caminaba hacia ella. Cada paso parecía un nudo más de la cuerda imaginaria que Ángela sentía tener alrededor de la cintura, atrayéndola hacia ella como si fuera cosa de brujería.

—¿Qué hacías aquí? ¿Qué has visto?

—Yo... Nada. ¡No he visto nada!

Los nervios no permitieron que su voz sonara convincente. La mujer siguió acercándose a ella, cada vez más amenazante. Hasta que se oyó a Sebas. Venía desde la calle.

—¡Ángela! ¡Ángela! —voceaba nervioso, pero no tanto como si hubiera sabido lo que ocurría en el interior del garaje.

—¿Ángela eres tú? —le preguntó la mujer a la chica, arqueando una de sus cejas despeinadas.

La chica terminó por afirmar con la cabeza cuando volvió a preguntárselo, esta segunda vez, gritándole que contestara. La mujer abrió la puerta del garaje que daba a la calle. De espaldas a ella, la chica vio que no tenía escapatoria, pero había una caja de herramientas en el suelo. Estaba abierta y brillaba la cabeza de un destornillador. Al fin algo con lo que podía defenderse.

—Deja de gritar, que Ángela está aquí —le dijo la mujer a Sebas, asomada desde la puerta.

Antes de que él entrara, Ángela ya tenía el destornillador en las manos. Lo empuñaba con fuerza mientras Sebas se acercaba a ella, preguntándole si estaba bien y qué había pasado. La mujer ahora parecía despreocupada, les mantenía la puerta abierta para que salieran si querían hacerlo.

—¿Quieres irte o prefieres que te cure esa mano? Se te va a infectar...

Se lo dijo mirándole la herida, que goteaba. No le habló con amabilidad, pero tampoco de la manera como lo haría alguien que va a matarte.

—Tranquilos, soy Catalina, la loca del pueblo. No la asesina.

Ángela se guardó el destornillador en el bolsillo de la cazadora vaquera mientras la mujer se carcajeaba, condescendiente.

La tetera empezó a silbar con fuerza en la cocina. Sebas y Ángela la oyeron desde el salón. A solas, lo escudriñaban todo. Ahora que las lámparas estaban encendidas, la casa parecía menos terrorífica, aunque se mantenía el aire inquietante y maloliente, ese que parecía viajar de una habitación a otra, encerrado.

—Aquí hay más crucifijos que en el Vaticano —dijo Sebas caminando por entre los muebles.

Ángela miraba las fotografías de la mesa y de las paredes, todas de la misma chica. Contaban su infancia y también su adolescencia, pero no había

ninguna en la que aparentara más de dieciséis años. Sonreía como se hace frente a una cámara, aunque también lo hacía de un modo que dejaba vislumbrar la tristeza.

—¿Dónde estará esta chica? —se preguntó Ángela—. Su habitación es lo único que está limpio de la casa.

—Igual Catalina nos está preparando el té con su sangre... Ángela, ¿me explicas por qué no hemos salido pitando cuando esta pirada nos ha dicho que nos fuéramos si queríamos? Hemos perdido una oportunidad buenísima de no acabar muertos.

—El coche que estábamos buscando está ahí abajo, en el garaje.

Sorprendido, Sebas afirmó, consciente de que al fin habían encontrado la matriz de la pista que los había llevado hasta ese pueblo. Se sentó en el sofá. El peso de su cuerpo hizo que se levantara una nube de polvo.

—Pues a ver cómo le sacamos la relación que hay entre ese coche y el PayasoUCM sin que se dé cuenta.

—Sebas, arriba hay unos libros, de Stephen King. Creo que están firmados por el PayasoUCM. Y toda la parte de atrás del coche está manchada... de sangre.

Aterrado, Sebas se puso en pie de un brinco.

—¿Qué? No me puedo creer que hayas esperado a decirme esto cuando ya le he dicho que me tomaría el té. ¡Vámonos!

—¡Tranquilízate! —le pidió, rogándole también que bajara la voz—. La sangre estaba seca.

—Peor me lo pones... Igual tiene ganas de retapizarlo con la nuestra. Larguémonos, Ángela.

—Sebas, si hemos llegado hasta aquí tendremos que averiguar qué pasó, ¿no? Qué relación tiene todo esto con nosotros...

—Empieza a ganar fuerza la posibilidad de vivir sin averiguarlo. Ángela, que esta casa tiene toda la pinta de escenario de película de terror del que los protagonistas no salen vivos...

Pero no pudieron seguir discutiéndolo porque Catalina entró en el salón. Llevaba gasas y alcohol en una mano. También traía una mirada de suspicacia con la que parecía estar analizando a la pareja, que, nerviosos, se

sentaron en el sofá. Colocaron una sonrisa en la cara, pero se veía a leguas que solo trataba de maquillar su ansiedad.

—Me han contado que estabais buscando mi coche para comprarlo. Este pueblo es pequeño y las noticias vuelan...

—Sí, pero creo que nos hemos equivocado —dijo Ángela.

Lo dijo porque sabía que ahora tenían que defender la mentira delante de la única persona que podía decirles que era justo eso: una excusa. Ese coche nunca había estado en venta. Al menos, ellos no lo sabían.

—Trae la mano —le ordenó a Ángela sentándose delante de ella.

Se la agarró, sin ningún cuidado. Cogió el bote de alcohol y desenroscó el tapón con los dientes.

—Os enteraríais de que estaba en venta por el padre Fermín, ¿no? Le pedí que encontrara a alguien que se lo llevara.

Ángela y Sebas cruzaron una mirada, sorprendidos. No esperaban que la suerte jugara, por una vez, a su favor.

—Claro, sí, el padre Fermín. Hablamos con él y nos contó que el coche estaba en venta —dijo Sebas, aliviado.

—¿Cuándo? —quiso saber Catalina.

Echó un chorro de alcohol sobre la herida de Ángela, que inspiró mientras apretaba los dientes de tanto como le escocía. A Sebas le tocó seguir respondiendo, balbuceó excusas, como si no acertara con las fechas, hasta que Catalina lo cortó:

—Tuvo que ser hace tiempo, porque el padre Fermín murió en enero.

—Sí, justo nos enteramos antes. Mis padres tienen una casa de veraneo... cerca —se inventó Sebas—. Les debió de llegar a través de algún conocido. Las noticias vuelan en estos pueblos...

A Catalina pareció servirle la excusa, aunque no desistió en saber quiénes eran sus invitados.

—¿Cómo os llamáis?

—Yo soy Esteban y ella es Reina... —improvisó Sebas.

Ángela lo entendió al instante: sus nombres eran la traducción de Stephen King.

—No sois de por aquí. Acento no tenéis, y tampoco la pinta que lleváis es

de esta zona.

Lo dijo por Ángela. Pareció que desaprobaba con la mirada que le echó de arriba abajo que estuviera algo maquillada, que llevara pendientes en el lóbulo de la oreja y que tuviera un tatuaje en el mismo brazo que le curaba. Pequeño, solo una flecha para no olvidarse de que había que ir siempre hacia delante.

—No, somos de...

—Madrid, pero nuestros padres son de Zaragoza —terminó la frase Ángela.

Aún no sabían lo que iban a descubrir, así que pensó que era mejor que esa mujer no tuviera ningún dato más sobre ellos. Por suerte, pareció ser suficiente con eso. El interrogatorio había terminado. También la limpieza de la herida. Ahora se la vendaba con una gasa que el paso del tiempo había amarilleado y convertido casi en lija.

—El coche está en venta, pero no tiene papeles, ni ITV, ni nada —les dijo Catalina, tratando de cerrar el negocio—. Tampoco sé si funciona, pero vosotros os encargáis de la reparación.

—Me ha parecido ver que tenía una mancha en la parte de atrás — aprovechó Ángela la tesitura—. ¿De qué es?

Catalina siguió dando vueltas al vendaje. Ahora estaba apretando con más fuerza.

—Pintura.

Una vuelta más y Ángela sabía que la venda le cortaría la circulación, pero Catalina se detuvo antes de completarla. Hizo un nudo y le devolvió la mano.

—A mi hija se le cayó un bote de pintura en los asientos de atrás —dijo Catalina, que salió del salón.

Lo hizo para buscar la tetera. Cuando regresó, Ángela subió la apuesta.

—¿Su hija es la chica de las fotografías? —se atrevió a preguntarle.

Catalina afirmó mientras llenaba las tazas.

—¿Y no está en casa?

—Está muerta.

Lo dijo con algo de agresividad en la voz. Ángela parecía haber tocado

hueso con las preguntas.

—Lo siento —dijo Sebas.

Y Ángela también se lamentó. Pensaron que Catalina no querría hablar más del tema, pero estaban equivocados. Sí le apetecía hacerlo. Quizá porque ya nadie quería escucharla o porque en esos pueblos los sucesos se convierten en cosas que comentar solo a escondidas.

—No quiero líos y si compráis el coche alguien os lo contará antes de que salgáis del pueblo. Mi hija se suicidó. La encontré en el cuarto de baño con las venas cortadas.

Ángela recordó la bañera que había visto, convertida en una charca que pensó que era verde. Ahora cayó en que quizá el agua estuviera mezclada con la sangre de esa chica muerta. Desde hacía años. Eso explicaba el olor de toda la casa.

—La metí en el coche, pero no llegué a tiempo. El hospital más cercano es el de Huesca. Estaba lloviendo y me salí de la carretera. Lo raro es que no cayera por un barranco de los nervios... Mi hija murió, manchó todo el coche de sangre, y yo tuve que decirle a un juez que no la había matado.

La voz se le ahogó un segundo.

—Algunos del pueblo dijeron que yo la maltrataba. Otros que la había asesinado e iba a esconder el cadáver. Desde entonces, todos me tienen por loca. Aunque supongo que eso ya lo era antes. No se suicida una hija si su madre no está mal de la cabeza.

Catalina se mostró frágil por primera vez, apartando la mirada e inclinando el cuello. Al mismo tiempo, Ángela y Sebas intercambiaron una mirada. Acababan de comprender aquella pequeña nota de periódico, esa muerte en extrañas circunstancias.

—Si queréis el coche tendréis que limpiar la sangre —les dijo Catalina, dando la confesión por concluida y volviendo a su tono agresivo—. Os lo dejaré barato. En realidad, solo quiero que alguien se lo lleve de aquí. Lleva años trayéndome malos recuerdos.

—Creo que tenemos que pensarlo. ¿Verdad, Reina?

Sebas se había puesto en pie para salir, aunque Ángela aún necesitaba quedarse unos minutos más entre las paredes de esa casa. Tenía muchas

preguntas sin respuesta, y una de ellas era enorme. No sabía qué relación tenía todo aquello con el PayasoUCM. No sabía qué relación tenía con ella. Encontró el vínculo al coger una de las fotografías enmarcadas que había por la mesa en la que la chica salía leyendo.

—*Alicia en el País de las Maravillas* —reconoció Ángela la cubierta.

—Era su libro favorito —le contó Catalina—. Se llamaba Alicia. Decía que ella era Alicia en el país de los Pirineos.

Al escucharla, las pupilas de Ángela se abrieron como si acabara de encontrarle el verdadero significado a un recuerdo que tenía enterrado en la memoria.

—¿Cómo ha dicho? —preguntó temblando.

—He dicho que mi hija decía que ella era Alicia en el país de los Pirineos.

—¿Ocurre algo, An... Reina? —le preguntó Sebas, desconcertado.

—No, nada.

Pero Sebas sabía que sí pasaba algo. Ángela acababa de aunar todos los cabos sueltos. Se levantó del sofá, como impulsada por un resorte, y buscó la excusa para poder escapar.

—Si el coche no arranca le podéis pedir a alguien del pueblo que os cambie la batería —les dijo Catalina, que no se había dado cuenta de que Ángela quería huir cuanto antes de ella.

—La realidad es que es algo grande. Nosotros estábamos buscando otra cosa... ¿Nos vamos ya, Esteban?

—Sí, vámonos.

Catalina no parecía querer que se marcharan, así que los siguió por la casa, intentando que reflexionaran.

—Pero si casi os voy a regalar el coche... Lleváoslo, a mí solo me trae malos recuerdos verlo ahí abajo.

—Muchas gracias, pero de veras que no es lo que estamos buscando —insistió Sebas—. ¡Gracias!

Ángela también se las dio y escapó por la puerta. Caminaron con prisa hacia la salida del pueblo, donde tenían el coche de alquiler aparcado.

—¿Qué ha pasado, Ángela? —le dijo Sebas.

—Te lo contaré después, pero ahora tenemos que irnos de aquí. ¡Ya!

Le insistió en que anduviera lo más rápido posible. Consiguieron hacer el paseo de minutos casi en segundos. Se sentaron, él al volante y Ángela a su lado porque con los nervios que tenía encima ni siquiera podría conducir. Le dijo venga, vámonos ya, por favor, pero antes de que Sebas arrancara el coche, golpearon la ventanilla de Ángela con los nudillos. Tres golpes secos que le hicieron gritar. Catalina estaba allí. Con su sonrisa de dientes amarillos, le pidió que bajara el cristal.

—Os olvidáis esto...

Era el gato muerto. Sebas aceleró el coche y se marcharon del pueblo.

—Ángela, ¿qué demonios acaba de pasar?

Hasta que no se alejaron lo suficiente y Catalina dejó de ser visible en los espejos, Ángela no se atrevió a decirlo en voz alta:

—Sebas, yo maté a Alicia.

<http://www.wattpad.com/stephenkingfanfictions/lacarriedelospirineos>

**ALICIA, LA CARRIE DE LOS PIRINEOS**  
**Por Ángela Kuntz**

Hay un pueblo de los Pirineos en el que las águilas sobrevuelan siempre el cielo. Allí el aire huele a madera de pino, y la tierra, al agua helada de las cimas de la montaña. En ese pueblo siempre hace frío, tanto como para que las chimeneas estén encendidas en verano y la piel de sus vecinos se endurezca desde jóvenes. Un lugar tan aislado que solo quedan unos pocos y casi todos son ya mayores. Todos se conocen, todos saben qué día ha nacido el otro, de quién es hijo, con quién se casó... Por eso, entre esas montañas es imposible guardar secretos, aunque hay uno que sí consiguió enterrarse. Un secreto con nombre propio: Alicia.

Nació sin que su padre estuviera presente. Jamás lo estaría. Su madre fue todo su mundo. Una mujer autoritaria y recta que creía ser consecuente con la doctrina de una religión que la obligaba a sentirse tremendamente culpable por haber cometido pecado. Embarazada de un hombre que pasó por allí y que ni siquiera dejó su apellido entre las sábanas. A su hija le dijo que había sido violada. En realidad, poco importaba el modo. Lo importante era que la consideraba fruto del pecado, llevaba el demonio dentro y se pasaría la vida temiendo que emergiera. Por eso Alicia tenía que rezar mucho y salir poco. Nunca fue al colegio. En realidad, nunca fue a ningún sitio porque su madre la mantuvo casi todo el tiempo encerrada. Solo a escuchar el sermón, de la mano de su madre. Todos los días a las ocho de la mañana, a las tres de la tarde y a las nueve de la noche. Su madre la obligaba a arrodillarse y rezar por sus pecados, aunque Alicia solo tuviera uno y ni siquiera fuera suyo.

Como en todos los cuentos, en el de Alicia también hubo un hada madrina. En realidad, fue un padre, ese que nunca tuvo. Este no podía serlo porque era el párroco

del pueblo. El padre Fermín tenía toda la cordura que a la madre le faltaba. Sabía el daño que a la niña le estaba haciendo al obligarla a pensar que llevaba el demonio dentro, que siempre debía estar alerta, por si asomaba, y que su vida debía ser de penitencia. Fue el cura el que se encargó de que la niña recibiera una educación diferente de la que había en la Biblia. Fue él quien la ayudó llenándole la habitación de libros, todos clásicos de la literatura juvenil. Gracias al párroco esa chica pudo leer a Lewis Carroll, a Mark Twain, a Julio Verne, a Robert L. Stevenson, a Rudyard Kipling... Libros que leía antes su madre para asegurarse de que no recibiría ningún mensaje que pudiera despertar el mal que llevaba dentro. Al final, lo hizo. El pecado que llevaba dentro creció y trajo consigo la desgracia. Como si de una profecía autocumplida se tratase, Alicia terminó con las manos llenas de sangre. La sangre era suya y de su madre.

La culpa fue del párroco, que, meses antes, había convencido a la madre para que Alicia hiciera la confirmación. Ya tenía quince años y necesitaba acudir a la formación para tomar ese santo sacramento en el despacho de la iglesia. La condición de la madre fue que lo hiciera sola, sin ninguno de los otros chicos que había en el pueblo. El padre Fermín accedió porque lo que de verdad quería era que la niña descubriera el mundo. No podía correr más allá de esos altos pinos que la encerraban, pero sí podía navegar entre ellos. Por eso no le enseñó nada más de la religión, a pesar de lo que le había dicho a su madre; en realidad, esa niña no lo necesitaba. Lo que hizo fue dejarle su ordenador durante esas horas de catequesis y darle una llave al mundo: la de internet.

Frente a la pantalla, Alicia descubrió que había millones de personas que amaban los mismos libros que ella. Les gustaban tanto que incluso escribían sobre ellos en blogs de literatura. Gracias a esos, Alicia descubrió cientos de libros que pudo leer. Siempre a escondidas de su madre, siempre sintiéndose culpable. Incluso abrió su propio blog para compartir sus pensamientos más literarios. Lo llamó «Alicia en el País de los Pirineos». Escribía a diario, así que acabó teniendo amigas y algún amigo, todos blogueros de literatura juvenil, aunque nunca les contó quién era ella en realidad, ni el encierro en el que vivía. Para ellos era Alicia de los Pirineos, una chica que amaba los libros por encima de cualquier cosa, y no la hija maldita que debía mantenerse alerta porque su madre vivía esperando que dejara salir el diablo que llevaba dentro. ¡Alicia era feliz! Pero no lo fue durante mucho tiempo. Solo hasta que su madre la descubrió y la profecía de su maldición se cumplió.

Una tarde en la que llovía, su madre acudió a buscarla a la iglesia antes de la hora prevista. Descubrió que su hija no pasaba las tardes escuchando los sermones del padre, sino que lo que hacía era estar sentada frente a esa ventana al mundo del pecado. La sacó de la iglesia agarrándola del pelo y arrastrándola por el suelo. Lo vieron todos los del pueblo. La encerró en su habitación, aunque antes rompió todos

los libros que tenía dentro. Durante días, solo le dio de comer agua sucia y no le dejó hacer otra cosa que rezar. La obligó a caminar por toda la casa de rodillas, arrastrándose y gritando que estaba del lado de Dios, rogando que el diablo se alejara de ella. En realidad, Satanás nunca había estado dentro de esa chica, solo eran los miedos de la madre los que hablaban, pero al final consiguió convencerla. Al final, el mal salió por las manos de Alicia.

Se guardó un trozo del espejo en el que su madre la obligaba a mirarse gritándole al demonio que saliera. Lo había roto con el puño. Lo empuñó, dejando que también cortara su mano y sangrara. Atacó a su madre por la espalda, mientras rezaba frente a la cruz de su habitación. Le clavó el cristal primero en el hombro, después en la cara y por último en el corazón. Gritaba que lo sentía mientras la mataba. Al final, el diablo la había poseído. Por eso, después, Alicia se mató. Se cortó las venas y dejó que su sangre maldita saliera de su cuerpo. Alicia murió en el País de los Pirineos.

Comentarios:

Xela

¿Esto es un fanfic de Alicia en el País de las Maravillas o de Carrie? No se parece en nada a la historia original de Stephen King. Nos has metido con calzador lo de que la madre la culpaba de estar poseída por su propio pecado, pero aquí no hay ni telequinesis ni nada que mole. ¡Solo es la historia de una madre y su hija PIRADAS! Las dos. Mal. Menudo puro.

Mario Piñol

Alicia en el país de los pedos. Ese fanfic sí que es bueno.

Candela Jiménez

iiiQué miedo!!! Pero no sé si me he enterado del final. ¿La chica estaba con el demonio dentro o la madre le había hecho creer que estaba loca? En cualquier caso, ida mucho miedo!

Carlota y Alicia Cuscó

¡Hola! Nos ha gustado mucho tu fanfiction. Muchos besos de dos soñadoras de libros (te dejamos nuestro blog: <http://www.soñadorasdelibros.com>).

Ángela y Sebas iban a pasar la noche en un hotel de carretera. De esos a los que se llega después de tomar un desvío, en los que hay poca gente y aún

menos luz. La tormenta de primavera los pilló a cientos de kilómetros de Madrid, así que decidieron que sería mejor parar y esperar a que amaneciera. En realidad, lo de menos era eso. Ángela estaba tan nerviosa que necesitaba encerrarse entre cuatro paredes. Si hubiera encontrado las de un psiquiátrico, habría entrado sin dudarlo. Sabía que el PayasoUCM la esperaba en Madrid. Para matarla. Y ahora creía saber sus motivos, por qué le dedicaba a ella la frases más violentas de la novela. No era solo por haber matado a Cruzado. Quizá eso fuera la punta del iceberg, pero, bajo el agua fría, estaba la muerte de Alicia. No sabía por qué, ni qué relación había entre ambas cosas, pero existía.

Había pasado casi una hora bajo el chorro caliente de la ducha y seguía sin encontrar el modo de explicárselo a Sebas. Ángela se envolvió en un albornoz y se quitó la venda que le cubría la herida de la mano, que ya ni siquiera le dolía. No era nada comparado con lo que sentía por dentro. Al salir del cuarto de baño se encontró con Sebas, que acababa de regresar a la habitación. Había sacado de la máquina del pasillo un par de sándwiches, bolsas de patatas fritas, frutos secos y latas de refrescos.

—¿Seguro que no prefieres que bajemos a la cafetería del hotel? —le preguntó Sebas—. Esta tiene pinta de ser la peor cena de la historia... Y mira que eso es difícil cuando eres estudiante.

Ángela negó con la cabeza y se sentó en la cama. Sebas no pudo evitar que sus ojos siguieran las gotas que resbalaban por el cuello desnudo de la chica.

—Creo que voy a buscar algo de postre mientras te cambias —le dijo Sebas, cortado.

—No, no te vayas —le pidió ella.

Es que Ángela temía quedarse a solas, por si se volvía loca. Sentía que su cabeza al fin se había rendido y ya no encontraba asideros en la realidad. Y lo sentía porque, mientras se duchaba, había visto algo escrito en el cristal empañado: «Redrum». Unos segundos después, ya no estaba, quizá porque la condensación del aire envuelto por el agua caliente lo había vuelto a cubrir, quizá porque nunca había estado allí escrito. Se encontraban en un hotel perdido, lejos de todo, lejos del asesino que soñaba con ver sus entrañas.

Aquello solo había estado escrito en su cabeza porque te estás volviendo loca, Ángela, se repetía en silencio. Por eso decidió que mejor no contárselo a Sebas.

—Está bien, me daré la vuelta mientras te vistes —le dijo el chico con timidez.

De espaldas a él, Ángela se quitó el albornoz y se puso la ropa interior. Mientras se abrochaba el sujetador, Sebas se dio cuenta de que podía verla a través del reflejo del cristal. Apartó la mirada. Cuando se giró, Ángela ya llevaba los vaqueros y la camiseta encima. Una noche más que dormiría vestida, como si en cualquier momento tuviéramos que salir corriendo, dijo con una sonrisa triste. Se sentaron en la cama y compartieron la cena. Lo hicieron rodeados de un silencio tenso, con la conversación pendiente aplastándoles las gargantas. Al terminar, Ángela ya no tenía más excusas para postergar el momento. Había llegado la hora de confesarle lo que había hecho, así que le dijo que tengo que contártelo, Sebas, aunque no sé ni cómo porque nada tiene sentido, o quizá ahora es justo cuando todo lo tiene. Al final, Ángela dejó que su mente viajara más de dos años atrás:

—Antes de que llegara la moda de los *booktubers*, mucha gente tenía blogs de literatura juvenil.

—Sí, lo recuerdo —le dijo Sebas.

—Hace tiempo yo tenía uno en el que escribía sobre libros. Hacía reseñas, *tags*... Mi blog se llamaba <La chica que no tenía nada que escribir>.

Sebas sonrió. Eso era lo que Ángela siempre le respondía cuando le preguntaba por qué no era escritora. Decía que no tenía una gran historia, ni la imaginación suficiente para construirla hasta formar con ella literatura. Ella era solo una chica sin nada que contar, así que por eso ya había decidido que iba a dedicar su vida a leer lo que otros imaginaban.

—Mi blog funcionaba bastante bien. Cada post que subía tenía cientos de visitas, me dejaban comentarios... Empecé a seguir otros blogs del mismo estilo. Uno de ellos era el de «Alicia en el País de los Pirineos». Yo conocí a Alicia en internet, hace más de dos años.

—La hija de Catalina —dijo Sebas, sorprendido.

—Nunca la conocí en persona, pero nos hicimos amigas. Empezamos

dejándonos comentarios en las entradas del blog, pero después pasamos a los correos electrónicos. Ella quería que le recomendara libros y que le hablara de todos los que no podía leer. Los que tenía prohibidos.

—¿Libros prohibidos?

—Me contó que su madre controlaba todo lo que leía y que no permitía que llegara hasta ella ni una sola línea en la que hubiese violencia o sexo. A esas cosas Alicia las llamaba «el mal».

Ángela recordó los mails que le había escrito Alicia, en los que le confesaba que vivía prácticamente aislada del mundo, controlada por una madre religiosa que pensaba que, en cualquier momento, una fuerza diabólica que anidaba dentro de ella podría dominarla y obligarla a ser mala.

—Intenté ayudarla, pero no quiso contarme nunca dónde vivía. Ni siquiera me dijo su verdadero nombre. Al mismo tiempo, toda aquella historia me fascinaba. Si no hubiera sido porque Alicia no tenía telequinesis, todo era igual que en...

—*¡Carrie!* —se adelantó Sebas, atónito.

Esa era la única novela de Stephen King que Ángela había leído antes de que el club empezara. Lo hizo cuando era una cría que pasaba las horas pasando páginas entre las sábanas de un cuarto decorado con peluches. El libro contaba la historia de una adolescente, Carrie White, que vivía bajo el yugo de una madre fanática religiosa. En el instituto, sus compañeros la maltrataban por su aspecto y su desconexión con el mundo. Le gastaron una broma, haciéndole creer que el chico más guapo del pueblo se había enamorado de ella. Fue con él hasta el baile del instituto, donde la coronaron reina. Después, le tiraron un cubo lleno de sangre y se rieron a mandíbula batiente de ella. Carrie tenía poderes telequinéticos, algo que aterraba a su madre. Lo consideraba un signo demoníaco, a pesar de que ella nunca había hecho mal a nadie. Hasta aquella noche. Empapada de sangre, Carrie encerró a todos los estudiantes que se habían reído de ella en el gimnasio. Los mató e incendió el colegio. Después, asesinó a su madre.

—Todo lo que me contaba Alicia en sus mails, ese pueblo en el que vivía, su madre, lo desconectada del mundo que se encontraba, el miedo que tenía a hacer daño, me recordaba tanto a Carrie que tenía la sensación de que al fin

había encontrado lo que escribir. Llegué hasta un grupo de *fanfics* de *Carrie* en Wattpad. Y entonces yo...

Se le cortó la voz, aunque Sebas ya lo sabía:

—Escribiste la historia de Alicia.

Culpable, Ángela le confesó que solo habían sido unas páginas y que la mayoría de las cosas habían salido de su imaginación. La madre de Alicia, por suerte, nunca descubrió que su hija tenía un blog. Tampoco la había matado. Se lo había inventado.

—Por aquel entonces, yo sentía que necesitaba escribir. Tenía que demostrarme que podía hacerlo. Lo más doloroso de todo fue que Alicia siempre me animó a que lo hiciera. No sospechaba que ella iba a ser la protagonista de la historia.

Sebas ya lo sabía, pero Ángela le confesó que siempre había soñado con ser escritora. Wattpad y aquel relato eran una manera de empezar. Tenía un principio y se inventó un final. Uno dramático y macabro a partes iguales.

—Después de publicarlo, descubrí que escribir no era algo tan importante. Lo haces y tu vida no cambia. Tampoco mejora. Solo encuentras algo con lo que ocupar el tiempo, pero el resto de las cosas no desaparecen. Quise borrarlo porque me sentía culpable, pero ya era tarde.

Ángela suspiró, dolorida por dentro. Por eso sus ojos ya estaban mojados.

—No sé cómo, pero Alicia llegó hasta aquel *fanfic*. Me escribió un mail diciéndome todo el daño que le había hecho. Por primera vez había sido capaz de confiar en alguien contándole toda su historia, y yo la había traicionando publicándola para que cualquiera pudiera leerla. También me dijo que aquel relato le había hecho comprender que realmente tenía el mal dentro, y que quizá tuviera que acabar con él para siempre.

Una lágrima resbaló por la mejilla de Ángela. Ahora que sabía que esa chica se había suicidado entendía que ella, lo que había escrito, la había llevado a hacerlo.

—Le pedí miles de veces perdón, pero Alicia cerró su blog. Yo también cerré el mío. Me olvidé de escribir para siempre.

—¿No conseguiste hablar con ella?

—Le escribí mails, pero no me respondió y no fui capaz de encontrarla.

Pensé que quería olvidarse de mí, no imaginaba que ella se hubiera suicidado...

Se le cortó la voz, pero porque ya no podía hablar más. Sebas buscó los dedos de Ángela con su mano. La entrelazó y la apretó con fuerza.

—No me digas que no fue por mi culpa, Sebas. Lo fue.

—Lo importante no es lo que se escribe, Ángela, sino lo que cada uno lee. Supongo que Alicia entendió tu relato del modo equivocado.

Nada de lo que le dijo Sebas para aliviarla surgió efecto. La realidad que caía a plomo sobre ella era que había matado a dos personas. Alicia y Cruzado. De una manera inconsciente, sí, pero lo había hecho. Y sabía que por eso ahora el PayasoUCM quería asesinarla.

—Yo escribí el primer capítulo de esa novela al teclear la muerte de Alicia. De alguna manera, yo soy el PayasoUCM.

—Pero ¿cómo sabía el Payaso toda esa historia? Lo de Alicia y el relato que subiste a Wattpad... No hay ningún vínculo entre una cosa y otra, ¿no?

—Los libros de Stephen King que había en casa de Alicia estaban dedicados. Por el Payaso. No sé cuál es la unión, pero el asesino sabe lo que hice, Sebas. Todo esto es por mi culpa. Virginia y Rai ya han muerto. Y vosotros... ¡Todos vamos a morir por lo que escribí, Sebas!

La abrazó con fuerza hasta que Ángela no tuvo más lágrimas que soltar. Estaba agotada y no encontraba el ánimo necesario para seguir pensando en el modo de solucionarlo.

—Deberíamos dormir un poco —propuso él—. Ya sabes que por la mañana se ven las cosas de otro color. Uno menos negro...

Ángela afirmó y se metió entre las sábanas. Estaban frías, tanto como su cuerpo. Con una almohada y una manta, Sebas iba a prepararse su cama en el suelo, pero ella le pidió que dejara eso, que dos noches seguidas te van a destrozar la espalda y que podemos compartir la cama.

—Somos amigos...

Pero le puso puntos suspensivos a la frase porque ya no sabía ponerle uno final. No, no lo eran. Nunca lo habían sido, al menos no para Sebas, y eso impedía también que ella lo sintiera así. Él sabía que no era el momento de sacar a la luz más verdades, aunque no pudo evitarlo.

—Ángela, sabes que yo... Desde que te conocí... Para mí, no es fácil...

No era capaz de terminar ninguna frase, pero ni falta que hacía. Ángela oía el final en su cabeza. Sebas encontró el valor para soltarlo todo.

—He intentado ser tu amigo, de veras, pero no puedo. No te he dicho nada porque estabas con Nando, pero eso ahora ha cambiado, ¿no?

Ángela no respondió.

—Es que cada vez que estoy contigo, cada palabra que dices, cada cosa que haces, solo sirve para que me enamore más de ti, Ángela.

—Sebas, yo...

—No, espera, déjame acabar.

Se acercó a ella y la miró a los ojos.

—Ángela, no puedo dejar de pensar en que quizá mañana ya estaremos muertos. No puedo dejar de pensar en que vamos a morir sin habernos besado.

Y Ángela lo besó.

Ángela sabía que, tarde o temprano, el PayasoUCM escribiría el capítulo de su muerte. Sabía que no iba a dejarla vivir. Y había algo que aún no había descubierto. Quizá, después de esa noche, perdería la oportunidad para siempre de hacerlo. No quería desaparecer sin probar eso de lo que todo el mundo habla, que alegra vidas, o las condena: el sexo.

Nando se había separado de ella justo cuando Sebas empezaba a estar más cerca. Ángela incluso había pensado que quizá se hubiera equivocado no eligiéndolo a él cuando pudo decidirlo. Por eso fue ella la que buscó la boca de Sebas. Un beso salado por el sabor de las lágrimas que había tenido en los labios. Sebas se lo devolvió, con timidez. Tal vez esperaba el beso, pero le sorprendió que Ángela le acariciara la piel de los brazos. Sus manos siguieron recorriéndolo hasta encontrar los botones de la camisa, que desabrochó, acariciándolo con las yemas de los dedos, acelerándole los latidos del corazón.

—¿Estás segura de que quieres hacer esto? —le preguntó él.

En ese momento, a esa hora de la noche, en la cama de ese hotel, sintiendo su aliento contra su boca, sí, lo estaba. Por eso se quitó el jersey, cogió las manos de Sebas y las guió por su piel para que la acariciara. También él se quitó la ropa, ayudado por las manos de Ángela, que le retiraban cada prenda con delicadeza. El cuerpo de Sebas era fuerte, mucho más de lo que ella había imaginado. Los brazos eran largos y fibrosos, las piernas, delgadas, y el vientre, liso. Apenas tenía vello en la piel, que palpitaba, viva. Sobre todo en la cintura, que ella rozó sin atreverse aún a

desnudarla. Las manos de Sebas dejaron de mostrarse tímidas cuando Ángela le dijo que sí, te deseo y quiero descubrir todo tu cuerpo y que hagamos el amor. Por eso Sebas la acarició y la besó, saboreándola, hasta que de la boca de ella se escaparon los primeros suspiros. Eran casi susurros que le golpearon en la oreja. Siguió desnudándola después de apartar las sábanas que parecían frenar el ansia que bajaba por sus cuerpos. Jugeteó con los dedos por la anatomía de Ángela antes de desnudarle las piernas. Las recorrió con la boca, besándolas. Encendida, Ángela giró su cuerpo y terminó de desnudar a Sebas, bebiéndose todo el olor de su cuerpo. Se detuvieron para contemplarse en la penumbra, iluminados solo durante fracciones de segundos por las luces de los coches que recorrían la carretera, al otro lado de la ventana. Ella pensó que no era tan extraño estar en la cama desnuda frente a Sebas. Era cierto aquello de que, en realidad, nunca habían sido amigos. Entre ellos, siempre había habido una llama de deseo, aunque la mayor parte del tiempo Ángela se hubiera empeñado en soplarla. Solo era necesaria una noche como aquella para que se convirtiese en una hoguera.

Volvieron a besarse, con sus cuerpos enlazados, mezclando sus aromas. Solo dejaron de hacerlo para dedicarse una sonrisa. Ángela pensó que era la primera que se le dibujaba en los labios en mucho tiempo. Sebas le apartó el cabello del rostro. Quería contemplar sus ojos mientras la besaba. Quería ver que Ángela al fin lo deseaba.

Volvieron a besarse, ahora que la pasión había hecho mella en cada centímetro de sus pieles, con más energía. Descubrieron el sabor de todos los rincones del otro. Ángela no sabía si para Sebas, como para ella, era la primera vez. No se lo preguntó y él no se lo contó. Mientras se besaban, él sobre ella, Ángela le acarició la espalda, hasta que el placer hizo que la abrazara. También lo rodeó con las piernas, cruzándolas sobre las suyas. Sus caderas se buscaron y, al fin, la naturaleza hizo el resto. Ángela entreabrió la boca mientras aspiraba el olor del cuello de Sebas. No sintió dolor, aunque aún faltaban unos segundos para que esa sensación se convirtiera en placer. Sebas esperó con caricias hasta en las uñas a que ella le pidiera que continuara. Se movieron y sintieron sus sabores. El goce que sentían los fue llenando mientras formaban círculos sobre la cama, emborrachándose. Los

susurros de deseo subieron de volumen al mismo tiempo que aumentaban las palpitaciones de sus corazones. Cuando el placer les hizo temblar y el sudor mezclado de sus pieles empezaba a enfriarse, se miraron sonrientes.

—Te quiero.

Le puso un dedo en los labios antes de que Ángela contestara.

—Solo quería que lo supieras. Que supieras que siempre te he querido. Lo único que pretendo que tú me digas es que no te arrepientes.

Ángela se lo dijo, que no se arrepentía y nunca lo haría. Solo unas horas después, cuando el sol ya asomaba por el este, Ángela pensó que había sido el mayor error de su vida.

Antes de eso, se despertó y vio a Sebas, ya vestido, sentado en el butacón que ocupaba una esquina de la habitación. Dedujo que había estado observándola mientras dormía, como ella había hecho tantas noches con Nando sobre su cama.

—¿Cómo estás? —le preguntó.

Lo pensó, hasta que Ángela sonrió. Había podido dormir sin recordar que querían matarla y también lo había conseguido olvidar durante la noche. Estaba bien.

—Ángela, he pensado que no tenemos por qué volver a Madrid. Podemos, no sé, ir a otra parte.

—Pero ¿adónde vamos a ir, Sebas?

—A cualquier sitio donde no te encuentre el Payaso... Al menos, no hasta que tú lo encuentres a él.

Ángela se incorporó en la cama, pensándolo. Escapar, ¿eso era lo que iba a tener que hacer con su vida? Cogió el móvil de la mesilla mientras lo discutían. Había decidido apagarlo cuando habían llegado al hotel para poder olvidarse, al menos por una noche, de que alguien estaba escribiendo su futuro en internet. Al encenderlo, se arrepintió de haberlo hecho.

—No puede ser...

—¿Qué ha pasado? —le preguntó Sebas.

El PayasoUCM había escrito el capítulo de la muerte de Nando.

## 5. WALT DISNEY

Las historias cuentan que los cobardes son los que huyen. Eso es solo una verdad a medias, así que voy a reescribirla. En mi historia los que escapan son los culpables. Ese es el motivo por el que la Monja decidió poner tierra de por medio, intentando así escapar de la muerte. La guadaña la llevo yo y ella se merece que le corte la cabeza más que nadie. Ella fue la que decidió que su profesor pasara a mejor vida. Ella fue la que condenó a todos sus amigos, dejándolos sin futuro. A su mejor amiga, a la estudiante a la que ni siquiera conocía, a ese otro que estaba secretamente enamorado de ella, a su propio novio... Un efecto dominó que nunca se habría producido si la Monja no los hubiera convertido en culpables de un crimen que solo ella quería cometer. Nadie más habría muerto si los hubiera dejado al margen. A fin de cuentas, esto es un asunto pendiente entre ella y yo.

Algo inherente a las huidas es que, cuando son hacia delante, lo único que se logra es alargar aún más la agonía. Al recorrer el camino se puede descubrir que está lleno de trampas. Pequeñas ratoneras que van destrozando los pies para que no puedas escapar cuando llegas al final porque ya ni siquiera tienes piernas. Además, para poder escapar tienes que renunciar a mantener a tu lado a los que caminan contigo. Todos se quieren mucho hasta que el peligro convierte al resto en piedras en la mochila. Es imposible escapar si no se vacía, aunque siempre queda dentro el recuerdo de su peso. Por eso, en el manual de cualquier psicópata está escrito cómo se debe proceder si no puedes atacar a tu víctima: hacerles daño a esos a los que quiere. Todo el daño imaginable.

Elegí al novio de la Monja, o exnovio, porque ya no sabían en qué punto se encontraba su relación. A mí me gusta llamarlo el Torturado, por ese aire a lo James Dean que se cree que tiene. Una actitud que llevó hasta sus últimas consecuencias al optar por alejarse de la Monja cuando todo se complicó. Lo comprendo porque siempre es difícil mantener una

relación de pareja, aunque se hace cuesta arriba si tu novia tiembla al verte. Sobre todo, si nunca lo ha hecho de placer. Sí se le puso la carne trémula cuando pensó que quizá fuera él quien estuviese escribiendo esta novela y lo mandó a la comisaría. No podía estar más equivocada.

Hay gente a la que le cuesta discernir a los héroes de los criminales, igual que la realidad de la fantasía. Esa gente puede conseguir que un pobre chico termine sentado delante de una agente, intentando convencerla de que no quiere matar a la chica de la que está enamorado, sino protegerla, mientras se le clavan las esposas en las muñecas. Lo cierto es que lo más inteligente que hizo el Torturado en meses fue romper esa relación. Ni los fantasmas, ni los psicópatas, ni el futuro; lo realmente terrorífico es descubrir que la persona a la que más quieres en el mundo te ha traicionado. Por eso él también decidió huir, aunque no lo hacía de mí, sino de la Monja. Y solo metafóricamente. No lo consiguió, igual que tampoco logró que el dolor por la traición que ella le había dedicado fuera más fuerte que su necesidad de convertirse en un héroe y seguir el impulso que lo obligaba a salvarla. Pobre Cándido...

Al fin volvió a tener un teléfono y la Monja le escribió. Para ser sinceros, quizá no fuera ella la que le envió esos mensajes. Quizá fui yo. ¡Es increíble lo mucho que han avanzado las tecnologías! Vivimos en un tiempo en el que se puede conseguir un duplicado de un número de teléfono casi sin esfuerzo. Se pueden bloquear contactos y enviar mensajes sin que el que los reciba sospeche que al otro lado de la pantalla teclean las manos de un psicópata, excitado al imaginar que cada vez queda menos tiempo para que hasta la sangre de sus vísceras se congele. Fue absurdamente sencillo conseguir que saliera corriendo a salvarla, tanto como interpretar el papel de la Monja. Solo tuve que colocarme la máscara de la víctima llorona, que es el papel que ella borda. Él ya sabía que su chica estaba en peligro porque iba a ser la próxima muerta de mi novela. Por eso fue tan sencillo convencerlo de que el asesino la había llevado hasta el cementerio de la Complutense, aunque el cobarde ni siquiera supiera que había uno de esos allí. ¡Y aún tenía una oportunidad de salvarla porque ella le había enviado su localización a través del

teléfono!

Sí, fui yo el que se la envió. También fui yo el que le pedí que, por favor, sigue la señal, date prisa, ¡quiere matarme! El pobre iluso no sabía que caminaba detrás de él, tan solo a unos pasos. Y todo ocurrió a plena luz del día, algo que hace que un asesinato sea aún más terrorífico. A mí me excita matar con luz, ver cada detalle, cada gota de sangre y cada fibra desgarrada. También cada expresión de espanto en el rostro. Fue una fantasía poder matar en ese cementerio iluminado por potentes tubos fluorescentes en el que al fin entró el cobarde. Tuve que atarme las manos para no lanzarme antes de tiempo a por él. Como siempre, su muerte tenía que ser aún más literaria. Además, ya faltaba poco. Siguió las indicaciones en su móvil hasta que le dijo que ya había llegado a su destino. Tenía razón, ya estaba en el escenario que yo había preparado para su muerte, la zona más gélida del cementerio, pero el cobarde no conseguía ver a su amor.

Estar rodeado de muertos es aterrador, pero resulta aún más terrorífico cuando las tumbas están abiertas. Tuvo que leer las lápidas de una en una hasta que encontró la trampa en el suelo. ¡Dentro de ese sepulcro estaba el teléfono que lo había llevado hasta allí! Le envié un mensaje con el truco más viejo de la historia del terror, aunque lo tópico lo es por un motivo: siempre funciona.

—Mira detrás de ti —leyó en voz alta.

Y entonces le di el golpe. Utilicé una de las cabezas que había en ese cementerio porque me pareció mucho más divertido que noquearlo con algo inorgánico. No le di más porque quería enterrarlo vivo. ¿Acaso hay una muerte más agónica que la de despertarse encerrado en una tumba? Es casi como resucitar y descubrir que has llegado al infierno en forma de sarcófago cubierto de piedras. Aunque hay una muerte que aún es peor: sufrir la agonía de ese encierro sabiendo que la persona de la que estás enamorado es la que te ha llevado hasta esa trampa.

Estoy seguro de que, si el Torturado siguiera vivo, incluso me agradecería que la matara. Desde el infierno, se sentirá profundamente aliviado al leer el capítulo final de mi novela en el que la Monja morirá. Lo

hará con tanta violencia que querrá fallecer cuanto antes para dejar de sufrir. No lo permitiré. Y tampoco dejaré que siga escapando. Lo dijo Unamuno: «Se viaja no para buscar el destino, sino para huir de donde se parte».

Ángela conducía a toda velocidad. No sabía ni cómo, porque le temblaban las manos igual que lo hace una lámpara de techo en un terremoto. Aún faltaban más de cien kilómetros para llegar a Madrid, aunque una parte de ella, esa que se negaba a escuchar, le decía que ni quedando muchos menos llegaría a tiempo para encontrar a Nando con vida. Para que fuera así, necesitaba retroceder toda una noche, esa que había pasado haciendo el amor. Ahora, recordarlo le provocaba pinchazos en el corazón. Ni siquiera podía mirar a los ojos a Sebas, sentado a su lado. El chico leía una y otra vez en voz alta el nuevo extracto de la novela del PayasoUCM. Buscaban entre las líneas un salvavidas para Nando.

—¿Por qué habrá titulado el capítulo «Walt Disney»? Creo que en esta ocasión el homenaje es a *Cementerio de animales*, una novela de Stephen King de los ochenta —le dijo Sebas a Ángela.

Le contó lo que recordaba del libro, aunque hacía siglos que lo había leído. Trataba de una familia que, al mudarse a una nueva casa, descubría en los alrededores un antiguo cementerio indio de animales. En lugar de lápidas había círculos hechos con piedras sobre los cadáveres enterrados. Una leyenda decía que los animales que se enterraban en esa tierra, siguiendo el ritual, resucitaban. Lo hacían convertidos en bestias salvajes.

—Espero que sea así porque eso significaría que Nando podría resucitar, que está vivo —dijo Ángela, tomando un desvío hacia la autopista que los llevaría directos a Madrid.

No hizo falta que Sebas lo dijera en voz alta. Por su mirada, ella supo que

el chico no albergaba las mismas esperanzas, quizá porque, hasta ese momento, el Payaso no había mentido. Era cierto que había dejado la muerte de Sebas incompleta, pero ahora sí se podía encontrar en el texto un punto y final. A pesar de eso, se alegró de que Sebas le mintiera, diciendo:

—Llegaremos a tiempo, Ángela.

Aunque se le hizo más incómodo que él buscara su mano y entrelazara los dedos. Aprovechó una curva para mover el volante y volver a poner distancia entre ellos. Ángela no podía dejar de pensar en lo que había ocurrido. Nando, muriendo, mientras ella... El PayasoUCM había elegido el momento que más daño podría hacerles, a los dos.

—Está bien, pensemos —se esforzó Ángela—. Lo ha enterrado en el cementerio de la universidad, pero eso no tiene sentido. No hay ningún cementerio en la Complutense, ¿no? Lo hemos mirado en internet y no existe nada parecido.

—Tiene que haberlo. Uno en el que haga frío, con tubos de luz iluminándolo —dijo Sebas releendo esas palabras en el texto del PayasoUCM.

Unos cuantos kilómetros después, Ángela descubrió dónde podría estar enterrado Nando.

—¡La Facultad de Medicina!

—Es un edificio viejo, pero no sé si es un cementerio —dijo Sebas extrañado por la deducción de Ángela.

—Allí hay cadáveres, los utilizan para las clases de anatomía.

Recordaba que una compañera de la residencia, futura médico, se lo había contado.

—Tiene que haber una especie de depósito o algo así, ¿no? Eso sería lo más parecido a un cementerio que podría encontrarse en toda la zona de la Ciudad Universitaria.

—Un cementerio helado lleno de cadáveres en tumbas abiertas, Walt Disney congelado... —le dio vueltas Sebas, leyendo líneas del capítulo—. ¡Tiene sentido!

—Solo espero que no lleguemos demasiado tarde.

La Facultad de Medicina era la más imperial de toda la universidad. De ladrillo rojo, con cornisas blancas y persianas de madera, estaba dividida en tres módulos que, vistos desde el aire, parecían formar una cruz enorme. La entrada era de mármol, con una escalera corta con barandillas doradas, el color de todos los acabados del edificio. Una copia del cuadro de Rembrandt *La lección de anatomía del Dr. Nicolaes Tulp* decoraba la entrada. Ángela y Sebas la atravesaban corriendo hacia el interior, a esa hora en la que la mayoría de los estudiantes hacían justo lo contrario. Frenéticos, llegaron hasta el distribuidor principal del edificio y miraron los carteles que encontraron, sin saber adónde dirigirse. Ninguno de ellos hablaba del depósito de cadáveres de la facultad. Ángela agarró del brazo a una chica que pasó a su lado.

—¿Sabes dónde está el depósito de cadáveres?

—Creo que no hay de eso en la universidad —le respondió extrañada.

—¿Estás segura?

—Bueno, hay un mortuorio, en el aula de anatomía forense, en el sótano de la facultad.

Ángela ni siquiera le dio las gracias y siguió corriendo, tanto que Sebas se quedaba un par de zancadas por detrás. Bajaron la escalera central hasta la última planta. Se encontraron pasillos largos y vacíos en los que el techo era más bajo que en el resto del edificio. La sensación de claustrofobia no tardó en llegar mientras caminaban, buscando en las puertas algo que dijera que una de ellas era el aula de anatomía, el depósito de cadáveres, mortuorio o cualquier otro sitio en el que pudiera estar Nando. Cuando ya casi habían dejado atrás hasta la última esquina, encontraron lo primero, pero estaba cerrada con llave.

—Es esta —dijo Sebas mirando hacia el interior a través de la ventana de la puerta.

Ángela buscó algo con lo que darle un golpe al cristal para romperlo. Lo encontró en su cazadora vaquera, en el bolsillo interior. Era el destornillador que había cogido del garaje de Catalina.

—Reza para que esto no tenga alarma —le dijo a Sebas mientras

golpeaba el ventanuco hasta romperlo.

Metió la mano entre los cristales afilados que habían quedado en el marco y abrió la puerta.

Mirándola, Sebas sintió una punzada de orgullo. Pensó en lo mucho que Ángela había cambiado desde que el PayasoUCM había empezado su novela. Ella ya no era una monja, ni una persona asustadiza que se escondía al encontrarse ante una situación que la aterraba. Ahora parecía dispuesta a cualquier cosa para salvar su vida.

—¿Qué es ese olor? —preguntó Sebas al entrar en el aula, tapándose la nariz.

Era formol, un químico que hizo que se les humedecieran los ojos sin que las lágrimas cayeran. Al encender las luces, se encontraron con un espacio amplio, con doce camillas de aluminio brillante, separadas con el espacio suficiente para que los alumnos se colocaran alrededor. Sobre cada una de ellas había una lámpara de tubos fluorescentes blancos que iluminaban cadáveres. Todos ellos cubiertos por un grueso plástico negro.

—Nando podría ser cualquiera de ellos —dijo Ángela, aterrada.

Quería comprobarlo ella, a pesar de que Sebas le dijo que podía encargarse él. Decidieron que lo harían entre los dos y rápido. Sebas buscó la mano de Ángela y se acercaron juntos a la primera mesa de disección. Los dedos de la chica temblaban mientras tocaban la esquina del plástico. Lo levantó, despacio. Solo lo suficiente para ver la cabeza. Gritó, pero no porque fuera Nando, sino porque a ese cuerpo le faltaba la cabeza. Había sido cortada.

—Esto es asqueroso —dijo Ángela, reteniendo una náusea.

Al levantar el plástico que cubría el siguiente cadáver, una mujer gruesa de piel violácea, el vómito le golpeó la garganta de nuevo.

—Me toca, déjame que este lo mire yo —le dijo Sebas, que parecía empeñado en protegerla.

Lo hizo y se encontró con otro cadáver que no era el de Nando. Luego vieron otro que tenía los ojos abiertos y una expresión de terror que se quedó grabada para siempre en los de Ángela. Completaron todas las mesas, más de doce, pero ninguno de esos cuerpos era el de Nando. Los nervios hicieron que

el último de los plásticos se les cayera al suelo del todo, dejando un cadáver al descubierto. Era de un hombre grueso, abierto en canal. Un fórceps le separaba la caja torácica, vaciada por dentro.

—Dios, esto es una carnicería —dijo Sebas.

—Al menos, no es el cuerpo de Nando... Puede que aún esté vivo.

—Pero ¿dónde está? —se preguntó Sebas mientras seguía buscando con la mirada por toda la sala.

Entonces, llegó un ruido. Desde un ángulo en el que la pared se doblaba. Ángela lo siguió y entró en un pequeño pasillo. Al fondo había una puerta gruesa de metal.

—Tiene que llevar hasta el depósito de cadáveres.

Adonde los llevó fue hasta un descansillo con una puerta abatible como las de los mataderos, de plásticos gruesos. La empujaron y los golpeó el frío. La temperatura en esa nueva sala estaba por debajo de lo que los termómetros marcan en rojo. A los lados, había nichos frigoríficos, probablemente con cadáveres dentro. Era casi más aterradora que la sala anterior.

—No sé si puedo soportar ver más muertos. Encima, estos están congelados —dijo Sebas.

Pero Ángela siguió caminando por la habitación hasta encontrar, al fondo, la puerta de una cámara mucho más amplia, probablemente para guardar cientos de cadáveres. En el suelo había una montaña de piedras. Eran como esas que sellaban las tumbas del cementerio de animales de la novela de Stephen King. La puerta de la nevera tenía una ventana de ojo de buey.

Ángela miró por ella. Vio a Nando.

—¡Dios, no!

—¡Ayúdame, Sebas!

Entre los dos, quitaron las piedras. Habría dado igual que pesaran toneladas, que también las habrían apartado como si fueran plumas.

—¡Nando, Nando! —gritaba Ángela, desesperada.

Al fin, tiró de la palanca, hubo un ruido de despresurización y entraron en la cámara frigorífica. Encontraron más de una veintena de cuerpos dentro, algunos de ellos amontonados. Algunos de ellos, mutilados. En la cima de una de esas tétricas montañas estaba Nando. Llevaba allí el tiempo suficiente para que su cuerpo empezara a llenarse de escarcha y la piel a perder el color.

—¡No! —exclamó Ángela, horrorizada.

Lo bajaron entre los dos.

Temblaba. Estaba vivo.

—Está respirando —dijo Sebas, colocando los dedos debajo de las aletas de la nariz de Nando.

Consiguieron sacarlo de la tumba. Lo depositaron en el suelo de la sala y lo cubrieron con plásticos y con todo lo que encontraron. Unos segundos después, sin dejar de castañear los dientes, Nando logró hablar:

—Án... Ángela.

—Tranquilo, no hables —le pidió Ángela, que frotaba con fuerza el cuerpo de su ex, tratando de devolverle la vida.

Poco a poco, Nando también fue capaz de mantener los ojos abiertos. Vio cómo Ángela lo abrazaba y lo besaba en los labios, pidiéndole perdón.

—Perdóname... Perdóname, Nando.

Sebas sabía por qué le pedía perdón. También sabía lo que Ángela le diría después a Nando, entre lágrimas. Sintiéndolo de verdad:

—Te quiero, Nando.

Sebas y Ángela contaban los minutos en la sala de espera de urgencias del Hospital Clínico. Ya habían pasado más de cien desde que habían entrado con Nando, apoyándose en sus hombros, tiritando y con la piel pálida. Casi dos horas en las que Ángela y Sebas apenas habían hablado. Solo frases sueltas, del tipo están tardando mucho, seguro que está bien, Ángela, y no me puedo creer que todo esto esté ocurriendo. Parecía que no se decían más cosas por los nervios, pero, en realidad, lo que hacían era evitar tener que poner sobre la mesa una baraja de cartas llena de verdades incómodas. A ella le pesaba el silencio que había entre ellos. También que Sebas no hubiese vuelto a mirarla a los ojos. No desde que había visto cómo besaba a Nando, cómo le decía te quiero.

Pasó otro minuto en el reloj y Ángela decidió descansar de la tensión que flotaba entre ellos levantándose de ese banco de hierro que compartían para ir a por un café. Se fue a buscar la máquina por los pasillos, sin encontrarla. Empezaba a sentir que estaba en un laberinto de paredes de azulejos blancos y suelos fríos. Se cruzó con una mujer vestida con un camión de los que llevan los que están ingresados. Huesuda, aunque fuerte, parecía romper a cada paso el suelo. Ojos negros, manos alargadas y el pelo blanco recogido en un moño tirante.

—Perdone, ¿sabe dónde está la máquina de café?

No le respondió, aunque se la quedó mirando fijamente. Ángela tembló. Era imposible, no podía ser, pero esa mujer se parecía tanto a Catalina, la madre de Alicia... Incluso parecía llevar sobre ella el olor a azufre y humedad de la casa en la que la había conocido.

No, es imposible, solo se parecían mucho, se repitió Ángela mientras seguía caminando. Dobló una esquina y al fin encontró la máquina de café, en un pasillo más estrecho que los anteriores. Al fondo había un ascensor. Mientras esperaba a que el vaso de papel se llenara, de café, de leche y de

azúcar, oyó una risa. Luego se dio cuenta de que sus notas eran escalofriantes, pero, antes de eso, Ángela recogió el vaso; la máquina había pitado un par de veces para decirle que la bebida ya estaba preparada. Fue a tomar un sorbo, pero había algo escrito en el vaso. Una palabra en letras rojas.

## REDRUM...

Vio que el café también era rojo. Que era sangre. Se le cayó al suelo, manchándole hasta las rodillas. La risa se acercó más y más hasta que dobló la esquina y se encontró frente a Ángela.

Era el PayasoUCM.

Aterrada, Ángela empezó a dar pasos hacia atrás porque por delante no podía escapar, hasta que echó a correr. Se encontró con el ascensor, pulsó el botón de llamada, ansiosa. Esperaba que se abrieran las puertas mientras el PayasoUCM se acercaba riendo sin parar.

—¡Ya no eres virgen, ya no eres virgen! —le decía, burlándose de ella.

Ángela golpeó el botón del ascensor, rogando que por favor se abrieran las puertas.

—¡Socorro, socorro! —gritaba.

Entonces, empezó a brotar sangre por los laterales de la puerta del ascensor. Con fuerza, como si fuera una presa desbordada. La sangre caía, embravecida, con tanta rabia que se llevó a Ángela por delante y la arrastró por el pasillo. El Payaso alargó los brazos para atraparla, riendo.

Ángela gritó.

—¡Ángela! ¡Despierta, Ángela!

Lo hizo y dejó de gritar. Seguía con Sebas en la sala de espera de urgencias del Hospital Clínico, en la que aguardaban desde hacía más de cien minutos a que les dijeran algo de Nando. Todo lo demás había sido solo una pesadilla.

—¿Estás bien?

No le respondió, al menos, no con la voz. Se abrazó a sí misma, intentando que el escalofrío dejara de recorrerle el cuerpo. Tampoco Sebas hizo más por consolarla. Ella le preguntó si Nando ya había salido. No, aún no había noticias de él. Y, después, más silencio entre ellos, hasta que un médico, el mismo que los había recibido a su llegada, se les acercó.

—Vuestro amigo se recuperará. Tendrá que quedarse ingresado unos días porque tiene algunas alteraciones como consecuencia de la hipotermia que ha sufrido. Poco ha sido para todas las horas que me habéis dicho que ha estado encerrado en la cámara frigorífica del bar en el que trabaja...

—¿Podemos verlo? —preguntó Ángela tan aliviada como ansiosa por las noticias.

—Lo han trasladado a la habitación 1408. Es importante que no sufra ningún tipo de sobresalto, ¿de acuerdo?

El médico les dijo que podían subir en el ascensor. Les señaló la dirección que los llevó hasta el mismo pasillo que Ángela había visto en la pesadilla. Miraba las puertas mientras esperaba a que se abrieran, frotándose las manos, como si tuviera una pastilla de jabón, para que dejaran de temblar.

—¿Seguro que estás bien? —le insistió Sebas.

La chica no fue capaz de afirmarlo hasta que la puerta del ascensor se abrió. No había sangre. No le dijo nada a Sebas porque se le hacía imposible pronunciar en voz alta que se estaba volviendo loca. Las pesadillas cada vez eran más reales. Temía que, en cualquier momento, las tuviera incluso estando despierta. O quizá eso ya hubiera empezado a ocurrir.

Cuando llegaron frente a la puerta de la habitación 1408, no hizo falta que Ángela le pidiera a Sebas que la dejase entrar a ella sola porque él le dijo antes:

—Esperaré aquí...

Probablemente no tuviera estómago para aguantar los celos, aunque lo que hizo fue disimular con una sonrisa cortés y frases como tendréis mucho de lo que hablar y yo voy a buscar un café mientras tanto.

Al ver a Nando, tumbado en la cama, con una vía para recibir el suero y unos electrodos controlando las pulsaciones del corazón, a Ángela se le formó un nudo grueso en la garganta. Todo ese dolor se lo había causado ella.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó, sin apenas poder despegar los labios.

—Igual que si hubiera estado de viaje en Groenlandia —bromeó Nando, al que se le notaba que aún le faltaban las fuerzas.

Con todo, parecía encontrarse mejor que ella. Al final, Ángela no pudo más y rompió a llorar. Se había prometido que no lo haría porque era injusto que las lágrimas fueran las suyas. No era ella la que había estado a punto de morir enterrada viva, pero la pudo la angustia. Y la culpa.

—Eh, pequeña, tranquila...

Le pidió que se acercara a la cama, y la abrazó.

—Creí que iba a perderte, Nando.

—Y yo creí que iba a perderte a ti. No conseguía hablar contigo, no sabía lo que te había ocurrido...

Entonces, Nando le contó una versión muy diferente de lo que había vivido desde que se habían separado. La había llamado mil y una veces, pero su teléfono siempre estaba apagado o fuera de cobertura.

—A mí me ocurría lo mismo cuando te llamaba a ti. Tampoco podía enviarte whatsapps, ni mensajes —le contaba Ángela desconcertada al ver que Nando levantaba las cejas con sorpresa—. Incluso pensé que habías bloqueado mi número.

Pero el chico le prometió que no fue eso lo que había hecho, para nada. Había estado una noche sin teléfono, la que lo perdió, pero al día siguiente recuperó su número. Dándole vueltas, comprendieron que el PayasoUCM había jugado con ambos. Controlando sus móviles, lo que podían enviar y recibir, les había hecho creer que el uno se había olvidado del otro.

—Fui a buscarte a la residencia, pero no te encontré.

Ángela le contó lo que le había pasado a Sebas cuando el PayasoUCM había estado a punto de matarlo, que fueron al piso de Rai y que este se convirtió en la siguiente víctima de la novela.

—No me puedo creer que Rai esté muerto —se lamentó Nando.

—Si ese asesino ha acabado con él, puede matar a cualquiera —dijo Ángela, convencida.

—¿Y Sara?

—A salvo, la he llamado antes.

Mientras esperaban en urgencias, Sara le dijo:

—Ya sé que ese escritor cabrón ha intentando congelar a Nando, lo he leído, yo estoy bien, en casa de mis padres, a cientos de kilómetros, pero ni aun así me siento segura. Estoy encerrada en mi cuarto día y noche —le contaba con voz temblorosa por el móvil—. ¡Mis padres creen que me he vuelto loca!

—Tranquilízate, Sara. Será mejor que te quedes allí hasta que esto se solucione.

—¿Cómo se va a solucionar, Ángela? Es imposible. ¡Nos va a matar a todos, igual que asesinó a Virginia y a Rai!

Pero Ángela sabía que quizá hubiese algo que pudiera ayudarles a despertar de la pesadilla. Ahora tenían un hilo del que tirar.

A Sara no se lo explicó, pero sí se lo contó a Nando, sentada a su lado en la cama del hospital, mientras él le acariciaba la mano:

—Hace muchos años yo escribí algo... Fue una historia que subí a Wattpad. De una chica, Alicia.

Le explico el resto y Nando llegó hasta las mismas preguntas que ella tenía en la cabeza:

—No entiendo qué relación puede tener con la muerte de Cruzado algo que pasó hace años, a cientos de kilómetros de aquí...

—No lo sé, pero está claro que el PayasoUCM sí. Sabe que Alicia se suicidó por mi culpa, y quiere que pague por ello.

—Ángela, quizá deberíamos ir a la policía. Tenías razón, no contar lo que hicimos solo ha complicado más las cosas.

Ella negó con la cabeza porque ya era tarde para eso. No creía que fueran a ser capaces de llegar hasta el nombre del asesino. Además, quizá señalarían

a uno de ellos.

—Encontraré otra solución, Nando... No sé quién está escribiendo esa novela macabra, pero sí sé quién no lo está haciendo. Ahora lo sé, aunque sea tarde.

No lo era, porque Nando abrazó a Ángela. Y la besó.

—Perdóname. Por favor, perdóname...

Nando creía que le rogaba una disculpa por haberlo sentado frente a la policía, pero no era por eso. Era porque aún no habían pasado ni veinticuatro horas desde que ella había descubierto el sexo con Sebas. Ahora que volvía a tener las manos entrelazadas con las de Nando, volvía a besarlo y a saborear su aliento, sabía que había sido un tremendo error. También que tenía que contárselo:

—Nando, hay algo que...

—No, espera. Soy yo el que te debe una disculpa. Estabas asustada y te dejé sola. Me alegro de que al menos Sebas estuviera contigo...

Esa disculpa fue como un dardo afilado lanzado directamente al corazón de Ángela, que no fue capaz de articular palabra. Llamaron a la puerta entreabierta. Era Sebas.

—Ángela, si Nando ya está mejor, creo que me voy a marchar.

Nando lo saludó con un gesto de cabeza y una sonrisa. Le dio las gracias por haberle salvado la vida y por haber cuidado de su chica.

—Enseguida vuelvo —le dijo Ángela a Nando.

Salió al pasillo con Sebas. Ángela lo miró unos segundos, los que necesitaba para reunir valor. Era el momento de decir en voz alta que tenían que borrar lo que había ocurrido entre ellos.

—Sebas, lo de anoche...

—Tranquila. No se lo contaré a tu novio.

Ángela pensó que era cierto eso de que el sexo podía conseguir que surgieran sentimientos inimaginables entre dos personas. Jamás habría imaginado que Sebas le hablaría como si la odiara.

—Es que ahora mismo no creo que sea buena idea contárselo. Lo que ha pasado entre nosotros... No sé si puedo explicárselo a Nando. En realidad, no sé si podemos explicárnoslo nosotros.

—Yo sí puedo, Ángela. No hables por mí. Si quieres mentir a Nando me parece bien, pero no intentes hacer lo mismo conmigo, ¿vale?

No hizo falta que elevara la voz para que Ángela sintiera que Sebas le estaba hablando a gritos. Lo entendía. Se merecía que estuviera enfadado con ella, ¿no? A fin de cuentas, solo hacía unas horas estaba abrazada a su cuerpo. Ahora parecía que había distancia suficiente como para que se alzara un edificio entre ellos.

—Sebas, es todo mucho más complicado que eso...

—No, no lo es tanto. Tú quieres a Nando, no a mí.

Silencio, hasta que Sebas no pudo apretar más los dientes.

—Yo solo he sido algo con lo que quitarte el miedo mientras él no estaba a tu lado.

—¿De veras piensas que fue por eso? ¡No necesito que ningún chico me quite el miedo, Sebas!

Al final, ella también parecía enfadada, aunque no lo estuviera. Ángela corrigió, trató de explicarse, pero cada vez que empezaba su voz se apagaba. No conseguía encontrar palabras para retroceder en el tiempo y que Sebas y ella volvieran a ser eso, Sebas y ella.

—No se lo contaré a Nando, puedes estar tranquila. Ya lo he olvidado. He tardado algo más que tú, pero ya está olvidado.

—Eso no es cierto, Sebas. No lo he olvidado.

—Pero querías hacerlo, ¿no? Querías olvidarlo todo.

Y no le pudo responder.

—¿Es mal momento?

Se lo preguntó a ambos Eva, que se acercaba por el pasillo. Llevaba su eterna sudadera con capucha negra, los vaqueros y zapatones a juego. Ángela y Sebas trataron de recomponerse.

—No, yo ya me iba —dijo Sebas.

Antes quiso hacerle un par de preguntas a Eva.

—¿Cómo sabías que estábamos aquí?

—Es bastante fácil enterarse de dónde han ingresado a alguien cuando eres *hacker*...

—También es fácil avisar a alguien de que el PayasoUCM le ha tendido

una trampa. Leíste el borrador de la muerte de Nando, ¿no? Sabías que iba a acabar así y no lo avisaste...

—Espera, ¿volvemos al rollo de que yo soy la asesina? —preguntó Eva, casi riéndose—. Creía que ya habíamos pasado por ahí...

—Hay novelas que es necesario leer dos veces para entenderlas. Tú sabes de eso, tenías un blog, ¿no? Como Alicia —le soltó Sebas con suspicacia—. Ten cuidado, Ángela.

Era cierto que Eva sabía lo que le iba a ocurrir a Nando y no lo había avisado. Entendía que pudiera tener miedo de Rai, pero a Ángela se le hacía difícil encontrar un motivo por el que no hubiese advertido a Nando o a ella de lo que iba a pasar. Y el blog de Alicia, ¿lo conocía?

—No, hace años que dejé el mundo *blogger*... ¿A qué viene esto ahora? Ya te lo dije, Ángela, solo confío en ti. Pero si tú no te fías de mí, me largo sin contarte lo que ha pasado.

Al final, a Ángela la pudo la curiosidad y le pidió que hablara.

—Sé cómo podemos acabar con el PayasoUCM.

<https://www.youtube.com/watch?v=2JMF-yWwWCA>

Este es un vídeo corto para contaros que este fin de semana empieza la Feria del Libro de Madrid. El sábado será la reunión de la Blogger Lit Con, en la que se juntan todos los blogueros de literatura juvenil. Hay una firma que no está en el programa, pero tenemos que ir todos, booktubers y blogueros. Es del libro del que os hablé en mi último vídeo, el de Wattpad: El club de los lectores criminales. Su autor, el PayasoUCM, ha preparado una tirada limitada de la novela impresa, con el final. Sabréis quién es el asesino en el último capítulo. Va a firmar la novela en la caseta... 237, a las siete. Podréis comprarla allí. Me ha pedido que os diga que quiere que todos vayamos disfrazados de payasos asesinos. Nos vemos el sábado en la Feria.

Comentarios:

Ruth García  
¡Me apunto!

Ester sin h  
A esa hora es la firma de Blue Jeans.

Martín Piñol  
¿Puedo ir disfrazado de político? Son igual de payasos y dan mucho más miedo.

Blogger Lit Con Oficial

Hola, Koldo. Estamos muy sorprendidos al ver que anuncias esta firma como si fuera parte de la programación de la Blogger, de la que tú no eres organizador. Ya tenemos

programada para esa hora la firma de Blue Jeans.

—¡No me puedo creer que el idiota de Koldo haya hecho otro vídeo hablando del Payaso! —exclamó Ángela, con la tableta de Eva, en la que lo había visto, en la mano.

Seguían en el hospital, aunque ahora estaban en la cafetería, casi vacía por lo tarde que era. Ángela le había dicho a Nando que iba a cenar algo. No le había contado que Eva estaba allí, ni que ahora sabía cuál sería el siguiente paso del PayasoUCM. No iba a contárselo porque quería protegerlo. Ya habían intentado matarlo una vez y no iba a permitir que volviera a ponerse en peligro al tratar de defenderla.

—Y lo que ya no me puedo creer es que el PayasoUCM vaya a firmar la novela, a riesgo de que todo el mundo lo vea y sepa quién es —siguió dándole vueltas Ángela a los planes del asesino, sin poder salir de su asombro.

—Me da que va a montar el numerito con máscara de payaso incluida —añadió Eva—. Si ha pedido que la gente vaya disfrazada será para pasar desapercibido... Además, en realidad, solo nosotros sabemos que lo que está escribiendo es real.

Y había una cosa más. Eva tenía una teoría de por qué el PayasoUCM estaba deseando mostrarse en público, sin ningún miedo a las consecuencias:

—Sabe que vosotros sois culpables de la muerte de Cruzado y que nunca lo contaréis. ¡Os tiene atrapados! Ha creado una trama perfecta con lo que hicisteis y quiere su reconocimiento como escritor. Cree que se merece disfrutar de sus fans.

—¿Fans? Pero ¡si es un asesino!

—Con más razón. Desde Charles Manson lo que buscan la mayoría de los asesinos en serie es fama. Y, ahora, con los escritores pasa lo mismo. Fíjate en sus redes sociales. Parecen estrellas de rock. ¿Te imaginas a Virginia Woolf subiendo fotitos a Instagram abrazando su nuevo libro? Es tan de coña...

—Y Koldo es perfecto para conseguir fama en redes sociales —ató cabos

Ángela, mirando de nuevo el vídeo en el iPad.

—Sí, pero no tiene pinta de que lo haya hecho por gusto. Más bien de que el asesino lo ha obligado. —Extrañada, Ángela desplegó las orejas mientras Eva le explicaba que Koldo se había grabado en su habitación, con la estantería de libros tras su espalda, como siempre, aunque había algo en ese vídeo que hacía que fuera diferente a cualquier otro de los suyos.

—Koldo empieza sus vídeos diciendo «Hola, Koldófilos» y en este ni hay saludo. Por norma general, su actitud es de lo más engreída, pero, fíjate, aquí habla como si fuera un muerto viviente.

—Es cierto. Parece asustado...

—Y tiene motivos para estarlo. Mírale los ojos. Cada poco los lleva hacia la derecha...

Eva movió la barra del vídeo con el dedo hasta llegar al punto exacto que necesitaba para seguir explicándose:

—Y cuando no recuerda el número de caseta en la que firmará el PayasoUCM, hace una pequeña pausa, mirando de nuevo en esa dirección. Como si estuviera esperando a que alguien se lo dijera.

Eva detuvo el vídeo justo en ese momento preciso en el que Koldo esperaba la información. Entonces, la mente de Ángela viajó hasta esa habitación, a ese momento en el que Koldo grababa el vídeo, y vio lo que había detrás de la cámara.

—¡El PayasoUCM estaba allí! —exclamó.

—Exacto. Y ¿sabes lo más sorprendente? Que Koldo sigue vivo. Lo vi por la residencia antes de venir.

Otro cabo suelto se ató en la cabeza de Ángela:

—¿Y si Koldo es el segundo payaso?

—¿Segundo Payaso? ¿Quieres decir que hay dos?

Sí, eso pensaba Ángela. Tenían que ser dos asesinos porque la noche que había atacado a Sebas, al mismo tiempo, la había acosado a ella en la calle, al salir de la comisaría.

—La residencia está a más de media hora de la comisaría. Es imposible que estuviera acosándome a mí y atacando a Sebas a la vez.

—Puede ser que Koldo te hiciera esa fotografía, pero no creo que eso

signifique que sea un asesino. El payaso lo está utilizando como esbirro a sus órdenes, y ya tiene pensado cómo cargárselo.

Eva le mostró en la tableta los capítulos que el PayasoUCM tenía en borrador. Asesinatos preparados para llevarlos a cabo.

—A ver si esto te sirve para descartarme como asesina. El PayasoUCM me ha metido en su lista de víctimas. Soy la Gótica, cosa que demuestra que no tiene ni idea de tribus urbanas.

—¿Qué? ¿Quiere matarte?

—Si me ha metido en el saco es porque sabe que yo sé lo que está haciendo. Y eso solo puede ser porque tú o Sebas le habéis contado que lo sé.

En ese punto, Eva se cruzó de brazos.

—¿Podemos dejar de insinuar en cada conversación que uno de nosotros es el asesino? —pidió Ángela, cansada.

—En realidad, hay otra posibilidad... Puede que el Payaso haya descubierto quién soy yo.

Le costó, pero Eva reconoció en voz alta su parte de culpa. Hacía ya meses le había llegado un encargo con el que sacar una buena cantidad de dinero. Alguien le había solicitado información sobre aplicaciones para bloquear y duplicar números de teléfono. También quería contraseñas de redes sociales. Justo las de todos los que, un tiempo después, coincidieron en el club de lectura. Ahora Eva sabía que aquella persona sin rostro para la que había trabajado era el PayasoUCM.

—¡Tú le ayudaste a que hiciera todo esto!

—Te aseguro que no estoy orgullosa de ello, Ángela.

—¿Por qué no nos lo contaste antes?

—¡Porque habrías pensado cualquier cosa menos que yo podría llegar a ser una víctima de ese pirado! La cagué, pero estoy aquí para intentar arreglarlo, ¿vale?

Ángela lo dejó. Ya estaba cansada de que ese asesino quisiera convencerlos de que ellos eran los culpables. Que eran criminales que merecían morir. Eva había descubierto la manera de darle la vuelta a eso.

—El Payaso ha escrito mi muerte, pero también la vuestra. El tercer acto empezará el sábado, en la Feria del Libro del Retiro. Por eso ha grabado

Koldo ese vídeo. —Eva hizo una búsqueda rápida en la memoria del iPad hasta llegar al borrador del capítulo en el que el asesino contaba cómo había utilizado a Koldo, prometiéndole que se salvaría de la muerte si le ayudaba a mover por el tablero las fichas del resto de las víctimas. No iba a cumplir su palabra, por supuesto. Lo mataría después de la firma. Para entonces, ya sería de noche. Lo llevaría hasta el laberinto del jardín del Retiro y acabaría con él a hachazos.

—Va a hacer un homenaje a *El resplandor*. Puede que el laberinto de los jardines del Retiro no sea como el del Hotel Overlook, aunque, de noche y con un asesino con un hacha persiguiéndote entre los arbustos, seguro que acojona.

—Y ¿por qué me lo estás contando a mí, Eva? ¡Tienes que decírselo a Koldo! No hagas como con Nando. Él aún está a tiempo de salvarse.

—Primero, Koldo no ha tenido ningún inconveniente en ayudar a ese asesino para salvar su culo. Y segundo, y más importante, si Koldo se entera y no va a la firma, probablemente el payaso intente matarlo antes.

Ambas cosas eran ciertas, Ángela lo sabía, pero también sabía que no podían permitir que Koldo muriera.

—Yo no quiero que muera, no soy de hielo, Ángela. Pero si no le decimos nada y nos adelantamos al plan del Payaso... Va a llevarlo a ese laberinto, ¿no? Quizá podamos tenderle una trampa y saber quién es.

—Y ¿qué conseguiremos con eso? Tener el nombre no cambiará lo que ese asesino quiere hacer. Matarnos. Y todo por mi culpa.

Le contó lo que habían averiguado en Carrión. Eva volvió a decirle que no sabía nada de ese blog, ni de lo que ella había escrito en Wattpad sobre Alicia. Se pasó la mano por el pelo rizado, frotándolo, como si así se pudiera sacar el miedo que sentía desde que sabía que ella también estaba entre las víctimas.

—A mí pretende matarme como en la novela *La niebla*, ahogándome con gas. Soy el epílogo, la última prueba por eliminar —le contó Eva.

Ángela le pidió que le enseñara el capítulo en el que el PayasoUCM iba a matarla a ella. No estaba escrito, solo había unos apuntes:

Sorpresa final para la Monja  
Persecución y golpes  
Revelación motivos Carrie  
Que vea la muerte del Torturado  
Corte de cabeza con hacha

—Es cierto que saber quién es no evitará que nos mate. Pero ¿qué propones que hagamos? —le preguntó Eva, aunque sabía que no había ninguna respuesta.

En realidad, Ángela sí tenía la respuesta. Una que, tan solo unas semanas antes, incluso unas horas antes, nunca habría imaginado que daría. Pero ahora todo había cambiado. Ella ya no era la chica del pelo recogido que siempre intentaba ponerle una sonrisa a todo. El Payaso la había convertido en una mujer de rostro endurecido. También en alguien que ya no le temía al miedo. Incluso que podía llegar a enfrentarse a él, y vencerlo. Ahora podía ser eso que el PayasoUCM la llamaba: una criminal.

—Eva, en la *deep web* puede conseguirse cualquier cosa, ¿verdad?

—¿Qué es lo que quieres?

Algo con lo que lograría, al fin, despertar de la pesadilla, aunque antes tendría que vivirla. Debería acudir a la cita que el Payaso había fijado y enfrentarse a él, cara a cara. Lo haría sola porque ya había muerto demasiada gente por su culpa y no estaba dispuesta a que nadie más perdiera la vida. Solo habría dos corazones en juego: el suyo y el del asesino.

—Antes de que te lo diga, tienes que prometerme que no le contarás nada a Nando. Ni a Sebas, ni a Sara. No quiero que nadie más esté en peligro por mí, Eva. Esto es entre el PayasoUCM y yo.

—Está bien, te lo prometo. ¿Qué es lo que quieres, Ángela?

Tomó aire antes de decirlo. Sabía que después no habría vuelta atrás.

—Quiero una pistola para matar al PayasoUCM.

El sábado, al despertar en el sofá de la habitación en la que Nando estaba ingresado, Ángela intentó no pensar en que, solo unas horas después, iba a disparar con una pistola. Pasó todas las horas del día que pudo en la orilla de su cama, hasta que llegó el momento de pronunciar en voz alta una excusa para poder marcharse:

—Mis padres están en Madrid y tengo que salir a cenar con ellos, no conviene que noten nada raro. Se han quedado preocupados después de encontrarme tan rara durante el puente y por eso querían visitarme —dijo. Lo único con lo que no le estaba mintiendo.

A Nando le pareció bien y le prometió que no tendría de qué preocuparse porque él estaba en un hospital, con un control de enfermería enfrente, a salvo de asesinos. Ángela sabía que el Payaso estaría en otro lugar, por eso se atrevía a dejarlo solo. Antes de marcharse, lo besó y le dijo te quiero. Lo dijo porque era verdad. También porque no sabía si volvería a verlo y quería que esas fueran las últimas palabras que Nando recordara de ella. Intentó no llorar, y lo consiguió, aunque se le cayó una lágrima al atravesar la puerta y dejarlo atrás.

Estaba dispuesta a disparar al Payaso, pero sabía lo que eso supondría. Si el asesino no acababa con ella, lo haría el paso del tiempo en la celda a la que la enviarían. Al menos, hasta que el tiempo demostrara que no había tenido más remedio que convertirse en una criminal. Estaba dispuesta a asumirlo. Nando no podía morir por su culpa. Ni Sebas, del que no había vuelto a tener noticias desde que, la noche anterior, se había marchado dolido de ese pasillo

por el que ella ahora se alejaba de su amor. No podía morir Sara, por mucho que estuviera a salvo, ni Eva. Solo podía morir el PayasoUCM.

Ángela llegó a la Feria del Libro pasada la media tarde, cuando una marea de gente recorría las casetas. Crecían desde un extremo hasta el otro del paseo de Carruajes, una larga avenida asfaltada que hacía de espina dorsal del parque del Retiro. Los altos árboles que la bordeaban intentaban dar sombra, y ni aun así se hacía soportable el calor ahora que la primavera, esa que tanto se había hecho esperar, al fin, se había decidido a instalarse. Lo hacía como si ya fuera verano, como pasa siempre en Madrid. A pesar del sol, Ángela llevaba unos pantalones largos, unas zapatillas de bota, una camiseta y su cazadora vaquera a la cintura. Ropa para poder correr.

Eva se presentó puntual a la cita, a un lado de la fachada de la biblioteca Eugenio Trías, ese edificio que muchos años antes había sido la Casa de Fieras del Retiro. Tampoco se había vestido para celebrar el buen tiempo. Ella iba de negro, como siempre, solo que ahora también llevaba una mochila colgada de los hombros.

—¿La has conseguido? —le preguntó Ángela.

Eva le dijo que la llevaba a la espalda, cargada, y le repitió la misma pregunta que le había hecho la noche anterior, antes de separarse:

—¿Y tú estás segura de que quieres hacer esto?

Ángela afirmó con un gesto de cabeza, aunque no lo estaba. Otra cosa era que supiera que tenía que hacerlo, y eso sí lo sabía. Eva le dijo que, por el momento, guardaría ella el arma. A Ángela le pareció bien y echaron a andar por el soleado Retiro hacia el futuro nublado que las esperaba.

La caseta 237 quedaba en el otro extremo del Paseo. La masa de gente que caminaba entre libros y escritores apenas dejaba avanzar a Ángela y Eva. Recorrer unos metros suponía gastar varios minutos. En uno de esos pasos alguien las adelantó corriendo tan rápido que a punto estuvo de llevarse a Ángela por delante, aunque no fue eso por lo que ella gritó. Quien la había empujado era un payaso asesino, disfrazado con un traje blanco con un lazo

enorme al cuello y pompones de colores por botones. Llevaba la cara cubierta por una máscara, con pelo anaranjado a los lados, que se quitó al ver el estado de Ángela, que buscaba el aire como un pez al que han sacado del agua.

—Perdona, ha sido sin querer —se disculpó la chica disfrazada—. ¿Estás bien?

—Sí, es solo que...

Coulrofobia. Ángela había olvidado que la padecía. No había pensado en que se le haría aún más difícil enfrentarse al asesino si llevaba esa máscara.

La chica del disfraz volvió a disculparse y se agarró del brazo del amigo con el que corría.

—¡Vamos, que la firma es a las siete! —le dijo.

Ese chico también iba disfrazado, igual que los otros del grupo que llegaron detrás. Todos eran de la Blogger Lit Con y todos estaban ansiosos por conocer al PayasoUCM. Había muchos más, casi cincuenta, a los que Ángela y Eva vieron cuando llegaron a la caseta 237.

—El asesino es un auténtico cabrón —dijo Eva, que por primera vez parecía asustada—. Todos estos payasos que vienen a ver a un asesino real... esto sí que da miedo.

—¿Dónde está Koldo? —preguntó Ángela mirando a su alrededor.

—Será alguno de estos, pero a saber cuál...

Entre la gente, Ángela vio a alguien que no iba disfrazado de payaso. Alguien a quien, en el fondo, esperaba encontrar allí: Sebas. Se acercó a él.

—No deberías estar aquí, Sebas. ¿Tú también has visto el vídeo?

—Claro, lo han visto más de mil personas. No me puedo creer lo que ha hecho Koldo. Toda esta gente está aquí por su culpa. Han venido a la firma de un asesino...

—Al menos, al fin sabremos quién es.

—¿Qué vamos a hacer, Ángela? ¿Vamos a dejar que firme libros en los que cuenta cómo nos mata?

Dudó, pero decidió no contarle lo que se proponía. Lo que hizo fue abrazarlo y pedirle perdón. Por lo que había ocurrido entre ellos y porque alguien quería matarlo por su culpa. Sebas le pidió que lo olvidara, todo, aunque no se soltó de su cuerpo. La miró y ella supo que quería besarla.

Ángela se separó de sus brazos y él la dejó hacer, aceptándolo con una sonrisa triste. Eva se acercó a ellos, visiblemente preocupada.

—Chicos, creo que pasa algo —les dijo señalando la caseta en la que iba a firmar el PayasoUCM.

La gente de la Blogger Lit Con ya hacía cola. Eran tantos que un hombre uniformado de amarillo y marrón, como el resto del equipo de seguridad de la Feria, había colocado vallas para organizar la fila. Los que ocupaban los primeros puestos estaban armando revuelo, protestando. Era porque en la caseta 237 no había nadie.

—¿Qué ocurre? —se preguntó Ángela, acercándose.

Escuchó a la librera que trataba de controlar a los chicos que estaban frente a su caseta.

—Lo siento, pero os habéis equivocado. ¡Aquí no hay ninguna firma de una novela de terror! Esta caseta es de una librería especializada en historia y hoy no firma ningún autor.

Ángela siguió escuchando y oyó a los lectores del PayasoUCM protestar porque sí que era allí donde iba a ser la firma, todos lo habían visto en el vídeo de Koldo, aunque enseguida empezaron a plantearse lo que podía estar sucediendo.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó Ángela a Ruth, la amiga de Koldo.

—Que no hay ninguna firma del PayasoUCM... Parece que Koldo se lo inventó todo.

—Solo lo ha hecho por fastidiar a los organizadores de la Blogger Lit Con —dijo otro chico del grupo.

Ángela escuchó pedazos de las conversaciones de unos y otros. Todos conocían a Koldo, sabían de su necesidad de llamar la atención, y no los sorprendía que se lo hubiera inventado todo para conseguirlo.

—¿Sabes dónde está Koldo? —le preguntó Ángela a Ruth.

—No ha aparecido aún. Y no contesta al móvil...

La voz empezó a correr por la fila, enfadando a todos y convenciéndolos de que esa firma no era más que algo que había montado Koldo porque era él quien estaba escribiendo ese libro. Se oyó que seguro que no lo tenía publicado, por eso ahora está dando marcha atrás, que no le teníamos que

haber hecho ni caso y que deberíamos estar en la firma de Blue Jeans, como el resto de los de la Blogger Lit Con. Al final, a Ruth le llegó un whatsapp de Koldo, que leyó en voz alta:

—Diles a todos que no hay firma del PayasoUCM. La ha cancelado porque alguien entró en su ordenador y estuvo cotilleando lo que tenía escrito, sacando *spoilers*. Dice que debe reescribir el final, pero que ya tiene a sus personajes donde quería.

Hubo más comentarios contra Koldo porque todo eso sonaba absurdo y ya nadie parecía creerlo. Su mensaje era solo la guinda de una gran mentira. Para todos menos para Ángela, Eva y Sebas.

—Sabe que hemos leído el final y que íbamos a cazarlo. Y ahora nos tiene donde quería y va a reescribirlo —dijo Eva, mirando a su alrededor, asustada porque lo que veía eran payasos asesinos.

—Un momento, ¿ibais a cazarlo? ¿De qué va todo esto? —preguntó Sebas.

Ángela intentó explicarse, pero ahora fue ella la que recibió un whatsapp en su móvil.

—Es el PayasoUCM. Está aquí.

**PayasoUCM**

¡Ángela! ¿Qué tal estás? Llevamos un tiempo sin hablar. Desde que estuviste visitando a tu amiga Alicia en los Pirineos...

19:05

**Ángela**

¿Qué quieres?

19:06

**PayasoUCM**

Ver tus entrañas ☺. Pero antes me gustaría saber tu opinión sobre algo que he escrito. Aún no es una versión definitiva, son solo unas notas.

19:07

**Ángela**

Vete al infierno.

19:07

**PayasoUCM**

Te esperaré allí. Pero antes échale un ojo al nuevo capítulo que he escrito, porfa. Te lo paso por aquí. En exclusiva, para ti.

¡Espero que te guste!

19:07

## 6. EL ESCONDITE

La Feria del Libro estaba en pleno apogeo. El público caminaba entre las casetas, buscando a sus autores favoritos para hacerse con su firma. Por primera vez en mi vida, yo estaba en el segundo grupo. Entraba en la Feria por la puerta de la calle Alcalá como un escritor. Me sentía realmente eufórico. ¡Al fin iba a poder disfrutar de la compañía de mis lectores! Les dedicaría a todos los primeros ejemplares de mi novela, ahora en una versión autopublicada. Estaba ansioso por escribirles dedicatorias, hacerme fotos con ellos, que compartirían en sus redes sociales, y todas esas cosas que convierte a los escritores en ídem en el siglo XXI. Además, al fin ellos podrían leer el final de mi libro. Ya estaba escrito, pero iba a comprobar su efectividad en directo. Había planificado una muerte de lo más literaria para el Narciso, con homenaje a una de las mejores novelas de mi maestro. Jugar con los referentes es mi debilidad. Quizá haya algunos ineptos que lo consideren una falta de creatividad, pero en realidad es toda una declaración de intenciones posmoderna. Vivimos en un tiempo literario en el que ya se ha escrito todo y solo nos queda la reescritura, el pastiche y la nostalgia. Había pensado redactar toda una orgía novelesca que empezaría con la matanza del Narciso. Tenía el hacha, tenía el laberinto y tenía las ganas de romperle los huesos a ese esbirro que me había ayudado a escribir algunos de los capítulos anteriores. Lamentablemente, he tenido que cambiar la trama. ¡No me queda más remedio que reescribirme a mí mismo! Perderé algunos de los homenajes que quería hacer a mi maestro para escribir mis últimos capítulos porque ahora todo tiene que cambiar. Mis personajes han cobrado vida y me han obligado a replantearme el final de la historia. En realidad, eso es bueno. He conseguido crear personajes con arcos que me han llevado hasta un punto que no imaginaba. Aunque hay algo que sí que mantendré y es el

escenario final. Las mejores historias siempre terminan en el mismo lugar en el que comenzaron. Los personajes vuelven allí después de ese viaje que los ha convertido en héroes para enfrentarse al clímax. Os prometo que no os decepcionará, queridos lectores, y, si fuera así, culpado a la Monja. Resulta que su amiguita gótica se dedicó a cotillear mis borradores de Wattpad y a soltar spoilers a mis personajes. Reconozco que al principio me fastidió, a nadie le gusta que le toquen su obra, pero he decidido tomármelo como un estimulante proceso de edición. Creo que será positivo porque he recuperado el componente sorpresa, frente al siempre sobrevalorado suspense. He tenido que darle vueltas, pero al fin la trama vuelve a encajar. Ahora tengo a mis personajes justo en el lugar que quería. Además, he encontrado un mecanismo para la muerte del Narciso aún más espectacular. En realidad, todo lo será. Os prometo que el final de mi novela será un grito de terror.

### **PayasoUCM**

¿Qué te ha parecido el capítulo? No me juzgues, es solo una primera versión. Lo revisaré después de limpiarme la sangre de ese marica.

19:10

### **PayasoUCM**

Ah, y échale también un ojo a esto.

19:10

Y le envió un vídeo. Koldo, en alguna zona del Retiro de esas en las que los árboles apenas dejan ver la luz y por las que nadie camina. La boca la tenía sellada con cinta americana. En un plano subjetivo, el Payaso le acercaba un hacha al cuello. Los ojos del chico, llorosos por el terror, parecía que se le iban a salir de las cuencas. Gritaba, ahogado, y suplicaba por su vida mientras el filo del hacha le acariciaba la piel.

**PayasoUCM**

Estoy empezando a grabar la película basada en mi novela. ¿Verdad que acojona?

19:12

Llamada perdida de Ángela a las 19:13h

**PayasoUCM**

Ya sabes que no me gusta hablar por teléfono, Ángela. ¡Dime lo que quieras por Whatsapp!

19:14

**Ángela**

Deja a Koldo. Me quieres a mí. Pues aquí me tienes. ¿A qué estás esperando? ¿A QUÉ ESTÁS ESPERANDO?

19:14

**PayasoUCM**

¿Jugamos al escondite? Si me encuentras, te prometo que Koldo vivirá.

19:14

**Ángela**

¿Y por qué iba a creerte?

19:15

**PayasoUCM**

Porque es verdad que te quiero a ti. Venga, juega conmigo, Ángela. ¡Estoy muy cerca!

19:15

Y le adjuntó una fotografía. Un selfi en el que su rostro quedaba en primer plano; tras él, la multitud que paseaba por entre las casetas. Ángela, Sebas y Eva estaban entre ellos, podían verse en la pantalla. El asesino que quería enviarles al Averno se encontraba tan solo a unos metros de ellos.

—Está aquí, disfrazado de payaso —dijo aterrada Ángela mientras les enseñaba la foto a sus amigos.

Con la respiración disparada, miraron a su alrededor. Gente que caminaba despreocupada, sin saber que entre ellos había un asesino despiadado que se excitaba imaginando cómo despellejaría a sus víctimas.

—Vámonos —les pidió Sebas, acobardado.

—¡Tiene a Koldo!

No, no iba a marcharse. Ángela no permitiría que nadie más muriera por su culpa. Por eso les dijo a Sebas y a Eva que ellos se marcharan, que esto es cosa mía y que solo yo tengo que hacerlo. Ni siquiera le respondieron. Antes de que Ángela terminara de hablar, ambos ya habían decidido que se quedarían con ella.

—Chicos, allí hay un payaso —dijo Eva, señalando con los ojos tras la espalda de Ángela.

Sin pensarlo, Eva echó a correr hacia él. Lo agarró y le quitó la máscara. Dos chicas, amigas de la que llevaba el disfraz, se acercaron a ver qué ocurría, desconcertadas.

—¿Qué estás haciendo, tía? —dijo la chica disfrazada de payaso.

Solo era una de las de la Blogger Lit Con.

—Perdona... —se disculpó Ángela, desconcertada.

Después, el PayasoUCM le envió otro mensaje al móvil.

### **PayasoUCM**

Frío, frío... Díselo a tu amiga lesbiana.

19:20

Eva, Ángela y Sebas miraban a su alrededor mientras caminaban, como si fuera una brújula y ellos estuvieran en su centro, sin saber qué punto cardinal elegir. Para abarcar más zonas del mapa, Sebas caminó por detrás de las

casetas. Eva y Ángela siguieron por el paseo de Coches.

—Payaso asesino con móvil en la mano a las nueve en punto —le dijo Eva a Ángela.

—¿Mi reloj o el tuyo?

—El tuyo.

Ángela giró la cabeza en esa dirección. Sí, allí había otro posible agresor, uno con muchas más posibilidades de serlo porque tenía el móvil en la mano, en el que escribía. Un instante después, a Ángela le llegó otro whatsapp.

**PayasoUCM**

Vamos, Ángela. Estoy tan cerca que  
puedo oler tu coño...

19:22

—A la de tres, nos lanzamos juntas a por él —propuso Eva—. Uno, dos...

—Tres.

Y Ángela echó a correr hacia el payaso. Le robó el móvil de las manos mientras Eva lo empujaba contra las paredes de la caseta, despertando las alarmas de los que estaban por allí. Decían qué pasa, están locas y se han lanzado a por ese chico. Eva le quitó la careta. Era otro de los seguidores de la Blogger Lit Con.

—¿Qué coño estáis haciendo, tías? —protestó el payaso.

Ángela miró la pantalla del móvil. Tinder, en eso era en lo que estaba ocupado el chico cuando lo interceptaron.

—Perdona... —le dijo Ángela, devolviéndole el teléfono.

Eva lo soltó, aunque ni siquiera se disculpó. Uno de los de seguridad de la Feria se acercó para saber qué ocurría. Sebas, que se unió a las chicas al ver el revuelo, intentó explicarse, contándole que solo era un juego que habían organizado entre bloggers. Eva tuvo que dar explicaciones, pero Ángela pudo escabullirse y seguir con la búsqueda. El PayasoUCM volvió a escribirle.

**PayasoUCM**

Veo que no se te da muy bien jugar al

escondite. Lo tuyo es más escribir mierda  
sobre la gente sin su permiso. ¿Verdad,  
pequeña zorra?  
19:28

Caminaba a solas por el paseo de Coches cuando Ángela empezó a sentir angustia. Le parecía que la gente la agarraba para que no pudiera avanzar. Confundió a un chico que se reía con un payaso, y después a otro, y a otro. Sus ojos ya solo veían trajes blancos de circo y pelos rizados de color naranja. Se le disparó la ansiedad y empezó a faltarle el aire. La coulrofobia volvía a por ella.

—Por favor, déjenme pasar —le rogaba a la gente mientras caminaba, apartándolos, sin saber si eran o no payasos que se reían de ella.

Volvió a ver con claridad al notar cómo algo le cortaba el brazo. Con poca profundidad, pero la suficiente para que se dibujara una línea de sangre en él. Gritó.

—¿Qué te pasa? Estás sangrando —le dijo una señora.

No le respondió, Ángela buscaba a su alrededor a quien la había atacado. Se angustió aún más y echó a correr, apartando a la gente a empujones, hasta que Eva y Sebas la encontraron.

—¡Me ha cortado! —les dijo enseñándoles la raja ensangrentada del brazo.

—¿Dónde está?

—No lo sé...

El móvil que llevaba en la mano vibró. El PayasoUCM le enviaba un nuevo mensaje.

**PayasoUCM**

¿Ya te has rendido, Ángela? Te creía más  
empoderada... Voy a darte una pista,  
anda.  
19:30

Y le envió una nueva fotografía. Ángela la amplió y vio la caseta junto a

la que estaba el PayasoUCM.

—En la 237, está allí —les dijo—. ¿Qué hacemos?

—Acabar con ese cabrón —dijo Eva decidida—. Ángela, tú ve por delante. Sebas, tú por el lateral. Yo voy a ir por detrás de las casetas. Si lo cogemos entre los tres no se va a poder escapar. Lo sacamos de la zona del paseo de Coches, nos lo llevamos a la arboleda, que allí no habrá nadie, y...

—Lo haré yo —sentenció Ángela mirando la mochila en la que Eva llevaba la pistola.

Había vuelto a perder el miedo. O quizá no, pero sabía que ese era el único modo de desprenderse de él.

—¿Hacer qué? —preguntó Sebas, desconcertado.

Pero no se lo explicaron. No había tiempo.

—¡Vamos, ya! —gritó Eva, que echó a correr hacia la parte trasera de las casetas.

Sebas se fue por el lateral y Ángela caminó de frente, con la mirada fija en la número 237. La separaban unos cincuenta metros de ella. La gente a su alrededor ya no parecía detenerla, las piernas se le movían con la decisión suficiente para que se apartaran a su paso. Iba deprisa, hasta que ya casi corría. Aún le faltaban unos metros para llegar a la caseta, pero vio al PayasoUCM. Vestía el traje blanco abolsado, calado de sangre en el estómago. Caminaba hacia ella con los brazos extendidos, pero lo hacía despacio, casi tambaleándose. La gente lo miraba, señalándolo. Los niños se escondían en las piernas de sus padres, asustados, pero a los mayores se les escuchaba decir que sería la publicidad de alguna novela de terror. Uno de ellos dijo que era Pennywise, el payaso de Stephen King, y que el libro que anunciaban seguro que era *It*. Solo Ángela parecía saber que lo que ocurría era real. En realidad, ese payaso le estaba pidiendo ayuda, aunque eso tardó unos segundos más en descubrirlo. Antes, llegó frente a ella y la abrazó. Cayeron juntos al suelo. Ángela gritaba y gritaba, sin poder quitarse al payaso de encima. El público miraba el espectáculo, reaccionando como si solo fuera eso, una atracción. Hasta que llegó Sebas.

—¡Ángela!

Le quitó el payaso de encima. Ángela estaba manchada de sangre, como

si le hubieran abierto la tripa.

—¡Llaman a una ambulancia! —gritaba Sebas, tapándole la herida a Ángela. Pero ella no tenía ninguna.

—No es mía. ¡La sangre no es mía!

Era del payaso, tirado a su lado. Ahora sabían que tenía cortes por todo el estómago, los suficientes para matarlo, pero también para que aún hubiera podido dar pasos débiles hacia Ángela, pidiéndole auxilio. Sebas le quitó la careta justo cuando el payaso exhalaba el último suspiro. Estaba muerto, pero no era el asesino.

Era Koldo.

Gritos, eso fue lo que llenó la Feria del Libro del Retiro. También una avalancha humana que salió corriendo, presa del pánico. Había un cadáver, y quizá un asesino recorriendo el paseo de Coches con la misma hacha con la que había matado a Koldo. El equipo de seguridad de la Feria intentó que se mantuviera la calma y delimitó el escenario del crimen con vallas, haciendo correr la voz de que solo había sido un accidente. Lo decidieron así para evitar la propagación de la alarma y el pánico consecuente. Unos minutos después, llegó una ambulancia, bajó de ella el personal médico y atendieron a Koldo y a Ángela. Al primero lo cubrieron con mantas. Ya estaba muerto. Ángela acabó tumbada en una camilla y la metieron dentro de la ambulancia. Tenía sangre hasta en la boca, que se mezclaba con su propia saliva, haciéndosela tragar. Sufría un ataque de pánico y por eso los enfermeros no dejaron que Sebas y Eva entraran con ella.

—Tranquila, no estás herida —le dijo el enfermero.

Si Ángela estaba en *shock* no era porque creyera que tenía un corte en alguna parte de su cuerpo que no encontraba. Era porque, hasta ese momento, lo que el PayasoUCM hacía solo era literatura. Sus crímenes estaban escritos con un realismo desgarrador, pero nunca había mostrado sus cadáveres. Por ese motivo, una parte de Ángela esperaba que, al final, todo fuera un truco; en cualquier momento, Virginia y Rai aparecerían y le contarían que ellos habían sido parte de una broma macabra. Eso ya nunca ocurriría, ahora Ángela sabía que todo era real. Tenía en su piel la muerte de Koldo. El PayasoUCM asesinaba de verdad.

La tarde ya había perdido toda la luz y las casetas habían echado el cierre, aunque eran muchos los curiosos que rondaban por la zona, como ocurre siempre que hay algo morboso que mirar. El enfermero no dejó a Ángela a solas en la ambulancia para que descansara hasta que el ritmo de sus pulsaciones no recuperó una frecuencia similar a la de la normalidad. Le había dado un ansiolítico, que ella había guardado en la boca y escupido. No quería estar drogada porque sabía que el asesino andaba cerca.

—¡Ángela! ¿Estás bien?

Sebas había entrado en la ambulancia. Lo abrazó, aterrada.

—Koldo está muerto, Sebas. Ya no es solo algo escrito... ¿Quién está haciendo esto?

—No lo sé...

Sebas le dio a Ángela el móvil que había recogido del suelo del paseo. Ella ni sabía dónde lo había perdido después de todo lo que había pasado.

—Ha llamado Nando, pero no he respondido.

Lo primero que Ángela pensó fue que tenía que devolverle la llamada, pero Sebas le pidió que lo escuchara antes:

—Creo que es mejor que no le cuentes a Nando lo que ha pasado. Querrá salir del hospital y venir.

El asesino, probablemente, seguiría cerca de ellos. En el hospital Nando estaba a salvo. Ángela estuvo de acuerdo. Sebas le dijo algo más:

—Te ha escrito el PayasoUCM...

### **PayasoUCM**

¿A que te ha gustado el capítulo de la muerte de Koldo? Ya te dije que iba a mejorar mucho con la edición.

20:32

**Ángela**

¡Eres un hijo de puta!

21:00

**PayasoUCM**

Al fin respondes... Mi madre no tiene nada que ver con todo esto. En cambio, la de Alicia sí... ¿Te acuerdas de esa chica a la que mataste?

21:01

**Ángela**

Yo no he matado a nadie.

21:02

**PayasoUCM**

Tú los has matado a todos, Ángela. Y seguirás haciéndolo. Quiero que sufras por sus muertes. Por eso voy a cortarte la cabeza la última.

21:02

La puerta de la ambulancia se abrió de golpe. Ángela retuvo un grito en la garganta al ver que era el enfermero.

—¿Te encuentras mejor? —le preguntó.

—Sí, mucho mejor —mintió Ángela

—Entonces, deberías salir. Me ha dicho la policía que quiere hablar contigo.

A solas de nuevo, Ángela compartió su miedo con Sebas. La policía estaba allí, era lo normal. También era normal que quisieran hablar con ella, aunque había algo que a Sebas le parecía extraño:

—Eva se marchó corriendo en cuanto llegó la policía. Es raro, ¿no?

Para Ángela no lo era. Ella sabía que Eva llevaba la pistola en la mochila. Si le hacían preguntas, si intentaban esclarecer qué había pasado y descubrían que llevaba un arma, todo se habría complicado aún más.

—Eva ha escapado porque tenía la pistola —le confesó a Sebas.

—¿Qué? ¿Una pistola?

Se lo explicó, pero él abrió más interrogantes. ¿Cómo era posible que hubiera conseguido un arma tan rápido? Además, era Eva la que los había llevado hasta allí enseñándole el capítulo de la muerte de Koldo, pero después habían cambiado los planes de golpe. Y todo lo de ese blog de Mery Read... Se movía en el mundo de internet como una pirata. ¿De veras no sabía nada de Alicia? Todo eso fue lo que le dijo Sebas. Y más cosas:

—Eva puede conseguir un arma, pero no es capaz de evitar que el PayasoUCM descubra que ha estado mirando sus borradores. Es muy raro, Ángela.

Ella le contestó con un silencio de unos segundos que podía leerse como si fueran sus dudas.

—No sé, me parece rarísimo el modo en el que se comporta. Piénsalo, Eva organizó el plan para atrapar al Payaso. Ella se va por la parte de atrás de las casetas, se esfuma, y luego Koldo aparece con puñaladas por todo el cuerpo.

—Sebas, Eva no es...

—O sí, quizá lo sea. Si tú eras la que iba a disparar, ¿por qué no te dio la pistola?

Ángela suspiró, pero porque ya no tenía fuerzas para seguir intentando encajar las piezas de ese rompecabezas de millones de fichas. Estaba cansada de que el PayasoUCM se lo destruyera cada vez que creía haber completado una de sus partes.

—Lo único que sé es que no podemos hablar con la policía —dijo Ángela—. Si nosotros no lo entendemos, ellos aún menos. Tenemos que irnos, Sebas.

Estaba de acuerdo, así que bajaron de la ambulancia, pero ya era tarde. El despliegue policial rodeaba la zona. Incluso habían llegado periodistas y cámaras de televisión. Unos agentes examinaban el cuerpo de Koldo, tirado en el suelo. Ángela y Sebas intentaron aprovechar el revuelo para escapar sin llamar la atención, hasta que una voz tras su espalda les dio el alto.

—¿Ángela?

Era la agente Novoa, del Departamento de Homicidios.

—Eres Ángela, ¿verdad?

La chica afirmó con un gesto de cabeza, sin atreverse a mirarla a los ojos. Novoa empezó la conversación de un modo amable, preguntándole si estaba bien. Después, quiso saber lo que había ocurrido. No hizo falta que le dijera que era un interrogatorio para que ella supiera que eso era a lo que la sometía.

—Ha sido todo muy confuso. Estaba en la Feria y de pronto ese chico vino hacia mí, sangrando. Pensaba que era solo una broma, pero la sangre era de verdad...

—Sí, es todo muy extraño —dijo Novoa mirando las manchas en la ropa de Ángela.

La chica no añadió nada más. Novoa miró a Sebas, a un par de metros, en silencio.

—¿No has venido con tu novio?

—No...

Supo al instante que había sido un error añadirle puntos suspensivos a la entonación de la negación.

—¿Dónde está? ¿Seguís enfadados?

Si le contaba que en el hospital porque solo unas horas antes habían intentado asesinarlo, todo se complicaría aún más, así que le dijo que simplemente no habían quedado esa tarde.

—¿Y dices que no conocías a ese chico que ha fallecido?

—No —mintió Ángela, sin pensar en que hacerlo era una torpeza.

—Vaya, qué extraño —exclamó Novoa, que dio un paso más hacia ella —. Me acaban de comunicar que estudiaba el grado de Literatura en tu facultad. La misma en la que murió el profesor Cruzado.

No pudo mentir más. Ángela apartó la mirada, como si tuviera escrito en la frente la palabra «culpable».

—¿Por qué te empeñas en mentirme, Ángela?

—Es que no lo conocía. La facultad es grande y... Además, no sabía que era Koldo a quien habían asesinado.

—Yo no he dicho que lo hayan asesinado —ganó el pulso Novoa.

Las palabras se le atascaron a Ángela en la boca, sin encontrar el modo de que formaran una frase que la exculpase. Consiguió algo de tiempo para

pensarlo porque un agente se acercó a Novoa para informarle de que acababa de llegar el juez de paz para levantar el cadáver.

—Quédate por aquí, Ángela. Aún no hemos terminado la conversación.

De nuevo a solas, Sebas le propuso a Ángela que buscaran una salida del parque antes de que Novoa volviera, que escapasen, pero lo único que ella movió fueron sus ojos. La policía estaba hablando con algunos de los de la Blogger Lit Con, que los señalaban. Habían visto a Ángela, Sebas y Eva correr frente a las casetas, buscando al asesino. A algunos de ellos incluso los habían interceptado para quitarles las caretas. Sus testimonios, como mínimo, despertarían sospechas sobre lo que sabían. Incluso podían hacer que parecieran culpables de la muerte de Koldo.

—Novoa sabe quién soy, Sebas. Si me voy ahora, no tardará en encontrarme y tendría que explicarle por qué he escapado. Y si no me encuentra ella lo hará el PayasoUCM. Ya no puedo seguir huyendo...

Derrotada, así se sentía. No podía dar un paso más, a no ser que fuera en la única dirección posible. Por eso, antes de que continuara hablando, por su mirada, Sebas ya sabía lo que iba a proponerle:

—Tenemos que contárselo. Tenemos que decirle lo que hicimos, Sebas. ¡Esto es real, ese asesino mata de verdad! Si no pedimos ayuda, acabaremos como Koldo, como Virginia y como Rai. ¿De verdad prefieres eso a la cárcel? Porque yo no. Ya no...

Lo entendía. Sebas sabía que llegaría ese punto en el que ella sentiría que había perdido las fuerzas, que nunca iban a salir del laberinto en el que se encontraban. También sabía que la puerta que ella quería abrir los llevaría hasta otra ratonera.

—Ángela, yo estoy dispuesto a asumir las culpas. Hablar con la policía y contarles la verdad. Pero ¿lo hará también Nando?

—Nando quiere que esto se acabe y sabe que esa es la única manera. Fui yo la que le dije que encontraría otra solución, pero es que no la hay.

—¿Y Sara? ¿Qué crees que dirá ella? Porque no servirá de nada si nosotros damos una versión y ella la niega.

Que Sara le dijera que negaría lo que le habían hecho a Cruzado no haría que Ángela cambiase de opinión. Estaba decidida a confesarlo todo, aunque

Sebas le hizo comprender que era justo que, al menos, la avisara antes. Que su amiga supiera que la policía la llamaría y que quizá se presentasen en la puerta de la casa de sus padres para detenerla. Por eso, Ángela buscó el número en el móvil y le dio al botón de llamar. Esperó más de cinco tonos, pero nadie respondió.

—Quizá sea una señal... Aún tenemos una oportunidad de marcharnos — dijo Sebas, señalando con la mirada tras ellos.

En ese momento, la policía parecía ocupada en controlar la zona y levantar el cadáver de Koldo.

Ángela decidió intentarlo una vez más, pero esta vez buscó en la agenda el número de teléfono de la casa de los padres de Sara. Lo tenía porque había pasado allí unos días de las vacaciones, mucho antes de que toda esa pesadilla comenzara. Encontró el número y pulsó el botón de llamada. Reconoció la voz de la madre de Sara al otro lado de la línea.

—¿Señora Barcia? Soy Ángela Kuntz, la compañera de clase de su hija Sara.

—¡Querida! ¿Cómo estás? —le preguntó la madre de Sara, que parecía feliz de escucharla.

—¿Puedo hablar con Sara? La he llamado al móvil, pero no me contesta.

—¿Con Sara? No está aquí...

Ángela suspiró, consciente de que eso la obligaría a retrasar la situación un tiempo que no tenía. Desde la distancia, la agente Novoa lanzaba miradas fugaces hacia ella.

—¿Y sabe si volverá muy tarde? Tengo que hablar con ella. Es importante.

—¿Has probado a llamarla a su habitación de la residencia?

Extrañada, Ángela le preguntó si Sara había vuelto a Madrid esa misma tarde.

—Ángela, ¿qué estás diciendo? Mi hija no ha estado en casa estos días...

—¿Cómo?

—Sara no ha venido por aquí desde las Navidades. Nos dijo que había conseguido un papel en una obra y que no podía moverse de Madrid.

—No puede ser —dijo Ángela, sin poderlo creer.

—¿Ocurre algo, Ángela?

Pero no le contestó. Colgó el teléfono porque eso significaba algo que jamás habría imaginado.

El PayasoUCM, Sara... Era ella.

Sara era la asesina.

Ángela había conocido a Sara el día que se había instalado en la residencia. Aún no había abierto la maleta. Estaba ocupada en contemplar la habitación que sería su casa durante el primer tramo de su vida adulta. Madrid, y la universidad. ¡Al fin! Se sentó en la cama y la probó botando un poco, como se hace siempre al conocer un nuevo colchón. Después, empezó a poner orden en sus cosas, ese que necesitaba para que su cabeza funcionara. Mientras estaba en eso, llamaron a la puerta. Varias veces, con insistencia. Abrió, sin preguntar quién es, y se encontró con Sara. Esa fue la primera vez que la vio. Llevaba el pelo alborotado, pero de una manera que no le restaba atractivo, sino que se lo sumaba. Vestía una camiseta larga, con el rostro de Debbie Harry, la cantante de Blondie, que le dejaba un hombro desnudo. Solo llevaba la camiseta, pero no parecía importarle estar casi desnuda frente a una desconocida.

—¡Tienes que ayudarme! —le rogó.

Dejó que Sara entrase en la habitación y que cerrara la puerta, como si estuviera escapando de alguien.

—¿Qué ocurre?

—Pues lo que siempre me pasa... ¡No sé qué excusa ponerle ahora para que se largue de mi habitación!

—¿Quién?

Un chico que ni sabía cómo se llamaba. Se lo había ligado la noche anterior, en Campus. Él no paraba de llamarla Sara y ella no paraba de llamarlo cariño, amor y cosas similares para que no se diera cuenta de que ni

siquiera sabía su nombre.

—Le he dicho que tengo que salir de compras, pero ¿es que quiere acompañarme! Pobre, es un encanto, pero es que esos no son mi tipo más que cuando me he tomado un número escandaloso de chupitos. Dios, qué resaca tengo...

—Y ¿qué quieres que haga yo?

—Que te presentes en mi habitación y me digas que tienes que contarme una cosa muy fuerte que te ha pasado. A solas. Si lloras un poco seguro que querrá salir corriendo. Chicas deprimidas es el mejor revulsivo para los tíos.

—¿Lo de llorar es imprescindible? Soy de las que no lo hacen ni viendo *El diario de Noah...*

—¡Me encanta esa película! Bueno, en realidad, me encanta cualquier cosa en la que salga Ryan Gosling. La trama me da igual...

—Ya tenemos algo en común. Pero ¿cómo lo hago para que se crea que somos amigas? No sé cómo te llamas.

—Soy Sara. Y no somos amigas. Somos íntimas.

A Ángela le encantó Sara desde el primer minuto. Hablaba sin parar, era ingeniosa y tenía algo que a ella le faltaba: valor. Ángela pensó que sería un personaje de novela de esos que se leen con una sonrisa. Personalidad literaria, ese era el criterio que Ángela utilizaba a la hora de hacer amigos. Sara la tenía y por eso la eligió. Lo que nunca había pensado era por qué la había escogido ella. En realidad, eran como la noche y el día.

Ahora sabía que no había sido una casualidad que Sara hubiese llamado a la puerta de su habitación aquella mañana. Tampoco que estudiara Literatura, aunque no le pegase nada, y se sentara a su lado en clase. Nada de todo eso había sido una casualidad.

**Ángela**

Sara, no puedes ser tú... ¡No puedes ser tú!

21:20

**PayasoUCM**

Menuda sorpresa, ¿verdad? Te la he

metido doblada. Y el hacha también te la voy a meter por la garganta.  
21:23

**Ángela**

¿Por qué? ¡¿POR QUÉ?!  
21:23

**PayasoUCM**

Ya te lo contaré, pero antes quiero que veas una cosita 😊.  
21:24

Le envió un vídeo grabado con el móvil, en vertical. Empezaba con Sara, atusándose el pelo para asegurarse de que salía favorecida. Lo hacía siempre que estaba frente a la cámara, como en esos otros vídeos que le había enviado desde que eran amigas para contarle dónde estaba, intentar convencerla de que salieran por la noche o informarle de la última jugarreta que le había hecho Rai. Pero este era diferente. Era una amenaza:

—¡Hola Ángela! —la saludó desde la pantalla—. Me acaba de llamar mi madre contándome que no sabías dónde estaba. Perdona, se me olvidó decirte que ya estoy por aquí. Estaba muy preocupada por lo que le había pasado a Nando, así que he venido a ver qué tal estaba... Mejor estar todos juntos, ¿no? Con el marrón que tenemos encima...

La cámara se movió y enfocó a Nando, tumbado en la cama del hospital. Sonreía porque quizá ni se imaginara que lo estaba grabando una asesina despiadada.

—Hola, mi amor. Disfruta de la cena con tus padres, que ya ha venido la enfermera suplente.

Ahora el objetivo de la cámara volvía a enfocar a Sara.

—¡Tu novio es tan encantador...! No entiendo por qué no soy yo la que sale con él, de verdad.

Y su cara cambió para despedirse. Sara dejó de interpretar y se mostró como lo que de verdad era: una criminal.

—Lo vamos a pasar de muerte.

### **PayasoUCM**

Si le cuentas algo a la policía, acabaré con el torturado de tu novio antes de tiempo.

Ven a escribir tu capítulo final, monjita.

21:27

Por eso Ángela y Sebas corrían por los pasillos del Hospital Clínico. Escapar de la teniente Novoa no fue fácil. Ángela le dijo que no se encontraba bien, necesitaba volver a la ambulancia. Cuando ya no estaba a la vista de la policía, huyó. Seguro que había despertado las alarmas, y era más que probable que ya la estuvieran buscando, pero si había una posibilidad, una mínima posibilidad, de salvarle la vida a Nando iba a pelear por ello. Además, sabía que Sara la quería a ella.

Ángela y Sebas subieron en el ascensor y se detuvieron en la décima planta. Corrían de tal manera que la gente que estaba en los pasillos empezó a decir qué pasa, quiénes son esos dos y por aquí no se puede correr, chicos. Pero no se detuvieron. Ángela fue la primera en entrar en la habitación 1048.

—¡No! —exclamó aterrada.

La cama de Nando estaba vacía. Sus cosas habían desaparecido. Era como si nunca hubiera estado allí.

—¿Se puede saber qué está pasando? No podéis estar aquí —les dijo una enfermera, la misma que había atendido a Nando durante su estancia en el hospital.

—¿Dónde está el chico de esta habitación? —le preguntó Ángela mientras llamaba al móvil de Nando. Estaba apagado, igual que el de Sara.

—Se ha marchado. Pidió el alta voluntaria...

—¿Está segura de que fue él quien la pidió? —preguntó Sebas.

Le insistieron tanto en saber lo que había ocurrido que la enfermera fue hasta el control, donde lo comprobó en el ordenador.

—Nando Blein. Firmó el alta voluntaria hace poco más de una hora.

—¿Estaba solo? —le preguntó Ángela.

—Creo que había una chica con él, rubia, pero no puedo compartir más

información con vosotros. ¿Se puede saber qué ocurre?

Pero no le contestaron. Ángela y Sebas se alejaron por el pasillo, con la angustia apretándoles el corazón.

—¿Dónde están? Sara te dijo que quería verte para escribir el final de la novela, ¿no?

—Quizá ya esté escrito —dijo Ángela, buscando en el móvil.

Pero no había nada nuevo en la web de Wattpad, ni en el chat con el Payaso. Entonces recordó algo que ya había leído. Subió con el dedo por la pantalla hasta llegar al extracto de la muerte de Koldo.

—«Las mejores historias siempre terminan en el mismo lugar en el que comenzaron» —leyó, pensándolo—. Empezó en el club de lectura. ¡El último capítulo se desarrolla en la Facultad de Filología!

Las puertas de la facultad deberían haber estado cerradas, como todos los fines de semana. Las luces no tendrían que haber estado encendidas, pero así era. Ángela y Sebas caminaban por el hall, en estado de alerta. Sabían que Sara estaba allí, esperándolos. Se detuvieron junto a la estatua del Quijote, esa que conocía lo que habían hecho y que parecía que los llamaba criminales con la mirada.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Sebas—. No tenemos nada con lo que defendernos...

Ángela recordó la pistola, y a Eva. Ni siquiera la había avisado de que estaban allí porque Sebas le había contagiado sus dudas sobre ella. Además, Eva tampoco la había llamado a ella, a pesar de que sabía lo que había ocurrido. Era cierto que todo en ella resultaba contradictorio.

—Esto es muy raro. Sara nos ha traído hasta aquí, pero no parece que vaya a atacarnos... —dijo Sebas.

Miraban cada uno de los rincones de los pasillos, sin saber desde qué sombra iba a aparecer la asesina.

—¿Oyes eso? —le preguntó Ángela a Sebas.

Parecía música, aunque sonaba lejos. Según fueron subiendo las escaleras, se hizo mucho más presente en el aire. Música de orquesta, de los años treinta, de esa que obliga a viajar hasta un salón en el que parejas, vestidas de lentejuelas con flecos y frac, bailaban, bebían licor y fumaban cigarrillos con boquilla. La canción era *Midnight, the stars and you*, de Al Bowlly and Ray Noble. Siguieron sus notas hasta que los llevaron frente a la

puerta del aula 237. La del club de lectura. En ella los esperaba el capítulo final de la novela del PayasoUCM. Lo supieron porque había algo escrito en la puerta. En letras rojas, probablemente con sangre. Por primera vez, estaban colocadas en orden.

## MURDER

Ángela acercó las manos temblorosas al pomo.

—Espera, Ángela. No tenemos ninguna arma. ¡No sabemos lo que hay detrás de esa puerta!

Ella sí lo sabía. Estaba Sara, pero también Nando. Quizá aún con vida.

Ángela abrió la puerta, casi de un golpe. La música salía por los altavoces del aula. En la pantalla que los profesores utilizaban para proyectar los apuntes, se veía en bucle el vídeo de la secuencia de *El resplandor* en la que Jack Torrance tomaba un whisky en un salón de baile, rodeado de fantasmas de los años treinta, con esa música de fondo. En la silla del profesor, atado a los brazos, un payaso con la careta puesta. Despacio, casi pegados, Ángela y Sebas caminaron hasta él. Sebas le quitó la máscara.

—¡Nando! —exclamó Ángela, que le quitó con urgencia el esparadrapo de la boca y lo obligó a volver en sí.

—Desatadme, de prisa, antes de que vuelva Sara. ¡Es la asesina!

Ángela ya le había soltado los cabos del brazo derecho cuando oyó una voz a su espalda.

—¡Monjita! Cómo me alegro de que estés aquí...

Sara iba maquillada, como siempre. Llevaba unos vaqueros ceñidos y una cazadora de cuero con cremalleras. También unos botines, con tacón, como siempre, pero en la mano traía un hacha.

—¿Qué estás haciendo, Sara? —le preguntó Ángela, temblorosa.

—¡Actuar, Ángela! No sabes lo difícil que ha sido interpretar el papel de tu mejor amiga. Eres tan insufrible, siempre preocupada, siempre responsable... ¡Me merezco un puto Oscar!

Caminó hacia ella, haciendo bailar el hacha en la mano hasta apoyarla en

el hombro. Quizá solo estuviese en la cabeza de Ángela, pero le parecía que tenía los ojos más oscuros.

—¿Por qué?

—¿De veras quieres saberlo? Siempre es decepcionante el momento en el que el asesino cuenta sus motivos.

—¡Lo decepcionante es descubrir que eres una psicópata! —le gritó Ángela.

—Sí, bueno, eso dice mi psiquiatra. Y también que tengo un problema de ira descontrolada hacia las chicas perfectas a las que mi madre adora y a las que se pasa la vida diciendo que debería parecerme. Y el otro motivo por el que me he cargado a unos cuantos es porque soy actriz, ya te lo he dicho, y me ofrecieron el papel...

Sara levantó el hacha, eufórica.

—Una mujer asesina. ¡Con las pocas que hay en la ficción! No podía rechazar una oportunidad como esta cuando recibí el guion que habían escrito para mí.

Eso Sara lo dijo mirando a Sebas y a Nando, moviendo los ojos de uno a otro varias veces.

—Ángela, no creerás que toda esta trama de la novela del PayasoUCM ha salido de mi imaginación, ¿verdad? ¡Soy rubia! Matar no se me da nada mal, pero hacía falta un cuerpo masculino para cargarse al hijo de puta de Rai. Además, escribir no es lo mío, ni construir tramas enrevesadas que mezclan pasado y presente... Yo a esa chica de los Pirineos que te cargaste ni la conocía. ¿De qué otra cabecita enferma habrá salido todo esto?

Era Ángela ahora la que miraba a Sebas y a Nando. Uno de ellos era el verdadero PayasoUCM.

—¡No, Ángela, no la escuches! —le pidió Nando, insistiendo en que lo desatara para poder ayudarla a acabar con Sara.

—¿Estás segura de que quieres soltarlo, Ángela? Piénsalo, tu novio se ha dado el alta voluntaria del hospital —la hizo dudar Sara.

—¡Ella me obligó, Ángela! ¡Me dijo que te mataría si no nos íbamos!

—¡Claro! Y también le dije yo que fuera un novio perfecto que aparece de pronto, se mete en tu vida sin contarte nada de la suya, haciéndose el chico

torturado... Un novio que, seamos sinceros, está demasiado bueno para fijarse en alguien como tú.

Nando le rogaba que lo desatara, pero Ángela apartó sus manos de las cuerdas. No podía confiar en nadie que no fuera ella misma. Se abrazó para protegerse mientras daba pasos hacia atrás, alejándose de todos. Palpó algo en el bolsillo de la cazadora vaquera. El destornillador que había cogido en casa de Alicia, en Carrión. Seguía llevándolo encima, esa era el arma que tenía y por eso se había atrevido a entrar en el aula. Intentó que su cara no contara que lo estaba empuñando, con disimulo.

—Y luego está tu amiguito friki que monta un club de lectura que ha acabado siendo más acojonante que los libros de Stephen King —siguió malmetiendo Sara—. En la Feria del Libro os separasteis justo antes de que Koldo apareciera muerto, ¿verdad? Es que yo estaba ocupada con Nando en el hospital...

—¡Fue Eva! ¡Yo no soy el asesino, Ángela! —trató de convencerla Sebas.

Ella continuaba dando pasos hacia atrás.

—Vaya, Sebas tiene mucho empeño en que parezca que es Eva... Es cierto que es la única a la que el Payaso no ha atacado. Aunque también es verdad que a estos dos solo los medio mató... Qué curioso que ambos se salvaran, ¿no? ¿Quién será el otro Payaso, Ángela? ¿Tu novio o tu amigo secretamente enamorado de ti?

—¡Ángela, yo no te haría daño nunca! —insistió Nando.

Y Sebas dijo lo mismo. Los dos chicos se acusaban el uno al otro, amenazándose de muerte si intentaban hacerle daño a Ángela. Sara disfrutaba sembrando las dudas, quitándole verdad a los argumentos del otro.

—Seguid, estoy disfrutando muchísimo —les pidió, riéndose—. ¿Y tú, Ángela?

Pero ya no estaba a su lado, sino tras ella. Haberse dejado llevar por la emoción de contemplar la pelea de Nando y Sebas había hecho que Sara dejara de mirar unos segundos a Ángela. No fueron suficientes para que no la viera meter la mano en el bolsillo de la cazadora vaquera.

—Quieta, Ángela. Dame el móvil. No vas a llamar a nadie para que

venga a rescatarte...

Eso fue lo que creyó que estaba buscando, así que Ángela se lo dio. Sara lo lanzó contra la pared y el móvil se rompió. Ángela aprovechó para sacar el destornillador que ya había escondido en la manga y pegarle un zarpazo en la cara a la asesina.

—¡Serás zorra! —le gritó Sara al ver que sangraba.

Ángela sintió el filo del hacha rozándole el hombro, hiriéndola y haciéndole perder el destornillador. Consiguió escapar. Corrió y corrió por el pasillo, bajó las escaleras y entró en otro pasillo. Corrió por él, abrió la puerta que la llevaría hasta otro módulo. Unos metros más adelante, llegó a la cafetería. Sentía que el corazón se le iba a escapar por la boca mientras se colaba por debajo de la barra. Entró en la cocina, abrió todos los cajones, frenética, hasta que encontró en uno de ellos un cuchillo tan grande como para partir un cráneo en dos. Entonces, oyó que la puerta de la cafetería se abría.

—¡Monjita! ¿Dónde estás? Yo no era la que tenía que matarte, pero creo que voy a tener que cambiar el final...

Su víctima apagó las luces y se tapó la mano con la boca para acallar hasta la respiración.

—Has venido aquí a por un cuchillo, ¿verdad? —siguió jugando Sara—. Malas noticias, yo tengo un hacha.

Ángela oyó el ruido de los tacones de Sara mientras se movía por la cafetería. Se metió debajo de la isla de metal sobre la que estaban los fogones. Consiguió recoger los pies justo un instante antes de que Sara entrase.

—¿Estás escondida como una niña pequeña? —se burlaba de ella Sara mientras recorría la cocina con el hacha en alto—. Venga, Ángela, échale valor por una vez. El mismo que tuviste para follarte a Sebas en ese hotelucho de carretera... Pobrecito, tu novio.

Intentando que el miedo no la traicionara, Ángela esperó y esperó, hasta que tuvo los pies de Sara delante. Entonces, sacó el cuchillo y le cortó los talones. Sara se dobló en el suelo y gritó mientras la sangre salía disparada por las rajaduras de la piel. Ángela salió de su escondite, tratando de escapar.

—¡Hija de puta! —gritó Sara lanzándole el hacha a la cabeza.

Ángela tuvo suerte, lo que le golpeó en la nuca fue el mango, pero cayó también al suelo y perdió el cuchillo. La que creía que era su mejor amiga se abalanzó como un animal salvaje sobre ella. Pelearon. Mordiscos, arañazos y puñetazos, hasta que Sara se colocó sobre ella y empezó a apretarle el cuello. Ángela estiraba el brazo, intentando alcanzar el cuchillo, pero Sara le metió el dedo en la herida que le había hecho. Sintió que iba a perder la consciencia por el dolor. Un instante antes de que ocurriera, Sara recibió un golpe en la cabeza y la soltó. Se lo había dado Sebas, con una botella que ahora estaba rota en su mano. Ángela reaccionó antes de que Sara pudiera hacerlo, recogió el cuchillo y se lo clavó en el pecho a Sara. Gritaba mientras lo hacía, con rabia. El filo del arma atravesaba a la que creía que era su amiga una vez, otra y otra, hasta que enmudeció. La cara de Ángela se llenó de salpicaduras de sangre y de lágrimas.

Asustado, Sebas la miraba.

—Ángela, déjalo ya...

Pero Ángela no bajó el cuchillo. Ahora lo amenazaba a él.

—¡Atrás! ¡Atrás, Sebas!

—¿Qué estás haciendo, Ángela?

—Sebas, sé que tú eres el otro asesino.

Miedo, pánico, desasosiego y terror. Todo eso invadía el cuerpo de Ángela, que trataba de mantenerse en pie, empuñando el cuchillo. El final, ese iba a ser el final. Y sabía que si se dejaba llevar por todos esos sentimientos, sería el suyo.

—¿Qué estás diciendo, Ángela?

—Aléjate de mí, Sebas...

Pero no lo hizo. Dando pasos hacia ella, Sebas le recordó que acababa de evitar que Sara la matase. No entendía cómo podía seguir dudando de él, pensando que era un asesino, si era él, su amigo, y todo lo demás tan solo una locura.

—No, no estoy loca...

—Baja el cuchillo, por favor. ¡No quiero hacerte daño, Ángela! —le rogó el chico, que parecía tan asustado como ella.

Pero Ángela siguió sin confiar en él. Le gritó que atrás, no te acerques a mí, mientras lo amenazaba con el arma afilada que temblaba en su mano. Lo miraba a través del cristalino manchado de la sangre de Sara. Sebas volvió a moverse y ella le gritó que se detuviera, y que no intentes coger el hacha para matarme, Sebas, porque no voy a dejar que lo hagas, ¡no me vas a matar!

—Sé que eres tú, Sebas... ¡Eres el escritor!

Rompió a llorar, con pena y rabia. Sollozaba con la boca entreabierta como se hace cuando el miedo te convierte en una niña pequeña, aunque siguió sin bajar el cuchillo.

—Ángela, soy yo. Tu mejor amigo. ¡Soy más que eso! ¿Has olvidado lo

que pasó entre nosotros?

No, claro que lo recordaba. Podía describir cada segundo de aquella noche en el hotel de carretera. Justo por eso, porque aún lo sentía en su piel, sabía que Sebas era el PayasoUCM.

—Yo no se lo conté a nadie, Sebas... ¡Yo no se lo conté a Sara!

Pero ella lo sabía. Se había burlado de Ángela por haberse acostado con Sebas, recordándole que engañó a Nando. El sexo entre ellos era un secreto y si Sara lo conocía solo podía ser porque él se lo había contado. Porque Sebas estaba escribiendo esa novela. Él era el asesino.

—Así que Sara te ha dicho eso... Entonces, supongo que es inútil que insista en que yo no soy el PayasoUCM.

Sebas sonrió y al fin dejó que su rostro mostrara el mal que guardaba dentro.

—Reconozco que había infravalorado tus capacidades, Ángela. Y te agradezco que te hayas cargado a Sara, me lo has ahorrado. Por su boca se está fastidiando todo lo que tenía pensado para el último capítulo. Sabía que no era una buena idea escribir una novela a cuatro manos. Además, ella solo ha sido una especie de negra, una escritora fantasma. El verdadero autor soy yo.

—¿Por qué, por qué...? —balbuceaba Ángela.

Sebas se divirtió amenazándola con atacarla por un lado y por el otro, aunque solo eran eso, pasos que no llegaba a dar. Riéndose, le pidió que se tranquilizara.

—Vamos, Ángela... Aún no voy a matarte. ¡Ni siquiera me has dejado coger el hacha!

—¡Atrás, atrás! —le gritó ella, casi rozándolo con el cuchillo al alargar el brazo.

Empezaron a caminar en círculo, como si fueran las agujas de un reloj que luchan por no encontrarse.

—¿Vas a matarme, Ángela? Para insistir tanto en que no eres una asesina, llevas ya tres cadáveres. A Sara la has dejado seca...

Ángela tuvo que saltar el cuerpo de la chica para poder avanzar. La sangre del suelo casi la hizo resbalar.

—A cuatro, en realidad —añadió Sebas—. ¿Cómo se te ocurre desconfiar del guaperas de tu novio? Dejarlo medio atado a una silla con un asesino...

Y entonces Sebas sonrió aún más.

—¿Qué le has hecho a Nando? —le preguntó Ángela aterrada.

—Puedo invertir unos minutos en contártelo. O quizá prefieras ir a ayudarlo antes de que se desangre... Ese destornillador no sé si lo habrá matado del todo, estaba poco afilado.

Se lo dijo deteniéndose frente a la única puerta que había para salir de la cocina. Si Ángela quería correr hasta Nando, primero tendría que atacarlo a él. A pesar del miedo, pensó rápido el modo de salir de allí. Necesitaba que el charco de sangre que se expandía alrededor del cuerpo de Sara creciera solo unos centímetros más. Los suficientes para que mojara las suelas de las zapatillas de Sebas. Entonces, podría empujarlo, que él resbalara, y escapar.

—Tú eres el loco, Sebas. Eres un psicópata —dijo, intentando ganar el tiempo que necesitaba.

Sebas sonrió, disfrutando el momento de la confesión.

—No, yo no. Sara sí que estaba como una puta cabra, pero yo estoy muy cuerdo. Lo de convertirme en asesino ha sido por obligación. En realidad, solo soy un escritor que está terminando la mejor novela de terror de la historia. Ya hemos hablado tú y yo de que ese es un género lleno de tópicos que se repiten, pero lo de mi libro es diferente. ¡Una novela en la que la gente muere de verdad!

—¿Por qué quieres matarme?

—Porque te lo mereces. Eres tóxica, Ángela. Destrozas todo lo que tocas, incluido a mí. Me has roto el corazón...

Ángela lanzó una mirada fugaz a la sangre del suelo. Faltaba poco. Necesitaba que Sebas siguiera hablando.

—¡Dijiste que me querías!

—Pero tú a mí no. Fíjate que estuviste a punto de librarte. Ese polvo que echamos me hizo dudar. Quizá, al final, podríamos escribir una novela romántica... Pero para ti no fue para tanto y volví a recordar que solo eres una zorra.

Al fin, la sangre mojaba las suelas de las zapatillas de Sebas. Ángela

levantó la cabeza y miró por detrás del hombro del asesino, con los ojos llenos de sorpresa.

—¡Nando!

Desconcertado, Sebas se volvió. Solo lo hizo durante el segundo que Ángela necesitaba para clavarle el cuchillo, que la sangre del suelo lo hiciera resbalar y ella pudiese escapar. Funcionó, el filo le atravesó el brazo, aunque se quedó clavado y Ángela tuvo que huir sin el arma.

—¡Corre, mojitata! —le gritó Sebas, gozando del momento a pesar del dolor de la herida mientras ella salía de la cafetería—. ¡Corre!

Ángela llegó hasta el pasillo y siguió corriendo. Al fondo, la esperaba la puerta que dividía el módulo de la facultad, ese que la llevaría hasta la escalera. Una puerta que, solo unos minutos antes, ella había atravesado en la dirección contraria, pero que ahora estaba cerrada.

—No, por favor... ¡Socorro! —gritó, tirando del pomo sin conseguir que la cerradura cediese.

—¡Ángela! —oyó.

Era Nando. Estaba al otro lado, golpeándola para abrirla.

—¡Nando! ¡Abre la puerta!

—¡No puedo, Ángela! Espera, voy a buscar alguna llave.

—Dile que no las va a encontrar. Las tengo yo —dijo Sebas, desde la otra punta del pasillo en el que estaba Ángela.

Llevaba el hacha en la mano. En la otra, un manojo de llaves. Todas las de la facultad. Ángela reaccionó, intentó abrir las otras puertas que tenía cerca. Solo giró el pomo de la entrada de la planta baja de la biblioteca. Frenética, la atravesó y la cerró tras ella.

No había manera de bloquearla. Dejó las luces apagadas y corrió por entre las mesas hasta llegar a los pasillos de estanterías que formaban recovecos en los que estudiar. Caminó deprisa por ese largo pasillo de libros. Intentaba llegar al final, donde estaban las escaleras que podrían llevarla hasta la segunda planta, salir por allí y escapar de la facultad. Pero oyó que la puerta de la biblioteca se cerraba. Sebas ya estaba dentro y trancaba la puerta con llave. Ángela tuvo que meterse en uno de los compartimentos de estudio, cuando aún ni siquiera había recorrido la mitad del pasillo por el que podría

haber escapado.

—Ángela... Ángela, ¿dónde estás?

Pegó la espalda contra una de las estanterías del espacio.

—Ángela, deja de escapar. Ya estás acabada. Esta misma mañana escribí el último capítulo. El de tu muerte. Te va a encantar...

La chica se asomó para poder ver. Solo unos centímetros, los suficientes para comprobar que Sebas había empezado a recorrer el pasillo de estanterías, despacio para alargar la agonía. Entraba en cada uno de los espacios que se abrían cada pocos pasos, a ambos lados, buscándola. Ángela pensó que podría llegar hasta el último de esos recovecos, donde encontraría las escaleras, si quitaba los libros del estante más bajo y reptaba por él. La oscuridad jugaba a su favor. También sabía que tendría que volver a colocar los ejemplares cada vez que dejara atrás una estantería para que Sebas no siguiera el rastro. No tenía otra opción, así que intentó controlar el temblor de las manos y empezó a sacar los primeros libros mientras el chico seguía hablando:

—Es una pena que no vayas a poder leer el final de la novela. Cuando la publique ya estarás muerta. Pero, no te preocupes, te lo voy a leer...

## »7. EL HACHAZO FINAL

»He escrito la mejor novela de terror del siglo XXI. Qué demonios, ¡es el mejor libro de todos los tiempos! Lo es porque no es una historia más que leer. Mi relato se vive y es mortal. He matado para escribirla, aunque no soy un asesino. Puede que lo parezca porque tuve una infancia difícil, con unos padres ausentes que permitieron que pasara demasiado tiempo leyendo historias de psicópatas, sin imaginar que yo soñaba con crear al más terrorífico de todos ellos. Los libros pueden enseñarte a matar. A los nueve años ya había leído *El resplandor*. A los once, me sabía de memoria las páginas más macabras de *It*, *Carrie* y *Misery*. A los dieciocho he escrito mi propia novela de terror, inspirándome en todos los monstruos que creó el maestro Stephen King, ofreciéndoles un contexto diferente y formando

algo totalmente nuevo. Soy un escritor como nunca antes había existido y lo he conseguido en un tiempo en el que parecía imposible destacar. Y lo soy porque he creado una historia real de la que yo he sido una víctima inocente más...

»¡Sorpresa! Lo que estás leyendo no será el libro que llegará a las librerías. Solo es un primer borrador que cambiará bastante con la reescritura. La verdadera novela la escribiré cuando todos mis personajes estén muertos. Yo seré el único superviviente del PayasoUCM y nadie sabrá nunca que, en realidad, también era el asesino. Y no lo descubrirán porque la mitad de los cadáveres de mis víctimas ya están calcinados. Los quemé en el colegio mayor abandonado, el mismo en el que los miembros de ese club de lectura siniestro intentaron que desaparecieran las pruebas del asesinato de Cruzado. ¡Ni en mis mejores pesadillas había soñado con encontrar un punto de giro tan macabro para mi novela! Lo más increíble es que aquello fue algo que no planifiqué yo, igual que muchas otras cosas de las que han ocurrido a lo largo de la trama. Hay escritores de mapa, que siguen al pie de la letra lo que se habían planteado a lo largo de los capítulos, y otros de brújula, que toman apuntes, eligen unos personajes y se dejan sorprender por las pulsaciones de la historia. No lo esperaba pero, al final, yo he sido de los segundos. Tenía claro quiénes iban a ser mis personajes. Hace mucho tiempo que elegí a la protagonista. Ahora que ya no hay máscaras, vamos a dejarnos de gilipollices y a llamar a esa monja, que al final resultó ser una puta, por su nombre: Ángela.

»Ella no lo sabe, pero nos conocemos desde hace muchos años. Los dos perdíamos el tiempo llenando entradas en nuestros blogs de literatura juvenil. Ángela solo escribía de cursiladas: Jane Austen, las hermanas Brontë, mariconadas de Nicholas Sparks... A pesar de eso, esa chica me atraía porque su blog decía que no tenía nada sobre lo que escribir. Justo como me sentía yo. Yo hablaba sobre libros y novelas de terror, esperando a que me llegara la inspiración para la que firmaría yo. El nombre de mi blog se lo debo a It: «La biblioteca del payaso». Supongo que por eso Ángela nunca mostró demasiado interés por lo que yo escribía. A pesar de que le dejaba comentarios en sus entradas, animándola a que siguiera

haciéndolas, ella solo me contestaba con emoticonos. Menudo complejo de superioridad que se gastaba la muy zorra...

»Por aquel entonces, yo también publicaba relatos en Wattpad, de terror, con altas dosis de violencia. Le encantaban a Alicia, la Carrie de los Pirineos. ¡Otra sorpresa! Ángela no fue la única persona a la que Alicia conoció gracias a su blog, ni a la que le contó el mundo en el que su madre la obligaba a vivir. Yo le descubrí todos esos libros que tenía prohibidos. Le envié las novelas de Stephen King y pasamos cientos de horas hablando de ellas, y de nosotros, en Messenger. También fui yo quien le envió esa mierda que Ángela había escrito en Wattpad cuando la descubrí. Puede que lo nuestro solo fuera una fantasía adolescente construida frente a la pantalla del ordenador, pero yo estaba tan enamorado de Alicia que le prometí que mataría a esa aprendiz de escritora que se había reído de ella. Sabía cómo hacerlo y no tenía conciencia para sentirme mal por ello. Además, así tendría algo que escribir, pero Alicia me obligó a cambiar la trama de esa novela desapareciendo del mundo.

»Ahora le agradezco a Ángela que redactara su sentencia de muerte. Nunca se me habría ocurrido escribir la novela del PayasoUCM, que empecé a construir por venganza, si ella no se hubiera sentado a teclear el primer capítulo. Me convirtió en autor y me regaló al mejor personaje posible: Ángela, la pobre criminal inocente. A pesar de que me documenté durante años, esperando el momento de poder compartir con ella la vida, estudiando las novelas que le gustaban para convertirme en una mezcla de todos sus personajes favoritos, sabía que iba a trabajar con una trama viva que en cualquier momento podría cambiar de dirección. Necesitaba un escenario, y el que Ángela eligió para estudiar, la Universidad Complutense, era perfecto. Es tan fácil saber los planes vitales de una persona tan solo siguiéndola en las redes sociales... En internet también encontré a la cómplice que necesitaba. La deep web no solo sirve para conseguir un arma o a una hacker que te ayude a conocer a tus personajes. También hay psicópatas con ganas de dispararlas, como la pirada de Sara. Después de haber estudiado a Ángela, fue tremendamente

fácil acercarme a ella. Reconozco que me sorprendió que no quisiera dar un paso más en nuestra relación de amistad, yo era ese chico que tantas veces había leído. Al final, su debilidad eran los tíos buenos como Heathcliff. Tanto libro y quería lo que todas... Pero tenía que dejar de ser virgen porque ya se sabe que esas sobreviven en las historias de terror.

»Cuando trabajas con un material orgánico como el que yo estaba escribiendo, hay que estar dispuesto a recolocar las piezas. La incorporación de Nando como personaje hizo que todo fuera aún más terrorífico. ¡Su novio podía ser el que quería torturarla! Además, al final el que se la folló fui yo. Perder la virginidad con un asesino. ¿Puede existir algo más traumático con lo que tener que lidiar para una protagonista? Debería darme las gracias por no dejarla viva.

»Destaco también mi habilidad para incorporar a la novela un elenco de personajes secundarios a los que reuní en el club de lectura. El plan inicial era que cada uno de ellos muriera como en las páginas de los libros que leíamos, pero tuve que cambiarlo porque Ángela se volvió loca con toda esa historia de que Cruzado había intentado violarla. Reconozco que, en un principio, me sentí furioso al ver que iba a tener que cambiar todo el borrador de mi novela, pero enseguida me di cuenta de que la historia podía ser aún más terrorífica, así que decidí adaptarla a la nueva situación. Por eso le di ese martillazo en la cabeza a Cruzado que le fracturó el cráneo mientras escapaba, al llegar solo al tramo de ese pasaje del terror en el que lo esperaba. No, no fue el martillo de Rai el que lo hizo sangrar... Cuando cayó por las escaleras conseguí que Ángela pareciera la verdadera culpable de la muerte del profesor.

»Al final, todo encajó y el PayasoUCM se convirtió en algo mucho más real y mucho más terrorífico. Yo he aprendido a ser un escritor que se deja llevar por la historia, aunque agarrándola lo suficiente para llevarla hasta el final que había planeado desde siempre. Matar a Ángela después de que sufriera todo lo posible. Tras haber conseguido que llorara por la muerte de sus amigos, que sintiera que se estaba volviendo loca al leer «redrum» en las paredes (un aviso de que ella iba a morir como en El resplandor, a manos de la persona que se la había follado). Matar a Ángela después de

acabar con su novio, hacia el que apuntarán todas las pruebas. La policía lo encontrará vestido de payaso, el hacha tendrá sus huellas, su móvil clonado será el que escribió todos esos mensajes de WhatsApp...

»Y ¿qué pasará conmigo? Yo seré el único superviviente y la mía será la única versión de lo que ocurrió. Después me sentaré a escribir durante meses la verdadera novela, en la que se contarán los mismos crímenes, solo que en la nueva versión yo no seré el asesino. Seré la víctima superviviente que firmará millones de ejemplares.

»Fin, querida Ángela. Nos vemos en el infierno.

»¿Te ha gustado, Ángela? No me juzgues, ya sabes que solo es un primer borrador...

Sebas seguía caminando por la biblioteca, buscándola. Ella ya estaba a punto de llegar al último de los cubículos. Con cuidado retiraba los libros del estante que la llevaría hasta el final del recorrido. Solo faltaban por sacar un par más para salir. Metió las piernas por el hueco que había abierto, despacio. Sebas se estaba acercando...

—De veras, has sido una *scream queen* maravillosa. Frágil, con esos ojos brillantes que tienes, como si siempre estuvieras a punto de romper a llorar. Se mojan, pero las lágrimas no caen. Eso siempre me ha fascinado de ti. Pero mírate ahora, Ángela... ¡Tu arco de personaje ha sido increíble! ¡Follando! ¡Clavando cuchillos como si siempre lo hubieras hecho!

Ella colocó el último de los libros y se puso en pie. Vio por un ojo, a través del hueco que dejaban los lomos, a Sebas, con el hacha en las manos. Y le taparon la boca.

Era Nando. Ángela lo abrazó, aliviada. Su cuerpo estaba agujerado por el destornillador que tenía en la mano. Le pidió con gestos que le dejara actuar. Nando se acercó a la entrada del cubículo y esperó a que Sebas se aproximara por el pasillo. Iba a descubrirlos, ella lo esperaba a la vista, con la espalda pegada a la estantería.

—Ángela, cariño, no alarguemos más esto... Me duele la puta herida que me has hecho en el hombro y aún tengo mucho que escribir.

Sebas asomó por la entrada del cubículo. La vio y sonrió. Ángela le lanzó

un libro pesado, de los de tapa dura, a la cara. Nando le clavó el destornillador en la cabeza, atravesándole la oreja. Sebas cayó al suelo, Nando se tiró sobre él y le dio golpes y puñetazos.

—¡Asesino, hijo de puta!

Ella consiguió salir. Las escaleras para poder escapar estaban solo a unos centímetros, pero Nando no podía seguirla porque continuaba en el suelo peleando con Sebas, que volvía a tener el hacha. Se la clavó a Nando en la espalda.

—¡Nando, no! —gritó Ángela, horrorizada.

—¡Corre, Ángela! ¡Corre! —le rogó él.

Fui difícil decidirlo, pero lo hizo en menos de un segundo. Salió huyendo porque sabía que ya no iba a conseguir salvar a Nando. Subió por la escalera, llegó a la segunda planta de la biblioteca y escapó.

Frenética, sin dejar de llorar y gritar, corría por el pasillo, lanzando miradas fugaces tras ella. Sebas estaba cerca, solo a unos metros. Se había arrancado el destornillador de la oreja e iba a por ella. Sabía que ya daba igual lo mucho que corriera, que la alcanzaría. Eso era lo que pensaba Ángela mientras escapaba.

—¡Te voy a matar, monja hija de puta!

Iba a morir. Ya estaba escrito que iba a morir. Aunque lograra llegar a la puerta de la facultad y gritara pidiendo auxilio, nadie la oiría. Sabía que solo faltaba que Sebas acabara con ella, que hundiera el hacha en su carne. Que le cortara la cabeza como había escrito. Ese iba a ser el final y no podía hacer nada para reescribirlo. Quizá, por eso, pudo más la derrota y tropezó al bajar por las escaleras de la facultad. Las mismas en las que todo había empezado.

—¡No! ¡No! —gritó cuando Sebas ya la había agarrado.

—Sí, Ángela. Se acabó este borrador. ¡Se acabó tu novela!

Le tiró del pelo, obligándola a levantarse, y le colocó el cuerpo contra la barandilla de la escalera. Tenía los dientes apretados y los ojos negros por la rabia. Levantó el hacha. Sebas escribió en voz alta la última línea.

—El PayasoUCM miró a la Monja a los ojos y le gritó que se lo merecía por ser una puta asesina. Levantó el hacha y...

—¡Al suelo, Ángela! —escucharon.

Un disparo.

Acertó en el centro de la frente de Sebas. Se le congeló la mirada, aunque un instante antes pudo ver quién le había disparado.

Eva.

Estaba en la entrada de la facultad, con la pistola de cañón humeante en la mano. Ella también había leído que esa historia acabaría justo donde había empezado.

Sebas intentó bajar por los escalones igual que lo haría un muerto viviente, hasta que su cuerpo se convirtió en gelatina y se movió sin control. Trató de agarrarse a la barandilla de la escalera. Buscó las manos de Ángela, pero ella no se las dio. Sebas cayó al vacío. Gritó hasta que le atravesó el pecho la espada de la estatua del Quijote. Antes de morir, Ángela escribió la última palabra de su libro.

—Fin.

Ángela besó a Nando. Una vez, y otra, y otra. Rodaron por la cama, acariciándose las cicatrices. La mayoría de las heridas ya estaban curadas. Las más profundas nunca sanarían, aunque Ángela estaba aprendiendo a vivir con ellas. Intentaba convencerse de que «Los crímenes de la Universidad Complutense», como los había bautizado la prensa, habían ocurrido hacía siglos. En realidad, ya habían caído varias hojas del calendario, pasando de una estación a otra, y a otra, pero, dentro de ella, sentía que nunca serían suficientes. Ángela sabía que jamás lograría olvidarlo.

Para Nando siempre sería más difícil disimular que él había sido uno de los protagonistas de esa novela. El hachazo le había diseccionado un nervio, dejándole una cojera de la que nunca se recuperaría. A Ángela lo que le habían cambiado eran los ojos. Seguían brillando, pero mucho menos que antes, y los rayos que proyectaban ya no eran de inocencia. Además, ahora, si se humedecían, las lágrimas llegaban a caer. Intentaba que no lo hicieran, que no contaran que aún sufría por ser una víctima, y también una criminal. Que no dijese que aún sentía que se estaba volviendo loca. Tenía miedo de que, en cualquier momento, la realidad se le escapara y no pudiese discernir lo que lo era una pesadilla de lo que era la vida.

Le ayudaba a conseguir mantener la cordura estar al lado de Nando. No se habían separado desde que habían conseguido salir juntos con vida de la facultad. Y justo ahora empezaban a compartir piso.

—Tengo que irme ya a Campus a trabajar. Esta noche me toca a mí abrir...

—¿No puedes decirle a tu jefe que tu novia te ha secuestrado y no te deja salir de la cama?

—Podría, pero entonces tendrás que pagar tú mi parte del alquiler de este precioso apartamento en Moncloa al que nos hemos mudado.

—Apartamento que está hecho un desastre porque tú aún no has abierto ni la mitad de tus cajas —dijo Ángela mirando a su alrededor.

Frente a la cama aún se amontonaban las pertenencias de Nando.

—Lo que no entiendo es cómo lo has hecho para llevar aquí solo unas horas y que ya estén todas tus cosas en su sitio. Va a ser genial vivir con una maniática del orden —bromeó Nando.

Le dio un beso, salió de la cama y fue a la ducha. Ángela tardó unos minutos más, en los que pensó que esta casa es perfecta, vivimos juntos y va a ser un problema lo del orden, pero también será genial.

—Al fin... —dijo en voz alta.

Se cerró la bata y decidió organizar un poco las cosas de Nando, porque verlo todo manga por hombro la sacaba de quicio. Cogió una caja de la montaña, la puso en el suelo y la abrió. Papeles del banco, películas en DVD, algo de ropa y cosas por el estilo que fue colocando en su sitio. Había algo más que encontró en el fondo de la caja y que hizo que se alejara como si le quemara.

Un ejemplar de *It*, la novela de Stephen King.

—No llevamos ni un día viviendo juntos y ya estas hurgando en mis cosas —bromeó Nando al salir de la ducha, con una toalla rodeándole la cintura.

No sabía que Ángela estaba asustada. No sabía lo que había encontrado en la caja.

—Nando, ¿por qué has traído ese libro? —le pregunto Ángela, aterrada.

—¿Cuál? ¿Qué pasa, Ángela?

Extrañado, Nando miró dentro de la caja. Vio el libro y el resto de las cosas.

—En esta caja no guardé nada para traer al piso, sino para tirarlo. Se habrán equivocado los de la mudanza...

Volvió a meterlo todo dentro y sacó la caja al descansillo para que se la

llevara el conserje cuando recogiera la basura.

—Ángela, tranquila —le dijo, abrazándola—. Perdóname, tenía que haberme deshecho de ese libro mucho antes.

—No, lo siento yo —se disculpó ella, consciente de que era el miedo, ese que seguía agarrado a su cabeza, el que había actuado en su lugar.

Abrazados, se miraron, hasta que Ángela fue capaz de reírse de lo que había ocurrido.

—¿Seguro que quieres compartir piso con una pirada?

—Solo si sigue en pie lo de que tú planchas y yo cocino...

Volvieron a besarse y luego Nando fue a vestirse. Se puso los vaqueros de siempre, una camiseta blanca y la cazadora de cuero. Cogió las llaves de la moto, el casco y fue a despedirse de Ángela, que ya estaba sentada frente al escritorio. Lo había colocado junto a la ventana. A lo lejos, se veía el faro de la Moncloa. Aún más allá, la Ciudad Universitaria.

—¿No iba a venir a cenar Eva? —le preguntó Nando al verla encender el ordenador.

—He quedado con ella mañana, que tú libras. Así le enseñamos el piso juntos. Además, esta noche quiero aprovechar para escribir.

Nando sonrió al escucharla, feliz. Se la comió a besos.

—Al fin vas a hacerlo, futura ganadora del premio Planeta...

—Querrás decir futura escritora pobre que dependerá toda la vida del sueldo de su novio.

—Esa novela va a ser un éxito. Y no lo digo solo porque yo sea el chico de la autora. Quiero leerlo todo cuando vuelva del bar.

—Genial, más presión...

Nando le dio el último beso a Ángela.

—Te quiero.

Ella le devolvió las dos palabras. Cuando oyó que la puerta se cerraba, se levantó a darle las dos vueltas a la llave en la cerradura. Se preparó una infusión y volvió frente al ordenador.

—Bueno, al fin tienes una historia que escribir, Ángela... Tu historia.

Abrió un nuevo documento, lo tituló «El club de los lectores criminales» y empezó a escribir.

## CAPÍTULO 1

Ángela leyó en voz alta la última línea de *It*, la novela de Stephen King. Cerró el libro y miró la imagen de la cubierta. Ese payaso, de ojos amarillos y sonrisa sangrienta, le parecía más terrorífico que nunca.

—¿Te ha gustado? —le preguntó Nando, su novio desde hacía ya tres meses.

—Definitivamente, odio las novelas de terror.

Dejó de estar recostada sobre Nando y se puso la cazadora vaquera. Ni aun así se sacó de dentro el escalofrío que le recorría el cuerpo. Era por el miedo, pero también porque estaba acabando la tarde que habían pasado en el césped que rodeaba la Facultad de Filología. Ángela estudiaba allí, en la Universidad Complutense de Madrid, o la UCM, como la llamaban todos. Sus edificios eran viejos y estaban descuidados, aunque eso le otorgaba la fama de universidad con tradición histórica y encanto. Lo último, en realidad, dependía de la hora. Por la mañana, la avenida Complutense que distribuía las facultades estaba llena de estudiantes y resplandecía. Cuando se encendían las farolas, la Ciudad Universitaria se convertía en un lugar solitario en el que los árboles eran tan frondosos como en un bosque oscuro.

—Pues a mí me ha gustado —le dijo Nando, incorporándose también—. ¿Sabes qué parte ha sido mi favorita? Leerla contigo.

Ángela detuvo los dedos sobre las teclas. Había oído un ruido. Venía de la entrada de la casa.

—¿Nando?

No le contestaron. Ya había pasado demasiado tiempo para que se hubiera olvidado algo y volviera. Era de noche, y la luz que entraba por la ventana solo era la de la luna. Además, no había sido un ruido cualquiera.

Una risa.

Era una risa de mujer, pero su entonación diabólica era como la del PayasoUCM que había escuchado aquellos días en los que había vivido la pesadilla que había empezado a escribir. De alguna manera, sentía que teclear lo que había sucedido la ayudaría a despertar del todo. También sabía que la aterraría hacerlo. Justo como estaba ocurriendo.

Se levantó y caminó por el pasillo hasta la puerta. Oyó ruidos al otro lado.

—¿Quién es? —preguntó, intentando que su voz no sonara asustada.

No contestaron. Miró por la mirilla. Cogió el cuchillo más grande que encontró en los cajones y abrió la puerta. No había nadie, pero la luz del descansillo estaba encendida. Oyó pasos. Caminó hasta que dobló la esquina. Ocultó el cuchillo tras la espalda al ver a la vecina del 5.º C. Había cogido la caja de las cosas de Nando y hojeaba el ejemplar de *It* antes de volver a entrar en su piso.

—Esto lo ibais a tirar, ¿verdad? —le preguntó la mujer apurada.

—Sí, quédatelo...

Ángela le sonrió y volvió a su piso. Cerró la puerta y le dio dos vueltas a la cerradura. Le llegó un olor a azufre.

—Te estás volviendo loca, Ángela...

Dejó el cuchillo en el cajón. Se agarró las manos y las frotó como si tuviera una pastilla de jabón mientras tomaba el camino de regreso al escritorio. Antes de volver a escribir, miró el móvil. Tenía un nuevo mensaje, de Eva.

**Eva móvil**

Tienes que leer esto...

22:45

**Ángela**

Dime que no es una novela de  
Wattpad.

22:46

**Eva móvil**

<http://www.diariolibre.com/interrogantescrímenes-complutense>

22:46

## LOS INTERROGANTES DE LOS CRÍMENES DE LA COMPLUTENSE

Desirée Pozo (20-11-2018). Meses después de la muerte de Antonio Cruzado, el profesor de la Complutense que perdió la vida tras haber sido atacado por un grupo de siete estudiantes disfrazados de payasos asesinos, el caso ha sido archivado. Ángela Kuntz, Nando Blein y Eva Igartua, tres de los participantes de la broma, tendrán que cumplir dos años de libertad condicional sumada a trabajos comunitarios, pero han sido eximidos del cargo de asesinato. ¿El motivo? Haber sido también víctimas de los bautizados como «Los crímenes de la Complutense».

El PayasoUCM los acosó las semanas posteriores a la muerte del profesor chantajeándolos con contar lo que habían hecho. Escribía sus futuras muertes, siempre homenajes a las novelas de Stephen King, y las compartía en la plataforma de internet Wattpad. Tras la máscara del payaso asesino se ocultaban dos estudiantes de la misma universidad, Sebastián Hoyos y Sara Barcia, que también habían participado en la broma que acabó con la vida del profesor. Asesinaron a tres de sus compañeros en el crimen, Virginia Rubio, Rai Aguado y Koldo Machuca, una carnicería que se saldó con la muerte de los dos asesinos a manos de los tres supervivientes del grupo. Ahora el caso ha quedado cerrado, aunque este periódico, tras una exhaustiva investigación, ofrece en exclusiva algunos de los interrogantes que deja abiertos.

La tortura de Ángela Kuntz, la víctima más deseada por el PayasoUCM, comenzó dos años antes, cuando escribió un relato en la misma plataforma que utilizaría después el asesinato para publicar sus crímenes. Ese texto se inspiraba en el drama de Alicia Soria, una adolescente de Carrión, pueblo del Pirineo Aragonés, que vivía junto a su opresiva madre religiosa, y a la que Ángela había conocido por internet. La muchacha declaró que la historia que ella había escrito, inspirada en la vida de Alicia y en la creencia de la adolescente de que tenía «el mal» dentro, se había convertido en el motivo de Sebastián para poner en marcha la maniobra criminal del PayasoUCM. Él había tenido una relación con Alicia y quería hacerle pagar a Ángela por su suicidio, provocado por el relato que ella

había escrito. La contradicción en el testimonio de Ángela radica en el hecho de que, oficialmente, Alicia no se suicidó.

La verdadera historia de Alicia es la de una misteriosa desaparición que todos recuerdan en Carrión, aunque son pocos los que quieren hablar de ella. Su madre, Catalina Soria, fue detenida en una carretera comarcal cercana al pueblo tras haber perdido el control del volante de su coche. En la tapicería había manchas de sangre. Catalina argumentó que era el rastro de un ciervo al que había atropellado y que acababa de enterrar. Las sospechas de asesinato y ocultamiento del cadáver de su hija Alicia recayeron sobre ella cuando los vecinos del pueblo denunciaron la desaparición de la joven, ocurrida el mismo día del accidente. El cuerpo de Alicia nunca se encontró y los cargos que recaían sobre la madre se retiraron. Actualmente, Catalina Soria se encuentra en paradero desconocido. Igual que su hija Alicia.

Hay un último interrogante. En uno de los textos que escribió el PayasoUCM aseguraba que los cuerpos de dos de sus víctimas, Virginia Rubio y Rai Aguado, fueron quemados en el colegio mayor abandonado San Juan Evangelista. Hasta el momento de la edición de este periódico, entre los restos calcinados examinados solo se han encontrado los pertenecientes al varón. El paradero de las cenizas del cuerpo de Virginia Rubio continúa siendo un interrogante. También lo es su expediente académico. Nunca existió una estudiante matriculada en la Facultad de Filología con ese nombre.

Los crímenes de la Complutense se han saldado con cinco muertes y tres supervivientes. El caso está cerrado, pero la pesadilla del PayasoUCM puede que siga viva.

Cuando terminó de leer el artículo, Ángela temblaba de miedo. Oyó de nuevo esa risa demoniaca femenina. Miró tras ella.

—¿Quién está ahí? —preguntó, sintiendo el olor a azufre en la nariz.

Silencio. Con la respiración disparada, exploró todos los rincones con los ojos. No había nadie. Intentó convencerse de que todo estaba en su cabeza y volvió a fijar la vista en el ordenador. Encontró una palabra tras la última línea que había tecleado. Una que no había escrito ella:

MURDER

Vio un reflejo en la pantalla. Ángela gritó.

## AGRADECIMIENTOS

Esta novela no existiría sin la confianza que deposita en mí desde hace una década Marta Bueno. Tampoco sin Alicia Soria, mi editora, que me acompañó y me ayudó a que creyera que podía dar un paso más en mi escritura hasta que las frases aterraran. Gracias también a Irene Lucas, la primera que quiso leer esta historia.

Ha sido mucho tiempo (pero mucho) el que he pasado frente a la pantalla del ordenador escribiendo este libro. Gracias por decirme que siguiera tecleando a Luciana, Alberto, Pablo, Luis, Arturo, Laura, Ruth, Paco, Ester, Piñol, Ángela, Dani, Sofía, Sarah, Baby, Teresa, Rafa, Pedro, Carmen y Marta.

Gracias a mis hermanas, Carolina y Ángela (os van a echar de Facebook de tanto poner lo de las novelas de vuestro hermano pequeño), y a mis cuñados, Alberto y Lorenzo. Gracias a mis sobrinas y a mi sobrino (no se os ocurra leer este libro a escondidas). Gracias a mi padre por obligarme a que dejara de escribir todos los jueves para comer juntos. Gracias a mi madre, siempre la primera lectora para la que escribo.

Y gracias a ti que me has leído. Si tienes pesadillas con esta novela, la culpa es de Stephen King, Wes Craven y Kevin Williamson. ¡Gracias, maestros!

*El club de los lectores criminales*

Carlos García Miranda

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del texto: Carlos García Miranda

© de la imagen de cubierta: Shutterstock

© Editorial Planeta, S. A, 2018

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Destino Infantil & Juvenil

[infoinfantilyjuvenil@planeta.es](mailto:infoinfantilyjuvenil@planeta.es)

[www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com](http://www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Editado por Editorial Planeta, S. A.

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2018

ISBN: 978-84-08-19661-7 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Llibre, S. L.

[www.eltallerdelllibre.com](http://www.eltallerdelllibre.com)

**CARLOS GARCÍA MIRANDA**

EL CLUB DE LOS  
**LECTORES**  
**CRIMINALES**



**CROSS  
BOOKS**

**Leer sus libros es terrorífico.  
Vivir sus historias es mortal.**